

LAS PÁGINAS SECRETAS DE LA HISTORIA

JOSÉ MARÍA ZAVALA

Hechos insólitos e inquietantes
enigmas de todas las épocas

PLAZA JANÉS

JOSÉ MARÍA ZAVALA

Las páginas secretas de la Historia

Hechos insólitos e inquietantes enigmas
de todas las épocas

PLAZA JANÉS

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

A Paloma, sin cuya existencia juntos
mi propia historia perdería sentido

Agradecimientos

Quiero agradecer una vez más a mis editores David Trías, Emilia Lope y Cristina Lomba, de Plaza & Janés, la confianza renovada en mí durante más de una década.

A Iker Jiménez, Carmen Porter y a todo su magnífico equipo de *Cuarto Milenio*, las grandes aventuras vividas juntos a bordo de la nave del misterio.

A Paco Marhuenda, Pedro Narváez y Julián Herrero, la publicación en el diario *La Razón* de los episodios históricos que aquí se relatan.

A Paloma, Borja e Inés, su aliento infatigable para seguir adelante aun debiendo mirar hacia atrás para contar la Historia.

INTRODUCCIÓN

Un paseo de la mano por la Historia

Los hechos y las fechas son el esqueleto de
la Historia; las costumbres, las ideas y los
intereses son su carne y su vida.

VOLTAIRE

Viajar por la Historia nos lleva a descubrir todavía un sinfín de túneles y pasadizos secretos donde se esconden personajes, hechos y anécdotas, por increíble que parezca. A estas alturas, demasiados recovecos del imponente archivo de esta ciencia milenaria siguen aún inexplorados. ¿Acaso un neurocirujano conoce a fondo el portentoso cerebro humano que ni la más perfeccionada computadora sería capaz de imitar jamás? ¿Acaso un astrónomo posee el mapa completo del universo?

Tampoco el historiador, pese a ser un profeta del pasado, está en condiciones de explicar todo lo acontecido desde que el ser humano existe. ¿A qué cronista de los hechos que se precie de serlo no le apasiona indagar en los archivos documentales en busca del pequeño-gran hallazgo? ¡Y con qué emoción se encaja luego en su lugar correspondiente cada pieza dispersa del gran puzle de la Historia!

Las páginas secretas de la Historia es precisamente eso: un esfuerzo detectivesco —o si me lo permite el lector, *tintinesco*— para desentrañar los más increíbles enigmas de todas las épocas. Recuerdo lo que a este propósito señala, sobre un servidor, el Premio Nacional de Poesía Luis Alberto de Cuenca, uno de los mayores forofos que conozco del inmortal personaje de cómic creado por el autor belga Georges Remi (Hergé): «Zavala es un grandísimo investigador, tipo Tintín, capaz de viajar a cualquier parte para hallar un archivo desconocido», atestigua.

Cada una de estas «páginas secretas» constituye así un pasaje de ida y vuelta a los tiempos del mítico gángster Al Capone, del pirata Barbanegra, del primer y único emperador en la historia de Estados Unidos (Norton I), del verdadero detective Sherlock Holmes, o de Lewis Carroll, el autor de *Alicia en el país de las maravillas*, el matemático que hacía soñar despiertos a los niños.

La conocida novelista Julia Navarro atina también al advertir el verdadero propósito de quien esto escribe a la hora de relatar cualquier episodio del pasado: «Zavala nos da un inolvidable paseo de la mano por la Historia», constata. Ésta es, en efecto, la intención que me mueve a recopilar ahora los artículos publicados en el diario *La Razón* entre julio de 2015 y julio de 2016, cuyo germen supo sembrar, inspirado como casi siempre, mi amigo e impar comunicador Iker Jiménez mientras desarrollábamos juntos en el plató de *Cuarto Milenio* la sección titulada precisamente «Páginas secretas de la Historia».

«José María, tienes que hacer un libro sobre estas historias tan alucinantes como desconocidas», me animó Iker, con su generosidad acostumbrada, al constatar el gran éxito de audiencia cosechado por la primera entrega sobre la muerte de José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española. Durante toda esa noche fui incapaz de conciliar el sueño tratando de responder a la avalancha de mensajes de los telespectadores milenarios, deslumbrados por un personaje al que apenas conocían o del que habían recibido una versión tergiversada.

Jamás olvidaré los programas que siguieron al de José Antonio, durante los cuales volvió a dispararse la audiencia de *Cuarto Milenio*: Los exorcismos de Carlos II «el Hechizado», el conde de Montecristo español; la posesión diabólica de Juana «la Loca»; el ¿accidente?, que costó la vida al aviador Ramón Franco, el hermano maldito del Caudillo; la terrible ejecución del cura Martín Merino, o la maldición de los Canalejas.

Desfilan ahora por estas «páginas secretas» otros muchos personajes de todos los tiempos tanto o más conocidos que aquéllos, como Molière, Stalin, Sócrates, Hitler, Oscar Wilde, Victor Hugo, Marlene Dietrich, Jules Verne, Cervantes, Juan Carlos I,

Renoir, María Estuardo, María Antonieta, Agatha Christie, y hasta el jefe apache Cochise. De todos ellos descubrirá el lector facetas insospechadas; igual que sobre los numerosos hechos que aquí se relatan, como el increíble caso del carnero embrujado, el pacto del violinista Paganini con el diablo, los cuatro ataúdes que escondían los nazis, el bombero converso de la Sábana Santa, las andanzas del duque de Alba o el día en que Estados Unidos atacó… ¡Pearl Harbor!

Adentrémonos ya, sin más preámbulos, en las más fascinantes galerías ocultas de la Historia…

EL AUTOR

Madrid, 15 de julio de 2016

1

FECHA: 28/10/1938. Al filo de las seis de la mañana, el hidroavión de Ramón Franco despegó con la misión de bombardear el puerto de Valencia, en plena Guerra Civil.

LUGAR: MALLORCA. El aparato que pilotaba el hermano maldito del Caudillo cayó en picado poco después en aguas de Mallorca, donde Ramón estaba al frente de la aviación nacional.

ANÉCDOTA: Le apodaban "Chacal" por su temeridad, más que valor, en la guerra de África, donde todos sus compañeros querían batirse junto a él a cuchilladas y culatazos.

RAMÓN FRANCO: ¿ACCIDENTE O ASESINATO?

El hidroavión Cant 506 como el que pilotó por última vez Ramón Franco, el hermano masón y republicano del Caudillo, la madrugada del 28 de octubre de 1938, era un trimotor de fabricación italiana con una increíble particularidad: su estructura era toda de madera, lo cual da idea al lector de lo vulnerable que resultaba el avión ante el menor impacto.

La carlinga era estrecha y tenía dos alturas: una más elevada, donde iban los puestos de mando del primer y segundo piloto, con ventanillas laterales por las que veían y podían ser vistos desde el exterior; y otra inferior, donde viajaban el observador y el mecánico, seguidos un poco más atrás por el radiotelegrafista. El pasillo era tan angosto, que resultaba casi imposible que dos personas pudieran cruzarse al mismo tiempo por él.

Al filo de las seis de la mañana, los Cant 506 de Ramón Franco y Rodolfo Bay despegaron de la base de Pollensa (Mallorca) con un

tiempo de perros, volando juntos a la vista el uno del otro. Poco a poco, remontaron la nubosidad y ganaron altura.

Ramón, igual que su segundo piloto, Joaquín Domínguez, se había puesto los guantes y el sobrecuello de piel antes de despegar. Como el ataque al puerto de Valencia, en plena Guerra Civil, iba a efectuarse a 4.000 metros de altura, era fácil predecir el intenso frío a bordo del avión.

Todo parecía así controlado. Pero, al aproximarse a un cumulonimbo, tanto Ramón como Bay, que le seguía a escasa distancia, sintieron de repente que sus aviones empezaban a perder potencia y velocidad.

Bay pulsó enseguida el mando de los *flaps* (dispositivos de hipersustentación) para evitar perder el control de la nave. Entonces, observó cómo el avión de Ramón realizaba un brusco picado para meterse de lleno en la nube. Fue la última vez que lo vio.

Bay sorteó el cumulonimbo y siguió volando unos minutos en espera de que el aparato de su jefe saliese de la nube. Intentó contactar por radio con éste, pero fue imposible. Poco después, sobrevoló el mar sin hallar el menor rastro del avión desaparecido. Abrumado, decidió regresar a la base para informar cuanto antes de todo lo sucedido.

Una vez allí, Bay relató que cuando ambos aviones se acercaron al cumulonimbo, le pareció observar una inusitada agitación en la cabina de Ramón; distinguió un continuo ir y venir de las cabezas del observador, el mecánico y el radiotelegrafista, cuyo puesto estaba en el pasillo inferior de la cabina, lo cual evidenciaba que se habían puesto en pie. Los tres parecían comentar alguna incidencia importante con Ramón y el teniente Sangro.

Bay no fue capaz ya de precisar si aquella supuesta alteración se debía a un estado de alarma real o si, por el contrario, obedecía al normal intercambio de rápidas comunicaciones sobre la disminución de velocidad o el empleo de los *flaps*.

El cuerpo de Ramón Franco, hallado finalmente en el Mediterráneo, presentaba una herida en la sien izquierda, en forma de circunferencia de un centímetro de diámetro. El agujero era

limpio, con los bordes algo negruzcos y sin restos de sangre, debido al lavado del agua de mar.

A simple vista, al cuerpo del héroe del *Plus Ultra*, el mismo que había atravesado el Atlántico Sur en 1926 a bordo de una cafetera volante, le faltaba parte de una pierna, desde más abajo de la rodilla. Pero el oficial reparó luego en que en realidad estaba fracturada; era la misma pierna que Ramón se había roto al derrumbarse el estrado mientras arengaba a la multitud en un mitin republicano.

Respecto a la herida en la frente, el teniente Fernández barajó al principio que pudiera tratarse de un impacto de bala a causa de un suicidio o de un asesinato.

Pero, tras reflexionar luego, se convenció de que ambas hipótesis carecían de sentido, tratándose de un avión que se precipitaba al vacío desde una altura de 3.000 metros, zarandeado dentro de un cumulonimbo, mientras los pilotos pugnaban desesperados por hacerle volar para que los sacara de la maldita nube.

Más inaudito le parecía que el presunto suicidio o asesinato se hubiese producido en el agua, pues nadie hubiera sobrevivido a un impacto tan brutal.

Al final, llegó a la conclusión de que la incisión era consecuencia del choque de Ramón contra alguna superficie saliente de la cabina.

¿Realidad o fantasía? ¿Accidente o asesinato?

A falta de una investigación oficial, en la tarjeta personal de Ramón Franco se hizo constar simplemente: «Fallecido en accidente de aviación a causa del mal tiempo».

«Fue la masonería internacional»

Pilar Franco expuso años después su inquietante teoría en sus memorias: «A él lo mataron los masones, porque mi hermano Ramón recibía amenazas de muerte de esa gente».

Y añadió: «Ramón estaba escribiendo una obra en la que se mofaba del célebre grado 33. Porque él había sido del grado 33 […] Fue la masonería internacional. La prueba está, además, en que mi hermano Paco dio órdenes enseguida de que la policía sellara la casa de Ramón. Lo hicieron así. Pero cuando la sellaron ya habían desaparecido los folios del libro que estaba escribiendo».

En otra ocasión, Pilar aseguró que las «ruedas» del hidroavión de su hermano fueron rajadas por un saboteador y que, como en la base carecían de neumáticos de repuesto, Ramón tuvo que despegar en otro aparato cargado con una bomba homicida. Pero ella no cayó en la cuenta de que los hidroaviones carecen de «ruedas».

2

FECHA: 21/10/1827. Fray Juan de Almaraz, confesor de la reina María Luisa de Parma, fue confinado en una miserable mazmorra por orden del ladino Fernando VII, sin juicio previo.

LUGAR: CASTELLÓN. En el castillo de Peñíscola permaneció incomunicado el confesor de la reina madre durante casi siete largos años hasta que, muerto el monarca, lo liberó su viuda.

ANÉCDOTA: María Luisa de Parma excluyó a sus catorce hijos de la sucesión universal de todos sus bienes en beneficio de su presunto amante, Manuel Godoy, en 1815.

¿Quién fue el conde de Montecristo español?

No es historia-ficción sino Historia real, con mayúscula. De haberla conocido, lo cual fue posible pues aconteció en vida de él, habría inspirado tal vez al príncipe de las letras Alexandre Dumas su celebérrima obra *El conde de Montecristo*.

Entre los papeles privados de fray Juan de Almaraz, confesor de la reina María Luisa de Parma, esposa de Carlos IV y madre, al menos oficial, de Fernando VII, localicé un increíble documento en el Registro del Ministerio de Justicia, en mayo de 2009.

Antes de nada, leí una inquietante palabra en el sobre lacrado: «Reservadísimo».

Justo debajo, con la misma caligrafía, se indicaba: «Reservado a mi confesor si muero sin ella [sin confesión], nadie lo podrá abrir ni ver más que el confesor».

Pero yo abrí, trémulo, el sobre y quedé pasmado al leer esta asombrosa revelación:

Como confesor que he sido de la Reyna Madre de España (q. e. p. d.) Doña María Luisa de Borbón. Juro *imberbum sacerdotis* cómo en su última confesión que hizo el 2 de enero de 1819 dijo que ninguno, ninguno [se repite en el original] de sus hijos y [sic] hijas, ninguno [de los catorce que tuvo] era del legítimo Matrimonio; y así que la Dinastía Borbón de España era concluida, lo que declaraba por cierto para descanso de su Alma, y que el Señor la perdonase.

Lo que no manifiesto por tanto Amor que tengo a mi Rey el Señor Don Fernando 7.º por quien tanto he padecido con su difunta Madre. Si muero sin confesión, se le entregará a mi Confesor cerrado como está, para descanso de mi Alma. Por todo lo dicho pongo de testigo a mi Redentor Jesús para que me perdone mi omisión.

Roma, 8 de enero de 1819

Firmado JUAN DE ALMARAZ

Si lo que el sacerdote sostenía era cierto, los Borbones de España no estaban en condiciones de exigir sangres absolutamente puras a sus herederos al trono en el momento de desposarse.

Cuando juzgué concluida mi tarea, tras localizar la increíble confesión manuscrita del sacerdote, volví a toparme con otro documento inédito no menos sobrecogedor: una carta secreta del gobernador de Peñíscola.

Fechada en la localidad castellonense el 13 de febrero de 1834, la carta del principal mandatario de Peñíscola produce aún hoy escalofríos al leerla.

Dice así:

El gobernador de aquella Plaza

Dice que al tomar posesión del Gobierno de la misma [Peñíscola] ha encontrado en un encierro al sacerdote D. Juan de Almaraz, que fue conducido a ella a consecuencia de una Real Orden de que acompaña copia, expedida por este Ministerio en 21 [de] octubre de 1827, en la cual se califica de

> reo de alta traición al referido Almaraz y se encargaba fuese incomunicado vigorosamente y vigilado bajo la responsabilidad personal del gobernador, y como desde aquella fecha no haya podido alcanzar aquel desgraciado ningún alivio en su dura prisión, a pesar de los beneficios decretos dictados por el magnánimo corazón de V. M. en bien de todos los españoles, cree su deber hacer presente que la conducta observada en la prisión por este reo ha sido la correspondiente a su respetable carácter que su edad de sesenta y siete años, sus enfermedades dimanadas de su senectud y sus padecimientos de seis años y medio de encierro sin comunicación, le hacen inepto para el mal como para el bien: y que todo lo que puede formar la felicidad de este respetable anciano es que V. M., tendiéndole su mano, beneficie para que no muera en su encierro, le permita volver a Extremadura, su patria, y acabar sus días en el seno de su familia.

El máximo funcionario de la prisión quedó horrorizado al abrir la mazmorra y contemplar a un anciano de largos y enmarañados cabellos y barba blanca crecida hasta la cintura, que se le arrojó sollozando a sus pies. Aquel espectro viviente dijo ser el fraile Juan de Almaraz, incapaz ya casi de articular palabra tras su larga incomunicación.

Muerto Fernando VII en 1833, le sucedió como regente su cuarta esposa, María Cristina de Borbón, reina gobernadora durante la minoría de edad de su hija Isabel II.

Al régimen absolutista sucedió así el régimen liberal, una de cuyas medidas fue la concesión de una amnistía para delitos políticos mediante el decreto de 16 de enero de 1834.

La reina María Cristina otorgó finalmente el perdón al inocente fray Juan de Almaraz, a quien sólo se había condenado en virtud de la sentencia dictada y ejecutada por el poder absoluto de un rey.

El siniestro Fernando VII ideó la forma de traer a fray Juan de Almaraz por la fuerza desde Roma, donde había acompañado en su exilio a los reyes padres, Carlos IV y María Luisa.

Cierta noche, en plena via Condotti, el padre Almaraz fue secuestrado mientras dormía en su habitación; poco después se le embarcó en la fragata *Manzanares,* anclada en Civitavecchia, que arribó finalmente al puerto de Barcelona, donde se hallaba Fernando VII con motivo de la sublevación de Cataluña, en 1827.

Nada más desembarcar, el responsable de la expedición, José Pérez Navarro, oficial de la Secretaría de Marina, comunicó al rey que el apresado se hallaba a buen recaudo en la bodega del barco, añadiendo que poco le había faltado para morirse de miedo durante la travesía.

El monarca ordenó que condujesen enseguida al fraile hasta el castillo de Peñíscola para que jamás pudiese revelar su secreto.

3

FECHA: MAYO DE 1554. El jesuita y futuro santo Francisco de Borja rubricó de su puño y letra una carta estremecedora al entonces príncipe Felipe, recomendando exorcismos a su abuela enferma.

LUGAR: TORDESILLAS. Muerto Felipe el Hermoso, doña Juana acabó sus días confinada en su palacio, en el mismo torreón donde cada siglo había estado encerrada una reina de Castilla.

ANÉCDOTA: Pérez Galdós dejó escrito sobre Juana, como epitafio: "Había amado sin que nadie la amara; había padecido humillaciones, desvíos e ingratitudes, sin que nadie endulzara sus amarguras".

¿Estaba poseída Juana la Loca?

Mientras investigaba en su día entre el inmenso arsenal de documentos inéditos del proceso de beatificación (*Positio*) de Isabel la Católica para componer mi libro *Isabel íntima* (Planeta), me topé con un legajo excepcional: una carta del jesuita Francisco de Borja, ex duque de Gandía y futuro santo de la Iglesia católica, dirigida al también futuro rey Felipe II.

La carta es de las que quitan el hipo. Fechada en mayo de 1554, el clérigo describe al entonces príncipe Felipe la enfermedad de su abuela y propone varios remedios; entre ellos, que se impida a las mujeres al servicio de la reina entrar en sus habitaciones, que se coloquen crucifijos en todas las estancias del palacio, y que la propia infeliz oiga misa diaria y, a ser posible, se le lean los Santos Evangelios.

¿Qué tenían que ver todas esas recetas espirituales con la presunta enfermedad mental que hizo pasar a la Historia a la hija de los Reyes Católicos con el popular sobrenombre de Juana «la Loca»?

Don Felipe accedió gustoso a todo eso… ¡menos a los exorcismos para curar a su abuela enferma!

La reina Juana I de Castilla llegaría a estar loca, en efecto, de amor y de celos.

Había nacido el 6 de noviembre de 1479, «a las tres horas después de la salida del sol», en el palacio toledano del conde de Cifuentes. El embajador Gutierre Gómez de Fuensalida, desde Bruselas, escribió a Juana, cuando era ya esposa y madre, que la había encontrado «hermosa a maravilla». Y no era un exceso de diplomacia, pues la joven Juana tenía una resplandeciente melena negra, la piel morena y los ojos de un verdemar que parecían clonados de los de su madre. Aunque, en honor a la verdad, la infanta era la otra cara de su abuela paterna, la bellísima Juana Enríquez, por lo que su madre solía llamarla, en broma, «mi suegra».

Sus desposorios por poderes con Felipe el Hermoso, duque de Borgoña entre otros títulos, se celebraron en Malinas, el 5 de noviembre de 1495.

Celosa de su esposo, como decimos, ante quien quedó deslumbrada nada más conocerle («el día que nació, debieron alegrarse el Cielo y la Tierra», dijo ella, rendida a sus encantos), Juana —en avanzado estado de gestación— se levantó de la cama una noche en Gante para acompañarle a un baile que se les ofrecía. Poco después, sobre la una de la madrugada, sintiéndose indispuesta, fue conducida a las letrinas del palacio en que se daba la fiesta y allí, en tan indecoroso lugar, alumbró a su hijo Carlos, que había de ser el soberano de medio mundo como Carlos I de España y V emperador de Alemania. Corría el 24 de febrero de 1500.

Tras la muerte de su infiel marido Felipe el Hermoso, la pobre Juana acabó sus días confinada en la fortaleza de Tordesillas. Desde aquel gélido torreón podía ver el ataúd de su esposo por una ventana que daba a la iglesia del antiguo convento de Santa Clara. Allí malvivió la desdichada durante cuarenta y siete años, en el mismo torreón donde cada siglo había estado encerrada una reina de Castilla.

El obispo de Málaga describió su horrible cautiverio sin pelos en la lengua, en otro documento que descubrí, estupefacto, entre la vorágine de legajos de la *Positio*:

> La reina duerme en el suelo, como antes. No se cambia de ropa interior, ni se peina ni se lava la cara. Su falta de higiene es grande, tanto en su rostro como, según dicen, en las demás partes de su cuerpo. Y come en el suelo, en platos de barro, que luego esconde debajo de los muebles. Su vestir es tal que casi no es permitido nombrarlo así. Y todo semejante… Pierde muchas veces la Misa, porque suele almorzar a la hora en que se celebra y no encuentra ocasión de oírla en el resto del día.

¿Podía imaginarse en semejante estado de abandono a toda una reina de España, madre de Carlos I y abuela de Felipe II, los dos Austrias mayores de la dinastía eclipsada por el nefasto monarca Carlos II «el Hechizado»?

Desde la Semana Santa de 1552 hasta la de 1554, Francisco de Borja visitó varias veces a doña Juana; el único que le llevó consuelo y asistió espiritualmente en el lecho de muerte. ¿Sospechaba él acaso que la reina podía ser víctima en realidad de alguna afectación diabólica? A juzgar por la terrible carta que legó a la posteridad sin saberlo, parece ser que sí.

La loba herida

En Flandes no marcharon las cosas como Juana esperaba. Encontró a Felipe el Hermoso frío con ella y no tardó en saber el motivo de su distanciamiento: su marido la engañaba con una dama rubia de la corte.

Desde entonces, ella empezó a rumiar la venganza; esperó, impasible como una psicópata, el momento propicio para el desquite. Guardó unas tijeras en la escarcela que colgaba de su ceñidor y buscó a su rival. La sorprendió leyendo una carta, que

aquélla guardó, apresurada, en el secreto de su escote. Se entabló entonces entre ellas un intenso forcejeo, durante el cual Juana le arrebató la carta. La dama recobró el papel y se lo llevó a la boca, tragándoselo enseguida. Durante la lucha, la amante de Felipe perdió la toca, dejando caer sus doradas trenzas. Juana las seccionó con las tijeras y marcó luego con ellas el pálido rostro de su enemiga.

4

FECHA: 25/12/1936. Las autoridades republicanas aprobaron el Decreto de "terminación artificial" del embarazo, inspirado por la ministra de Sanidad anarquista, Federica Montseny, primera mujer ministra de la Europa occidental.

LUGAR: BARCELONA. Los abortos sólo podían practicarse allí en la Casa de la Maternidad, en el Hospital General de Cataluña (de Sant Pau), en el Clínico y en el Cardenal.

ANÉCDOTA: Pese a oponerse al aborto, el ginecólogo José Roig y Gilabert fue expulsado de la provincia de Lérida durante el franquismo por "practicar numerosas interrupciones del embarazo".

¿Hubo abortos legales en la Guerra Civil?

El pabellón de maternidad del hospital Cardenal de Barcelona fue escenario del primer aborto legal practicado durante la Guerra Civil española.

Una mujer casada, de veinticinco años, yacía tendida sobre una de las cuatro camas, a punto de poner fin a su embarazo al amparo del Decreto de «terminación artificial» (tal fue el eufemismo empleado entonces por las autoridades republicanas) de 25 de diciembre de 1936, publicado el 9 de enero de 1937 en el *Diari Oficial de la Generalitat*.

El documento había sido rubricado por el *conseller en cap* (primer ministro) Josep Tarradellas, y por los *consellers* de Sanidad y Asistencia Social y de Justicia, Pere Herrera, de la CNT, y Rafael Vidiella, de UGT.

Su inspiración se debía, en última instancia, a la ministra de Sanidad anarquista, Federica Montseny, primera mujer ministra de la Europa occidental.

A sus treinta y dos años, Montseny se enorgullecía de sus ideas avanzadas, inculcadas por sus padres, Juan Montseny y Teresa Mañé, procesados en varias ocasiones por editar *La Revista Blanca*, buque insignia del pensamiento libertario español durante el primer tercio del siglo xx.

La paciente estaba nerviosa al principio, incapaz de seguir las indicaciones de los médicos, pues era sorda. Dos enfermeras la ayudaron a recostarse sobre la camilla antes de administrarle unos sedantes.

Su historial médico era pavoroso: padre sifilítico y canceroso, madre fallecida de una afección cardíaca, dos hermanos muertos de pulmonía y una hermana escrofulosa.

Era madre de dos hijos ilegítimos que habían heredado la sífilis y, por si fuera poco, eran subnormales. Su marido luchaba entonces por los ideales republicanos en el frente de Madrid.

En cuanto solicitó la intervención quirúrgica, a la paciente se le abrió una ficha médica, psicológica, eugenésica y social, sometiéndola a un exhaustivo reconocimiento para garantizar que podría resistir la operación.

En Barcelona, los abortos sólo podían practicarse en la Casa de la Maternidad, en el Hospital General de Cataluña (como se denominaba al de Sant Pau), en el Hospital Clínico y en el Cardenal.

Fuera de la ciudad, existían otros centros autorizados en Lérida, Puig Alt de Ter (nombre que se le dio en 1937 a Sant Joan de les Abadesses), Badalona, Berga, Granollers, Gerona, Villafranca, Reus, Igualada, Olot y Vic.

El aborto consistía entonces en el viejo procedimiento de dilatación y raspado. La cucharilla, utilizada para legrar y limpiar las heridas, se había empleado ya por primera vez para raspar el útero en Francia, en 1842.

La dilatación del cuello tenía una historia aún más larga. Entonces se inducía mediante laminarias, generalmente algas secas comprimidas, las cuales se hinchaban tras la inserción y eran conservadas celosamente en tubos esterilizados antes de su utilización. Si existía algún peligro de infección, se aplicaban a la paciente bolsas de hielo en el abdomen.

Pero aun así, el cumplimiento de la ley tropezaba con la resistencia de otros médicos como el doctor José Roig y Gilabert.

El propio doctor Félix Martí Ibáñez, director general de Sanidad del Gobierno catalán, durante una visita de inspección a la Casa de Maternidad de Lérida, escuchó de labios del doctor Roig que si no había practicado abortos hasta entonces era porque no había recibido ninguna autorización oficial para hacerlo.

Martí dispuso entonces que se anunciara el nuevo servicio médico en la prensa. Días después, acudieron las primeras mujeres dispuestas a someterse a la intervención. Pero el doctor Roig hizo cuanto estuvo en su mano para desalentarlas. Ordenó al farmacéutico del hospital que no repusiera el suministro de laminarias. Incluso el director del laboratorio accedió a falsear los resultados de las pruebas clínicas para hacer creer a las mujeres que se les negaba la operación por malas condiciones de salud. Y para acabar de disuadirlas, el doctor Roig proclamó que para someterse a un aborto era necesaria una hospitalización mínima de seis días.

Algunas mujeres reaccionaron comprando sus propias laminarias antes de acudir al hospital. Una de ellas, esposa de un guardia de asalto, llegó incluso a intimidar al doctor Roig con una pistola cuando éste le negó la intervención. Pero sólo cuando la policía amenazó al facultativo con arrestarle, por fin accedió a practicar el aborto.

Aun así, podía estimarse entre 1.200 y 2.000 el número total de abortos legales registrados durante la contienda.

Un número ciertamente elevado teniendo en cuenta que, el 30 de julio de 1937, el Gobierno retiró su decreto ante las presiones de los médicos, que obtuvieron así una gran victoria en su guerra particular contra el aborto, dentro de otra guerra más sangrienta todavía.

PALADÍN DEL DECRETO

El doctor Félix Martí se sentía orgulloso de haber participado en el alumbramiento de un decreto abortivo inédito en España.

Para justificarlo, Martí se amparaba en que la República Federal Suiza había incorporado el aborto a su legislación en 1916; igual que lo hizo luego Checoslovaquia, en 1925, también para restringir la maternidad.

Martí alardeaba de que incluso el Japón imperialista lo había autorizado en 1929 como medida eficaz contra el excesivo aumento de la natalidad; así como la Unión Soviética, en el Código de 1926.

En el decreto de 25 de diciembre, los abortos se clasificaban en cuatro categorías: «terapéuticos», si paliaban la mala salud física o mental de la madre; «eugenésicos», si se pretendía evitar la transmisión de enfermedades mentales o defectos físicos; «neo-maltusianos», para aplicar un control voluntario y eficaz de la natalidad, y «personales», si por razones sentimentales se quería acabar con el embarazo no deseado.

5

FECHA: JULIO DE 1800. Goya empezó a pintar entonces la versión definitiva de *La familia de Carlos IV*, un retrato colectivo llevado al Museo del Prado por orden de Fernando VII.

LUGAR: ARANJUEZ. El genial artista aprovechó la estancia de la Familia Real en aquel palacio para elaborar por separado todos los bocetos del natural desde el mes de mayo.

ANÉCDOTA: El frenético historial obstétrico de la reina María Luisa se reflejó en su físico: en 1789, con treinta y un años, era ya vieja según el embajador ruso Zinóviev.

¿QUÉ SECRETO ENCIERRA *LA FAMILIA DE CARLOS IV*?

Existen obras de arte, como el soberbio y célebre lienzo de Goya *La familia de Carlos IV*, que, sin ser tan concluyentes como una prueba de ADN, ofrecen en cambio sugestivos indicios de paternidad.

El protagonista de este célebre óleo conservado en el Museo del Prado no es, como sugiere el título, el mismo monarca, sino un niño de seis años vestido de rojo, que aparece en el centro de la imagen con el cuerpecito adornado por la banda de Carlos III cruzándole el pecho. Es el infante Francisco de Paula, a quien ya entonces los rumores de la corte señalaban como hijo adulterino de la reina María Luisa de Parma y de su favorito Manuel Godoy, a quienes ya aludimos al abordar el apasionante enigma del «conde de Montecristo español».

Los personajes de este cuadro del entonces pintor de cámara del monarca, realizado en el Palacio Real de Aranjuez en 1800, parecen mirar a un testigo invisible, posiblemente el propio Manuel Godoy, Príncipe de la Paz.

Se cuenta que el mismo pintor francés impresionista Pierre-Auguste Renoir, al visitar el Museo del Prado, comentó sobre esta primera obra de Goya incorporada a la pinacoteca: «El rey parece un tabernero y la reina, una mesonera… o algo peor; pero ¡qué diamantes le pintó Goya!».

Entre tanta fealdad parece refulgir, en efecto, como un lucero, la belleza más llamativa del infante Francisco de Paula, embutido en su ropaje encarnado. Para algunos bastó comparar el perfil del niño y el de su hermana, la infanta María Isabel, retratada también por Goya, para dudar de su paternidad. Sus narices respingonas, un calco de la de Godoy, contrastaban con el resto de apéndices genuinamente borbónicos.

Las fechas también coinciden. Francisco de Paula nació en 1794, en pleno apogeo del romance de la reina con Godoy; su hermana María Isabel lo había hecho en julio de 1789, apenas un año después de que el impetuoso guardia de corps irrumpiese en el corazón ardiente de la reina.

No era extraño así que lady Holland, esposa de un diplomático británico, aludiese en sus memorias al «indecente parecido» entre Francisco de Paula y Godoy; rumor, por cierto, que muy pronto se extendió por las distintas legaciones extranjeras.

La infanta María Isabel, casada luego con el futuro Francisco I de las Dos Sicilias, tendría que aguantar también que su propia suegra, la reina María Carolina de Nápoles, cuestionase su paternidad.

En una carta a su ministro Gallo, la soberana napolitana no dudaba así en llamar «pequeña bastarda» a su nuera, «a quien —escribía— quiero mucho porque es muy buena y no es culpa suya haber sido procreada por el crimen y la maldad».

Más tarde, los partidarios de Carlos María Isidro —los carlistas— se aferrarían a la presunta bastardía del infante Francisco de Paula para invalidarle como continuador de la dinastía de los Borbones en España, pues su hijo, Francisco de Asís, se casaría con la futura Isabel II.

Por eso, cuando las Cortes de Cádiz decretaron en marzo de 1812 que Francisco de Paula quedase desprovisto de todo derecho de sucesión a la Corona, así como sus futuros descendientes, los

carlistas se apresuraron a esgrimir este documento como prueba fehaciente de que los rumores sobre la paternidad de Godoy eran ciertos.

Sin embargo, en julio de 1820 otro decreto de las Cortes invalidó el anterior con este argumento ante el que ya nada pudieron alegar los carlistas:

> Se ha examinado la proposición relativa a que por haber cesado las circunstancias políticas que obligaron a excluir al infante, se revoque aquella disposición, que se fundó en la necesidad de precaver una nueva perfidia de Bonaparte.

¿Cuáles eran esas «circunstancias políticas» que aconsejaron despojar al infante de sus derechos? Ni más ni menos que el riesgo de que un niño, como era entonces Francisco de Paula, pudiese ser utilizado en su provecho por el mismo Napoleón Bonaparte. Exactamente igual que hizo éste, aunque fuesen ya adultos, con Carlos IV y Fernando VII.

Recordemos que España había sido invadida por las tropas de Napoleón Bonaparte en 1812; un niño como Francisco de Paula podía haber caído entonces bajo la tutela e influencia de Napoleón, convirtiéndose en su marioneta.

Significaba eso que, en contra de lo que ansiaban los carlistas, la exclusión temporal de Francisco de Paula como sucesor al trono no tuvo como base el «indecente parecido» con Godoy al que aludía lady Holland, sino la necesaria prudencia en aquellos críticos momentos para la nación. Contemplen si no el lienzo de Goya.

La carta confidencial

Mi amigo Juan Balansó, Q.E.P.D., uno de los mejores expertos en Casas Reales europeas, me mostró en cierta ocasión la copia de una carta de Manuel Godoy a la reina María Luisa de Parma, fechada en Calzada de Oropesa el 17 de julio de 1801, en la que el favorito

decía a su regia amada: «He visto las graciosas cartas del infante don Francisco [de Paula] y ciertamente encantan, pues se distinguen de los demás hermanos los sentimientos de Su Alteza».

¿Era acaso distinto nuestro infante protagonista del resto de sus trece hermanos, como advertía Godoy en confidencia a la reina María Luisa?

Sea como fuere, Francisco de Paula (1794-1865) contrajo matrimonio con la princesa Luisa Carlota de las Dos Sicilias y más tarde, tras enviudar, con Teresa Arredondo. Era, como ya sabe el lector, padre del rey consorte Francisco de Asís, desposado con su prima la reina Isabel II.

6

FECHA: 16/3/1930. El general Miguel Primo de Rivera falleció con sesenta años en su habitación del hotel Pont-Royal, situado en la calle du Bac del barrio de Saint Germain.

LUGAR: PARÍS. Horas antes, el general bromeaba: "Casi creo que estoy en casa", decía al advertir que las iniciales del hotel bordadas en las toallas coincidían con las suyas.

ANÉCDOTA: José Antonio declaró: "Lo han matado… Ha muerto por mano artera… No ha podido resistir que su conciencia limpia se vea envuelta injustificadamente en campaña de responsabilidades".

¿Murió envenenado el general Primo de Rivera?

He aquí otro gran enigma: ¿murió envenenado el dictador Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, padre del fundador de Falange Española, o lo hizo por causa natural, a raíz de la diabetes que padecía, complicada a última hora por un fuerte resfriado?

Entre sus principales biógrafos, Eduardo Aunós, ministro de Trabajo durante la dictadura y luego de Justicia con Franco, recordaba que «la víspera de su muerte asistió en París a una representación de *Cyrano de Bergerac*, de Rostand».

Pero ¿acaso un hombre al borde de la muerte estaba en condiciones de presenciar, como cualquier otro espectador, una función teatral seguida de una suculenta cena en el exilio? ¿No resulta extraño que el biógrafo Aunós incurriese en una palmaria contradicción, añadiendo que entonces «se observó una caída vertical, tanto en su estado de ánimo como en su aspecto exterior»? ¿Cómo era posible que aquella mañana, el hombre que horas después asistió al teatro y cenó acompañado, hubiese manifestado

al periodista Mariano Daranás, del diario *El Debate*, sentir «un ahogo; una asfixia de un extremo a otro del pecho, como una especie de cuerda tirante debajo de la garganta», concluyendo que tenía «el presentimiento de que es una angina de pecho; algo grave»?

Sabemos que el general, de sesenta años, asistió a un almuerzo ofrecido por el embajador español José Quiñones de León. El secretario de la embajada, Luis Soler Puchol, estuvo también allí y anotó: «Pese al régimen impuesto, el general comió con excelente apetito y ya a los postres, charlando con su hija Pilar, que estaba a mi lado, me dijo que añoraba la comida casera, fatigada de la del hotel. Le evoqué el cocido madrileño. "¡Ay, qué rico!"…».

El mismo día del fallecimiento, el domingo 16 de marzo de 1930, Eduardo Aunós recordaba que aquella mañana, cuando sus hijos entraron a verle en el hotel Pont-Royal antes de ir a misa, le hallaron más animado que el día anterior.

A juzgar por los testimonios de quienes acompañaron al general entonces, no cabía esperar una muerte tan repentina, a no ser que alguien la hubiese provocado tal vez…

La carta del embajador Quiñones de León al presidente del Gobierno, Dámaso Berenguer, tres días después del fatal desenlace, arroja algo de luz:

> ¿Qué puedo decirte de la muerte del pobre Miguel, que en paz descanse? […] Cuidado por un médico que tiene muy poco de médico, persona muy poco apreciable en todos los conceptos, no se sujetó al estricto régimen que su estado de salud requería.

El mismo doctor Bandelac, a quien Quiñones consideraba mal médico y peor persona, firmó el certificado de defunción esgrimiendo como *mortis causa* una «embolia»; pese a lo cual, Aunós daba fe de la sorprendente paradoja en que incurrió luego el galeno en su propia presencia y en la de Calvo Sotelo: «Meses más tarde, ante nosotros [el propio Bandelac] dijo que creía, no obstante, en la tesis del envenenamiento».

Alberto Bandelac era un judío sefardita, nacido en Tánger en 1870 y nacionalizado español. Formado en la Alianza israelita, estudió medicina en París, donde trabajó como doctor en la Embajada de España y fue luego director del Hospital Español.

El propio Ernesto Giménez Caballero, camarada de José Antonio, escribía en la revista *La joven Europa*, en febrero de 1942, que el general falleció en París «probablemente envenenado momentos antes de irse a refugiar en Alemania, en 1930».

Sancho Dávila, primo de José Antonio, aseguraba: «Me contó Miguel que la policía internacional, recién fallecido su padre, le llamó para comunicarle que había sido envenenado».

El abogado y escritor José Luis Jerez Riesco se ha mostrado aún más rotundo, al afirmar: «La masonería acabó con la Dictadura del General Primo de Rivera y con su vida».

Pero José Antonio y sus hermanos se negaron a creer en el envenenamiento de su padre, víctima de un complot masónico internacional, como sostenía el falangista Julián Mauricio Carlavilla en su libro *El enemigo*, publicado con el seudónimo de Mauricio Karl.

Felipe Ximénez de Sandoval refería lo que le comentó su jefe José Antonio sobre la tesis de Carlavilla: «A mí nadie me ha traído pruebas de todo ello y yo soy incapaz de acusar sin pruebas. Esas denuncias de Mauricio Karl son por su cuenta y riesgo».

Sandoval añadía, ya a título particular: «José Antonio no quiso prestar oídos a esos rumores, no sé si por convencimiento de su inexactitud o por no querer pasear el nombre de su padre en campañas de agitación política». Quién sabe…

SOMBRAS DE SOSPECHA

El mismo Mauricio Carlavilla, que protagonizó, en septiembre de 1936, el intento pionero de rescatar a José Antonio de la cárcel de Alicante, escribió sobre el fallecimiento del dictador: «No presintió [el general Primo de Rivera] que en París le esperaba la muerte más

extraña. Una muerte estúpida, incomprensible, llena de misterios. Primo de Rivera no estaba enfermo. La diabetes que padecía era una cosa insignificante, que soportaba con entereza. Apenas le causaba trastornos».

Carlavilla cernía a continuación, sobre el doctor Alberto Bandelac, toda sombra de sospecha: «Bandelac de Pariente, médico de la embajada, que había atendido al general, efectúa con presteza el embalsamamiento del cadáver por un método que impide en absoluto una investigación visceral posterior. De este modo no hay manera de encontrar un indicio criminal, y faltando este indicio no se puede personalizar al autor material del hecho. Nadie ve nada. Ni se sospecha ni se investiga».

7

FECHA: 26/6/1878. A las 12.15 del mediodía falleció la reina María de las Mercedes de Orleáns y Borbón, esposa de Alfonso XII, a causa de "una fiebre gástrica nerviosa".

LUGAR: MADRID. El Palacio Real se vistió de luto tras la muerte de la reina más efímera desde la época de los Reyes Católicos: sólo 154 días de reinado.

ANÉCDOTA: "Mercedes apareció ante mis ojos como la imagen perfecta de la felicidad y la virtud", escribió el rey Alfonso XII, embelesado, tras visitar a su futura esposa.

¿Por qué se mintió sobre la muerte de la reina Mercedes?

El destino y el error médico, por qué no admitirlo, convirtieron el reinado de María de las Mercedes de Orleáns y Borbón en el más breve desde la época de los Reyes Católicos: 154 días exactamente.

Cinco meses de felicidad pero ante todo de angustia, desde que a finales de marzo de 1878 la salud de la reina empezó a resentirse.

Enamorada hasta el tuétano de su esposo y primo el rey Alfonso XII, con quien contrajo matrimonio el 23 de enero de aquel mismo año en la madrileña basílica de Atocha, la reina Mercedes se apagaría sin remedio como una vela.

Al principio se pensó que su palidez y los mareos y vómitos que la confinaron en sus aposentos privados eran consecuencia del embarazo.

Poco después, el doctor Tomás Corral y Oña, marqués de San Gregorio y médico de cabecera del rey, intentó detener en vano la amenaza de aborto. El trance ocasionó un serio disgusto al monarca, preocupado también por verse privado del sucesor que tanto anhelaba.

Más de un siglo después, el doctor Enrique Junceda valoraba así el triste acontecimiento: «La etiología de este aborto es difícil de precisar, pues se presentó al regreso de un largo paseo a caballo, hecho que pudo haber sido puramente casual o bien desencadenante del mismo; o pudo ser también la interrupción gravídica derivada de la infección latente que poco tiempo después había de llevarla al sepulcro».

Sea como fuere, el padre de la malograda parturienta, Antonio de Orleáns, duque de Montpensier, recomendó cautela a su regio yerno en una carta enviada desde Bolonia, el 2 de abril:

> Venga ahora el sermón: después de este malparto, toda precaución ha de ser poca; hay que quemar las sillas de señora, los coches de jacas, los *breaks* duros, y al menos, indicar *chaise-longue* y descanso absoluto; perdona eso a un viejo abuelo que tiene también mucho empeño en serlo también por tu lado.

Restablecida en apariencia en el mes de abril, la reina Mercedes acusó de nuevo un paulatino cansancio desde finales de mayo. Nuevamente, los médicos sospecharon que podía tratarse de otro embarazo, dadas sus persistentes náuseas y vómitos.

De hecho, el marqués de San Gregorio firmó en la *Gaceta* el primer parte facultativo el 18 de junio:

> Viene aquejada desde fines del mes anterior de las molestias que anuncian algunas veces el principio del embarazo. En estos últimos se ha observado en S. M. una fiebre poco intensa de forma intermitente y tipo irregular, que ha desaparecido en virtud de los medios apropiados; pero persiste la predisposición al vómito y la inapetencia, con el malestar y debilidad consiguientes.

Una semana después, el mismo periódico reproducía otro parte oficial anunciando que la vida de la reina corría grave peligro tras producirse una hemorragia.

Al día siguiente, 26 de junio de 1878, sobrevino el fallecimiento del cual daba noticia así el marqués de San Gregorio, en la *Gaceta*:

> Cumplo el dolorosísimo deber de poner en conocimiento de V. E. que S. M. la Reina nuestra Señora doña María de las Mercedes de Orleáns y Borbón ha fallecido a las doce y cuarto del día de hoy a consecuencia de una fiebre gástrica nerviosa, acompañada de grandes hemorragias intestinales.

Pero María de las Mercedes pudo haber conservado la vida si no hubiese sido por el error de los médicos, como ya anticipábamos. Una vez más, los doctores no acertaron con el tratamiento de la grave enfermedad, disfrazada ante el pueblo para evitar comentarios, dado que en realidad se trataba de tifus, como tal, contagioso. El falso diagnóstico fue, recordemos, «fiebre gástrica-nerviosa».

La suerte de María de las Mercedes pudo haber cambiado si la reina hubiera sido tratada exclusivamente por el padre de Jacinto Benavente, el primer pediatra que hubo en España. Su hijo, el ilustre Premio Nobel de Literatura, al menos estaba convencido de ello: «Yo estoy seguro —decía don Jacinto— de que si mi padre se hubiera encargado de la asistencia de la Reina, pero él solo, sin intromisiones de otros médicos, la reina Mercedes no hubiera muerto en plena juventud. Mi madre, que sentía plena simpatía por la pobre reina, cuya muerte fue muy sentida en toda España, se lamentaba muchas veces de que no se hubiera llamado a mi padre, y no ciertamente por presumir de señora de médico palatino, sino porque siempre creyó que los médicos no habían entendido la enfermedad».

Y no sólo no la entendieron, sino que la falsearon a los ojos del pueblo entero para evitar el escándalo.

El gran conspirador

La reina Isabel II, madre de Alfonso XII, se opuso con uñas y dientes a la boda de su hijo con María de las Mercedes. No en vano, la soberana culpaba de su propia caída y posterior exilio en París al padre de la novia, el duque de Montpensier, convertido a su juicio en gran conspirador.

Fiel a su convicción, Isabel II fue la principal ausente en la ceremonia nupcial.

Sin ir más lejos, el ministro de Estado, Manuel Silvela, escribió al marqués de Molins sobre el sentir de la reina, el 27 de septiembre de 1877:

> Al venir al Real Sitio [El Escorial] para dejar a sus hijas, ha citado [Isabel II] a los representantes de Francia, Alemania y Rusia, manifestándoles su repugnancia al matrimonio con doña Mercedes, y disparándose contra el duque de Montpensier.

Pero el vencedor sería Montpensier, convertido, gracias a su hija, en suegro del rey.

8

FECHA: 11/9/1853. Victor Hugo logra comunicarse ese día con el espíritu de su hija muerta, Léopoldine, durante una sesión de espiritismo con su familia, diez años después del fallecimiento.

LUGAR: JERSEY. La poetisa y médium Delphine de Girardin le lleva al célebre escritor una mesa parlante para que se comunique con los muertos durante su exilio de Francia.

ANÉCDOTA: El autor de *Los miserables* pasó parte de su infancia en Madrid, donde destinaron a su padre, el general Hugo, enrolado en el ejército de José Napoleón.

¿Victor Hugo hablaba con los muertos?

La sombra de la maldición cubrió para siempre a Léopoldine Hugo, el 4 de septiembre de 1843. Aquel aciago día, la joven de diecinueve años se cayó de la barca en la que paseaba por aguas del Sena con su marido Charles Vacquerie, un joven adinerado y bien parecido con quien acababa de casarse. La embarcación alquilada en Villequier zozobró de repente en los meandros del río.

El esposo se arrojó enseguida al agua para salvarla, pero murió irremediablemente ahogado poco después, como ella. La tragedia romántica conmocionó a París, y se aseguró que los cuerpos abrazados de las víctimas habían sido encontrados en las profundidades del río, pero la investigación posterior demostró que ella se hundió justo debajo de la barca y que él fue arrastrado por la corriente. Los inhumaron en el mismo ataúd, en el cementerio de Villequier.

Léopoldine era la primogénita del príncipe de las letras Victor Hugo. Pero, ante todo, era su hija predilecta a la que él llamaba

cariñosamente *Didine* o *Didi*, y que para colmo estaba embarazada cuando murió; no en vano, hacía apenas siete meses que la pareja había contraído matrimonio en la iglesia Saint Paul de París, en la más estricta intimidad, tras vencer las reticencias iniciales de ambas familias.

Padre e hija se carteaban. Seis años antes de aquella muerte inesperada, Hugo había dedicado estas líneas a su ojito derecho: «Y después, ángel mío, escribí tu nombre en la arena: Léopoldine. Cuando suba la marea, lo borrará. Mas lo que nada podrá borrar jamás es el amor enorme que tu padre te profesa».

Aquel funesto día, el poeta había regresado ya de pasar unos días de asueto con su amante Juliette Drouet en la localidad guipuzcoana de Pasajes de San Juan, donde poseía una hermosa vivienda con acceso a la bahía construida en el siglo XVII y convertida hoy en la Casa Museo Victor Hugo.

Juliette y él se detuvieron en las afueras de Burdeos para visitar el célebre osario de la iglesia de Saint-Michel. Poco después, llegaron a la villa de Soubise, donde cenaron juntos. En el restaurante había un ejemplar del periódico parisino *El Charivari*, cuyo titular estremeció a Victor Hugo. Decía así: «Muere ahogada en el Sena la hija de Victor Hugo».

Esa misma noche, estampó una sola frase en su diario: «Dios mío, ¿qué te he hecho?».

Con el corazón lacerado para siempre de dolor, le dedicó a su hija algunos de sus más encendidos versos de *Las contemplaciones,* inspiradas durante su destierro en la isla de Jersey, lejos de Napoleón III, al cabo de diez años.

La muerte inesperada de su hija favorita marcó así un antes y un después, otra nueva dimensión, en la vida del autor de *Los miserables*. Aquel verano de 1853, recibió la visita de la poetisa y médium Delphine de Girardin, que había sido amante en su juventud del vizconde de Chateaubriand.

Delphine llegó con una novedad de París: una mesa especial para hablar con los espíritus del otro mundo, que aún no tenía pintado el alfabeto, como la güija o tablero parlante actual. Funcionaba a base de golpecitos, de forma que el primero equivalía a la primera letra

del alfabeto, el segundo a la «b», y así sucesivamente, hasta los veintiséis seguidos que significaban la «z».

Por fin, el domingo 11 de septiembre de 1853, diez años después del fallecimiento de su hija, consiguió hablar con su espíritu.

En su libro *Conversaciones con la eternidad, la obra maestra olvidada de Victor Hugo*, John Chambers reproduce, según la transcripción que hiciera el propio Victor Hugo, aquella sesión tan reveladora para el poeta:

> Auguste Vacquerie, hermano del difunto esposo de Léopoldine, le preguntó a la mesa:
>
> —Adivina en qué palabra estoy pensando.
>
> La mesa golpeó:
>
> —Sufrimientos.
>
> —Ésa no es la palabra —repuso Vacquerie. Él había pensado en «amor».
>
> —¿Aún eres el mismo espíritu? —preguntó ahora Delphine.
>
> —No.
>
> —¿Quién eres tú? —inquirió Victor Hugo.
>
> —Niña muerta.
>
> —¿Tu nombre? —insistió el poeta.
>
> La mesa volvió a golpear:
>
> —LÉOPOLDINE.
>
> Victor Hugo enmudeció y creyó que el corazón iba a estallarle.
>
> Su hijo Charles, más calmado, preguntó entonces a su hermana:
>
> —¿Dónde estás? ¿Eres feliz? ¿Aún nos amas?
>
> —De Dios.
>
> —Dulce alma, hija mía, ¿eres feliz? —añadió Victor Hugo.
>
> —Sí.
>
> —¿Dónde estás?
>
> —Luz.
>
> —¿Cuál es tu mensaje para nosotros?
>
> —Aprender a sufrir por el otro mundo.

El espíritu de Léopoldine le pidió que dejara de sufrir, que volviera a abrirse al mundo y que disfrutara de la escritura. Y eso mismo intentó hacer desde entonces.

De charla con Shakespeare y Platón

A partir de 1853, y durante dos años y medio, Victor Hugo se familiarizó con los fenómenos derivados del espiritismo: ruidos y golpes en las paredes, visiones y hasta premoniciones… Llegó a convertirse así en una obsesión para él la comunicación con los espíritus de grandes personajes de la Historia por medio de aquella mesa parlante, desde Shakespeare y Napoleón Bonaparte, hasta Racine y Platón mismo.

Camille Flammarion asegura en la revista *Les Annales Politiques et Littéraires*, del 7 de mayo de 1899, esto mismo:

> Victor Hugo conversó conmigo algunos años antes de su muerte. Él jamás dejó de creer en las manifestaciones de los espíritus. Esa creencia inquebrantable, cuyas raíces se remontan a las experiencias de Jersey, en las frecuentes reuniones de las «mesas parlantes», fue para el gigante de la literatura del siglo XIX la motivación de su vida, de su trabajo y del amor a sus semejantes.

9

FECHA: 30/1/1889. Rodolfo de Habsburgo y su amante María Vetsera fueron hallados muertos en la cama: el primero con un brazo colgando; ella boca arriba, entre las sábanas ensangrentadas.

LUGAR: VIENA. La pareja de enamorados se había retirado al pabellón de caza de Mayerling, en los exuberantes bosques enclavados en la provincia austríaca, donde ocupaba un gran dormitorio.

ANÉCDOTA: Antes de su última aventura, el archiduque Rodolfo había mantenido relaciones con Mizzi Caspar, a quien su esposa Estefanía, ofendida, calificó como "la gran ramera de Viena".

La tragedia de Mayerling: ¿atentado o suicidio?

El terrible suceso hizo concebir incluso en algunos la certeza de que sobre la Casa de Habsburgo se cernía una especie de maldición.

La tragedia coincidió, además, con la paulatina desmembración del imperio cuyas grietas intentaba en vano reparar, con su política paternalista, el propio emperador Francisco José (1830-1916). Su reinado, aun así, de casi sesenta y ocho años, sería el tercero más largo de la historia de Europa, después de Luis XIV de Francia y Juan II de Liechtenstein.

Aludimos, claro está, al suicidio del archiduque Rodolfo de Habsburgo, príncipe heredero del Imperio austrohúngaro, y al de su amante la baronesa María Vetsera, acaecido el 30 de enero de 1889 en un dormitorio del pabellón de caza de Mayerling, en los exuberantes bosques de Viena.

Rodolfo era el único hijo varón del emperador Francisco José. Su madre era la emperatriz Isabel, llamada cariñosamente «Sissi» en

familia, nacida princesa de Baviera, de quien su propio esposo Francisco José era primo carnal.

María Vetsera provenía, en cambio, de una familia acaudalada de zapateros de Bratislava. Nacida en 1871, fue la mujer elegida por Rodolfo para no morir solo.

Era realmente bella y seductora, como atestiguaba por escrito una amiga suya:

> No era muy alta, pero su figura sinuosa y el seno exuberante la hacían parecer más que adulta a sus diecisiete años. Coqueta por instinto, inconscientemente inmoral en sus actitudes, casi una oriental en su sensualidad y, sin embargo, una dulce criatura. Había nacido para el amor, y desde luego que lo descubrió con un oficial inglés a los dieciséis años; conocía el fuego de la pasión.

La llama de la pasión prendió en su corazón el 14 de enero de 1889, tan sólo dieciséis días antes de la tragedia, cuando María escribió a su institutriz, sin titubeo alguno:

> Estuve anoche con él [Rodolfo] desde las siete hasta las nueve. Ambos hemos perdido la cabeza. Ahora nos pertenecemos por completo.

Los disparos efectuados en el pabellón de caza de Mayerling resultaron mortales para los dos amantes. Sus cadáveres fueron hallados aquel fatídico miércoles, a las siete y media de la mañana, por el camarero personal del príncipe heredero, Johan Loschek, que a duras penas logró derribar la puerta del dormitorio a hachazo limpio junto con dos amigos de la pareja invitados a la cacería.

Rodolfo estaba al borde de la cama, con un brazo colgando; María Vetsera yacía boca arriba, entre las sábanas bañadas en sangre.

Tras no pocas conjeturas, acabó aceptándose que Rodolfo había disparado a su amante antes de dirigir el arma contra sí mismo. Es decir, que tan autor fue de un homicidio, como de su propio suicidio.

Sin embargo conocer la verdad llevó su tiempo, pues la propia Casa Imperial hizo cuanto pudo para salvaguardar su prestigio, difundiendo la versión oficial de que el archiduque Rodolfo de Habsburgo había sido asesinado por razones políticas.

La última emperatriz de Austria, Zita de Borbón-Parma, declaró a la prensa, en 1983, su convencimiento de que Rodolfo había sido asesinado. Zita añadió que presentaría las pruebas concluyentes del crimen.

Pero sus palabras fueron desmentidas, poco después, por su hijo el archiduque Otto, primogénito de la familia imperial, quien aseguró, categórico, a los periodistas: «No existen tales pruebas. Rodolfo se suicidó».

Entretanto, circularon las versiones más rocambolescas sobre lo acontecido en Mayerling, el idilio pasional más célebre de la historia contemporánea.

Llegó a afirmarse que María Vetsera se había envenenado con cianuro antes de matar a Rodolfo, carcomida por los celos porque éste le había asegurado poco antes que pensaba abandonarla.

Hasta el cine, unido al absurdo hermetismo de la propia Casa Imperial, sirvió para alimentar los más disparatados rumores.

Finalmente, aceptada a regañadientes la hipótesis del suicidio, los miembros de la ultracatólica Casa de Austria alegaron como excusa «enajenación mental transitoria» para poder inhumar al desgraciado Rodolfo según los sagrados cánones de su religión.

A su muerte violenta, los amantes dejaron escritas varias cartas.

El archiduque, una para su esposa Estefanía de Bélgica, a quien decía:

> Te ves libre de mi funesta presencia. Sé buena con la pobre pequeña [su única hija, la archiduquesa Isabel, nacida en 1883], ella es todo lo que queda de mí. Voy tranquilo hacia la muerte.

Rodolfo tenía sólo treinta años cuando decidió quitarse la vida. Había heredado de su madre el mismo carácter impulsivo y sentimental que tantos errores le hizo cometer en vida, frente al

espíritu sosegado y reflexivo de su padre. Y de todos sus errores, el más grave fue sin duda el de quitarse la vida.

Las veleidades del archiduque

Un matrimonio impuesto por razones de Estado, como tantos otros en la larga y ajetreada historia de las casas reales europeas, marcó el declive del veleidoso archiduque Rodolfo de Habsburgo. En 1881 lo casaron con Estefanía de Bélgica, una princesa insulsa y aburrida, incapaz de satisfacer las fuertes emociones de su impetuoso marido.

Espantada por la noche de bodas, Estefanía no se recató a la hora de consignar los más íntimos sentimientos en sus memorias: «¡Qué sufrimiento! ¡Qué terrible decepción! Creí morir de desesperación», anotó.

Cinco años después de su casamiento, Rodolfo contrajo una enfermedad venérea, diagnosticada por el doctor Widerhofer el 7 de enero de 1886. Era evidente que el matrimonio no marchaba bien. Para colmo, el archiduque contagió la gonorrea a su esposa, que desde entonces le aborreció siempre.

Desencantado de la vida, Rodolfo frecuentó la compañía de prostitutas, entregándose por completo a la bebida y el adulterio.

10

FECHA: 13/8/1831. Aparición de la Virgen a sor Patrocinio dejándole la imagen de Nuestra Señora del Olvido, Triunfo y Misericordias, venerada hoy en el convento del Carmen de Guadalajara.

LUGAR: GUADALAJARA. Las concepcionistas franciscanas custodian hoy los restos mortales de la abadesa y fundadora de diecinueve conventos en una de las capillas laterales de la iglesia del Carmen.

ANÉCDOTA: Orando sor Patrocinio en la iglesia, la cogió el demonio y la tendió sobre el cadáver de un caballero depositado allí, manteniéndola en contacto con sus restos.

La leyenda negra de la «monja de las llagas»

La historia de María de los Dolores Quiroga y Capopardo (1811-1891), más conocida como sor Patrocinio, «la monja de las llagas», es hoy tan ignorada como fascinante.

Nacida en el término municipal de San Clemente, en Cuenca, tuvo los estigmas de Jesucristo en manos, pies y costado desde 1830; sufrió también persecuciones dentro y fuera de la Iglesia, así como vejaciones constantes del demonio, y recibió dones y carismas extraordinarios, como el de introspección de conciencias, que le hacía leer el alma de la gente.

Sor Patrocinio era franciscana. Pertenecía a las concepcionistas descalzas y fue abadesa y fundadora de diecinueve conventos.

Su belleza física e inteligencia cautivaron incluso a políticos masones de la época, como Salustiano Olózaga, que viéndose una y otra vez rechazado por ella emprendió por despecho una campaña de calumnias acusándola, entre otros infundios, de provocarse los estigmas.

Pero testigos directos de diversa extracción social, empezando por la mismísima reina Isabel II de España, han dado fe de sus revelaciones, éxtasis y milagros.

El 13 de agosto de 1831 se le apareció a sor Patrocinio la Virgen dejándole la imagen de Nuestra Señora del Olvido, Triunfo y Misericordias, venerada hoy en el convento del Carmen de las concepcionistas franciscanas de Guadalajara, donde también reposan sus restos mortales en una de las capillas laterales.

El 19 de julio de 1907 se hizo público el decreto de apertura del proceso ordinario de su causa de beatificación y canonización, todavía en curso hoy.

Pues bien, adentrémonos ya sin más demora en el testimonio desconocido de la reina Isabel II, legado de su puño y letra a la posteridad en París, el 18 de enero de 1904, del que se desprende sin ningún género de dudas la santidad de sor Patrocinio.

Afirmaba la soberana:

> He sido testigo de esto y puedo jurarlo con la mano puesta sobre mi corazón y sobre la imagen de Dios que me ha de juzgar. Contra ella se ha dicho todo lo malo que decirse puede; pero todo fue urdido por los emisarios del maldito Satanás que, así como a los primitivos cristianos echaban los gentiles la culpa de cuantas desgracias ocurrían, así también los masones, si se encendía en España la guerra civil, si caía un ministerio, si se atentaba contra mi real persona, si se daba algún puesto a algún personaje, enseguida gritaban por medio de la prensa impía: «Son cosas de la monja sor Patrocinio»; y yo protesto delante de Dios y de los hombres, que ella jamás tuvo parte en tales cosas ni se mezcló nunca en asuntos de gobierno ni de política. Y doy muchas gracias a Dios porque me ha conservado la vida hasta este momento en que puedo desmentir de una manera solemne todas las calumnias e imposturas que contra tan santa religiosa propagaron los enemigos de Dios y de la patria española.
>
> Aunque mi amada y venerada madre sor Patrocinio no tuviera a su favor más que la clase de hombres que la persiguieron,

> desterraron y calumniaron, tendría bastante para que cualquier persona sensata se formara un subido concepto de su virtud. La persiguieron los malos, los impíos, los enemigos de la Iglesia, prueba inequívoca de que ella no era de su bando, sino buena, piadosa y santa. Siento un indecible consuelo en dar esta declaración en los últimos años de mi vida, a favor de la inocencia y de la justicia perseguida. Yo moriré contenta, y Dios, en cuya presencia hago esta declaración, la reciba en descuento de mis pecados y culpas y aumento de gloria que creo firmemente goza ya mi tan amada madre sor María de los Dolores y Patrocinio.

Coincidiendo, en efecto, con el hostigamiento a las órdenes religiosas en España, iniciado con los gobiernos del conde de Toreno y de Martínez de la Rosa, que supuso la expulsión de la Compañía de Jesús o la matanza de frailes entre otros muchos desmanes, se calumnió vilmente a esta mujer consagrada a Dios.

La pobre monja fue acusada de provocarse las llagas y de intervenir en política aprovechándose de la confianza que inspiraba a la entonces reina gobernadora, María Cristina de Borbón, y a su hija Isabel II.

La horrible campaña de injurias prosiguió incluso después de su muerte, en 1891, haciéndola pasar a la historia como una impostora sin escrúpulos. Todavía hoy, sin ir más lejos, en los libros de historia sigue aludiéndose a ella como si fuera una criminal. El precio, quién sabe, si de una futura santidad por fin reconocida.

El demonio en casa

Desde pequeña, Dolores se vio acosada por el perverso diablo. Furioso éste con un alma predilecta de Dios, intentó varias veces quitarle la vida. Pero, al no serle permitido por el Creador, la atormentaba de mil maneras.

Enterado de ello el padre de la niña, Diego de Quiroga y Valcárcel, la trasladó a una habitación contigua a la suya para vigilarla. Pero sucedió que, al entrar en el nuevo dormitorio, vio a su hija rodeada de peligrosos saurios como salamanquesas y lagartos, los cuales, al disponerse a matarlos, desaparecieron misteriosamente.

Diabólico fue también el odio profesado por su madre, Dolores Capopardo del Castillo, hasta el extremo de intentar emponzoñar a su hija dándole a comer una tortilla envenenada. Advertido del peligro, un criado de la casa previno enseguida a don Diego, quien ordenó que diesen a probar antes la tortilla al gato, el cual murió instantes después retorcido de dolor.

11

FECHA: FINALES DE 1819. Goya es víctima de una grave enfermedad que a punto está de llevarle hasta el sepulcro de no ser por los milagrosos remedios de su médico, Arrieta.

LUGAR: MADRID. Aislado en su Quinta del Sordo, situada en una colina del antiguo término municipal de Carabanchel Bajo, dedicará agradecido un cuadro al doctor Arrieta un año después.

ANÉCDOTA: Pese a ser sordo, la residencia del pintor hasta su exilio en Burdeos, en 1824, adoptó ese nombre por la sordera del anterior propietario, Pedro Marcelino Blanco.

¿Qué tuvieron en común Goya, Beethoven y Van Gogh?

El propio Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828) nos legó, en su *Autorretrato con el doctor Arrieta*, este nuevo enigma histórico estampado de su puño y letra en la parte inferior del mencionado óleo: «Goya agradecido a su amigo Arrieta por el acierto y esmero con que le salvó la vida en su aguda y peligrosa enfermedad, padecida a fines de 1819 a los setenta y tres años de su edad. Lo pintó en 1820», remató con su pincel.

¿Qué misteriosa enfermedad estuvo a punto de segar la vida del genial artista inmerso ya en su ancianidad y llegó a cobrarse, por el contrario, las de otros grandes maestros como el compositor alemán Ludwig van Beethoven (1770-1827) y el también pintor holandés Vincent van Gogh (1853-1890)?

Observamos a Goya en el cuadro, en efecto, moribundo, pálido como un cirio, con la boca entreabierta de quien le cuesta ya Dios y ayuda respirar, y con la mirada extraviada en otro mundo. Debió de verse él así, por dentro, como en un espejo esmerilado a la hora de

inmortalizar su propio Gólgota a los ojos ajenos, aferrado a la vida como a la sábana que le cubre hasta la cintura. Detrás, como testigos del horror, tres semblantes irreconocibles: ¿acaso de familiares o personal a su servicio? ¿O más bien de las mismísimas *Parcas* de sus pinturas negras, como Átropos, que en la mitología griega secciona el hilo del que pende la vida?

Mi amigo el doctor Roberto Pelta, uno de los mayores expertos en venenos que conozco, ha investigado en su excelente estudio *El arte de envenenar* (2013) la extraña enfermedad que hubiese doblegado a Goya para siempre si el también doctor Eugenio García Arrieta, comisionado al año siguiente por el Gobierno para combatir la peste en Levante, no lo hubiese evitado con sus sabios remedios.

Aludimos al plomo, un metal pesado, como el lector ya sabe, de un color gris azulado causante de numerosas intoxicaciones con resultado de muerte, a las que se ha dado el nombre científico de «saturnismo». Una enfermedad letal en muchos casos, también conocida como «plumbosis» o «lengua negra», derivada del «color de Saturno», dado que a veces la acumulación excesiva de plomo en la sangre produce un tinte plomizo en la piel.

Para nadie es un secreto que célebres pintores como Goya y Van Gogh utilizaban cerusa en sus talleres, es decir, albayalde o blanco de plomo. Jugaban así, sin saberlo, con fuego.

Respaldado por el testimonio de otra gran investigadora, María Teresa Rodríguez Torres, que en su trabajo *Goya, Saturno y el Saturnismo* (1993) atribuye la enfermedad del artista a una «encefalopatía saturnina», el doctor Pelta concluye de este modo en el suyo: «Quizás los frecuentes dolores cólicos abdominales que padecía [Goya] podrían haber sido causados por el hábito de sujetar el pincel entre los dientes o comer sin lavarse las manos sucias de pintura, que preparaba a base de polvos metálicos que contenían albayalde».

Sin ir más lejos, el doctor Ignacio María Ruiz de Luzuriaga describía ya en 1797 la aparición en los madrileños de una coloración plomiza del rostro, un sabor metálico en la boca, un aspecto saburral de la lengua, pesadez y retortijones de estómago,

flatulencia, náuseas y vómitos biliosos, que ennegrecían las palanganas de plata de la época. Los insufribles síntomas del cólico.

¿Qué provocó tantos males? Los médicos repararon finalmente en que los afectados solían emplear utensilios de alfarería y barro vidriado con un alto contenido en plomo, así como recipientes de cobre mal estañado, caso de aceiteras o almireces.

Treinta años después, un genio musical como Beethoven murió probablemente también víctima del saturnismo. El análisis de ADN de un cabello del compositor bastó para despejar las incertidumbres: envenenamiento por plomo, como consecuencia de su pasión por el pescado contaminado del Danubio.

Tampoco pareció librarse de la maldita enfermedad el pintor Van Gogh, pues, además de las manifestaciones de la supuesta esquizofrenia que debió padecer y de la contribución de posibles enfermedades venéreas, el tabaquismo y la intoxicación por absenta (bebida alcohólica de hierbas muy popular a finales del siglo XIX, en París), habría que tenerse en cuenta, según el doctor Pelta, «la ingestión repetida de pigmentos ricos en plomo, utilizados en sus célebres amarillos».

Hoy, como señala Pelta, la pintura no contiene plomo y la medicina moderna puede prevenir o tratar el envenenamiento con este material pesado. Sólo un milagro salvó así a Goya de morir emponzoñado, a diferencia de Beethoven y Van Gogh, que no vivieron para contarlo.

EL «CHUPÓN» DE PINCELES

El pintor catalán Mariano Fortuny (1838-1874) tampoco pareció librarse de esta «enfermedad de los pintores», como podía denominarse también, a juzgar por el sabio criterio del doctor Roberto Pelta:

> Fortuny, que fallecería en Roma con tan sólo treinta y seis años de edad, además de haber padecido bronquitis, dolores

articulares y paludismo, tuvo dolores abdominales y, al final de su corta existencia, una perforación intestinal, pudiendo estar en relación estas últimas manifestaciones clínicas con su costumbre de chupar los pinceles de las acuarelas.

El destino quiso así que Fortuny muriese prematuramente, como sus padres Mariano Fortuny, carpintero de oficio, y Teresa Marsal, por lo que se hizo cargo del pequeño su ya octogenario abuelo. El mismo año de su fallecimiento, Mariano Fortuny culminó su obra maestra, *Los hijos del pintor en el salón japonés*, que le ratificó como el pintor español vivo más cotizado de su época. El alto precio del éxito y de la fama.

12

FECHA: 10/1/1870. El príncipe Pedro Bonaparte, sobrino del célebre Napoleón I, mató de un disparo al periodista Victor Noir, sacudiendo los cimientos del imperio de su primo Napoleón III.

LUGAR: PARÍS. El homicida tenía cincuenta y cinco años y la víctima sólo veintiuno, cuando disparó contra ella en el salón de su propia residencia y en presencia de un testigo.

ANÉCDOTA: Victor Noir fue enterrado ante más de cien mil personas. A su regreso del cementerio, se sumaron otras trescientas mil personas a la comitiva entonando *La Marsellesa.*

¿Napoleón tenía un asesino en su familia?

El príncipe Pedro Bonaparte, primo hermano del emperador Napoleón III de Francia y sobrino del célebre Napoleón I, pasaría a la Historia con las manos manchadas de sangre, y no precisamente en el campo de batalla.

Era el tercer hijo varón de Luciano Bonaparte, hermano pequeño a su vez del gran Napoleón, que se convirtió en primer cónsul de la República francesa y luego en emperador tras el golpe de Estado del 18 de Brumario.

Pedro Bonaparte había nacido en Roma el 11 de octubre de 1815. Tenía así cincuenta y cinco años cuando disparó en el salón de su propia casa contra el periodista Victor Noir (que en realidad se llamaba Iván Salmón), de veintiún años, causándole la muerte casi en el acto.

El homicidio sacudió los cimientos del imperio de su primo Napoleón III, y provocó la indignación de las masas populares en toda Francia.

Sólo once días antes, el 30 de diciembre de 1869, un periódico de Córcega, el *Avenir de la Corse*, había publicado un artículo de Pedro Bonaparte, en el que éste dedicaba graves improperios a los radicales y demócratas que siempre le habían exasperado con sus críticas, fomentando su carácter violento.

El artículo suscitó la respuesta airada del periódico *La Revanche*, y especialmente de *La Marsellesa*, el diario radical más leído por ser su director el célebre revolucionario y entonces diputado Enrique Rochefort. *La Marsellesa* publicó su correspondiente réplica el 8 de enero, firmada por Ernesto de Lavigne, bajo el título *La familia Bonaparte*.

Al día siguiente, Pedro Bonaparte envió una carta de amenaza a Enrique Rochefort. Éste comprendió enseguida que la carta aludía al artículo y recurrió a su amigo Arturo Arnould para que fuera con él de testigo a casa de Bonaparte y le planteasen un duelo.

Pero al llegar a la residencia del príncipe, los dos padrinos oyeron los rumores airados de una muchedumbre y detuvieron enseguida su carruaje. Entre las voces, distinguieron la del demócrata Jorge Santon, que les gritaba: «¡Alto, deteneos! En esa casa se asesina a la gente; Victor Noir acaba de recibir un disparo».

¿Qué había ocurrido en realidad en casa de Pedro Bonaparte?

El lunes, 10 de enero de 1870, a las 13.45 horas, los redactores de *La Marsellesa* Victor Noir y Ulrico de Fonvielle llamaron a la puerta de la residencia del primo de Napoleón. Iban como testigos de Paschal Grousset, corresponsal en París del diario democrático *La Revanche*, que había denunciado las calumnias de Pedro Bonaparte. Pretendían pedir explicaciones al príncipe por las injurias vertidas en su artículo contra los radicales.

Tras abrirles el criado la puerta, llegaron hasta un amplio salón. De repente se abrió una puerta y apareció la silueta de Bonaparte.

El propio Ulrico de Fonvielle, testigo del trance, publicó su versión de los hechos en *La Marsellesa*. He aquí un extracto:

> —Tenemos el encargo de nuestro amigo Paschal Grousset de entregar a usted una carta suya —anunció Fonvielle.

—¿No vienen ustedes de parte de Rochefort y no son ustedes sus hechuras? —replicó Bonaparte.

—Señor mío —intervino Fonvielle—, nosotros venimos por otro asunto y le rogamos se entere de lo que dice esta carta.

Al decir esto —recordaba Fonvielle— le entregué la misiva y Bonaparte se aproximó a una ventana para leerla. Después, arrugó el papel entre sus manos y vino hacia nosotros.

—Yo he provocado a Rochefort —dijo el príncipe— porque él es quien lleva la enseña del escándalo. En cuanto a Grousset, no tengo nada que responder. Ustedes pertenecen sin duda a esa canalla…

—Caballero —advirtió Fonvielle—, venimos a su casa leal y cortésmente a cumplir el mandato que nos ha confiado nuestro amigo.

—¿Entonces son ustedes solidarios con esos pillos? —inquirió el príncipe.

—Nosotros somos solidarios con nuestros amigos —aclaró con firmeza Victor Noir.

Acto seguido —añadía Fonvielle—, avanzando un paso más hacia nosotros y sin la menor provocación por nuestra parte, el príncipe Bonaparte abofeteó a Victor Noir con la mano izquierda, mientras con la derecha empuñaba un revólver que había sacado del bolsillo. En un instante, abrió fuego a bocajarro sobre Noir, que dio un salto terrible al sentirse herido, comprimió su pecho con ambas manos, y salió de la casa, desplomándose poco después en la acera.

Victor Noir quedó inconsciente, mientras de su herida manaba abundante sangre. Entre varios hombres le trasladaron a la farmacia más próxima, que era la del doctor Mortreux. Pero éste nada pudo hacer por él: la bala le había penetrado hasta dos milímetros por debajo del corazón, atravesándole el pericardio. Era la *mort*.

A su regreso de América, Pedro Bonaparte se retiró junto con el también príncipe Antonio Bonaparte a sus tierras de Canino. Un aciago día, la emprendieron con un pobre labriego llamado Mahametto porque había contraído matrimonio en tres ocasiones. Tenía una hija de gran belleza, de la que los Bonaparte abusaron sexualmente.

A los gritos desesperados de la joven acudió un hombre apodado «*Salta-Maccaione*» («*Saltafosos*»), a quien los príncipes fusilaron sin miramientos en el acto. El crimen produjo gran indignación en Roma, y el mismísimo Papa ordenó la prisión incondicional de los asesinos; pero nadie se atrevió a ejecutar esta orden.

Finalmente, el conde Cagliano se dirigió a Canino con agentes de policía para apresarlos. Una vez allí, Pedro Bonaparte se resistió a ser detenido, asestando seis puñaladas a un sargento. Conducidos luego hasta Roma, ambos príncipes fueron condenados a la pena capital, conmutada al final por la de destierro.

13

FECHA: 18/3/1506. Fallecida Isabel la Católica, su viudo el rey Fernando celebró sus esponsales con la princesa Germana de Foix, sobrina nieta suya, tras obtener la oportuna dispensa papal.

LUGAR: DUEÑAS. Avatares del destino: los esponsales tuvieron lugar en la misma villa palentina donde treinta años antes Fernando había conocido a su futura mujer, Isabel I.

ANÉCDOTA: Germana de Foix fallecería sin sucesión, convertida así en la última reina de Aragón, cuyos restos se inhumaron en el monasterio de San Miguel de los Reyes.

Los afrodisíacos de Fernando el Católico

Al morir Isabel la Católica, su viudo Fernando contaba aún cincuenta y tres años; y aunque él mismo calificara a su difunta esposa como «la mejor y más excelente mujer que nunca rey tuvo», decidió contraer nuevo matrimonio impulsado quizá por su delicada situación, con una hija demente o poseída, según vimos en el enigma sobre Juana la Loca, y un yerno ingrato.

Este nuevo matrimonio de Fernando, tan criticado por los historiadores, ponía en riesgo el tesoro político de la unidad nacional. El fraile Bernardo Juan de Enguera, inquisidor apostólico de Cataluña, y los embajadores Juan de Silva, conde de Cifuentes, y micer Tomás Malferit, del Consejo de Aragón, negociaron el enlace por poderes el 25 de agosto de 1505.

Con tal fin viajaron a Francia, donde el conde de Cifuentes se casó por representación, en nombre del rey, con la princesa de diecisiete años Germana de Foix, sobrina carnal de Luis XII e hija de su hermana María de Orleáns y del marido de ésta, Juan Gastón de

Etampes, hijo a su vez de la reina Leonor de Navarra. La consorte era, por tanto, sobrina nieta de Fernando de Aragón. Menudo parentesco.

Los esponsales requirieron, naturalmente, la dispensa papal y tuvieron lugar el 18 de marzo de 1506 en la villa de Dueñas, donde treinta años antes, caprichos del destino, Fernando había conocido a Isabel.

La nueva esposa era una mujer alta y corpulenta, a quien fray Prudencio de Sandoval retrató sin piedad: «Poco hermosa, algo coja, gran amiga de holgarse en banquetes, huertas, jardines y fiestas». Nada que ver con Isabel.

Tres años después de la boda, el 3 de mayo de 1509, nació el ansiado varón, el príncipe Juan de Aragón, que sólo sobrevivió unas horas. El cadáver se trasladó al monasterio de Poblet, panteón real de las dinastías catalana y aragonesa.

¿Qué hubiese sucedido en caso de vivir? En lugar de un pan bajo el brazo, el hijo de Germana de Foix y de Fernando el Católico hubiese traído a España la división nacional, como advierte el doctor Enrique Junceda: «Habría separado el Príncipe las coronas de Castilla y Aragón, al heredar esta última a la muerte de su padre, ya que según las leyes de Aragón se pospondrían con este nacimiento los derechos hereditarios de su otra hija la Reina doña Juana».

El matrimonio persiguió hasta el final el anhelado varón que permitiera la transmisión hereditaria en detrimento de Juana la Loca, pero el rey enfermó en marzo de 1513 en Medina del Campo.

El cronista Sandoval explica la insólita razón de su convalecencia: «Porque la Reina su mujer, con codicia de tener hijos, le dio no sé qué potaje ordenado por unas mujeres, de las cuales dicen fue una doña María Velasco. Dominole tan fuertemente la virtud natural que nunca tuvo día de salud, y al fin le acabó este mal».

Tan increíble versión se apoya a su vez en la de Pedro Mártir de Anglería, según el cual, «un feo potaje que la Reina le hizo administrar por mediación de doña María de Velasco para más habilitarle que pudiese tener hijos, dándole a entender que se empreñaría luego».

Luis de Comenge señala que al rey Fernando le dieron «potaje de turmas de toro y cosas de medicina que ayudaron a la generación». Y el también doctor Fernández Ruiz sugiere que le administraron algún preparado de cantáridas, muy recomendado entonces como afrodisíaco en el tratamiento de la impotencia masculina y causa de una intoxicación análoga a la que años antes había sufrido el rey Martín el Humano.

Sea como fuere, Fernando falleció tres años después, el 23 de enero de 1516, en la aldea de Madrigalejo, cerca de Trujillo, a causa de «una caquexia palúdica», según Luis Horno Liria.

El doctor Junceda evocaba así sus últimos días: «No podía andar por su pie, haciéndose llevar en silla de manos. Luego apareció la hidropesía, sospechándose la posibilidad de una nefritis irritativa por el reiterado uso de pócimas erotizantes, para finalizar en una insuficiencia cardíaca».

El destino pagó así a Fernando con la misma moneda que él dispensó a la difunta Isabel: fallecido sin sucesión, Germana de Foix contrajo segundas nupcias con el marqués flamenco Juan de Brandeburgo, del séquito de Carlos V; y a la muerte de éste, se casó por tercera vez con Fernando de Aragón, duque de Calabria e hijo de Fadrique I de Nápoles. Tampoco Germana de Foix tuvo sucesión. Ni todos los fertilizantes del mundo pudieron contradecir la voluntad divina.

¿De qué murio Isabel?

Isabel la Católica expiró el 26 de noviembre de 1504, minutos antes de las doce del mediodía, a la edad de cincuenta y cuatro años.

El testimonio de Pedro Mártir de Anglería, presente a la cabecera del lecho mortal, merece todo el crédito. Según él, «la continua sed y los demás síntomas de la enfermedad eran de terminar en hidropesía», que es una manifestación cardíaca, según el doctor Villalobos.

Una vez amortajada con el hábito franciscano, partió enseguida la fúnebre comitiva desde Medina del Campo hasta Granada. Una curiosa anécdota sucedió en este viaje póstumo de Isabel. Una pastorcita que custodiaba su rebaño de ovejas salió al encuentro de los que portaban el féretro para preguntarles quién había muerto. Al confirmarle que se trataba de la reina, la joven exclamó: «¡Oh, gran triunfo el que han conseguido los vicios, porque hoy se ven libres de las severas ataduras con que estaban encadenados!».

14

FECHA: 28/3/1947. El doctor y ensayista Gregorio Marañón examinó con la paciencia de un entomólogo su increíble descubrimiento de la momia del rey y hermanastro de Isabel la Católica.

LUGAR: CÁCERES. Se sabía que Enrique IV había sido inhumado en el monasterio jerónimo de Guadalupe, pero todos los intentos de encontrar sus restos habían resultado baldíos hasta entonces.

ANÉCDOTA: Para el hispanista Martin Hume, Enrique IV fue un rey nefasto que dilapidó los bienes de la Corona para recompensar a los grandes que le seguían interesados.

La momia del rey Enrique IV de Castilla

El macabro y sorprendente hallazgo que a continuación vamos a relatar merece, sin duda, un lugar preeminente entre los innumerables enigmas de la Historia española y universal.

Aludimos, cómo no, a la increíble exhumación en 1946, por parte del insigne doctor y ensayista Gregorio Marañón, de los restos mortales de la reina María de Aragón (1403-1445), primera esposa de Juan II de Castilla (1405-1454), y de su hijo el rey Enrique IV (1425-1474), hermanastro de Isabel la Católica nada menos, pues ambos compartían el mismo padre.

Se sabía, por la documentación de la época, que Enrique IV había sido inhumado en el monasterio jerónimo de Guadalupe, pero todos los intentos de encontrar sus restos resultaron baldíos. ¿Cómo habían podido volatilizarse los restos de todo un rey? ¿Alguien tan osado había profanado acaso la tumba de un Trastámara?

Y de pronto, la increíble noticia: de forma inesperada, un operario se topó con dos ataúdes en pésimo estado mientras reparaba la

iglesia del convento. El 28 de marzo de 1947, Marañón elaboró junto con el también académico Manuel Gómez Moreno un meticuloso informe de la exhumación durante la cual, levantada la tabla en mediorrelieve situada justo debajo del cuadro de la Anunciación, en el lado del Evangelio del altar mayor de la iglesia, quedó al descubierto una galería con bóveda de medio cañón y arco ojival, donde había dos ataúdes lisos de madera del siglo XVII. En uno de ellos se encontraban los restos momificados, pero muy deteriorados, de la reina María de Aragón, envueltos en un sudario de lino; en el otro estaban los restos de su hijo, envueltos en un damasco brocado del siglo XV, sudario de lino y rastros de ropa de terciopelo, calzas y borceguíes. De las ropas quedaban sólo las mangas de la túnica, que era de terciopelo morado liso, así como fragmentos casi deshechos de lienzo basto, residuos de la camisa u otras prendas interiores.

Se hallaron, bien conservadas, unas polainas de cuero recio, de color oscuro y completamente lisas, que llegaban por delante hasta encima de las rodillas y por detrás hasta las corvas. En las crónicas de la época se hace constar cómo el pobre rey se echó en la cama a medio vestir, con miserable túnica y calzados unos borceguíes moriscos, que le dejaban los muslos al aire.

¿Y qué decir de la momia, como tal, del hermanastro de Isabel? El esqueleto se mantenía armado, al cabo de más de cuatro siglos, por el forro de la piel apergaminada. Marañón reparó enseguida en su corpulencia. El féretro era más largo que el de la reina madre. La cabeza, espontáneamente desprendida del tronco, como es frecuente en los cuerpos momificados, se colocó sobre el altar mayor para fotografiarla.

La estatura de la momia era de 1,70 metros; y eso estimando que la momificación completa disminuye la talla del vivo entre doce y quince centímetros, al desecarse los discos intervertebrales y el resto de los tejidos. Si a esto se une el desprendimiento de alguna vértebra cervical del monarca que ligaba el cráneo a los hombros, puede calcularse en más de un metro y ochenta centímetros su estatura en vida.

La cabeza y el tronco eran muy recios: la anchura del diámetro superior del pecho alcanzaba los cincuenta centímetros, igual que la

de cualquier varón robusto vivo, y la anchura de las caderas era igual a la del tórax. Del examen minucioso de los restos, Marañón advirtió la perfecta concordancia entre esos datos directos y los que nos comunicaron los cronistas y viajeros sobre la figura viva del último Trastámara.

Tras la atenta lectura de esos textos y sus propias reflexiones como historiador y hombre de ciencia sobre el comportamiento del rey, el doctor diagnosticó el mal que aquejaba a éste: era un esquizoide propenso a la demencia, acompañado de una timidez enfermiza en especial con las mujeres; es decir, un tímido sexual.

Casado muy joven, a los dieciséis años, con la princesa Blanca de Navarra, el monarca fue incapaz de superar la prueba decisiva de la noche nupcial, y ese fracaso, objeto de burla en la corte, lo acompañó el resto de su vida. Hasta tal punto que jamás logró consumar su primer matrimonio, por más que tuviese experiencias más positivas con otras mujeres; pero Blanca de Navarra, según el cronista de Juan II, «quedó tal cual nasció…». De ahí su impronta de impotente, tan desgarradora para la mentalidad de la época y que hoy perdura en las páginas más duras de la historia.

Un monarca redimido

Conocemos ahora, por un valioso documento que pude consultar mientras componía mi libro *Isabel íntima* (Planeta), las buenas intenciones finales del rey Enrique IV que le redimieron en parte para la posteridad: una carta de su hermanastra Isabel, ya reina, con instrucciones al doctor de Villalón antes de partir a Portugal, en febrero de 1475, para procurar la paz entre los dos reinos en la que ella asegura, en alusión al monarca, que «él estaba determinado de se conformar e concordar con nosotros se confirmare aprobar el dicho principado e subcesión».

Es decir, que Enrique IV pensaba ya, en el ocaso de su vida, en dejar del todo asentada la sucesión de su hermanastra Isabel en

cuanto llegase a Segovia. Poco antes de fallecer, el 11 de diciembre de 1474, el soberano se confesó con el prior de San Jerónimo del Paso (hoy San Jerónimo el Real), fray Pedro Mazuelo.

15

FECHA: NOVIEMBRE DE 1877. Carlos VII, jefe entonces de la rama carlista, conoció a la joven corista húngara Paula de Somoggy, titulada por él mismo baronesa, que le sorbió el seso.

LUGAR: VIENA. El pretendiente carlista conoció a la deslumbrante dama mientras regresaba a Viena de visitar las posiciones en el frente de la guerra ruso-turca, llevándola consigo a Graz.

ANÉCDOTA: Fallecida la princesa Margarita de Borbón-Parma, el "rey viudo" contrajo segundo matrimonio con la también princesa María Berta de Rohan, de cuya relación no hubo descendencia.

La mujer fatal que conquistó a Carlos VII y Joseph Conrad

Mientras investigaba en su día la agitada vida de la infanta de España Elvira de Borbón y Borbón-Parma para mi libro *Bastardos y Borbones* (Plaza & Janés), me topé con otra dama de mucha menos alcurnia pero tanto o más fascinante que ella: la corista húngara Paula de Somoggy, convertida luego en falsa baronesa.

El mismo padre enojado que decidió enterrar en vida a su hija Elvira de Borbón despojándola de la dignidad de infanta por seguir los impulsos de su corazón, tras escaparse sin su permiso con el pintor florentino Filippo Folchi, se había encaprichado de aquella bellísima corista húngara de tan sólo dieciocho años, con la que vivió en París como un auténtico soltero de oro.

Aludimos al entonces jefe de la rama carlista, don Carlos María de los Dolores de Borbón y Austria-Este, nominado Carlos VII por sus partidarios, que ni fue feliz en su primer matrimonio ni hizo tampoco venturosa a su mujer, la princesa Margarita de Borbón-Parma.

En noviembre de 1877, mientras regresaba a Viena de visitar las posiciones en el frente de la guerra ruso-turca, el pretendiente al trono español conoció a la joven corista que se llamaba en realidad Paula Horváth y había nacido en la ciudad húngara de Pest, en 1859. Era, por tanto, once años menor que Carlos VII.

Don Carlos se encaprichó de ella, llevándola consigo de Viena a Graz, a casa de su hermano. Desde allí fueron juntos a Venecia, Módena y Milán, donde Carlos VII la presentó en sociedad como la baronesa de Somoggy. Pero la mujer, por muy bella que fuese, no tenía en sus venas ni un solo glóbulo de sangre azul.

Finalmente, debió de remorderle su laxa conciencia de conquistador, poco antes de que su hijo Jaime, de siete años, hiciese la primera comunión. El caso es que el pretendiente decidió expulsar de pronto de su vida a la atractiva dama.

La falsa baronesa de Somoggy fue a caer entonces en manos del tenor Ángel Trabadelo, con quien se casó y vivió en Londres hasta su muerte, acaecida en 1917.

Trabadelo era carlista hasta la médula. Nacido en la aldea guipuzcoana de Arrona, rinconcito adorable rodeado de hermosas montañas, regresaba allí cada verano para acompañar a su anciana madre.

Bajo su batuta perfeccionaron los estudios de canto la cubana Lidia Rivera y otras cantatrices más populares como la Melba, la Calvé y la Sanderson. Pero ninguna de aquellas mujeres emulaba, en belleza y seducción, a la fascinadora Paula de Somoggy.

La misma dama que deslumbró al padre de la infanta Elvira de Borbón había hechizado también fatalmente, meses atrás, al célebre novelista polaco Józef Teodor Konrad Korzeniowski, más conocido luego, tras nacionalizarse británico, como Joseph Conrad.

El autor de *Lord Jim* y de *El corazón de las tinieblas* se había embarcado en una auténtica aventura marítima que le llevó a recorrer las islas de las Indias Occidentales, Cabo Haití, Puerto Príncipe, Santo Tomás y San Pedro.

El tiempo que Conrad no estaba en el mar, lo pasaba en Marsella, donde quedó anonadado nada más conocer a la húngara Paula de Somoggy, a quien los legitimistas llamaban simplemente «Rita».

Conrad se convirtió en asiduo del café Boudol, en la rue Saint-Ferréol; frecuentó también el salón privado de la esposa del naviero y banquero Delestang.

Rodeado en aquellos selectos ambientes de mecenas, nobles, carlistas y aventureros como él, el escritor enmudeció al contemplar por primera vez el rostro angelical de aquella mujer que le sorbió el seso.

La vida de Conrad había transcurrido en buena parte en el mar, desde que con diecisiete años abandonó los estudios para enrolarse en la marina mercante francesa. Su vida aventurera pronto se complicó al participar en conspiraciones políticas y en operaciones de tráfico de armas.

Tras conocer a Paula de Somoggy, empezó a beber y a gastar más de lo que su salud y su bolsillo podían aguantar. Hasta que, a finales de febrero de 1877, Conrad intentó quitarse la vida disparándose en el pecho. Por fortuna, la herida no fue mortal. Sugestionado por su ciego amor a la húngara, e inspirado sin duda en las obras musicales de Rossini y de Meyerbeer, el novelista había intentado suicidarse para poner fin a su trágica historia de amor.

El 24 de abril de 1878, Conrad abandonó Marsella en el vapor *Mavis*, rumbo a Constantinopla. La guerra ruso-turca y su idilio con la húngara eran ya pura historia y su corazón, como los de Carlos VII y Ángel Trabadelo, había sido lacerado.

El inquieto jefe de la rama carlista

Nacido en Lubiana (Eslovenia), el 30 de marzo de 1848, Carlos VII recibió la «corona» de su padre Juan III el 3 de octubre de 1868, mientras Isabel II se refugiaba en París a raíz del estallido de la «Gloriosa» revolución en España.

Ni corto ni perezoso, Carlos VII estableció su reinado efectivo en el norte de España desde 1872 hasta 1876; formó gobierno, acuñó moneda, legisló, creó una Hacienda propia y tribunales de justicia…

Titulado también duque de Madrid, el padre de la infanta Elvira se rebeló contra la elección de Amadeo de Saboya como rey. Llegó incluso a venir a España, siendo aclamado en el norte como soberano legítimo.

Más tarde, se opuso con uñas y dientes a la restauración monárquica con Alfonso XII. Sus partidas lucharon ferozmente en Cataluña y Levante, pero fueron al final derrotadas. Carlos VII tuvo así que abandonar España en febrero de 1876.

16

FECHA: 1/2/1908. El rey Carlos de Braganza y su hijo heredero perdieron la vida en un terrible atentado que alteró de improviso el orden sucesorio en la Corona portuguesa.

LUGAR: LISBOA. La plaza del Comercio se tiñó de sangre aquel funesto día que la reina Amelia de Orleáns fue incapaz de olvidar ni siquiera en sus horribles pesadillas.

ANÉCDOTA: El regicida trabajó varios años en los grandes almacenes de Chiado, y más tarde en la ferretería de Dias Ferreira; colaboraba en prensa y era buen orador.

El increíble regicidio de Carlos I de Portugal

La historia de Portugal cambió para siempre el fatídico sábado 1 de febrero de 1908. La Familia Real había regresado a Lisboa aquella tarde, procedente de Villaviciosa. Un enorme gentío se agolpaba, mucho antes de la hora señalada, en la plaza del Comercio y en todas las calles adyacentes al Palacio de las Necesidades, en espera de que el rey Carlos de Braganza y Saboya, la reina Amelia de Orleáns y el príncipe heredero, Luis Felipe, desembarcasen de su falúa y subiesen al carruaje real.

Cuando el conde de Figueiró confirmó que todo estaba listo, el rey preguntó al presidente del Gobierno, João Franco, como si tuviese una extraña corazonada:

—¿Es seguro cruzar toda la ciudad para llegar a palacio?

—Por supuesto, majestad —asintió el dictador.

Pero desde el principio, las cosas fueron de mal en peor.

No había más que un coche descubierto, en lugar de los dos que exigían la etiqueta y la elemental prudencia.

La Familia Real subió, pues, al mismo vehículo, mientras el duque de Oporto montó junto a la portezuela. El monarca tomó asiento en la parte posterior del coche descubierto, a la izquierda de su esposa; los príncipes se acomodaron en el testero: Luis Felipe, frente al rey, y don Manuel, frente a la reina.

La comitiva se puso en marcha lentamente, mientras el numeroso público que ocupaba la plaza del Comercio aclamaba con estruendo a los reyes. Detrás del landó real iban los coches de la Casa Civil, de los dignatarios de servicio.

Cuando el carruaje llegó casi al centro de la plaza, algunos distinguieron a unos hombres embozados en sus capas que apuntaban con sus carabinas a la Familia Real y hacían fuego sobre ella.

Lo que sucedió en aquel instante fue casi indescriptible. Los testigos que pudieron contarlo luego aseguraron que se oyó un grito espantoso, seguido del alarido de la multitud y de un caos generalizado.

La gente echó a correr sin rumbo, atropellándose. Todo el mundo pidió auxilio desesperadamente. Mujeres y niños fueron pisoteados, heridos por todo aquel gentío que, preso del pánico, intentó abandonar la plaza como si huyese de un gigantesco barco a punto de hundirse en el océano.

Poco antes, un muchacho logró romper el cordón de curiosos, avanzó rápidamente y, con un pie en el estribo del coche real, disparó su pistola sobre el rey. El príncipe sacó su revólver y la reina trató de rechazar al asesino con su inofensivo ramo de flores.

Entretanto, un hombre de larga barba y ancho capote consiguió aproximarse también; con la rodilla hincada en tierra, apuntando al príncipe con su carabina, le derribó de un tiro.

Instantes después, el rey y su heredero yacían en el suelo del carruaje, víctimas de los disparos. El infante don Manuel había recibido otro impacto de bala en un brazo. También el cochero resultó alcanzado, y lanzó los caballos al galope.

El terrorista se dispuso a rematar al infante don Manuel; cuando reparó en la presencia de uno de los escoltas, la espada providencial de éste atravesó su cuerpo con el mismo ímpetu que un gladiador romano.

Los cadáveres de los asesinos yacían todavía en el suelo empedrado de la plaza cuando el regio landó entró, a galope tendido, en el Arsenal de la Marina, el edificio público más próximo a la plaza del Comercio.

Un cadáver agujereado y otro cuerpo agonizante, por los que manaba la sangre a borbotones, habían sido zarandeados en el interior del carruaje durante todo el trayecto, igual que dos monigotes de trapo. El médico de servicio certificó sus muertes.

La reina Amelia de Orleáns, hija de la condesa de París, grabó desde aquel día, en su alma herida, el cuadro horroroso de la muerte. Noches interminables en las que ella se despertaba sobresaltada, sudando y queriendo ver a toda costa a su esposo y a su primogénito destrozados por las balas. Alguien le escuchó decir: «A los otros no los conozco, pero aquella cara del hombre de las barbas nunca más se me aparta de los ojos».

El misterioso hombre resultó ser Manuel dos Reis da Silva Buissa. ¿Quién habría sospechado que aquel maestro de escuela celoso de su deber, que hacía de la enseñanza casi un sacerdocio, iba a ser capaz de asesinar vilmente a todo un príncipe de Portugal? La policía identificó también al asesino del rey: Alfredo Luis da Costa, de veintitrés años y representante de una casa comercial en Lisboa.

Pero no por ello las horribles pesadillas de la reina cesaron.

La mala estrella del rey

Nacido el 28 de septiembre de 1863, hijo de Luis I y de María Pía de Saboya, el infortunado Carlos I de Portugal tenía demasiados enemigos cuando subió al trono con veintiséis años, tras la muerte de su padre.

Esta vez, en la plaza del Comercio, al rey Carlos el Martirizado dejó de protegerle su buena estrella; a diferencia de doce años atrás, cuando un hombre a quien los jueces declararon demente lanzó dos bombas contra él sin causarle el menor rasguño.

También salió ileso, poco después, de un accidente de caza. Su caballo le derribó y cayó a pocos metros de un jabalí herido, que se hubiese abalanzado sobre él de no ser por la providencial intervención de una pareja de piqueros de la montería, que logró desviar *in extremis* la trayectoria del furioso animal. Pero el destino aciago marcó el día de su muerte alterando el orden sucesorio.

17

FECHA: 1944. La infanta Eulalia salvó la vida al hijo de su secretario particular, Lotario Giménez, estudiante de Ciencias Políticas y Económicas en La Sorbona, detenido por la Gestapo.

LUGAR: PARÍS. La Gestapo irrumpió en casa de Lotario, llevándoselo detenido a su cuartel general de la *Kommandantur*, donde le arrancó una confesión que casi le costó la vida.

ANÉCDOTA: Mientras estuvo en París, Eulalia de Borbón trató de recuperar sus alhajas desaparecidas durante la Guerra Civil española, valoradas en siete millones de pesetas de la época.

Eulalia de Borbón y la Gestapo

Más de medio siglo después de la muerte de Eulalia de Borbón, tía bisabuela de Juan Carlos I, el archivo del secretario particular y confidente de la infanta, Ángel Giménez Ortiz, revela muchas historias tan sorprendentes como desconocidas.

A semejante arsenal, compuesto por dos centenares de cartas y documentos inéditos, pude acceder en 2010 por gentileza de uno de los nietos del secretario de la infanta.

Entre los inestimables legajos que éste aún conserva como la mejor de las reliquias históricas, sale a relucir la increíble labor humanitaria desempeñada por la propia infanta y por su hijo menor, Luis Fernando de Orleáns, en favor de los perseguidos por el Tercer Reich.

Eulalia de Borbón salvó la vida al hijo de su secretario, Lotario Giménez, estudiante de Ciencias Políticas y Económicas en La Sorbona.

Lotario era un joven inquieto, involucrado en asuntos políticos en la universidad. Odiaba a los nazis y sentía gran aprecio por los franceses, despojados de su tierra y de su libertad. Por eso no tardó en unirse a la resistencia francesa.

Cierto día, el rector de La Sorbona le llamó a su despacho para hacerle una confidencia: la Gestapo le buscaba para interrogarle.

Lotario sabía muy bien que eso significaba su condena a muerte. Habló enseguida con su padre y éste localizó a la infanta Eulalia.

Aquella noche, el muchacho se acostó intranquilo. Sus malos presagios se confirmaron a las tres de la madrugada, cuando la Gestapo irrumpió en su casa, llevándoselo detenido a su cuartel general de la *Kommandantur*, donde intentó arrancarle una confesión.

Su único «delito» había sido ayudar a los refugiados franceses a cruzar los Pirineos, camino de Argelia, considerada entonces la «Francia libre» de Charles de Gaulle. Informada de ello, la infanta Eulalia recurrió a su amigo Ramón Serrano Súñer, que más tarde facilitaría su propio regreso a España.

El cuñado de Franco intercedió ante los altos mandos de la Gestapo, logrando al final que concediesen a Lotario Giménez un plazo de veinticuatro horas para salir de la Francia ocupada, hacia la España franquista. Ni que decir tiene que a él le sobraron veintitrés horas…

Luis Fernando de Orleáns, por su parte, fue cortejado en París por los jefes alemanes, respetuosos con los títulos de la nobleza, y no digamos ya con la dignidad de todo un infante de España.

El propio Ramón Alderete, secretario particular del infante don Jaime de Borbón y periodista de la agencia de noticias Havas de París, daba fe de cómo Luis Fernando se hacía acompañar a veces del coronel Halich, uno de los jefes de la Gestapo en el París ocupado. Cierto día fueron a almorzar los tres, junto con otros jefes y oficiales alemanes, a uno de los restaurantes del mercado negro que florecían por aquel entonces en la ciudad.

Apodado «el rey de los maricas», Luis Fernando se había sometido a una delicadísima operación de ablación de testículos a manos del profesor Gaudard d'Allaines, la cual le llevó finalmente a la tumba.

El periodista Alderete fue a visitarle al hotel Vernet para comentarle un asunto muy delicado: el único hermano de un compañero suyo de la agencia acababa de ser condenado a muerte por un consejo de guerra alemán.

El colega de Alderete había recurrido desesperado a él, consciente de su buena relación con el infante, quien a su vez era muy respetado por la jerarquía militar del Tercer Reich en París.

En cuanto Alderete le habló de ello, Luis Fernando le pidió que le ayudara a incorporarse de la cama. Tras vestirse con dificultad, se encaminó al descansillo, apoyado en su amigo, para coger el ascensor. Pero éste no funcionaba, lo cual no era extraño entonces. Bajaron por las escaleras. El infante apenas podía andar, arrimado al hombro de su amigo.

Una vez en la puerta principal del hotel, repararon en que ninguno de los dos llevaba dinero para un taxi y optaron por dirigirse a pie desde allí hasta las oficinas de la Gestapo en la avenue Foch, que dirigía el coronel Halich.

El trayecto les llevó una hora, pues el infante debía descansar a veces en los bancos de la avenida. Era la primera vez, desde su embarazosa operación, que pisaba la calle.

Pero gracias a su valentía, el compañero de Alderete pudo abrazar a su hermano. El coronel alemán le concedió un pase temporal para que pudiese visitarle en prisión, la cual abandonó días después.

La infanta Eulalia y su hijo salvaron así las vidas de algunos perseguidos por la Gestapo.

Una infanta muerta de hambre

Instalada en París, en un apartamento situado en el corazón del bosque de Bolonia (rue de la Faisanderie, número 113), la infanta Eulalia lanzó este SOS a su secretario particular, el 22 de diciembre de 1944:

Suplico me saquen de aquí. Estoy helada y Honorata [su dama de compañía] cansadísima. Quizás el Gobierno español se apiade de una vieja española que vive con un abrigo puesto y una manta en los pies y aun así está tiritando. Para comer, la carta de alimentación es insuficiente y no se encuentra nada. Gracias a la leche que Vd. me envió y que me salvó, pero yo [estoy] otra vez sin nada. La mermelada también me alimentó. Yo creo que si nuestro jefe de Gobierno supiese mi situación daría órdenes a la Embajada para que me dieran madera [para la chimenea]… Aunque sea en una ambulancia me iría. ¡Esta vida de privaciones me mata!

18

FECHA: 21/12/1879. El nacimiento de Stalin marcó el desarrollo de una persona a la que uno de sus camaradas, Lazar Kaganovitz, describiría como un "hombre distinto en cada ocasión".

LUGAR: GEORGIA. La madre estaba convencida de que su hijo, bautizado en el templo de Gori, dedicaría su vida a servir a Dios como patriarca de la Iglesia ortodoxa.

ANÉCDOTA: No era buen compañero: en Bakú, Chaumian dirigía en secreto la revolución, pero una denuncia anónima le señaló a la policía; el autor del chivatazo fue Stalin.

¿STALIN PUDO CONVERTIRSE EN POPE?

Nacido el 21 de diciembre de 1878 en la pequeña aldea georgiana de Gori, el recién llegado al mundo Iósif Vissariónovich Dzhugashvili adoptaría a lo largo de su vida, como Mefistófeles, un sinfín de identidades: Sosso, Koba, David Nizheradze, José Ivánovich, Budu Bosochvili, David Chizhikov, Organess Totomyants, Pyotr Galkin… y Iósif Stalin.

Uno de los camaradas que más cerca estaría de Stalin durante muchos años, Lazar Kaganovitz, lo describiría como un «hombre distinto en cada ocasión», asegurando haber conocido «por lo menos a cinco o seis Stalins diferentes».

La madre de Stalin, Yekaterina Dzhugashvili, acogió con enorme alegría el alumbramiento del único superviviente tras haber perdido con pocos meses a sus tres enfermizos hijos. «Le pondré de nombre Iósif. Él será mi Sosso, mi Sosselo», proclamó ilusionada a sus vecinos.

Desde el principio, la devota madre estaba convencida de que su único hijo, bautizado en el pequeño templo de la localidad, dedicaría su vida a servir a Dios como patriarca de la Iglesia ortodoxa georgiana nada menos.

Sobrevivir en Gori, población de unos 7.500 habitantes, no era tarea fácil para esta abnegada mujer que enseguida tuvo que ponerse a limpiar las casas de los ricos comerciantes porque su marido, Vissarion Dzhugashvili, zapatero remendón, se gastaba los pocos kopeks que ganaba en beber más de la cuenta.

Alguna que otra paliza recibió este padre alcohólico a manos de sus clientes por no reparar a tiempo su calzado de cuero en unos tiempos en los que poseer botas de piel era signo evidente de riqueza. Y más de una tunda propinó luego él a su pobre mujer.

Georgia formaba, con Armenia y el Azerbaiyán, la Transcaucasia, al sur del Cáucaso, entre el mar Negro y el Caspio. Su atribulada y caballeresca historia marcaría el carácter de Iósif, como la llegada de inmigrantes de la isla iraní de Dzhu, muchos de ellos marranos y judíos portugueses. En su lengua, el término «Dzhuga» significaba «nativos de la isla de Dzhu», como se describía a los israelitas.

Siglos después, los descendientes de aquellos inmigrantes fueron denominados «Dzhugashvili», es decir, «hijos de Dzhu». Por eso el apellido Dzhugashvili revelaba que Iósif Stalin tenía en sus venas sangre judía.

A los diez años, Iósif superó con honores el examen de ingreso en el Colegio Teologal. Era un niño débil y enfermizo que movía con dificultad el brazo derecho, tenía el izquierdo más corto de lo normal, y pegados los dedos segundo y tercero de cada pie. Pero esas taras no le impedían disfrutar de su afición a la danza, bailando la giga sobre las losas del mercado de Gori.

Tenía además una buena voz que exhibía en las funciones del Colegio Teologal. En el aniversario del emperador Alejandro III, a su madre se le cayó la baba mientras su Sosso cantaba en solitario los salmos en la misa solemne. ¡Las vueltas que daría la vida!

Desde joven aprendió a dominar a las gentes más débiles que él. No era más instruido o elocuente que los demás. Poseía dos cualidades innatas que supo aprovechar: era frío y persistente.

Entendida esta última cualidad en su sentido más práctico. Jamás se alteraba ni se rendía a los impulsos. Cuando contestaba a las preguntas del profesor en la escuela lo hacía sin apresurarse. Sólo si su respuesta estaba bien fundada, la daba sin demora. Si no era así, se reservaba durante un rato antes de pronunciarla. La frialdad y la persistencia le dieron una enorme ventaja sobre sus compañeros revolucionarios, en su mayor parte impulsivos, precipitados e ingenuos.

Ya en esa época, el joven no vacilaba en alentar disputas entre sus adversarios, en calumniarlos y en urdir intrigas contra los que parecían superiores a él y podían obstaculizar su avance. Sólo eran amigos suyos quienes se sometían a su dominante voluntad. Cualquiera que intentase refutarle o explicarle algo se convertía en su acérrimo enemigo. Era vengativo y sabía asestar el golpe en los puntos débiles.

De su Gori natal, Iósif se marchó con quince años a Tiflis, la antigua capital de los reyes de Georgia, donde fue admitido como pensionista en el Seminario Teologal. Allí llevó al principio una actividad monótona y triste, encerrado en un edificio de cuatro plantas que parecía un cuartel custodiado por monjes aislados del mundanal ruido. Hasta que el rector ruso, fray Hermógenes, y el inspector georgiano, fray Abashidze, acabaron expulsándole de allí, convencidos de que el muchacho tenía mucho más de revolucionario que de futuro pope. Ignoraban, eso sí, que llegaría a convertirse en genocida.

El degollador de ovejas

Stalin era un joven cruel y sádico. En la cárcel de Bakú, le preguntó a su compañero de celda si le atraía la sangre. Y empuñando un cuchillo que llevaba oculto en una de sus botas, se levantó una pernera y se hizo un profundo corte en la pierna. «¡Ahí la tienes!», le dijo.

Más tarde, siendo dignatario del Soviet, le gustaba divertirse en su casa de campo degollando ovejas o derramando petróleo sobre hormigueros a los que prendía fuego. Si algo se puso en evidencia era que Stalin carecía del vigor intelectual de otros bolcheviques. Jamás participó en trabajos teóricos ni escribió una tesis política; tampoco redactó discurso alguno sobre cuestiones que apasionaban a los dirigentes.

«Déjalo, Koba, no te pongas en ridículo. Todo el mundo sabe que la teoría no es tu fuerte», le dijo en una ocasión el comunista David Riazánov, que pagaría bien cara su afrenta.

19

FECHA: 4/8/1937. El Gobierno presidido por el socialista Juan Negrín difundió una nota sobre Andreu Nin, líder del POUM, ocultando su paradero casi cincuenta días después de su desaparición.

LUGAR: MADRID. Días después, Andreu Nin fue desollado vivo por miembros de la policía secreta soviética, la NKVD, en una checa situada en la localidad de Alcalá de Henares.

ANÉCDOTA: El inspector general de Prisiones de Madrid, Garmendia, aseguró sobre Nin: "[…]Para rescatarlo necesitaría fuerzas militares que el Gobierno se niega a poner a mi disposición".

¿Negrín fue cómplice del asesinato de Nin?

Mientras investigaba en su día en el Archivo Histórico Nacional el secuestro y asesinato del líder del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) para componer mi libro *En busca de Andreu Nin* (Plaza & Janés), calificado de «excelente» por los hispanistas Hugh Thomas y Stanley Payne, descubrí un documento muy comprometedor para el socialista Juan Negrín.

Era nada menos que el borrador, con enmiendas y tachaduras de puño y letra del entonces presidente del Gobierno, sobre la detención de Andreu Nin en Barcelona el 16 de junio de 1937, en plena Guerra Civil española.

Desde entonces, comenzó la trágica odisea de Nin (1892-1937), de checa en checa. Como líder del POUM, él se oponía a la política represiva de Stalin en la URSS, donde pasó nueve años de su vida siendo delegado de la Profintern o Internacional Sindical Roja, y miembro del Partido Comunista Soviético.

No fue hasta el 4 de agosto, casi cincuenta días después de la desaparición de Nin, cuando el Gobierno de Negrín consideró llegado el momento de facilitar una nota informativa a los medios de comunicación, que clamaban por una explicación sobre su misteriosa volatilización.

El comunicado suscrito por el Ministerio de Justicia era todo lo ambiguo que podía esperarse. El día 4, poco antes de enviarse la nota a los diarios para que la reprodujeran a la mañana siguiente, el ministro de Gobernación, Julián Zugazagoitia, mandó al de Justicia Manuel Irujo el borrador definitivo con las enmiendas hechas por el presidente Negrín, las cuales he anotado ahora entre corchetes.

El texto decía así:

> Practicadas las necesarias informaciones, resulta que el Sr. Nin, en unión de otros directivos del POUM, fue detenido por la Policía de la Dirección General de Seguridad, trasladado a Madrid y recluido en un preventorio habilitado al efecto por el comisario de policía de Madrid [Negrín tachó «en Alcalá de Henares»], del cual desapareció [Negrín eliminó «en unión de los guardianes que le habían sido puestos por la Comisaría»], habiendo resultado hasta la fecha infructuosas cuantas gestiones se han llevado a cabo por la misma para rescatar al detenido y a su guardia.
>
> El hecho ha sido puesto en conocimiento del Sr. Fiscal General de la República, con orden de instar con la máxima urgencia del Tribunal de Espionaje que entiende en el asunto, cuantas medidas se reputen adecuadas para averiguar el paradero del Sr. Nin [llámese la atención de cómo Negrín suprimió la palabra «secuestrado» y la sustituyó a mano por «Nin»] y la conducta de todos los elementos que han intervenido en los hechos, a partir del documento en el que aparece insinuada la figura del Sr. Nin, sobre el cual, su contenido y autenticidad, el Tribunal está conociendo ya, todo ello sin perjuicio de la acción de la Policía que continúa realizando pesquisas conducentes al rescate de aquel detenido para ser puesto a disposición de los Tribunales de Justicia de la República en las cárceles del Estado.

Pese a estar redactada de forma equívoca, la nota original del Ministerio de Justicia, sin las rectificaciones de Negrín, revelaba un hecho de extraordinaria importancia: el Gobierno reconocía que Nin había sido secuestrado y que era imposible así que se hubiera evadido de la prisión de Alcalá de Henares gracias a la intervención de las fuerzas de la Gestapo, según la disparatada versión que se intentó hacer creer a la opinión pública.

El propio Negrín, en su fuero interno, sabía perfectamente que Nin no era un espía de Franco liberado de la cárcel por sus aliados alemanes. Pero necesitaba aferrarse a esa falsa coartada para no enemistarse con sus aliados soviéticos, que surtían de armamento al Gobierno de la República y a quienes había enviado las cuartas reservas de oro más importantes del mundo: las del Banco de España.

El subterfugio de Negrín se hacía extensivo al presidente de la República, Manuel Azaña, y a sus ministros Irujo y Zugazagoitia, ante quienes Negrín mantenía como verosímil la liberación de Nin por la Gestapo, aun a sabiendas de que era una burda patraña.

Conforme avanzaron los acontecimientos, a Negrín lo que realmente le importaba eran las reacciones ante la noticia en el extranjero y, por supuesto, no poner en riesgo de ningún modo sus relaciones con la URSS deteniendo al general Alexander Orlov, jefe de la policía secreta soviética, la NKVD, precursora del KGB. Y ello, aun a costa de que a Nin lo desollasen vivo, como así fue, arrancándole la piel a tiras para poder seccionar mejor sus miembros en carne viva.

La denuncia del fiscal

El Gobierno nombró fiscal del «caso Nin» a Gregorio Peces-Barba del Brío, padre del comisionado para las víctimas del terrorismo, quien tras la guerra confesó las coacciones sufridas para taparse la verdad, consignando entre otras estas conclusiones:

1.ª El procedimiento se instruyó por el deseo del ministro de Justicia, Irujo, de salir al paso de la campaña de Prensa, que tenía unos caracteres alarmantes; pero con el propósito no confesado de los elementos comunistas del Consejo de Ministros y otros del mismo afines a ellos, de suspender la tramitación del mismo, cuando el Juzgado, por haber tenido éxito en sus diligencias, pudiera esclarecer la verdad de los hechos.

2.ª El momento de suspender la tramitación del sumario llegó cuando estos elementos comprendieron que detenidos David Vázquez Baldominos, Fernando Valentí, Rosell, Uceda y otros, que habían servido de instrumentos para la ejecución del hecho, pudieran hablar con toda claridad.

20

FECHA: 13/8/1792. Al posar uno de sus zapatos de tacón alto en el interior del calesín, la infanta María Josefa cayó de bruces exclamando: "¡Me he roto una pierna!".

LUGAR: MADRID. Goya la retrató con un misterioso parche negro en la sien derecha, que el doctor estadounidense Laurens P. White barajó como un melanoma causante de su muerte.

ANÉCDOTA: María Josefa era, según la reina María Luisa de Parma, una "amargada" a la que su padre, Carlos III, trató de casar con Luis XV de Francia.

¿QUÉ MISTERIO RODEA AÚN HOY A… «LA INFANTA DE LOS HUESOS FRÁGILES»?

Además de ser un adefesio, tal y como Goya la retrató sin piedad pero con toda justicia en su célebre obra *La familia de Carlos IV*, a la que ya aludimos en un anterior enigma, la infanta María Josefa Carmela de Borbón y Sajonia (1744-1801) —simplemente Pepa, en familia— tampoco resultó afortunada en lo que a salud y amoríos se refiere.

Hija del rey Carlos III y de su única y amada esposa la reina María Amalia de Sajonia, el doctor Luis Comenge bautizó con acierto a la distinguida paciente como «la infanta de los huesos frágiles».

No es que fuera gafe sino que a veces, al dejarla sola, «metía la pata», lesionándose hasta la rodilla. Con cuarenta y ocho años, incluso armó un tremendo revuelo en la corte. El reloj marcaba las seis y media de la tarde del 13 de agosto de 1792. Una muchedumbre de palaciegos, con rameados y relucientes casacones, danzaban de un lado a otro proclamando a grito pelado la desgracia que acababa de ocurrir.

Pero los fuertes chillidos de dolor expelidos por la arpía goyesca ahogaban cualquier llamada de auxilio. ¿Qué tragedia sumía de nuevo a la gran protagonista en tan terrible aflicción, tras dislocarse años atrás las muñecas?

Nada más posar uno de sus zapatos de tacón alto en el interior del calesín, disponiéndose a salir de paseo, María Josefa cayó de bruces exclamando: «¡Me he roto una pierna!».

Desvanecida por el dolor, perdió por completo el conocimiento. Entre varios lacayos la transportaron sin gran esfuerzo, dada su liviana figura, hasta el lecho de su cámara. Hora y media después, avisaron al cirujano Leonardo Gallí, quien comprobó que la infanta se había fracturado transversalmente la rótula izquierda.

La propia víctima refirió luego con detalle el accidente: en el preciso instante de colocar el pie izquierdo en el estribo del coche para acceder al pesebrón, sintió un calambrazo en la misma pierna que apoyaba para alzar el otro pie, y se desplomó sentada en la caja del calesín.

A la una de la madrugada se le practicó una pequeña sangría para prevenir los efectos de la inflamación; al cabo de treinta días, la fractura se había soldado ya.

Escudriñemos de nuevo en el genial retrato goyesco: la infanta María Josefa luce, además de su fealdad notoria, la banda de la Orden de las Damas Nobles de María Luisa, así como grandes pendientes de brillantes; la pluma en su cabeza revela la influencia de Francia en la moda española, pero… ¿y el parche negro exhibido en la sien derecha?

El mismo parche negro de tacamaca que el doctor Laurens P. White, de San Francisco (California), barajó como un probable melanoma causante de la muerte de María Josefa sin que entonces, dadas las carencias de la medicina, pudiese ser diagnosticado como tal.

La sorprendente revelación figura en su estudio titulado en inglés «What the Artist Sees and Paints», que la revista *Western Journal of Medicine* publicó en 1995.

¿Qué decía exactamente el médico norteamericano en ese desconocido artículo?

Ni más ni menos que esto:

> En su sien derecha [la de María Josefa] se aprecia un tumor grande y negro, probablemente un melanoma del tipo lentigo maligno. Se pueden observar los bordes elevados del tumor. Y es sabido que la infanta murió por causas desconocidas seis meses después de que la pintura hubiese sido terminada. Por diversas razones podemos especular sobre la causa de su muerte, pero no podemos afirmarla con certeza.

Y añadía el médico, elogiando al autor de *La familia de Carlos IV*:

> Una de las razones por las que Goya es uno de los más grandes pintores del mundo es porque en sus retratos lo reflejaba todo, con tanta fidelidad, que era capaz de pintar un cáncer en una princesa real.

Sin ser descabellada la hipótesis del doctor White, máxime cuando María Josefa falleció en realidad sólo dieciocho meses después de que Goya la retratase al natural en Aranjuez, nos merece más crédito la versión del doctor jerezano Francisco Doña, profesor asociado de Historia de la Medicina en la Universidad de Cádiz.

Doña advertía, sagaz, que Goya ya había pintado antes esos mismos lunares. Por ejemplo, en la sien de la reina María Luisa de Parma, en los años 1789 y 1790; y junto a la ceja derecha de María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo, XIII duquesa de Alba, en 1797.

¿Murió entonces la llamada «infanta de los huesos frágiles» a causa de un melanoma? A falta de la preceptiva autopsia, podría decirse que no.

El retrato del padre Coloma

Por si persistiese aún alguna duda sobre la fealdad de esta infanta, dejemos ahora a un sacerdote, más proclive en principio a la caridad que cualquier pintor laico como Goya, trazar su particular retrato de ella.

Aludimos al padre jesuita Luis Coloma, que la describía así sin complejos en sus *Retratos de antaño*:

> A los veintinueve años, su ridícula figura, pequeña, fea y contrahecha, había hecho imposible encontrarla un marido que la igualase en rango. Escudada tras su fealdad, la infanta Josefa vivió y murió soltera, sin que amigos ni enemigos turbasen la paz de su insignificancia.

Por si fuera poco, además de fea, doña María Josefa debía de ser insoportable, a juzgar por el comentario de su cuñada, la reina María Luisa de Parma, a su favorito, Manuel Godoy, estampado en una carta del 6 de agosto de 1800: «La tía Pepa no es suave ni temporizadora, sino un agraz…».

21

FECHA: 12/3/1870. El duque de Montpensier se batió en duelo a pistola con el infante don Enrique de Borbón, hermano del rey consorte, que resultó muerto aquel aciago sábado.

LUGAR: MADRID. Efectuado en presencia de los respectivos padrinos, el lance dio comienzo a las diez y media de la mañana en la zona de los Carabancheles, en Alcorcón.

ANÉCDOTA: Del cadáver del infante se hicieron cargo los masones, pues la víctima había pertenecido al rito escocés de la orden, en la que ostentaba el grado 33.

Duelo a muerte entre Borbones

Una carta, o una hoja volante, para ser exactos, bastó para que el infante don Enrique de Borbón, duque de Sevilla y hermano menor del rey consorte Francisco de Asís, quien para colmo era esposo de la reina Isabel II, sellase su propia sentencia de muerte.

Aludimos, claro está, a un duelo a muerte muy poco conocido, sobre el que a menudo se pasa de puntillas o se elude del todo en los manuales de historia.

El contrincante era Antonio de Orleáns, duque de Montpensier, casado con la infanta Luisa Fernanda, hermana de Isabel II. Hasta los trapos sucios se ventilaban así en familia.

Titulada *A los montpensieristas*, la dichosa hoja circuló por Madrid a principios de marzo de 1870; en ella, don Enrique acusaba de cobardes y traidores al duque y a todos sus seguidores.

El infante acusador tenía razón al menos en una sola cosa: en la desmedida ambición de su enemigo político, que hizo sospechar

incluso a varios historiadores sobre su posible participación en el atentado sufrido por Isabel II el 10 de mayo de 1847.

Advirtamos que los hermanos Enrique y Francisco de Asís de Borbón eran la cara y la cruz de la misma moneda familiar: el primero, inconstante, veleidoso y pendenciero; el segundo, en cambio, cultivado, inteligente e incapaz de romper un plato.

El documento rubricado por Enrique de Borbón provocó la ira e indignación de Antonio de Orleáns, que exigió de inmediato una rectificación o, simplemente, que el infante negase que el escrito era suyo.

Pero don Enrique contestó, desafiante, que no sólo era suyo aquel documento, sino que le incluía otro número de la hoja volante, firmado por él, para que no le cupiese duda de quién era el autor.

La reacción del duque fue fulminante: comisionó a los generales Fernando Fernández de Córdova y Juan Alaminos, y a su secretario, el coronel Felipe Solís y Campuzano, para que se entendiesen con los padrinos que nombrase el infante. Don Enrique designó en representación suya a los diputados republicanos Emigdio Santamaría, Andrés Ortiz y Federico Rubio.

Aceptado el duelo, se acordaron las condiciones entre los representantes de una y otra parte, según consta en un desconocido documento al que aludimos en el apoyo adjunto.

Llegada la hora de la verdad, la fortuna se puso al principio del lado de don Enrique, a quien correspondió, tras el sorteo, disparar primero y elegir el lugar para hacerlo. El infante esperó a que sonaran las tres palmadas de uno de los padrinos, que equivalían a las voces de «preparen, apunten, fuego», para disparar. El proyectil salió desviado, por encima de donde se hallaba su rival, que a continuación erró también al hacer fuego, sin que se supiese adónde fue a parar la bala.

Tampoco en la segunda ocasión apuntó bien don Enrique, aunque su contrincante pudo escuchar el zumbido del proyectil muy cerca de su cabeza.

El duque se dispuso a efectuar su segundo intento: esta vez el proyectil impactó en el culatín de la pistola que sostenía con firmeza

su oponente, a quien la bala rozó de rechazo en el hombro izquierdo, sin llegar a perforar el paño de su levita.

Fue entonces, mientras cargaba de nuevo su arma, cuando el infante don Enrique de Borbón presagió su trágico final. Acercándose a su médico, le entregó el reloj mientras le susurraba al oído: «Montpensier afina la puntería, y si no le doy ahora, presiento que me va a matar».

Pero el infante volvió a fallar, disponiéndose a recibir, resignado, el mortal impacto de la bala. El duque apuntó de nuevo y abrió fuego, consciente de que quizá era la última oportunidad que el destino le brindaba. Esta vez acertó: su adversario hizo una pirueta en el aire antes de caer al suelo de espaldas, con el cuerpo ligeramente inclinado sobre la cabeza.

El médico, que segundos antes había recogido el reloj del infante, comprobó que la bala había penetrado en su cráneo, entre la sien y la oreja derecha. Por la herida brotaba abundante sangre y masa encefálica.

Instantes después, apareció el subdelegado de Orden Público, Maestre, que había intentado detener a los insignes duelistas en sus respectivas casas. Observando que el infante movía aún la cabeza, recogió su sombrero del suelo y se lo puso bajo la nuca; luego enderezó su cuerpo, sacando de debajo el brazo izquierdo. La pistola estaba a los pies del moribundo, que no tardó en exhalar el último suspiro el fatídico 12 de marzo, a los cuarenta y siete años.

Las condiciones del lance

Entre los trece requisitos del duelo, destacamos estos seis:

1.º Se colocarán los combatientes a nueve metros de distancia uno de otro.

2.º Si el primer disparo por una y otra parte no diese resultado, se acortará un metro de distancia, quedando ocho entre los combatientes.

3.º No podrá disminuirse la distancia de ocho metros, cualquiera que sea el número de disparos efectuados infructuosamente.

4.º Los disparos se harán sucesivamente y no a la misma vez por parte de ambos, por demostrar la experiencia que en la práctica siempre se adelanta o se retrasa alguno.

5.º Se echará a la suerte cuál deba disparar primero, continuándose después por orden sucesivo.

13.º A las diez de la mañana del día siguiente, sábado, 12 del actual, habrán de encontrarse los señores infante don Enrique y duque de Montpensier, acompañados de sus testigos y facultativos, en el exportazgo de las ventas de Alcorcón.

22

FECHA: NOVIEMBRE DE 1632. De las garras del perverso diablo no pudo librarse desde entonces sor Juana de los Ángeles, priora del convento de las Ursulinas, que acogía a diecisiete religiosas.

LUGAR: LOUDUN. A esta localidad francesa, situada en el Poitou, llegó un día el exorcista jesuita Jean Joseph Surin dispuesto a vencer al demonio que atormentaba a las monjas.

ANÉCDOTA: El maligno le hizo pagar al padre Surin un alto precio: veinte años, nada menos, permaneció él sumido en una tortuosa confusión mental, hasta su misma muerte.

El infierno del convento de Loudun

De los sucesos del convento de las Ursulinas de Loudun, localidad francesa situada en el Poitou, se ocupó en 1953 el autor británico Aldous Huxley en su célebre relato *Los diablos de Loudun*, publicado en 1953; así como el francés Michel de Certeau, en su obra *La posesión de Loudun*, de 1970.

La increíble historia cuenta también con dos versiones cinematográficas: la del realizador polaco Jerzy Kawalerowicz, titulada *Madre Juana de los Ángeles*, en 1961; y la del británico Ken Russell, *Los diablos*, estrenada diez años después.

Pero en todo caso la realidad, como veremos enseguida, superó con creces a la ficción.

De las garras del diablo no pudo librarse sor Juana de los Ángeles, priora del convento de las Ursulinas. Fundado en 1626, el convento acogía a diecisiete religiosas cuando sucedieron los portentosos hechos. Seis años después, en noviembre de 1632, las monjas empezaron a sentirse víctimas de extraños sucesos.

Bastante indisciplinada durante su infancia, y de temperamento mordaz al principio, la vida agitada de mademoiselle de Berciel, convertida luego en *soeur* Jeanne des Anges, está ligada inevitablemente al sacerdote jesuita Jean Joseph Surin, que llegó un día al convento dispuesto a vencer al demonio tras la impotencia manifiesta de otros exorcistas carmelitas, capuchinos y dominicos.

Sor Juana de los Ángeles vio seres pestilentes junto a ella que la cogían furiosos del brazo y empezaban a desnudarla hasta aplastarla contra su cama colocando una rodilla sobre el pecho. La monja era una increíble caja de sorpresas.

Con razón, el padre Surin escribió: «Éste es el lugar donde se deja ver, fuera de su oscuridad, el Enemigo, hasta ahora invisible y omnipotente… Aquí, en Loudun, está la brecha que muestra el infierno».

Una noche, el sacerdote siguió a la superiora al verla correr en camisón por el pasillo del convento. Haciendo caso omiso de sus llamadas, sor Juana salió por una ventana del altillo y se subió al tejado.

Muchas otras noches las pasaba ella en la copa de un árbol del jardín. Tampoco era extraño verla desgarrar su hábito y masticar pedazos de tela; o presenciar cómo se tragaba el vidrio hecho añicos de una ventana.

A esas alturas, otras religiosas del convento mostraban también síntomas de posesión diabólica, pasándose el pie izquierdo por encima del hombro hasta la rodilla; también levantaban ambos pies llegando a tocarse la punta de la nariz con los dedos. No eran gimnastas ni nada parecido, sino monjas, alguna incluso con achaques de reuma. Pero aun así, se abrían de piernas hasta el punto de que, distendiéndolas a derecha e izquierda, permanecían sentadas sin ningún espacio visible entre su cuerpo y el suelo.

¿Alguien podía explicar cómo la madre superiora, con tan sólo 1,30 metros de estatura, conseguía extender las piernas hasta una distancia de 2,27 metros entre una y otra?

Al despliegue de fuerzas y habilidades extraordinarias se sumaba el asombroso comportamiento de todas las monjas. ¿Cómo podía

entenderse si no que fuesen capaces de realizar gestos y actitudes obscenas sin admitirse la intervención directa del demonio?

Entró así en acción el padre Surin, nacido en Burdeos en 1600. Enseguida comprobó que sor de Sazilli, pariente del cardenal Richelieu nada menos, profería espantosas blasfemias poseída por ocho demonios.

Otro día, mientras exorcizaba a la madre superiora, hizo su aparición Baalam, uno de los demonios que la poseían, sacudiendo a ésta con horribles convulsiones. El vientre de sor Juana se hinchó de repente, como el de una embarazada de ocho meses; igual que sus senos, que alcanzaron un grosor parecido. El exorcista aplicó las reliquias en cada región del cuerpo afectada y la monja reaccionó mostrándole su lengua hinchada, negra y granulosa en señal de burla. Finalmente, el padre Surin se propuso liberarla de las ataduras, ordenando sin éxito a Baalam que adorase al Santísimo Sacramento. Desesperanzado, intentó arrojar la toalla, pero el poder divino se lo impidió.

Un día, se abrieron las puertas del convento de las Ursulinas. El duque de Orleáns, hermano del rey Luis XIII, presenció conmovido durante dos días consecutivos los exorcismos realizados en Loudun, redactando luego sus terribles impresiones. Sus cartas atrajeron al mismo tétrico escenario a los príncipes de La Trémoille y a las encopetadas damas de Rambouillet y Ménage, junto a la duquesa de Aiguillon o el célebre abate d'Aubignac, quienes por nada del mundo deseaban privarse de semejante espectáculo.

El acta del escribano reflejó fielmente la expulsión de Baalam y Leviatán del cuerpo de sor Juana de los Ángeles. El triunfo del bien sobre el mal.

A TUMBA ABIERTA

Años después, la propia víctima del diablo, sor Juana de los Ángeles, describía así el convulso estado de su espíritu en aquellos tremendos

días en Loudun:

> No creía posible una posesión sin que mediase consentimiento o pacto con el diablo; y en esto estaba equivocada. Yo no formaba parte de los inocentes, porque miles y miles de veces me había entregado al diablo por el pecado… Los demonios se insinuaron poco a poco en mi espíritu y en mis inclinaciones; de suerte que por las malas disposiciones que hallaron en mí, me confundieron con ellos, haciéndome una misma cosa en común. Obraban, generalmente, conforme a mis debilidades y a mis deseos espirituales, y lo hacían con tanta sutilidad que no me daba cuenta de que el demonio actuaba en mi interior.

Con razón, el poeta francés Charles Baudelaire escribió: «La mejor artimaña del demonio es persuadirnos de que no existe».

23

FECHA: 31/5/1906. El rey Alfonso XIII se desposó con Victoria Eugenia de Battenberg, de cuyo enlace nacerían dos hijos hemofílicos, Alfonso y Gonzalo, desangrados tras sendos accidentes de automóvil.

LUGAR: MADRID. La boda regia supuso la irrupción en la Casa Real española de esta gravísima enfermedad entonces, caracterizada por la propensión a fuertes hemorragias muy difíciles de controlar.

ANÉCDOTA: El príncipe de Asturias tuvo que abandonar el Palacio Real tumbado en una camilla, camino del exilio, tras recibir un culatazo en el hombro durante una cacería.

¿Sabía Alfonso XIII el grave riesgo de su boda con Victoria Eugenia?

La legión de biógrafos y cronistas áulicos de Alfonso XIII sostiene que el monarca ignoraba que su futura esposa, la reina Victoria Eugenia de Battenberg, podía ser portadora del gen de la hemofilia, una especie de «peste sanguínea» introducida desde entonces en la Casa Real española, que causaría las muertes trágicas del príncipe de Asturias y de su hermano, el infante don Gonzalo.

Esta gravísima enfermedad entonces se caracterizaba por la propensión a fuertes hemorragias, producidas a veces de forma espontánea, las cuales eran francamente difíciles de controlar debido a una tara en la coagulación de la sangre.

Algunos aseguran, incluso, que el rey fue poco más o menos que engañado.

Aunque la hemofilia, como tal enfermedad, no estuviera tipificada médicamente en 1906 cuando Alfonso XIII y Victoria Eugenia contrajeron matrimonio, tal y como sostiene Ricardo de la Cierva amparándose en la primera gran monografía sobre este trastorno de

la coagulación publicada por los doctores Bulloch y Fildes en 1911, ello no es óbice para asegurar con rotundidad que nadie en la corte inglesa o en la española conociese la amenaza de aquella tara a la cual se denominaba ya entonces por su verdadero nombre: «hemofilia». Bastaba sólo con pronunciar esa palabra maldita para desatar el pánico en las cortes europeas.

El término «hemofilia», que significa «afinidad por la sangre», fue acuñado por el doctor Friedrich Hopff en su tratado de 1828.

De la Cierva insiste en que nadie pudo advertir a Alfonso XIII del enorme riesgo que corría: «Don Alfonso —asegura el historiador— no pudo ser informado sobre la enfermedad de la que Ena —como su madre Beatriz— era portadora. Nadie lo sabía en 1905, ni en 1906 ni en 1907. Entre otros motivos menores, porque nadie podía saberlo».

Pero su pasmosa seguridad no convence en absoluto a la doctora Araceli Rubio, quien, tras investigar durante más de dos años los entresijos de la hemofilia para su tesis doctoral sobre el impacto de esta enfermedad en la historia de la realeza europea, mientras se formaba como especialista en hematología y hemoterapia en el hospital Miguel Servet de Zaragoza, sostiene que en 1893 el profesor Wright ya había analizado y descrito la enfermedad en su trabajo titulado de forma elocuente *Haemophilia and haemorrhage*.

Sin ir más lejos, como advertía la doctora Rubio, en ese estudio se basaron algunas curas realizadas al zarévich Alexis, nacido dos años antes de la boda de los reyes de España: «Tanto ella [Ena] como él [Alfonso XIII] y sus familias —sostiene la doctora Rubio—, además de los consejeros del monarca español, conocían, en el momento del compromiso matrimonial de la pareja, el riesgo que ambos corrían. Pero el rey Alfonso nunca temió arriesgarse».

La hematóloga hacía, a continuación, una distinción importante: «Una cosa es saber que [Ena] era portadora de la enfermedad, cosa que hasta nuestros días no se ha podido conocer, y otra cosa es que existía una enfermedad, la hemofilia, que ya había afectado a varios miembros de la familia, ella misma tenía dos hermanos afectos».

Por si fuera poco, en 1803 el doctor John Conrad Otto de Filadelfia, en un revelador estudio publicado en *The Medical*

Repository de Nueva York, auténtica Biblia de la ciencia médica, ya había detectado «la existencia de una predisposición hemorrágica en algunas familias que, aunque sólo la padecían los varones, la alteración la transmitían las mujeres no afectas a una proporción de sus hijos».

Otto añadía: «Familia con cuatro hijos varones que sangraban después de una herida trivial. Ninguna mujer de esta familia era afectada pero sí lo transmitía».

Más claro, agua: un siglo antes de que Alfonso XIII y Ena se desposaran, ya se conocía la existencia de esta enfermedad, llamada luego hemofilia.

Por tanto, además del importante estudio esgrimido por De la Cierva, existen otros trabajos destacados sobre la enfermedad publicados en fechas muy anteriores, a los cuales se añade el del doctor Legg, aparecido en Inglaterra en 1872, y el de Immerman, editado en Alemania siete años después; así como el de König, sobre la repercusión de la hemofilia en las rodillas, publicado en 1890.

Luego Alfonso XIII sabía del grave peligro que corría desposándose con la princesa británica.

Incluso Ramón de Franch, amigo íntimo del monarca, escribió en su excelente biografía de Alfonso XIII publicada en Ginebra, en 1947: «En Madrid, si no en Londres mismo, no faltó quien le aconsejase [al rey] proceder con sumo juicio, en virtud de ciertas razones que luego se ha visto tenían sobrado fundamento». ¿Negligencia regia entonces…?

Dos testimonios lapidarios

Otro testimonio destacado se halla en la biografía autorizada de la princesa Beatriz de Inglaterra, madre de Victoria Eugenia, titulada en inglés *The Shy Princess* y publicada en 1958, cuando la esposa de Alfonso XIII aún vivía.

Para mayor verosimilitud, su autor británico, David Duff, agradece al principio a la reina Victoria Eugenia su impagable colaboración.

Consigna así David Duff:

> Pronto se supo que Alfonsito [el primogénito de Alfonso XIII] sufría de hemofilia. En esto reside la verdadera tragedia de la princesa Beatriz. Tanto ella como los consejeros del monarca español conocían, en el momento del compromiso matrimonial de la pareja, el riesgo que ambos corrían. Pero estaban muy enamorados. El rey Alfonso nunca temió arriesgarse.

El biógrafo suizo Henri Vallotton lo tiene también muy claro: «Alfonso XIII sabía, incluso antes de su noviazgo, que habían existido casos de hemofilia en la familia de la princesa del lado materno».

24

FECHA: 26/11/1922. El egiptólogo británico Howard Carter y su expedición protagonizaron uno de los descubrimientos arqueológicos más sensacionales de los tiempos modernos: la tumba intacta del mítico faraón Tutankhamon.

LUGAR: LUXOR. En el Valle de los Reyes, además de hacer historia entonces, Carter y su equipo dieron rienda suelta a la leyenda sobre una supuesta maldición del faraón.

ANÉCDOTA: A juzgar por su prematura muerte con diecinueve años, en 1327 a.C., el propio faraón resultó víctima de la maldición que todavía se le atribuye.

¿Qué hay detrás de la maldición de Tutankhamon?

El arqueólogo y egiptólogo británico Howard Carter (1874-1939) jamás olvidó el descubrimiento de su vida: la tumba del faraón Tutankhamon, el 26 de noviembre de 1922, en lo más profundo de las entrañas del Valle de los Reyes, frente a Luxor, en el alto Nilo.

El suelo que pisó él aquel día con los miembros de su expedición no había sido hollado en los últimos tres mil doscientos años. «Incluso el aire que respirábamos —evocaba luego el propio Carter — y que no había sido renovado desde hacía siglos, lo compartíamos todavía con los que habían conducido la momia a su lugar de reposo.»

Mientras la polea que debía levantar la tapa del sarcófago estaba ya casi lista, Carter no pudo ni siquiera imaginar que la llamada maldición de Tutankhamon pudiera cebarse con algunos miembros de su expedición. En medio de un silencio estremecedor, se alzó la pesada losa partida en dos que pesaba más de mil doscientos kilos. La luz iluminó el sarcófago y lo que contemplaron sus ojos quedó

grabado ya para siempre en el disco duro de su cerebro: todo el interior estaba ocupado por la efigie del joven monarca; era la tapa de un maravilloso ataúd de forma humana (antropoide) con una longitud de 2,10 metros. Las manos y la cabeza del rey eran de oro macizo. Cruzadas sobre el pecho, las manos sostenían los emblemas reales, el cayado y el flagelo, adornados con incrustaciones de pasta vítrea azul y roja. El rostro y las facciones habían sido exquisitamente modelados sobre panes de oro. Los ojos eran de aragonita y obsidiana, y las cejas y párpados, de lapislázuli. La mirada inmortal del poder y la riqueza, y quién sabe si del maleficio y la condenación también para quienes osaban profanar su tumba secreta.

Sea como fuere, cinco meses después de uno de los descubrimientos arqueológicos más sensacionales de los tiempos modernos, el mecenas de la expedición, lord Carnarvon, falleció en el hotel Continental de El Cairo. Era la noche del 4 de abril de 1923. Mi amigo el doctor Roberto Pelta, un experto en venenos de todo tipo, corrobora hoy la verdadera causa de la misteriosa muerte: «Una erisipela provocada por la picadura de un mosquito, que desembocó en septicemia y neumonía».

Dejamos ya para la leyenda los rumores que circularon entonces sobre la coincidencia de la muerte de lord Carnarvon con un apagón en El Cairo que dejó a oscuras toda la ciudad, mientras en Inglaterra su perro caía fulminado en su residencia de Hampshire tras aullar como nunca antes lo había hecho. Aseguran incluso que durante la autopsia de la momia del faraón se localizó una herida justo en el mismo lugar donde el mosquito había picado al hombre que financió la expedición.

La cadena de muertes prosiguió en septiembre con la de su hermano, Aubrey Herbert, que estuvo presente en el momento cumbre de la apertura de la cámara regia; a su regreso en Londres, falleció inesperadamente.

Lo mismo le sucedió en 1928 a Arthur Mace, egiptólogo del Metropolitan Museum of Art de Nueva York, el hombre que golpeó por última vez el muro para penetrar en la cámara real. Claro que, dos años antes, había fallecido también en extrañas circunstancias

Georges Bénédite, conservador del Museo del Louvre, tras haber visitado la tumba.

Por si fuera poco, en 1934 falleció de un ictus Alb Lythgoe, otro de los que estaban presentes al abrirse el sepulcro del faraón. Por no hablar de sir Douglas Reid, que después de radiografiar la momia enfermó y regresó a Suiza, donde murió al cabo de dos meses; o de la secretaria del propio Carter, fulminada por un infarto de corazón, y del padre de ésta, que se suicidó al enterarse de tan triste pérdida.

Este imparable reguero de fatalidades inexplicables alimentó la imaginación popular, unida a la publicación de artículos y libros sobre supuestas maldiciones faraónicas de las que sólo pareció librarse el propio Howard Carter, fallecido diecisiete años después del increíble descubrimiento.

Las hipótesis para explicar las extrañas muertes se multiplicaron, desde la más sencilla, la maldición del faraón, hasta las más sofisticadas, según las cuales todas y cada una de las víctimas habían sido infectadas con esporas del moho *Aspergillus fumigatus*, colocadas en vasijas, a modo de armas biológicas contra los profanadores de tumbas sagradas.

Pero, como advierte el doctor Roberto Pelta, «hoy sabemos que las esporas del *Aspergillus* pueden ser inhaladas de forma cotidiana sin causar enfermedad alguna en sujetos sanos». ¿Acaso Carter y sus hombres no lo estaban…?

HOWARD CARTER: «ESTÚPIDAS IDEAS»

La novelista británica Marie Corelli contribuyó también a la leyenda de la maldición de Tutankhamon. Aseguraba ella, no en vano, que tenía en su poder nada menos que un primitivo texto árabe donde se advertía sobre las funestas consecuencias de la apertura de tumbas sagradas.

El propio Arthur Conan Doyle, autor de los impagables relatos del detective Sherlock Holmes, se declaró convencido de la existencia de

la maldición que acabó con las vidas de algunos integrantes de la expedición.

Pero todo eso no impidió a su protagonista Howard Carter dejar escrito para la posteridad, tras mantener su pensamiento vinculado al faraón de tiempos remotos: «Y en nuestras mentes continuaba resonando su última llamada, inscrita en su ataúd: "¡Oh, Madre Noche, extiende sobre nosotros tus alas, como las Estrellas eternas!"».

Cuando alguien le hablaba de la maldición, Howard replicaba: «Todo espíritu de comprensión inteligente se halla ausente de esas estúpidas ideas».

25

FECHA: 5/8/1918. Aquella tarde se hicieron visibles los estigmas de Jesucristo en las manos, pies y costado del padre Pío durante cincuenta años consecutivos nada menos, sangrantes a diario.

LUGAR: SAN GIOVANNI. En su convento al sur de Italia, el fraile capuchino recibió los estigmas que conservó hasta poco antes de su muerte, el 23 de septiembre de 1968.

ANÉCDOTA: Canonizado por Juan Pablo II, el padre Pío estuvo en bilocación en la beatificación de Teresa de Lisieux, según don Orione, declarado santo por el mismo Papa.

¿Estuvo el padre Pío crucificado como Jesús?

Por expreso deseo del papa Francisco, el cuerpo incorrupto del padre Pío fue expuesto para todos los públicos en la basílica de San Pedro del 8 al 14 de febrero de 2016, en pleno Año de la Misericordia.

Y entretanto, muchos se preguntarán aún en España quién era san Pío de Pietrelcina (1887-1968), tal vez el santo más venerado hoy en Italia y, desde luego, el único sacerdote estigmatizado en toda la Historia de la Iglesia.

A propósito de sus estigmas en manos, pies y costado durante cincuenta años consecutivos, sangrantes a diario, a los que el padre Pío aludía enigmático como «el secreto del Rey», tuve el privilegio de consultar en su día los informe médicos conservados en el proceso de canonización para componer mi libro *Padre Pío* (LibrosLibres), con diez ediciones ya en España y traducciones a varios idiomas, incluido el italiano.

Las primeras señales del prodigio aparecieron a finales de 1910, a la edad de veintitrés años. Lo sabemos por una carta a su entonces

director espiritual, el padre Benedetto, datada el 8 de septiembre del año siguiente. Pero los estigmas no se hicieron visibles hasta ocho años después, desde la tarde del 5 de agosto de 1918. Sólo la obediencia debida a su director le hizo revelar finalmente el fenómeno que tanto le avergonzaba, por considerarse indigno de llevar las mismas heridas que Jesucristo. En cuanto trascendió «el secreto del Rey», sus enemigos se apresuraron a calumniarle, aduciendo que los falsos estigmas eran producto de la histeria del fraile, cuando no fruto de la sugestión e incluso de la autolesión, unidas al fanatismo, el desequilibrio mental o la mala fe.

Muy pronto, el convento de San Giovanni Rotondo, donde vivió el padre Pío los últimos cincuenta y dos años de su vida, se convirtió en el principal observatorio médico del planeta.

Luigi Romanelli fue el primer médico que visitó el convento para examinar al fraile en mayo y julio de 1919. En octubre, estuvo allí el doctor Giorgio Festa, que repitió la visita en julio de 1920, acompañado de Romanelli. Precisamente este último, director del hospital civil de Barletta, describía con gran precisión visual los estigmas en las manos del padre Pío:

> En las regiones palmares de ambas manos, y propiamente al nivel del tercer metacarpo, se aprecia a simple vista una pigmentación de la piel de color rojo vinoso en una superficie del tamaño de una moneda de bronce de cinco centavos en la mano derecha y de dos centavos en la mano izquierda. Los contornos aparecen con leves franjas, de forma casi circular. Observándolos con cuidado, se aprecia en esa zona de la piel un epitelio, o más bien una membrana reluciente, algo levantada en el centro… Aplicando el pulgar en la palma de la mano y el índice en el dorso, y haciendo presión, que resulta muy dolorosa, se tiene la percepción exacta del vacío existente entre ambos dedos.

Respecto a las heridas en los pies, Romanelli anotaba en su informe:

> Sobre el dorso de ambos pies se advierte una zona circular, del tamaño de una moneda de cinco centavos, recubierta también de una membrana de color rojo vivo… Tras palparla, se comprueba que la membrana es también elástica y permite apreciar el vacío subyacente. En las regiones plantares se perciben idénticas zonas y características. Comprimiéndolas al mismo tiempo, ya sea la región dorsal o plantar, se aprecia el vacío existente, así como el pie perforado.

Tras detallar también la llaga del costado, Luigi Romanelli concluía, rotundo, su informe:

> Se excluye que la etiología de las lesiones del padre Pío sea de origen natural sino que el agente productor debiera buscarse, sin temor a equivocarnos, en lo sobrenatural, ya que el hecho constituye por sí mismo un fenómeno inexplicable sólo desde la ciencia humana.

A idéntica conclusión llegó el doctor Giorgio Festa; lo mismo que su homólogo Andrea Cardona, quien en 1968, tras reconocer al padre Pío, manifestó: «En ambas manos he hallado orificios del diámetro aproximado de uno y medio centímetros, respectivamente, que atravesaban las palmas de un lado a otro, filtrándose por ellos la luz; con la presión, las yemas de mis dedos índice y pulgar se tocaban».

Resultaba imposible explicar así fenómenos sobrenaturales a la exclusiva luz de la ciencia; igual que sucedía con otros carismas con los que Jesús adornó al padre Pío: bilocación, introspección de conciencias o profecía. En el proceso de canonización se amontonan centenares de testimonios documentados que dan fe hoy de todos y cada uno de ellos.

La burda treta de Gemelli

Para enturbiar la verdad, el padre Agostino Gemelli arrojó sus propias cartas marcadas al cesto del oprobio. Curiosamente, Gemelli pertenecía a la Orden de Hermanos Menores Franciscanos y unía a su condición de médico, las de rector de la Universidad Católica de Milán, consejero del Santo Oficio y amigo personal de Pío XI.

Gemelli, precisamente, escribió un tratado para demostrar que todos los estigmatizados, a excepción de san Francisco de Asís y de santa Catalina de Siena, eran poco más o menos que unos farsantes. Y, naturalmente, el padre Pío figuraba, a su juicio, entre ellos.

Gemelli osó entonces entregar al Pontífice un informe denigratorio sobre el padre Pío… ¡sin haber examinado sus estigmas!

Al contrario que Romanelli y Festa, quienes, tras estudiarlos minuciosamente, desenmascararon finalmente a Gemelli. La autosugestión era un camelo: no por creer que fuera un buey, al padre Pío iban a salirle cuernos en la cabeza.

26

FECHA: 12/6/1939. Alfonso Laurencic fue juzgado durante un consejo de guerra, acusado de construir dos de las checas más atroces de Barcelona: las de las calles Vallmajor y Zaragoza.

LUGAR: BARCELONA. La Sala Primera de lo Criminal, instalada en el Palacio de Justicia, acogió al Tribunal Militar presidido por el comandante de Seguridad y Asalto, Adolfo Fernández Navas.

ANÉCDOTA: A las cuatro de la madrugada del 9 de julio, Laurencic fue fusilado en el Campo de la Bota; poco antes, afirmó: "Hubiese construido cien checas más".

¿Quién fue el arquitecto de las checas?

El 12 de junio de 1939, todas las miradas confluyeron en un hombre alto y corpulento, que vestía abrigo negro y pantalón de dril blanco e iba calzado con unas sencillas alpargatas.

De su rostro sobresalía una descuidada barba rubia y los ojos permanecían ocultos bajo unas gafas oscuras. Caminaba esposado, dando muestras de una pasmosa serenidad. Antes de tomar asiento en el banquillo, saludó al Tribunal con una ligera inclinación de cabeza.

Poco después, comenzó el procedimiento sumarísimo contra Alfonso Laurencic, de treinta y siete años, casado, nacido en Francia, de padres austríacos y entonces súbdito yugoslavo. Había estado en España con anterioridad a 1923, en Barcelona, trabajando en diversos oficios. En septiembre de 1933 se afilió a la CNT, y en abril de 1936 lo hizo a la UGT. El 7 de febrero de 1939 fue capturado en El Collell por las tropas nacionales, siendo puesto a disposición de un

oficial de la Legión Cóndor por haber alegado que poseía la nacionalidad austríaca.

Y ahora permanecía sentado en el banquillo, acusado de diseñar y construir dos de las checas más atroces de Barcelona —las de las calles Vallmajor y Zaragoza—, donde cientos de infelices habían sido torturados y asesinados durante la Guerra Civil española. Laurencic era el arquitecto de las checas. Un engendro de hombre; una especie de perverso Frankenstein.

Músico de profesión, ideó la instalación del «metrómetro», un aparato de cuerda semejante a un péndulo que emitía un penetrante y continuo tictac para desesperar a los encerrados en las asfixiantes mazmorras.

Entendido en colores y efectos de luz, combinaba figuras de ilusión óptica en las celdas —los llamados «efectos psicotécnicos»— que hundían el ánimo del recluso.

Dibujante, diseñó los «armarios», verdaderos ataúdes en los que el preso, por las exiguas dimensiones del habitáculo, se veía obligado a sostenerse sobre las puntas de los pies.

Mecánico, hizo que se colocase en un orificio hecho en la pared, visible para el preso y manejable desde el exterior por su guardián, un reloj que marcase las horas como uno normal. Sólo que con un truco imperceptible que consistía en acortar el muelle regulador del engranaje para que el reloj adelantara cuatro horas al día.

Espía, se dedicaba a traicionar a la CNT y a la UGT, y en los sucesos de mayo a las fuerzas gubernamentales y a los militantes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM).

Políglota —hablaba siete idiomas—, consiguió sin problemas el puesto de intérprete en la Consejería de Orden Público de Barcelona.

Estafador, distraía fondos de la Administración del Servicio de Investigación Militar (SIM) y facilitaba la salida de España a personas pudientes, cobrándoles antes elevadas sumas de dinero por sus gestiones.

Aventurero internacional, se hizo pasar por oficial del ejército yugoslavo e ingresó en 1921 en la Legión con la falsa graduación de sargento.

Sólo un diablo como él pudo concebir un averno semejante. La checa de la calle de Vallmajor era un auténtico museo de los horrores. En el jardín mismo se hallaba el Patio de los Fusilamientos, en cuyo centro los guardias habían abierto una gran fosa para proceder a los simulacros. Colocaban a su víctima al borde del agujero, haciéndole creer que iba a ser enterrada allí mismo, mientras el pelotón le apuntaba con sus fusiles sin llegar a disparar.

En un extremo del jardín estaba el Pozo. El instrumento ideal para infligir a los presos el tormento del agua. La entrada era muy estrecha y de la parte superior colgaba una polea que servía para hacer descender o subir a la víctima. A veces se suspendía a ésta por los pies, introduciéndola de cabeza y sumergiéndola en el agua durante unos segundos. En otras ocasiones, se la colgaba por los brazos o las axilas, y se la mantenía sumergida durante largo tiempo hasta un nivel de agua próximo a la boca.

Por no hablar de las Mazmorras alucinantes, instaladas en el interior de un pabellón dividido en celdas, donde se aplicaron los métodos denominados «psicotécnicos». Cada celda tenía unos 2,5 metros de fondo por 1,80 metros de ancho. En su parte derecha había un poyo de cemento que hacía las veces de cama y en la izquierda, un pilar, también de cemento, con una superficie de 40 centímetros y una altura de 90 centímetros. Cama y pilar tenían una inclinación de unos veinte grados y estaban revestidas de una capa de brea, características que hacían imposible reclinarse e impedían el descanso. Y esto era sólo el aperitivo ideado por un auténtico monstruo…

El suplicio de la «nevera»

Laurencic instaló también las «Neveras», celdas cuadrangulares y estrechas, revestidas en su interior con cemento poroso. Un depósito de agua situado en la parte superior proporcionaba un líquido que, filtrado a través del techo y las paredes, convertía el habitáculo en

un auténtico frigorífico. Los sacrificados permanecían allí durante horas casi a oscuras, dado que junto al techo sólo había una minúscula abertura enrejada, a modo de respiradero.

La higiene y el régimen alimenticio en Vallmajor eran también una tortura. Las comidas consistían en un cucharón de caldo aguado con unas cuantas judías o garbanzos, un pedazo de pan y un vaso de agua. Eso cada día.

Los presos debían permanecer todo su encierro con la misma ropa que llevaban puesta al ingresar. Para hacer sus necesidades eran sacados de la celda tres veces al día. Si alguno tenía una indisposición, tenía que evacuar en un rincón del propio calabozo.

27

FECHA: 28/8/1943. El rey Boris de Bulgaria fallece de una misteriosa enfermedad tras visitar a Hitler trece días antes en su "Guarida del lobo", en los bosques de Rastenburg.

LUGAR: SOFÍA. El monarca agonizó en su palacio búlgaro sin que los cinco médicos fueran capaces de ponerse de acuerdo en un diagnóstico, llegando a dudar sobre un envenenamiento.

ANÉCDOTA: El profesor Eppinger aludió a una "muerte típicamente balcánica", levantando sospechas sobre una muerte provocada, mientras la reina Juana se opuso a la práctica de la autopsia.

¿Mató Hitler al rey Boris de Bulgaria?

Abordamos ahora uno de los episodios históricos que más me han intrigado de la historia reciente. El comentario escueto y frío del germanófilo primer ministro búlgaro, Bogdan Filof, en los micrófonos de Radio Sofía, constituye ya un enigma en sí mismo: «Su Majestad el rey, zar Boris III, el Único, tras breve enfermedad, ha fallecido rodeado de su familia, hoy 28 de agosto de 1943, a las 16.22 horas».

Tan sólo trece días antes de su misteriosa muerte, el día 15 para ser exactos, el monarca búlgaro había visitado al Führer en Alemania cargado de grandes recelos. Arrastrado por las circunstancias bélicas y en especial por la voluntad inflexible de su primer ministro germanófilo, el rey aceptó finalmente la invitación de Hitler para visitarle en su «Guarida del lobo», camuflada en los tupidos bosques de Rastenburg.

Muchos sospecharon entonces el intento de Alemania de asegurarse un nuevo aliado antes de la separación definitiva de

Italia, pese a que Bogdan Filof insistiese hasta la saciedad en que Berlín jamás exigiría a Bulgaria la renuncia a su neutralidad en la Segunda Guerra Mundial.

Llegó por fin el temido domingo 15 de agosto y Hitler, como de costumbre, envió a su piloto personal, el capitán Hans Baur, a recoger al monarca en su Junker 52. Durante el vuelo, los acompañantes detectaron ya la preocupación de Boris, disimulada por alguna que otra mueca forzada. Una vez en Rastenburg, la ausencia de su cuñado, Felipe de Hesse, esposo de la princesa Mafalda de Saboya, para recibirle en la pista de aterrizaje le extrañó mucho y confirmó sus malos presagios.

La hora de la verdad llegó poco después, cuando Boris y Hitler conversaron cara a cara en alemán, sin necesidad de intérpretes, pues el monarca búlgaro al descender de una dinastía de príncipes germanos se desenvolvía con soltura en ese idioma. La significativa ausencia de Felipe volvió a inquietar a Boris. Su palpable excitación al abandonar el despacho de Hitler para encaminarse al comedor bastó para cerciorarse de que su entrevista con éste había desembocado en una desagradable discusión, cuyo tema sigue siendo un enigma.

El Führer se las ingenió para que su invitado no pudiese cruzar una sola palabra con su cuñado Felipe durante el almuerzo, tras colocarle en un extremo de la mesa. Tampoco después de comer pudieron hablar ambos en privado, acechados por la presencia del mariscal Keitel, jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, de Hermann Göering o de cualquiera de los oficiales de la Gestapo.

A la mañana siguiente, Boris y Felipe experimentaron la misma frustración en los aposentos privados del monarca ante el temor de que hubiese micrófonos ocultos. Cuando se disponían a pasear al aire libre, Boris fue abordado por Keitel, quien deseaba mostrarle la situación de los frentes sobre el mapa. El monarca búlgaro abandonó así Alemania sin poder contarle la entrevista a su cuñado.

De nuevo en el avión del Führer, Boris no hizo ya el menor esfuerzo por disimular su desconsuelo. Los miembros de su séquito se preguntaban qué graves problemas se habrían abordado durante el misterioso encuentro.

A su llegada a palacio, el rey estaba extenuado y se lo comentó a su esposa, la princesa italiana Juana: «Las conversaciones con Hitler fueron muy fatigosas».

El lunes 23 de agosto, ocho días después de su viaje a Alemania, el soberano sufrió vómitos durante media hora. La alarma cundió en palacio. Reunidos los doctores Balbanof, Kirkovich, Eppinger y Sajitz, dudaron: ¿se trataba de una inflamación de la vesícula biliar o de un grave ataque al corazón? ¿Tal vez de una trombosis coronaria?

Tras someterle a todo tipo de pruebas médicas, los galenos se revelaron incapaces de establecer un diagnóstico. Y entonces surgió la peor sospecha: ¿había sido envenenado Su Majestad? Existían ya entonces venenos de serpiente que actuaban con gran lentitud. Si el servicio secreto soviético los utilizaba para eliminar a los adversarios del bolchevismo, ¿por qué la Gestapo no? La pregunta quedó en el aire.

El pueblo búlgaro no fue informado de la enfermedad de su rey hasta el viernes 27 de agosto. Dos días después del deceso, el 30 de agosto, el ministro de Justicia búlgaro publicó el acta de defunción, según la cual la muerte se debió a «obstrucción de las coronarias, bronconeumonía, tumefacción del pulmón y del cerebro». Y por si fuera poco, «ataques biliares». Demasiadas dolencias para resultar creíbles. Hasta que el 31 de agosto, los súbditos búlgaros se enteraron de que su rey, poco antes de enfermar, había estado con Hitler…

El secreto de Mafalda de Saboya

Tras los funerales por el rey Boris III, celebrados el 5 de septiembre de 1943 en la catedral de Alexander Nevski, los restos del monarca se inhumaron en el monasterio de Rila.

La princesa Mafalda de Saboya, cuñada del difunto rey, asistió a los funerales en representación de la Familia Real italiana. Poco después, regresó a Roma. La capital había sido ya ocupada por

tropas alemanas. Cuando un oficial de la Gestapo le preguntó por la causa de la muerte de su cuñado, ella respondió de forma inquietante: «No trate de descubrir la verdad. Es mucho peor que todo lo que se ha supuesto hasta ahora».

Mafalda fue a dar con sus huesos en el campo de concentración de Buchenwald, mientras su esposo era confinado en el de Sachsenhausen. El 27 de agosto de 1944, la princesa murió durante un bombardeo en su barracón llevándose su secreto a la tumba.

28

FECHA: 24/6/1509. Enrique VIII y Catalina de Aragón fueron coronados juntos, pero su matrimonio por razón de Estado acarrearía amargos sinsabores a la hija predilecta de Fernando el Católico.

LUGAR: LONDRES. Celebrada en la abadía de Westminster, la boda regia no sirvió para restaurar el catolicismo en Inglaterra, pues la hija de Catalina, María Tudor, murió sin sucesión.

ANÉCDOTA: El crápula de Enrique VIII se enamoró hasta el tuétano de su amante Ana Bolena y buscó anular su matrimonio aun enfrentándose con el papa Clemente VII.

La maldición de Enrique VIII

Pocas historias hay tan desafortunadas como la de la infanta Catalina de Aragón. Y eso que de las hijas de los Reyes Católicos, la pequeña Catalina fue siempre la predilecta de su padre, Fernando de Aragón, según él mismo reconocía sin miramientos: «Es la hija que yo más quiero de las que Dios me dio».

Si su hermana mayor María fue «la cara» en lo que a fecundidad se refiere, Catalina simbolizó en cambio «la cruz», pues de sus cinco hijos sólo sobrevivió uno y encima éste no tuvo descendencia, con las graves consecuencias que ello acarreó para la Corona y el catolicismo.

Nacida el 15 de diciembre de 1485, en el palacio alcalaíno del cardenal Mendoza, un anónimo franciscano dejó escrito lo esencial sobre Catalina: «De la santa y bienaventurada Reina doña Catherina, Reina de Inglaterra, es claro que piadosamente podemos creer que ella Reina en el Cielo; aunque sus hermanas fueron más virtuosas, ella por palma de martirio pasó a reinar en el Cielo, sufriendo

muchas aflicciones y desconsolaciones, poniendo su esperanza en nuestro Señor Dios y en la bienaventurada Virgen, Nuestra Señora, y en muchos santos que ella tenía por devotos».

No exageraba un ápice el fraile, a juzgar por el Gólgota que padecería la pobre infanta en propia carne. Advirtamos antes que los Reyes Católicos, en su denodado afán por aislar Francia de las alianzas internacionales, urdieron los matrimonios de todos sus hijos: la infanta Isabel casó así con el primogénito de los reyes de Portugal, el infante Alfonso; el infante Juan lo haría con la hija del emperador alemán, Margarita de Austria; la infanta Juana con el indeseable de Felipe el Hermoso, heredero de los reinos de Flandes, y Catalina… Sus padres pensaron en aprovechar la baza del matrimonio de la pequeña para urgir la entrada de Inglaterra en la liga contra Francia, afianzando al mismo tiempo el catolicismo en aquella nación, según se desprende de una «minuta» de carta de la reina Isabel al doctor Rodrigo González de la Puebla, embajador en la corte inglesa.

En esta desconocida carta, escrita desde Laredo y datada el 12 de septiembre de 1496, Isabel apremiaba así al doctor: «Luego sin dilación procureys de asentar lo del casamiento de nuestros fijos, pues parece que no hay ahora en el mundo rey que tenga fija con que pueda casar su fijo sino la nuestra y le viene mejor que otras por la vecindad que tenemos».

Prometida Catalina desde su más tierna infancia a la corte de Enrique VII de Inglaterra, sus padres concertaron para ella dos matrimonios sucesivos con los príncipes Arturo y Enrique, de la dinastía Tudor.

El 27 de marzo de 1489, ambos países acordaron un tratado de alianza en el que se capitulaba el futuro matrimonio. El documento se firmó en Londres, el 1 de octubre de 1496. A Enrique VII lo representó en el acto el obispo de Londres y a los Reyes Católicos, González de la Puebla.

Hasta el 17 de agosto de 1501 no embarcó Catalina en el puerto de La Coruña, desde donde arribó a Inglaterra el 2 de octubre para desposarse con el príncipe Arturo, que falleció al año siguiente de forma inesperada sin dejar descendencia.

Su joven viuda acabó uniéndose en matrimonio con el hermano menor de su difunto esposo, Enrique, príncipe de Gales y heredero al trono. Ambos fueron coronados juntos en la abadía de Westminster, el 24 de junio de 1509.

La pobre Catalina ignoraba que su nuevo esposo, además de ser un crápula, haría rodar la cabeza del filósofo y santo Tomás Moro.

Del enlace de Catalina de Aragón con Enrique VIII de Inglaterra (1491-1547) nacieron cinco hijos, de los que sólo sobrevivió la futura reina María Tudor.

El primer embarazo terminó en aborto, en 1510; y para colmo de males, la reina alumbró al año siguiente a Enrique, que vivió tan sólo mes y medio.

El doctor Enrique Junceda atribuye hoy esta lamentable historia obstétrica «a la sífilis que, sin duda, le había contagiado Enrique VIII de Inglaterra», como una especie de maldición.

Avatares del destino: la restauración del catolicismo en Inglaterra resultó ser un fiasco finalmente porque la hija de Catalina, María Tudor, casada con el rey Felipe II, murió sin sucesión.

Heredó entonces el trono inglés la hija de Ana Bolena, Isabel I de Inglaterra, que restauró el anglicanismo fundado por su padre Enrique VIII acabando así con las esperanzas e ilusiones de los Reyes Católicos y con la felicidad de su hija pequeña.

Cuestión de formación

Todos los hijos de los Reyes Católicos, y muy en especial las hijas, con el paréntesis de la enajenada o poseída Juana, como ya vimos en un enigma anterior, fueron auténticos «vasos de elección»: modelo de mujeres y princesas reflejadas con sus virtudes en el espejo esmerilado de su madre.

Isabel y Fernando, aun en medio de tantos y graves cuidados relacionados con la gobernación de sus reinos, se preocuparon también por la formación religiosa de su prole. Obtuvieron del papa

Inocencio VIII una bula, fechada el 18 de enero de 1487, que les facultaba para elegir libremente a los religiosos de cualquier orden monástica y encomendarles la formación espiritual de sus hijos. El alma de la primogénita Isabel se confió al franciscano de la Observancia fray Pascual de Ampudia; la del príncipe heredero, a fray Diego de Deza, y la de las infantas, al dominico fray Andrés de Miranda.

29

FECHA: 11/2/1873. Tras la abdicación del rey Amadeo I de Saboya, las Cortes españolas proclamaron la República con los votos favorables de 258 miembros y sólo 32 en contra.

LUGAR: MADRID. El célebre novelista Dostoievski analizó con gran lucidez el nuevo régimen aprobado por unas Cortes que en su mayoría eran monárquicas, o al menos eso se pensaba.

ANÉCDOTA: ¿Quién iba a decir que el escritor ruso calificaría de "bandidos" a los cantonalistas de Cartagena o recriminaría a Castelar su liberalismo contra los perturbadores del orden?

¿Cómo veía Dostoievski la República española?

El siguiente análisis tan desconocido sobre la Primera República española (febrero de 1873-diciembre de 1874) podría muy bien atribuirse a Madariaga, Marañón, Ortega y Gasset o Modesto Lafuente. Pero no lo hizo ninguno de ellos, sino el mismísimo novelista ruso Fiódor Mijáilovich Dostoievski (1821-1881).

Durante 1873, el autor de *Crimen y castigo* abandonó la creación literaria para volcarse en el periodismo activo al frente de la revista *Grachdanin* (*El Ciudadano*), propiedad del príncipe Meshcherski. Más tarde, recopiló todos esos artículos en su juicioso *Diario de un escritor*.

El 11 de febrero de aquel mismo año, mientras el rey italiano Amadeo I de Saboya se dirigía con su familia a Portugal tras abdicar del trono español, el Congreso y el Senado proclamaron la República con los votos favorables de 258 miembros de la Asamblea y tan sólo 32 en contra. Paradojas de la Historia: unas Cortes en su mayoría

monárquicas, o al menos eso se pensaba entonces, trajeron la República por abrumador consenso.

¿Y qué escribió todo un príncipe de las letras sobre aquellos primeros compases republicanos, en el número 52 de la citada revista? Esto mismo:

> Jamás llegó España a un estado tan caótico. Los treinta años de guerra civil en el presente siglo no pueden compararse con el actual estado de cosas, porque entonces la guerra estaba limitada a dos grupos solamente, cristinos y carlistas [partidarios de María Cristina de Borbón, cuarta esposa de Fernando VII y madre de Isabel II, y de Carlos María Isidro, respectivamente], cada uno de los cuales tenía fe en sí mismo y no dudaba de que su victoria significaría la paz y la dicha para España. Pero, ahora, ¿qué partido existe, sin excluir el de don Carlos, que crea seriamente que su triunfo significaría la pacificación de España?

A continuación, Dostoievski, desengañado ya a esas alturas de su juventud tormentosa y revolucionaria, criticaba con dureza al socialismo marxista que acababa de constituirse en la Nueva Federación Española separada de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) y convertida en el embrión del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), fundado seis años después por Pablo Iglesias. Y no sólo eso: el novelista recelaba implícitamente del comunismo que tan bien conocía, y proclamaba la necesaria unidad de España. ¿No resulta acaso familiar su discurso en la España actual?

Escribía entonces el autor también de *Los hermanos Karamázov*:

> El partido socialista que, aunque nacido en fecha reciente, ha echado rápidamente raíces en un terreno bien abonado, parece no preocuparse de nada y creer en la posibilidad de un despojo general de los ricos en beneficio de los pobres en un porvenir muy próximo. A decir verdad, hay en las Cortes un partido de republicanos sumamente idealistas y refinados, republicanos

> puros, sin mezcla de comunismo, que tienen fe sincera en la República y creen firmemente que sólo ésta puede curar los males de España. A este partido pertenecía el último Gobierno. Pero ¿es que este partido sigue teniendo la misma fe en sí mismo? ¿Dónde y cómo recobrará esta infortunada nación la perdida unidad? He ahí la cuestión…

Estas reflexiones no provenían en modo alguno de un hombre frívolo, sino de una persona golpeada desde sus primeros pasos por las situaciones más desgarradoras de la vida; de alguien a quien el escritor austríaco Stefan Zweig consideraba «el mejor conocedor del alma humana de todos los tiempos»; del pionero, incluso, del existencialismo.

No en vano, cuando estampó sus reflexiones sobre la Primera República española, ya había publicado *Memorias del subsuelo*, «la mejor obertura para el existencialismo jamás escrita», según el filósofo alemán Walter Kaufmann.

Huérfano de madre desde niño, perdió a su alcohólico padre con dieciocho años, torturado y asesinado por un grupo de campesinos. A los veintiocho fue condenado a muerte por colaborar con los liberales revolucionarios, pero momentos antes de su ejecución recibió el indulto y permaneció cuatro años en un presidio de Siberia.

La boda con Ana Grigórievna sosegó finalmente su atribulado espíritu y ordenó su vida, sacudida poco antes por la pérdida de su hijita recién nacida.

Muerto el zar Nicolás I que le desterró a Siberia, el sucesor Alejandro II supo apreciarle como novelista.

En la última etapa de su vida compuso el ya referido *Diario de un escritor*, donde se erigía como guía espiritual de la Rusia zarista y reivindicaba un nacionalismo basado en la fe ortodoxa tan opuesto al decadentismo de Europa occidental. Sólo bajo ese prisma se entiende hoy su crítica al socialismo y su llamada a la unidad de España.

LAS «TROPELÍAS COMUNISTAS»

Cuando estampó sus artículos sobre España, Dostoievski ya era muy popular por la publicación de *Endemoniados*. Sirviéndose de los telegramas que le llegaban de París sobre la situación de la Primera República, se convirtió en un sagaz cronista político. En el número 39 de la revista *El Ciudadano*, sin ir más lejos, analizó con gran lucidez la España presidida entonces por Emilio Castelar, que intentaba sofocar la sublevación carlista en el norte y las revueltas cantonales en Levante y Andalucía.

Con cauteloso escepticismo se expresaba así Dostoievski en este párrafo:

> Por lo visto, el Gobierno de Castelar inició la lucha contra los enemigos de la República con bastante energía; pero hasta ahora no se puede dar mucho crédito a estas noticias. Se dice que don Carlos ha sufrido grandes descalabros, pero estas noticias proceden de Madrid.

Y remató así su artículo: «En el sur de España cometen tropelías los comunistas».

30

FECHA: 18/8/1503. Rodrigo Borgia, elegido Papa con el nombre de Alejandro VI, falleció posiblemente envenenado tras celebrar su cumpleaños con un gran banquete en compañía de su hijo César.

LUGAR: ROMA. Ambos sufrieron náuseas, vómitos, diarrea y fiebre; pero César, por ser más joven y fuerte, sobrevivió. ¿Estuvo confabulado el cardenal Adriano de Corneto con el cocinero papal?

ANÉCDOTA: Elegido Papa en agosto del año 897, Romano pudo morir también emponzoñado tras sólo tres meses de pontificado, según el doctor Roberto Pelta, gran experto en venenos.

¿Qué papas murieron envenenados?

Un tema que siempre me ha apasionado y producido incluso algún que otro escalofrío es el envenenamiento de los papas. Empezando por Teodoro I, que ocupó el solio de Pedro entre los años 642 y 649, y siguiendo por Formoso, emponzoñado en el 896.

Tras su excomunión siendo patriarca de los búlgaros por coronar rey de Italia a Arnolfo y proclamar la soberanía de Bizancio sobre Roma, Formoso fue para colmo envenenado y rematado a golpe limpio porque tardaba demasiado en morir.

De nuevo recurro a mi amigo el doctor Roberto Pelta, que de venenos lo sabe casi todo, cuyo estudio *El arte de envenenar* es una de esas joyitas literarias que hubiese inspirado, de haberse editado entonces, las mejores novelas negras de Dashiell Hammett o Arthur Conan Doyle.

Volviendo a Formoso, durante el meteórico pontificado de Teodoro II, de tan sólo veinte días, aparecieron en las orillas del Tíber sus restos mortales arrojados al río por orden del Papa anterior, Esteban

VI. Los despojos del infeliz Formoso se reintegrarían finalmente al sepulcro de donde procedían, en la basílica de San Pedro, tras su exhumación para celebrar el llamado «Concilio cadavérico», «Sínodo del terror» o «Sínodo del cadáver», como el lector prefiera.

Esteban VI fue precisamente quien ordenó exhumar el cadáver de Formoso con el fin de presidir el concilio celebrado en la basílica Constantiniana, donde se le sometió nada menos que a un juicio *post mortem*. La ceremonia fue más propia de un cuento de terror de Edgar Allan Poe que de un sentido acto religioso: revestido el cadáver de Formoso de los ornamentos papales, se le sentó en un trono para que «escuchara» las acusaciones, siendo declarado culpable, invalidada su elección como Pontífice y anulados todos sus actos y ordenaciones; acto seguido, se despojó al cuerpo de sus vestiduras y se le arrancaron de cuajo los tres dedos de la mano con que impartía las bendiciones.

Pero si existe una época donde el veneno se asocia más estrechamente con los papas es, como advierte certero Pelta, la del Renacimiento. León X, cuyo nombre auténtico era Giovanni de Médici, falleció en 1521 con cuarenta y seis años de una apoplejía, pero se rumoreó que en realidad murió envenenado por orden de Francisco I de Francia.

Y qué decir sobre Clemente XIV, víctima de una crisis maníaco-depresiva que le impulsó al suicidio en 1774, según la versión extraoficial, pero de quien llegó a sospecharse que había perecido como consecuencia del empleo de beleño negro, una planta venenosa conocida también como «hierba loca» por ser capaz de provocar en la víctima alucinaciones y pérdida de la cordura.

Tres siglos antes, el mismo año del descubrimiento de América, el español Rodrigo Borgia fue elegido Papa con el nombre de Alejandro VI. Los rumores de envenenamiento durante su pontificado fueron abundantes, como señala Pelta. Durante los ochos años que ocupó el solio de Pedro, murieron veintisiete cardenales. En 1501, sin ir más lejos, perecieron el cardenal veneciano Zeno y el español Juan López, de quienes se comentó que habían sido emponzoñados. Los mal pensados, o quién sabe si más ecuánimes, se convencieron de que Rodrigo Borgia acumulaba así más riquezas.

El 11 de agosto de 1503, Alejandro VI celebró su cumpleaños con un gran banquete. En una mesa, separados de los demás comensales, se atiborraron de manjares el pontífice y su hijo César. Al día siguiente sufrieron ambos náuseas, vómitos, diarrea y fiebre. César, por ser más joven y fuerte, sobrevivió. Pero su padre falleció el 18 de agosto. Al parecer, como apunta Roberto Pelta, pudieron ser envenenados por el cardenal Adriano de Corneto, confabulado con el cocinero papal.

Sea como fuere, el embajador de Venecia en Roma, Paolo Capello, anotó sobre Alejandro VI: «Cuando éste gobernaba la Iglesia no pasaba noche sin que apareciesen en Roma cuatro o cinco personas asesinadas, entre ellas obispos y prelados».

Lucrecia Borgia, hija del cardenal Rodrigo Borgia y de su amante Vanozza Cattanei, se casó tres veces por deseo de su padre. Tras una docena de embarazos sucesivos, murió extenuada con treinta y nueve años en el último parto de fiebre puerperal. El doctor Pelta se hace eco de las afirmaciones de que Lucrecia empleaba como veneno las raíces pulverizadas de mandrágora mezcladas con vino y «cantarella» o «agua de Peruggia», que era un polvo blanco insípido de efectos letales. Todo ello, «cocinado» con un ingrediente tan repulsivo como las vísceras de cerdo trituradas, las cuales, tras descomponerse, generaban sustancias muy tóxicas. Sólo de pensarlo cualquiera se hubiese puesto enfermo.

Pontificados efímeros

El doctor Pelta refiere que a finales del siglo X y principios del XI, las familias más poderosas de Europa se acercaban a Roma para colmar sus desmedidas ambiciones en torno a la silla de Pedro.

Parecía como si los papas se pusiesen y quitasen al antojo de los intereses creados de clanes familiares o del propio pueblo fiel, cuando su elección para el pontificado correspondía en exclusiva al Paráclito. Designado así Juan XIV en el año 983, resultó que al morir

el emperador que le protegía de la animadversión del pueblo, fue envenenado por orden de Bonifacio VII, según Pelta.

La misma mala suerte corrió Clemente II, cuyo papado duró apenas diez meses. Cuando en 1442, 395 años después de su muerte, se exhumó su cadáver hallaron plomo en sus huesos. Su sucesor, Dámaso II, vivió veintitrés días. Se sospechó que ambas muertes pudieron ser obra de Benedicto XI.

31

FECHA: 16/10/1793. María Antonieta, reina consorte de Francia, fue conducida en carreta hacia el patíbulo en medio de un griterío ensordecedor de "¡Viva la República!" y "¡Abajo la tiranía!".

LUGAR: PARÍS. Su ejecutor, el célebre verdugo Sanson, mostró al populacho encendido de odio y rencor la cabeza de la ex reina como el más preciado de los trofeos.

ANÉCDOTA: La víspera de su ejecución, la reo de muerte escribió: "Pido perdón a todos cuantos conozco… Perdono a todos mis enemigos el mal que me han hecho".

Anatomía del crimen de María Antonieta

El proceso y la ejecución de María Antonieta, reina consorte de Francia, sigue siendo hoy uno de los episodios más fascinantes y lamentables de la Historia contemporánea, sobre el que se ciernen todavía algunas luces y sombras.

Es fácil entender así la emoción que experimenté en su día al acceder a documentos desconocidos del crimen político perpetrado contra ella y su marido, Luis XVI, a quien ya habían guillotinado el 21 de enero de 1793 y consumido luego su cuerpo en cal viva, conforme a las impías órdenes de la Convención.

Pero ocupémonos ya de nuestra nueva protagonista: María Antonieta Josefa Juana de Lorena, archiduquesa de Austria, hija del emperador de Alemania Francisco I y de María Teresa, nacida en Viena el 2 de noviembre de 1755.

Su particular calvario empezó el 1 de agosto de 1793, con su traslado a la cárcel estatal de La Conciergerie, un edificio histórico de París que ocupaba el muelle del Reloj, en la isla de la Cité.

Antigua residencia de los reyes de Francia, era entonces una terrible prisión considerada como la antesala de la muerte.

El 14 de octubre se celebró la primera audiencia pública contra ella. La Sala del Tribunal era un inmenso hervidero de gente conducida hasta allí por una mezcla de odio, morbo y curiosidad. Los jacobinos de gorro frigio y las «lamedoras de guillotina» acaparaban los mejores sitios. Enseguida irrumpió la reina. Su mirada majestuosa desató la furia y el desprecio absoluto de la audiencia: «¡Mira qué orgullosa!», vociferó. Pero su aire de distinción contrastaba con su sencillo atuendo: un vestido negro medio podrido por la humedad de su encierro, con una cofia sin guarniciones que dejaba a la vista una mecha de cabellos blanquecinos, y un pañuelo de muselina blanco al cuello.

El azul de sus ojos era frío, los párpados, enrojecidos, la nariz, algo descarnada con la ternilla a simple vista alargada, los labios, descoloridos y el rostro, pálido como un cirio de no ver jamás la luz del día.

Frente a ella, el tribunal presidido por Hermann y ocho jueces más: Foucault, Sellier, Coffinhal, Deliege, Ragmey, Maire, Denizol y Masson. Los jurados se habían elegido con gran celo entre los patriotas jacobinos.

Y hoy, para vergüenza de la «justicia», hallamos este documento ignoto dirigido por la propia acusada al presidente del tribunal y rubricado de su puño y letra, que traducido del francés dice así:

> Los ciudadanos Troncon y Chauveau, que me ha dado el tribunal por defensores, me hacen observar que no se les ha avisado hasta hoy de su misión; yo debo ser sentenciada mañana, por lo que les es imposible instruirse en tan corto término de los documentos del proceso, y ni siquiera leerlos. Debo a mis hijos no omitir ningún medio necesario para la completa justificación de su madre. Mis defensores piden tres días de término; yo espero que se los concederá la Convención. Fdo. María Antonieta.

Huelga decir que el presidente Hermann se negó a conceder lo que en justicia correspondía a la reina. Al día siguiente, ésta escuchó su terrible condena: la *mort*. Colocada en el postigo de la escribanía, donde debía esperar al verdugo, redactó su testamento de muerte dirigido a su cuñada Isabel de Francia, hija del delfín Luis y de María Josefina de Sajonia. He aquí el primer párrafo:

> 15 de octubre, a las cuatro y media de la mañana.
> Te escribo por última vez, hermana mía. Acabo de ser condenada, no a una muerte ignominiosa, porque ésta no lo es más que para los criminales, sino a ir a reunirme con tu hermano; inocente como él, espero mostrar la misma firmeza que él en estos últimos momentos…

A las once de la mañana del día 16, se le ataron con fuerza las manos a la espalda. Ella misma quiso cortarse el cabello, que acabó de encanecer la última noche, pero no se le permitió. Todo París se hallaba ya entonces en las calles, balcones y tejados aguardando a que la carreta fatal iniciase el recorrido hacia el patíbulo.

A lo largo del camino, no se percibió en la condenada el mínimo atisbo de abatimiento o altivez, pareciendo insensible a los gritos de «¡Viva la República!» y «¡Abajo la tiranía!». Poco después, subió al cadalso con bastante valor y resignación. Al cabo de un cuarto de hora, rodó su cabeza. Su ejecutor, Sanson, la mostró al populacho como el más preciado trofeo en medio de los gritos ensordecedores, largo tiempo prolongados, de «¡Viva la República!».

Cuatro preguntas al jurado

El presidente del Tribunal que condenó a María Antonieta, Hermann, sometió al veredicto del jurado estas cuatro preguntas, contestadas, como cabía esperar, de modo afirmativo:

1. ¿Constan que hayan existido maniobras y contactos con las potencias extranjeras y otros enemigos exteriores de la República dirigidas a suministrarles ayudas en dinero, a darles entrada en el territorio francés y a facilitarles en él progresos y armas?

2. ¿Se halla convicta María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, de haber cooperado a dichas maniobras y de haber mantenido estos contactos?

3. ¿Consta que ha existido un complot dirigido a encender la guerra civil en el interior de la República?

4. ¿Se halla convicta María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, de haber participado en estos complots?

La acusada replicó luego: «Ayer no conocía a los testigos; ignoraba lo que iban a declarar contra mí. Nadie ha articulado ningún punto positivo…».

32

FECHA: 31/3/1875. Francisco Merry, embajador de España en Berlín, recibió la visita del conde de Bray, enviado especial del canciller alemán Von Bismarck, con un alto secreto de Estado.

LUGAR: BERLÍN. En su residencia del hotel Royal, en la capital alemana, el legatario español supo que había un complot para atentar contra Alfonso XII y la infanta Isabel.

ANÉCDOTA: El conde alemán aseguró al embajador Francisco Merry que Sagasta nada tenía que ver en el complot, aunque algunos miembros de su partido participasen en el mismo.

El día en que Bismarck salvó la vida al rey Alfonso XII

Investigando en el archivo del Palacio Real para mi libro *Infantas* (Plaza & Janés), descubrí un manuscrito de una veintena de folios cuyo encabezamiento llamó poderosamente mi atención: «Secretísimo», estampó con tinta negra su autor, Francisco Merry y Colom, embajador de España en Berlín.

Fechado el 1 de abril de 1875 en la capital alemana con el membrete de la legación de España, el despacho advertía del asunto a tratar: «Sobre el complot contra la vida de S. M. el Rey y su Alteza la Princesa de Asturias».

El destinatario de tan alto secreto de Estado era Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros. El mismo que alentó de manera decisiva la restauración monárquica en España, culminada con el golpe de Estado del general Martínez Campos en Sagunto.

Reconstruyamos ahora fidedignamente esos mismos hechos que han permanecido ajenos a los historiadores. Todo empezó la

mañana del 31 de marzo de 1875. A las diez y media, el embajador español en Berlín recibió la visita inesperada de un mensajero en su residencia del hotel Royal.

El criado le tendió una tarjeta de presentación que decía: «Conde de Bray Steinburg, secretario de la Embajada de S. M. el Emperador de Alemania».

El conde de Bray dirigía entonces en la sombra el gabinete privado de Otto von Bismarck, canciller y artífice de la unificación alemana. Nada más presentarse, dijo ser amigo del príncipe Adalberto de Baviera, hijo del rey Luis I de Baviera y esposo de la infanta de España Amalia de Borbón, a través de los cuales había conocido a la reina Isabel II en el exilio de París.

El diálogo entre ambos dignatarios discurrió en estos términos:

—El príncipe Bismarck —informó el conde— me ha dicho que es usted un hombre de honor, amante del rey y de su familia, y que goza de la confianza de su gobierno, razón por la cual me ha ordenado que contactase directamente con usted.

—¿Y bien? —Empezó a impacientarse el diplomático español.

—Usted no ignora que el príncipe está muy bien informado de lo que sucede en otros países gracias a nuestra red internacional de espías. Hace unos días, él recibió aviso de uno de sus agentes secretos en Madrid, alertándole de que los carlistas y federales tramaban un atentado contra la vida de S. M. el Rey de España y de la condesa de Girgenti [título adoptado por la infanta Isabel tras su boda impuesta con Cayetano de Borbón, conde de Girgenti y hermano de Francisco II, el proscrito rey de las Dos Sicilias].

Y añadió:

—Para cerciorarse de tan grave asunto, el príncipe Bismarck en persona envió a Madrid a un agente de su máxima confianza, apellidado Regray. El mismo que destacó en su día en la capital para averiguar quiénes habían asesinado al general Prim. Aquí tengo los despachos de Regray y los del cónsul

alemán en Bayona. Compruebe usted mismo si no su asombrosa coincidencia —afirmó, entregándole una carpeta.

Francisco Merry y Colom ojeó sigilosamente los documentos. El caso era, en efecto, gravísimo. La conspiración parecía estar ya en marcha. Nada más enterarse Bismarck, hizo llamar al conde a Londres, donde estaba en comisión de servicio. El propio canciller le indicó luego que la ejecución del atentado se había adelantado por la actitud del general carlista Cabrera.

Von Bismarck insistió en que nadie más que Cánovas del Castillo debía estar al corriente del asunto para no arriesgar las vidas del rey Alfonso XII y de la infanta Isabel. Acto seguido, señaló a los instigadores, empezando por el obispo de Urgel, monseñor Caixal y Estradé, quien al parecer había sufrido ya varios destierros por simpatizar con la causa carlista y oponerse a los decretos liberales del gobierno; además, en la tercera guerra carlista fue nombrado vicario general castrense de las tropas del pretendiente.

Manuel Ruiz Zorrilla, ex presidente del Gobierno con Amadeo de Saboya, era otro de los implicados en el complot, según Bismarck, dado su enconado enfrentamiento con Cánovas y su oposición sistemática a la restauración monárquica en la persona de Alfonso XII. Los conspiradores estaban en París, donde se les vigilaba ya estrechamente para que no pudiesen regresar a España.

Lo que sucedió después es público y notorio. La providencial intervención, y por qué no decirlo también, el interés político del primer ministro Otto von Bismarck bajo el reinado de Guillermo I de Alemania, preservó las vidas de Alfonso XII de España y de su hermana la infanta Isabel sin que ninguno de los dos lo supiera.

Curado de espantos

El rey Alfonso XII estaba ya curado de espantos desde que sufrió su primer atentado, el 25 de octubre de 1878. En aquella ocasión, el tonelero anarquista Juan Oliva Moncasi le disparó hasta tres veces a

la altura del número 93 de la calle Mayor. Pero montado en su caballo, al frente de un séquito militar, Alfonso XII salió milagrosamente ileso.

Al año siguiente, el rey volvió a ser encañonado por otro anarquista, el panadero Francisco Otero, autor de varios disparos también fallidos contra el monarca y su segunda esposa, la reina María Cristina de Habsburgo, mientras regresaban a palacio en carruaje descubierto tras un paseo por el Retiro.

Pero antes de ambos regicidios frustrados hubo otro ignorado hasta hoy que pudo acabar con las esperanzas e ilusiones del floreciente trono de los Borbones, el cual acabamos de desvelar. La buena estrella salvó así a este monarca amenazado de muerte.

33

FECHA: 5/12/1872. Un marinero del barco inglés *Dei Gratia* avizoró en el horizonte un gran velero bergantín abandonado a la deriva, que resultó ser al final el *Mary Celeste.*

LUGAR: AZORES. El descubrimiento se produjo sobre la una de la tarde, a seiscientas millas de la costa portuguesa, al norte de la ruta entre las Azores y Gibraltar.

ANÉCDOTA: Para versiones insólitas, valga la de Harold Wilkins, según el cual los tripulantes del *Mary Celeste* fueron arrebatados por extraterrestres llegados a bordo de un platillo volante.

¿Qué pasó a bordo del buque fantasma Mary celeste?

La increíble historia del velero bergantín estadounidense *Mary Celeste* será ya siempre, si nadie lo remedia, un gran misterio insondable del mar; un secreto histórico fagocitado a la posteridad por el inmenso océano.

Cada vez que me sumerjo en este insólito enigma, afloran a la superficie nuevos interrogantes sobre lo que pudo suceder a bordo del aquel buque fantasma antes de que el 5 de diciembre de 1872, el barco inglés *Dei Gratia* avizorase en la lejanía el bergantín abandonado a la deriva entre las Azores y Lisboa.

Sobre la una de la tarde, un marinero del *Dei Gratia* distinguió una vela blanca hacia el nordeste, a seiscientas millas de la costa portuguesa, al norte de la ruta directa entre las Azores y Gibraltar.

Al capitán David Reed Morehouse le extrañó ya que el barco silueteado en lontananza navegase en zigzag. Poco después, a sólo media milla del mismo, observó el puente de mando con sus prismáticos y quedó pasmado: no había ni un alma. ¿Cómo era

posible que el bergantín navegase sólo con el foque y el trinquete, estando las demás velas plegadas?

El capitán ordenó a tres de sus hombres que abordasen el barco para escudriñarlo. El primer oficial Oliver Deveau redactó luego un informe de todo lo que vio. Sondeó primero las bombas de achique, que estaban «en buen orden», según anotó él mismo, pero revelaban la presencia de un metro de agua en la cala. «Había una cantidad de agua considerable en el entrepuente; el puesto de proa estaba lleno hasta el bordaje», añadió.

Comprobó después que la última anotación en el cuaderno de bitácora correspondía al 24 de noviembre, y que algunos objetos imprescindibles para navegar habían desaparecido, como el sextante y el cronómetro; faltaba también la corredera, que medía la velocidad del barco.

Había muchas reservas de agua potable en el interior de grandes toneles sobre soportes de madera que habían sido desplazados, «como bajo los efectos de una ola grande que hubiese entrado a bordo». Deveau fue incapaz de contar ya las barricas de alcohol, pero supo luego que eran 1.700 por valor de casi 37.000 dólares.

Para colmo, en la cocina del barco, sobre el fogón aún caliente, halló una cacerola que contenía un pollo recién cocido; y en la mesa servida con tres platos de comida, observó también tres tazas medio llenas de té aún tibio. Encontró, por último, tres camisas puestas a secar. «¿Por qué solamente tres?», se preguntó.

De su minuciosa inspección ocular, concluyó que los diez tripulantes del *Mary Celeste* habían abandonado el barco poco antes con precipitación. Pero enseguida le asaltó la duda: ¿por qué esa fulminante reacción si el bergantín se hallaba en buen estado?

Tras tantos ríos de tinta vertidos sobre este enigma, señalamos ahora algunas versiones dispares, la primera de las cuales resulta un tanto novelesca: el cocinero del *Mary Celeste* enloqueció y envenenó uno tras otro a toda la tripulación, empezando por el capitán Benjamin Briggs, la noche del 24 de noviembre; de ahí, su última anotación en el cuaderno de bitácora. El 4 de diciembre sólo quedaban a bordo tres hombres, para quienes el cocinero preparó un pollo sobre el fogón y sirvió luego tres tazas de té envenenado,

arrojando después sus cadáveres por la borda. Pero al divisar el *Dei Gratia*, recuperó de repente la razón y quiso expiar su horrible crimen lanzándose él también a las olas.

Si esta hipótesis resulta rocambolesca, la segunda no lo es menos: el 4 de diciembre la tripulación se hallaba en cubierta, excepto el capitán Briggs, su esposa e hija. De pronto surgió de las aguas un pulpo gigante, el temible *kraken*, que con sus múltiples brazos barrió el puente y dirigió hacia sus fauces a todos aquellos infelices. Al oír los gritos de espanto, la familia Briggs salió a cubierta y corrió la misma suerte. Por eso se hallaron tres tazas de té aún caliente, tres camisas puestas a secar y un pollo medio cocido.

Veamos una tercera: confiados en el buen tiempo, el contramaestre y el capitán saltaron al agua para bañarse. La tripulación se asomó a la amura de estribor para verlos. Pero de repente se levantó el viento. Una terrible ráfaga tumbó al bergantín de costado poniendo fin a sus vidas.

Y para los más osados, la versión de J. L. Hornibrool publicada en el *Chamber's Journal*, según la cual los tripulantes fueron capturados por los piratas del Rif. ¿Realidad o fantasía? Tratándose del *Mary Celeste*, cualquier explicación es posible.

¿Dos capitanes confabulados?

El aspecto más interesante de las investigaciones realizadas sobre el *Mary Celeste* hasta la fecha es, sin duda, la probada relación de amistad entre su capitán Briggs y Morehouse, su homólogo del barco que lo descubrió navegando en solitario en pleno océano.

¿No es sorprendente acaso que entre todos los buques que surcaban entonces las aguas entre Lisboa y las Azores fuese precisamente el *Dei Gratia* el único que avistase al buque fantasma?

El descubrimiento de esa relación amistosa entre Briggs y Morehouse dio rienda suelta a las especulaciones. Para nadie es un secreto que a lo largo de la historia marítima algunos capitanes han

hundido su barco para cobrar la prima del seguro. Pero en este caso concreto, resulta descabellado pensar que los dos capitanes fueran capaces de confabularse para repartirse un paupérrimo botín de 1.700 libras esterlinas, el valor establecido por los tribunales como indemnización por el rescate.

34

FECHA: 1/12/1869. El ministro de Hacienda, Laureano Figuerola, acusó a doña María Cristina de Borbón y a su hija Isabel II de robar todas las joyas de la Corona.

LUGAR: MADRID. Bajo la presidencia del general Juan Prim, se desató en las Cortes Constituyentes la más feroz tempestad parlamentaria que se recuerda en todo el convulso romanticismo español.

ANÉCDOTA: Parte de las alhajas de Isabel II pasaron más tarde a manos de su nieto, el rey Alfonso XIII y, por ende, a su esposa Victoria Eugenia.

¿Isabel II, ladrona de joyas?

—¡Las alhajas de la Corona han sido robadas, y robadas de la manera más escandalosa! —bramó Laureano Figuerola.

La acusación del ministro de Hacienda en las Cortes Constituyentes de 1869 desató la más feroz tempestad parlamentaria que se recuerda en todo el convulso romanticismo español.

Repartidos por el hemiciclo se congregaban aquel 1 de diciembre cicerones ilustres, sumidos en un sepulcral silencio: Ruiz Zorrilla, Becerra, Alcalá-Zamora, Balaguer, Pi y Margall, Moret, Castelar, Cánovas, Sagasta, Ríos Rosas, Echegaray… El general Juan Prim, que presidía el Consejo de Ministros bajo la regencia del duque de la Torre, ocupaba el escaño más destacado.

—Por lo menos —prosiguió Figuerola— han desaparecido de España 78 millones en valores que representaban las alhajas de la Corona. Han desaparecido de España por dos personas cuyos nombres están en vuestra boca, por doña María Cristina de Borbón y por doña Isabel de Borbón.

El ministro acusaba así, sin que le temblase el pulso, a la cuarta esposa de Fernando VII y a su hija mayor, destronada el año anterior tras la «Gloriosa» revolución.

¿Era verdad el gravísimo crimen que denunciaba con tanto aplomo, ante la impertérrita audiencia, el mismo hombre que había introducido la peseta como unidad monetaria en todo el territorio español?

Hoy, casi un siglo y medio después de la célebre galerna parlamentaria que acabamos de condensar, creo saber por fin lo que en realidad sucedió con las joyas de la Corona.

Si los franceses se llevaron todas las alhajas que existían en palacio durante la invasión en 1808 y 1811, en el guardajoyas no podía haber en 1840, cuando el intendente Martín de los Heros encontró setecientos estuches vacíos, más que las piezas adquiridas por María Cristina de Borbón, junto con las procedentes de la testamentaría de su esposo Fernando VII y las regaladas por éste a la reina con motivo de su boda, natalicios y otras solemnidades.

Poco antes de abandonar España en 1840, dejando en manos del nuevo regente Espartero la suerte de sus hijas Isabel y Luisa Fernanda, María Cristina de Borbón llevó consigo todas sus joyas a bordo del vapor *Mercurio*, que la condujo desde el puerto de Valencia hasta la costa francesa.

Advirtamos que sólo las alhajas que Fernando VII regaló a su esposa por su boda se valoraron en 21.043.000 reales; además, otros 2.970.900 reales procedían de la testamentaría del difunto monarca, junto a otro lote valorado en 18.596.900 reales. En total, pues, había 42.610.800 reales.

Pero cuál fue mi sorpresa, y consiguiente satisfacción, al descubrir la relación de joyas que María Cristina de Borbón devolvió a sus hijas Isabel y Luisa Fernanda dieciocho años después de abandonar España, en 1858. La reina madre entregó a Isabel más de un centenar de alhajas, y otro tanto a Luisa Fernanda.

Significaba eso que la reina gobernadora las había llevado todas consigo al exilio, y que por esa razón el guardajoyas de palacio estaba completamente vacío cuando irrumpió en él Martín de los Heros.

En esa relación exhaustiva de joyas figuraban otras que la propia María Cristina adquirió años después; por eso, su valor total se elevaba a 58.155.800 reales, repartidos por igual entre sus dos hijas, en 1858.

Ignoraba el ministro Figuerola que, mientras él arengaba a los diputados contra las dos regias damas, todas las joyas estaban depositadas en la sede londinense de la Banca Rothschild.

La reina gobernadora distribuyó otras muchas alhajas entre los ocho hijos que tuvo luego con el guardia de corps Agustín Fernando Muñoz.

Añadamos finalmente que, a falta del inventario que posiblemente Fernando VII jamás llegó a incorporar a su testamento, en el que vinculaba determinadas joyas a la Corona, su esposa María Cristina no hizo sino cumplir al pie de la letra la parte final del artículo 9 de las capitulaciones matrimoniales, en la que el propio rey estipulaba:

> Pero si una vez viuda la Serenísima Princesa de las Dos Sicilias, doña María Cristina, prefiriese establecerse en el reino de las Dos Sicilias, o en cualquiera otra parte, en lo cual podrá proceder con entera libertad, podrá llevar consigo todos sus bienes, joyas, vajilla y cualesquiera otros muebles que le pertenezcan.

María Cristina no hizo así más que cumplir la última voluntad de su difunto esposo e Isabel II, por su parte, aceptar encantada los regalos que su madre, con todo el derecho del mundo, le brindó.

Pero eso no evitó que durante demasiados años, el buen nombre de las dos regias damas quedase mancillado injustamente al menos en este intrincado asunto.

Cara y cruz

¿Y qué sucedió con las joyas del ajuar privado de la reina María Cristina de Borbón? Sabemos que una parte de ellas se vendió un

año después de su muerte, en 1879, en pública subasta, en uno de los salones del hotel parisino Drouot.

Entre esos preciados ornatos figuraba un espléndido collar de brillantes y zafiros que, muchos años después, en 1982, puso a la venta la sala Christie's de Nueva York, alcanzándose un precio de remate de 297.000 dólares.

Pero, a diferencia de su madre, la reina Isabel II sí pasó apuros económicos en su residencia parisina, situada en el bulevar del Rey de Roma número 19. No tuvo más remedio que vender parte de sus joyas para pagar la pensión a su afeminado marido, el rey consorte Francisco de Asís; pensión que, según la escritura otorgada en París en marzo de 1874, se elevaba a 150.000 francos anuales.

35

FECHA: 17/11/1945. A instancias del duque de Alba, un grupo de forenses efectuó la autopsia a la XIII duquesa de Alba concluyendo que no fue envenenada, como se dijo.

LUGAR: MADRID. Los doctores Piga, Blanco y Petinto se reunieron en la antigua sacramental de San Isidro para exhumar y examinar los restos de la duquesa, fallecida en 1802.

ANÉCDOTA: El filósofo Descartes falleció en 1650, con cincuenta y tres años, al parecer porque el capellán de la embajada francesa en Estocolmo le dio una hostia envenenada sin consagrar.

Locos por el veneno

A lo largo de la Historia, el veneno ha actuado como un arma letal o como un poderoso elemento psicótico, llegando a obsesionar a la víctima con la sola posibilidad de ingerir una sustancia tóxica con la que alguien pretendiera arruinar su vida.

Ejemplos hay para todos los gustos y en todas las épocas. Los ayudantes de John Fitzgerald Kennedy (JFK) almorzaban exactamente lo mismo que el presidente de Estados Unidos, pero dos horas antes, por si las moscas. El cardenal Richelieu daba de comer y beber a sus gatos antes de probar él un solo bocado, para comprobar que ninguna de sus mascotas presentaba signos de intoxicación.

El doctor Juan Negrín, presidente del Gobierno en plena Guerra Civil española, se negó a que su dentista le aplicase novocaína como anestésico para extraerle una muela, al sospechar que los servicios de espionaje habían sobornado a la enfermera para cambiar las

ampollas por un veneno. No es que fuera masoquista, sino que prefirió soportar el dolor antes que correr el menor riesgo.

El doctor Antonio Garrido-Lestache, eminente pediatra, humanista y mejor amigo, ha publicado un libro excelente, *La identidad del ser humano*, donde dedica parte de un capítulo a recoger los episodios más interesantes y pintorescos sobre el morboso asunto del veneno en la historia.

Siempre que alguien poderoso muere de repente, como advierte Garrido-Lestache, el pueblo contribuye al clima de psicosis generalizado aunque no sea verdad. Así sucedió con el envenenamiento de Enrique II de Castilla por unos borceguíes con una ponzoña enviados por el rey moro de Granada, confabulado con Carlos II de Navarra, apodado con razón «el Malo»; o con la intoxicación por pescado que acabó con la vida de Alfonso, hermano de Isabel la Católica, facilitando su ascenso al trono.

Por no hablar de la muerte de la XIII duquesa de Alba, María Teresa de Silva Álvarez de Toledo, a quien Goya tuvo al parecer oportunidad de retratar. En la autopsia de su cadáver efectuada por los doctores Piga Pascual, Blanco Soler y Pérez de Petinto en 1945, se demostró que la causa de su muerte fue una «meningoencefalitis tuberculosa» y que en su momia no había el menor rastro de veneno.

Siguiendo con los ejemplos de falsos envenenamientos, Garrido-Lestache no escatima uno solo. Poco o más bien nada creíble resultó así la muerte de Juana de Albret por una sustancia tóxica colocada en su guante por un italiano llamado René, obedeciendo instrucciones de Catalina de Médici; o el caso de la princesa vikinga sepultada en Covarrubias, en la provincia de Burgos, por cerezas envenenadas, cuando iba a casarse con el príncipe Felipe, hermano de Alfonso X «el Sabio».

Sin ir más lejos en la Historia, el difunto presidente de Venezuela Hugo Chávez exhumó en 2010 el cadáver de Simón Bolívar, distinguido con el título honorífico de Libertador, buscando su muerte por el arsénico y no por la tuberculosis, como se dijo. Pretendía así Chávez acusar a la oligarquía colombiana y venezolana de su muerte. El equipo, como recuerda Garrido-Lestache, estaba

compuesto por cincuenta científicos dirigidos por el forense español José Antonio Lorente, director del laboratorio de Identificación Genética de la Universidad de Granada, el mismo que en 2006 trabajó en la catedral de Sevilla para identificar los huesos de Cristóbal Colón.

Y retrocediendo de nuevo en la Historia, nos encontramos con Napoleón Bonaparte, sobre quien siempre existió psicosis por el envenenamiento. Garrido-Lestache conserva una postal, datada en 1910, en la que el emperador señala con la mano izquierda a su envenenador, su asistente el conde Montholon.

El doctor establece su diagnóstico: «Fue el arsénico en el vino, que lentamente le ponían, al final calomel, es decir, cianuro de mercurio, con azúcar y jarabe de almendras amargas, ingredientes que suelen ser expulsados por un estómago normal, pero no por el de Napoleón».

Dos días después falleció, incapaz de recobrar la conciencia. La propia víctima había dejado escrito, a modo de epitafio acusador: «Lego el oprobio de mi muerte a la Casa Real de Inglaterra».

Uno de los correos que partieron de la isla de Santa Elena, donde se hallaba exiliado Napoleón, para anunciar su óbito, llegó a manos del rey Jorge IV en Londres: «Majestad, vuestro peor enemigo ha muerto». El monarca inglés quiso saber, con media sonrisa, qué le había sucedido a su esposa. «Nada, señor, el que ha muerto ha sido el emperador Napoleón Bonaparte», replicó el correo.

Como decía Honoré de Balzac: «La gloria es un veneno que hay que tomar en pequeñas dosis».

Marie Curie, el polonio y Arafat

La investigadora Marie Curie, Premio Nobel de Física y Química, descubrió en su día un compuesto radiactivo altamente tóxico al que puso el nombre de polonio, por ser Polonia, y en concreto Varsovia, donde había nacido ella el 7 de noviembre de 1867.

Avatares del destino: un siglo y medio después, en 2013, un grupo de científicos del Instituto de Radiofísica del Hospital Universitario de Lausana (Suiza) hallaron niveles de polonio-210 radioactivo dieciocho veces superiores a lo normal en las muestras tomadas al cadáver del histórico líder palestino Yaser Arafat.

Los expertos estaban prácticamente convencidos así de que Arafat, fallecido a la edad de setenta y cinco años, había sido envenenado con polonio. Su informe de más de un centenar de páginas no dejaba lugar a dudas: había altos niveles de polonio en las costillas y la pelvis de Arafat, así como en la tierra sobre la que se colocó su cadáver.

36

FECHA: 16/7/2010. Por iniciativa del presidente Hugo Chávez, un equipo de cincuenta expertos exhumó los restos de Simón Bolívar al sospechar que éste no murió de tuberculosis, sino envenenado.

LUGAR: CARACAS. Durante diecinueve horas nada menos, el grupo de científicos trabajó en la exhumación de los restos llevada a cabo de madrugada en el panteón de Héroes venezolanos.

ANÉCDOTA: En septiembre de 2010, murió también otro miembro del entorno "chavista", Guillermo García Ponce, director del diario *Vea*, uno de los rotativos históricos de la izquierda venezolana.

¿Existe una maldición de Simón Bolívar?

No es un caso de historia-ficción, aunque pueda parecerlo a simple vista. La conocida ya como «maldición de Simón Bolívar» es casi un calco de la «maldición de Tutankhamon», que ya desentrañamos en un enigma anterior. Sólo que, en lugar de faraónica, a la bolivariana.

Todo empezó la madrugada del viernes 16 de julio de 2010, en Caracas, con nocturnidad y alevosía. El presidente venezolano Hugo Chávez había dispuesto la exhumación de los restos mortales de Simón Bolívar, casi doscientos años después de su fallecimiento, con un claro objetivo sobre el que ya pasamos de puntillas al tratar de la psicosis del veneno: acusar a la oligarquía colombiana y venezolana de la muerte del Libertador de Venezuela, Panamá, Ecuador, Colombia y Bolivia.

Según Chávez, su idolatrado Bolívar no falleció de tuberculosis en diciembre de 1830, de acuerdo con la versión oficial, sino envenenado con arsénico o anhídrido arsenioso, como quiera llamársele: un polvo cristalino de color blanco, con un sabor

ligeramente ácido y poco soluble en agua, utilizado ya en la antigua Grecia por Hipócrates de Cos con fines medicinales.

Chávez no había cesado de proclamar así, con su énfasis habitual: «A Bolívar lo asesinaron, lo querían muerto… Yo no me convencí de que Bolívar murió de tuberculosis». Y sólo fue capaz de aportar este perentorio argumento: «Tres meses antes de morir, Bolívar recorrió no sé cuántos kilómetros hasta Bogotá».

Una cohorte de cincuenta científicos se congregó en el panteón de los Héroes venezolanos, donde permanecía sepultado Bolívar desde octubre de 1876. Durante diecinueve maratonianas horas de trabajo, a las órdenes del médico forense español José Antonio Lorente Acosta, director del Laboratorio de Identificación Genética de la Universidad de Granada, procedieron a la exhumación de los restos, o a lo que algunos calificaron más bien de «sacrílega profanación» para distraer la atención sobre la grave crisis política y económica de Venezuela.

Sea como fuere, lo cierto es que la llamada «maldición de Simón Bolívar» pareció salir del interior de la tumba del Libertador, como si fuera el mismísimo sarcófago de Tutankhamon. Tan sólo un mes después de que exhumasen su esqueleto, la supuesta maldición se cobró ya la primera víctima: el diputado de la Asamblea Nacional Luis Tascón, carcomido por un cáncer de colon.

Días después falleció también el general retirado Alberto Müller Rojas, uno de los líderes del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV).

En septiembre del mismo año, perdió la vida en un accidente de circulación William Lara, ex gobernador del estado de Guárico.

Al año siguiente, prosiguieron las muertes inopinadas, empezando por la de Lina Ron, una de las principales activistas del chavismo. La infortunada murió a causa de una insuficiencia coronaria que le provocó un infarto al corazón. Era la cuarta víctima de la pretendida maldición.

La quinta fue Clodosbaldo Russian, presente también en el panteón de los Héroes venezolanos. Russian expiró en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital de La Habana, tras dos meses de tratamiento por un infarto cerebral.

Para colmo de males, el principal impulsor de la exhumación de los restos de Bolívar, el propio Hugo Chávez, tampoco se libró de morir con cincuenta y ocho años, el 5 de marzo de 2013. Dos días después, en un comunicado de prensa oficial del jefe de la guardia presidencial, el general José Ornella, se afirmó que la muerte de Chávez fue consecuencia de un «infarto fulminante» tras una ardua batalla de casi dos años contra el cáncer.

¿Muerte inducida? El nuevo presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, afirmó a la agencia Efe que el Gobierno tenía pruebas de que el cáncer detectado a Chávez en junio de 2011, un año después de la exhumación de los restos de Bolívar, no había sido natural, sino inoculado por los «enemigos históricos» de la víctima.

Por si fuera poco, el 17 de julio de 2015 el historiador Jorge Mier Hoffman, responsable de que el estado venezolano iniciase la investigación sobre la muerte de Bolívar y defensor entusiasta de la tesis del envenenamiento, fue asesinado en Margarita, en el estado de Nueva Esparta. Unos atracadores le dispararon a las 15.30 horas cuando salía del centro comercial Costa Azul a bordo de su automóvil en compañía de su esposa y de su nieta.

Trasladado con urgencia a la clínica La Fe, falleció poco después a raíz de los impactos de bala. Hoffman era el creador de la primera imagen holográfica de Simón Bolívar, que tanto hizo llorar de emoción a Hugo Chávez.

¿Casualidad o causalidad? Eso ya corresponde juzgarlo al lector.

El twitter de Hugo Chávez

El proceso de exhumación de los restos de Simón Bolívar se llevó a cabo en presencia del ministro de Interior y Justicia venezolano, Tarek El Aissami, y de la fiscal general, Luisa Ortega Díaz, presentes junto a los expertos en el panteón de Héroes.

Hugo Chávez se mostró eufórico a través de su cuenta de twitter: «Hola mis amigos. Qué momentos tan impresionantes hemos vivido

esta noche. Hemos visto los restos del Gran Bolívar. Tiene que ser Bolívar ese esqueleto glorioso, pues puede sentirse su llamarada».

Cuando escribió eso, Chávez no podía sospechar ni tan siquiera que justo un año después iba a ser diagnosticado de cáncer, ni mucho menos que la exhumación de los restos mortales del Libertador pudiese costarle la vida. Chávez no creía en las maldiciones, sino en la maldad de sus enemigos políticos, alrededor de los cuales tejió siempre una teoría conspiratoria, como su sucesor, Maduro.

37

FECHA: NOVIEMBRE DE 1155. Alfonso VIII de Castilla, nacido entonces, tuvo dos hijas, Berenguela y Blanca, antecesoras directas de Isabel la Católica y madres de dos reyes canonizados por la Iglesia.

LUGAR: CASTILLA. Berenguela presentaba más similitudes con Isabel la Católica, pues ella verificaba la unión de los reinos de Castilla y León en su hijo Fernando III el Santo.

ANÉCDOTA: La reina María de Molina, emparentada con Isabel la Católica, era, según el padre Enrique Flórez, una mujer que "dio al mundo raro ejemplo de heroica virtud".

Los parientes desconocidos de Isabel la Católica

Declarada Sierva de Dios por la Santa Sede, Isabel I de Castilla estaba «familiarizada» con la santidad. En su árbol genealógico más remoto y desconocido encontramos ya claros brotes de ella, tanto en su tronco castellano como en el portugués.

En la ascendencia castellana, y en sucesión directa, figuran así las dos hijas de Alfonso VIII de Castilla, nacido en noviembre de 1155, doña Berenguela y doña Blanca, madres de dos monarcas canonizados por la Iglesia católica: Fernando III el Santo, rey de Castilla, y san Luis IX, rey de Francia, respectivamente.

Pero es Berenguela quien presenta más similitudes con nuestra protagonista, pues ella verifica la unión de los reinos de Castilla y de León en su hijo —san Fernando— y posibilita que éste emprenda la reconquista cristiana de España hasta Sevilla, frontera del reino moro de Granada; reconquista concluida felizmente, dos siglos después, por Isabel con la toma de Granada.

El tronco lusitano es aún más frondoso en santidad, empezando por Teresa de Portugal, hija del rey lusitano Sancho I y de doña Dulce de Aragón. Teresa fue esposa de Alfonso IX de León, quien tuvo el privilegio de ser padre de un santo (san Fernando), esposo de una santa (santa Teresa) y, en segundas nupcias, de otra admirable mujer (Berenguela).

Los altares bendijeron también a la hermana menor de Teresa de Portugal, la santa reina Mafalda, quien contrajo matrimonio con Enrique I de Castilla, hermano a su vez de Berenguela, y este parentesco de consanguinidad fue la razón esgrimida por el papa Inocencio III para separarla del marido antes de cohabitar con él. La posteridad denominaría a Mafalda «la venerable virgen», pues ingresó como monja en el monasterio portugués de San Benito de Arouca, que ella convertiría en cisterciense.

Entre los antepasados portugueses de Isabel la Católica no debemos olvidar tampoco a Beatriz de Suabia, primera mujer de san Fernando y madre de Alfonso X el Sabio nada menos, que fue hija del electo rey de romanos, don Felipe. «Dedicadísima a Dios», dijo de ella el tudense. Y el arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, asegura: «Con tan devota Reina, con rey tan santo y madre prudentísima [doña Berenguela], eran las máximas de palacio ordenadas a la exaltación de la Iglesia».

Orgullosa estaba Isabel de contar igualmente, entre sus parientes remotos, con santa Isabel de Portugal, esposa del rey lusitano Dionís, hija de Pedro III de Aragón y nieta de doña Violante de Hungría, canonizada por el papa Urbano VIII en 1625.

Santa Isabel era madre de doña Constanza, casada con Fernando IV, hijo de María de Molina. Precisamente esta última era otra santa descendiente también de santos. Su padre, el infante don Alonso de Molina, era hermano de san Fernando y nieto de doña Berenguela. María de Molina era esposa a su vez de Sancho IV de Castilla, y sería reina madre y gobernadora durante la minoría de edad de Fernando IV.

Estamos a punto de coronar esta peculiar genealogía portuguesa de Isabel la Católica, pero antes es justo y obligado recordar a María de Portugal, esposa de Alfonso XI de Castilla y nieta de santa Isabel

de Portugal y de María de Molina. A María de Portugal la historia le debe en parte el triunfo de la santa cruz en la célebre batalla del Salado (1340) —victoria que se celebra todavía en Toledo cada 30 de octubre— como consecuencia de sus desvelos diplomáticos y religiosos. Ella fue precisamente la que logró convencer a su padre, el rey de Portugal, para que uniese sus fuerzas con las del monarca castellano en la común empresa de la reconquista cristiana de la península; y ella vivió en oración continua en Sevilla, organizando rogativas públicas por el triunfo de la santa cruz.

Ponemos el broche dorado a estos gloriosos ancestros de Isabel la Católica con doña Juana Manuel, con quien arranca en Castilla y en sucesión directa de los reyes castellanos, la casa de Trastámara, a la que pertenece nuestra Sierva de Dios. Desposada con Enrique II de Trastámara, la reina castellana doña Juana Manuel era bisnieta del rey Fernando III el Santo y madre de Juan I de Castilla, bisabuelo de Isabel la Católica. Sobre esta pionera de los Trastámara en Castilla, el padre Enrique Flórez escribe: «Muy devota y muy noble; de mucha conciencia y limosnera; y en su vida ordinaria, vestía el hábito de las monjas de Santa Clara».

Así de frondoso era el árbol genealógico de Isabel, desde cuyas ramas hemos recompuesto sus ancestros de santidad.

Carpetazo al proceso

El proceso de beatificación de Isabel la Católica, al que accedí para componer mi libro *Isabel íntima* (Planeta), es un verdadero arsenal de documentos inéditos que durante más de cuarenta años, desde que se presentó a la Congregación para las Causas de los Santos en Roma, el 18 de noviembre de 1972, ha dormido en los polvorientos sótanos del Vaticano.

Previamente, se requirieron doce años de investigación, desde 1958 hasta 1970, para examinar más de 100.000 documentos, de los que se escogieron 3.160 repartidos en 27 tomos.

Pues bien, todo ese material manejado en su día por el sacerdote claretiano Anastasio Gutiérrez, nombrado postulador de la causa, lleva paralizado ya varios años. ¿La razón? Cuando Juan Pablo II estaba a punto de beatificar a Isabel la Católica, el cardenal de París Jean-Marie Lustiger, judío converso, logró disuadirle apelando a la expulsión de los judíos. Pero eso ya es otra historia.

38

FECHA: 5/1/1757. El regicida Roberto Damiens asestó a Luis XV una puñalada en el costado derecho. "¡Me han dado un gran golpe con el puño!", exclamó el monarca francés.

LUGAR: VERSALLES. La antigua capital *de facto* del reino de Francia se convirtió aquel día en un lugar maldito donde se temió al principio por la vida del rey.

ANÉCDOTA: El regicida estaba casado con Isabel Molerienne, doncella de la condesa de Crussol, en el convento de San Esteban des Grés; ambos eran padres de una hija.

El reo al que trataron como a Gulliver

El regicidio ha sido considerado en la Historia como el mayor de los crímenes. Si el atentado contra la vida de un hombre subleva los corazones frente al asesino, el atentado contra la vida de un rey produce una impresión aún más profunda y extendida.

Los increíbles sucesos que vamos a relatar comenzaron el 5 de enero de 1757. La noche era sombría y gélida. El rey Luis XV de Francia se dispuso a dirigirse al Gran Trianón, un edificio revestido con mármol al noroeste del parque de Versalles. El carruaje le aguardaba a la entrada del pórtico. El monarca bajó por la escalinata, seguido de varios cortesanos y del delfín, y a la luz incierta de algunas linternas se encaminó hacia el coche. En el pórtico se congregaban multitud de curiosos, embozados en capas o levitones porque arreciaba el frío.

El rey pasó por el medio de esta hilera de gente, y apoyado en el conde de Brienne, caballerizo mayor, y en el marqués de Beringhen

se dispuso a subir al carruaje. En aquel instante se replegó una fila de espectadores hacia el monarca.

Súbitamente, salió del hueco de la escalera un hombre de nariz aguileña y mentón prominente envuelto en una levita y tocado con sombrero, que empujó al delfín y al duque de Ayen, capitán de los guardias de corps, logrando acercarse al rey para asestarle una puñalada en el costado derecho. «¡Me han dado un gran golpe con el puño!», exclamó Luis XV; e introduciendo la mano por debajo de la chupa, la extrajo ensangrentada. «¡Estoy herido!», gritó.

El regicida permaneció inmóvil ante todas las miradas, como si no le importase su detención. Sostenía en la mano la hoja de una daga, en forma de cortaplumas, de unos diez centímetros de ancho.

Enseguida cundió el pánico: ¿y si el arma estaba envenenada? Muerto de miedo, el monarca pidió un confesor. Pero no le hizo falta, pues los médicos comprobaron poco después que no había veneno en el arma homicida y que la herida era superficial.

El regicidio frustrado dio lugar a la formación de un extenso sumario judicial al que tuve acceso más de dos siglos después. Averigüé así que el culpable se llamaba Roberto Francisco Damiens, natural de la aldea de Thieuloy, dependiente de la parroquia de Mouchy-le-Breton, en la diócesis de Arrás. Nacido el 9 de enero de 1715, le faltaban tan sólo cuatro días para cumplir cuarenta y dos años.

Días antes de atentar contra el rey, el 28 de diciembre de 1756, Damiens sacó un billete en la diligencia de París con el falso nombre de Breval. Una vez allí, se alojó en casa de la señora Ripandelly, en la calle del Cementerio de San Nicolás de los Campos, donde servían su esposa e hija. Permaneció con ellas hasta el 3 de enero, para dirigirse esta vez hasta Versalles, donde alquiló una habitación en la posada de la señora Fortier, en la calle de Satory.

El miércoles 5 de enero, día del regicidio, Damiens indicó a la posadera que avisara a un cirujano.

—¿Un cirujano? ¿Y para qué…? —repuso Fortier, muy extrañada.

—Necesito sangrarme —contestó Damiens.

—¿En este tiempo? No os burléis de mí. Bebed un vaso de vino y os reanimará.

Más tarde, tras cometer el atentado, Damiens comentaría: «Si se me hubiera dejado sangrar, no habría herido al rey».

Confinado en la temible torre de Montgomery, en el mismo calabozo que ocupó François Ravaillac, el asesino del rey Enrique IV, Damiens permaneció inmóvil durante sesenta y seis días tendido sobre una estrada con colchones, a la cual le ataron con correas de cuero de Hungría, amarradas a su vez a doce anillos fijos en el suelo. Estas correas sujetaban los hombros, enlazando los brazos, y sólo dejaban las manos libres para llevar el alimento a la boca. Un maquiavélico sistema de ligaduras, obra más bien de un carcelero de Lilliput que tratara de evitar una evasión de Gulliver.

Condenado a muerte, el día de su ejecución fue trasladado a la plaza de Grève, repleta de morbosos. Damiens iba a ser descuartizado. Se le ataron muy prietos los pies, muslos y brazos, enganchados a unos caballos jóvenes y vigorosos que tiraron de aquellos miembros durante una hora entera sin poderlos desprender. Hubo que cortarlos en parte para que los corceles volviesen a tirar con fuerza y lograran por fin arrancarlos. La víctima los vio arrastrarse por el suelo. Así fue como aquel dantesco espectáculo pasó a la historia como «el suplicio de Damiens».

El tormento de los borceguíes

El calvario de los interrogatorios comenzó el 17 de enero, a los doce días del malogrado regicidio. Durante tres interminables meses, Damiens fue sometido a sesiones extenuantes de hasta siete horas.

El tormento de los borceguíes se aplicaba entonces en Francia a los desgraciados que rehusaban confesar las circunstancias o los cómplices de un crimen. Tal era el caso de Damiens.

Para ello, se encajonaban las piernas del infeliz en cuatro espesas planchas atadas con cuerdas, aplicándose dos de ellas a la parte

interior y las dos restantes a la exterior. Luego, formado un todo con las planchas y las piernas, se introducía una cuña entre las dos planchas interiores, apretándola con violencia. Esta cuña separaba las planchas y forzaba las cuerdas, ya muy prietas, descoyuntando las piernas de la víctima con dolores indecibles. El tormento ordinario se verificaba introduciendo cuatro cuñas; el tormento extraordinario, introduciendo ocho, como a Damiens.

39

FECHA: 8/9/1938. En plena Guerra Civil española, don Alfonso de Borbón, primogénito de Alfonso XIII, sufrió un leve accidente de automóvil que le costó la vida por ser hemofílico.

LUGAR: MIAMI. El sedán del príncipe de Asturias, conducido por Mildred Gaydon, se desvió ligeramente a la derecha en el bulevar Byscaine y acabó empotrándose contra un poste telefónico.

ANÉCDOTA: Recién proclamada la República, el príncipe debió abandonar el Palacio Real en camilla con un hematoma en el hombro por el retroceso del arma durante una cacería.

EL EXPEDIENTE SECRETO DE LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

Jamás olvidaré la primera y última vez que vi a Brandon Killmon en Miami. Nada más aterrizar en el aeropuerto internacional, procedente de Madrid, le telefoneé desde mi habitación en el estratégico hotel Wyndham Miami Airport, situado en la ribera del río Miami, a sólo seis kilómetros del centro de la ciudad.

Había quedado con él mientras preparaba mi libro *La maldición de los Borbones* (Plaza & Janés). A juzgar por su voz cavernosa y por el hecho de que hubiese presenciado la terrible agonía del príncipe de Asturias Alfonso de Borbón y Battenberg, primogénito del rey Alfonso XIII, calculé que el señor Killmon debía de tener alrededor de noventa años.

Gracias a él, pude acceder a la insólita declaración de Mildred Gaydon, la cigarrera del club nocturno que acompañó al príncipe de Asturias en la madrugada del 8 de septiembre de 1938, horas antes de que don Alfonso falleciera desangrado en el hospital como

consecuencia de la hemofilia que padecía. La declaración era muy extensa; ocupaba casi veinte folios mecanografiados a doble espacio, en cada uno de los cuales podía distinguirse, en la parte superior, el membrete de la Jefatura de Policía de Miami.

Mildred Gaydon le suplicó al príncipe aquella noche que la llevara a tomar unas copas en Miami Beach. Él no quería viajar en coche. Tenía verdadero pánico a que le ocurriera lo mismo que a su hermano Gonzalo cuatro años antes, desangrado a causa de la hemofilia tras un leve accidente de automóvil mientras pasaba las vacaciones con su padre, el rey, en Austria.

Finalmente, la pareja subió al sedán del príncipe. Era un coche muy viejo. Killmon recordaba que cuando lo inspeccionaron, se sorprendieron de que aquel vehículo, con el motor tan descuidado que tenía, hubiera podido arrancar. Había algún manguito suelto y estaba negro como el alquitrán. La carrocería tenía abolladuras por todas partes, y en los neumáticos apenas se distinguía el dibujo. Desde luego, aquél no era un coche digno de un príncipe.

Fueron hasta Cayo Largo, al *drive-inn* de Mac, donde conocían a Mildred Gaydon. Allí tomaron una copa sin necesidad de bajar del coche, que permaneció aparcado junto a varios vehículos con otras parejas en su interior. Bajo un cielo estrellado, con música de radio y risas de fondo, Alfonso de Borbón se sinceró con su único paño de lágrimas, mientras algunas muchachas ligeras de ropa servían bebidas a los automovilistas. «Tendría que odiarla… Tendría que odiarla», repitió entre trago y trago de whisky. Se refería a su madre: «Ella nos trajo de Inglaterra la enfermedad», maldijo. Pero enseguida se arrepintió: «¿Quién puede odiar a su propia madre? Hace dos años, en Nueva York, sentada junto a mi cama, lloraba. Hay que compadecerla; ella no sabía lo que tenía. Cuando se casó, no sabía nada», aseguró. Pero ella sí lo sabía, y Alfonso XIII también, como ya vimos en un enigma anterior.

Acto seguido le pidió que le dejara conducir el vehículo. Ella se resistió, repitiéndole que estaba temblando y que así no podía sostener el volante con firmeza. Pero ella tampoco estaba en condiciones de conducir; temblaba y gotas de sudor frío le resbalaban por la frente, nublándole la vista. Muy despacio tomó la

carretera de Miami. Conducía con miedo, sin atreverse a levantar una mano del volante para frotarse los ojos. Pero cuando el automóvil enfiló minutos después el bulevar Byscaine, la muchacha se desvió ligeramente a la derecha y el coche acabó empotrándose contra un poste telefónico.

Avisado por un testigo, Killmon acudió al lugar del siniestro. Vio a don Alfonso inconsciente. A su lado, Mildred lloraba como jamás había visto hacerlo a nadie. La pareja estaba junto a un hombre que portaba un maletín de primeros auxilios: «Soy médico y estoy aquí por casualidad», advirtió al policía. Era el doctor Cooper, que conocía ya el historial médico del paciente. Mientras sacaban al príncipe del coche, el médico no dejaba de presionarle las arterias con la mano. Cuando uno de los camilleros de la ambulancia le cogió las piernas, don Alfonso dejó escapar un grito de dolor. El doctor se apresuró a reconocer su pierna derecha. En cuanto la vio, cerró instintivamente los ojos, apretándolos en un gesto de gran consternación: el príncipe tenía una fractura con una hemorragia interna que iba extendiéndose como si hubiesen derramado agua sobre un mantel. El destino acababa de condenarle a muerte con la misma crueldad e indiferencia con que le hizo pasar con infinita más pena que gloria por este mundo.

Una alternativa peor

De no haber perecido desangrado, el príncipe lo hubiera hecho contagiado de sida. El hematólogo Alfonso Elósegui, hijo del médico personal del príncipe, me reveló la insólita verdad, setenta y cinco años después: «En caso de que don Alfonso hubiera seguido viviendo con los nuevos tratamientos del factor 8 sintetizado para la hemofilia, habría fallecido de sida. Todos los pacientes que teníamos en el Instituto de Hematología murieron contagiados. La causa no la supimos hasta que eso sucedió. Y era muy sencilla: tras realizar grandes concentraciones de plasma en el interior de barreños,

extraíamos el factor 8 para inyectárselo a los pacientes sin saber que la sangre estaba infectada de sida y que con un solo gramo de ésta se contagiaba un bidón entero. Entonces, el sida era una enfermedad desconocida. Por eso todos los hemofílicos españoles que se pusieron el factor 8 fallecieron, sin excepción, a causa de ella».

40

FECHA: 23/5/2011. Marie Louise Sanz Limantour, nieta no reconocida del rey Alfonso XII y Elena Sanz, quiso recorrer por primera vez los mismos jardines por los que pasearon ellos.

LUGAR: LA GRANJA. Con 1,75 metros y casi ochenta y seis años, Marie Louise caminaba todavía erguida. Sus ojos de lago emulaban la mitad de la sangre que corría por sus venas.

ANÉCDOTA: "Piedita" Yturbe, madre del príncipe Alfonso de Hohenlohe, inquirió cierto día a Marie Louise: "¿No eres tú acaso la hija de Lupe y Alfonso?… ¡Lo sé todo!".

La «Borbón» que pudo ser una estrella de Hollywood

Recuerdo, como si fuera ayer, el largo paseo que dimos juntos Marie Louise Sanz Limantour, nieta no reconocida del rey Alfonso XII y tía de Juan Carlos I, por los bellos jardines segovianos del palacio de La Granja de San Ildefonso; encuentro del que luego di fe, junto con algunas sorprendentes revelaciones procedentes de su archivo privado, en mi libro *Elena y el Rey* (Plaza & Janés).

Corría el 23 de mayo de 2011. Majestuosa como una reina, Marie Louise Sanz exhibía aquella mañana al sol su media melena blanca, en armonía con los matices de la arboleda, desde el dorado pálido de los álamos al oro cobrizo de los castaños de Indias.

Con 1,75 metros y casi ochenta y seis años, Marie Louise caminaba todavía erguida y con paso firme, desafiando a la gravedad. Ojos de lago, como la mitad de la sangre que corría aún por sus venas, encendidos por la emoción de recorrer al fin los mismos jardines por los que anduvieron más de un siglo atrás su

abuela, Elena Sanz, de la mano de su gran amor prohibido, el rey Alfonso XII.

Marie Louise conservaba en su rostro apergaminado los rasgos de una singular belleza que cautivó al mismísimo David O. Selznick, uno de los productores iconos de la era dorada de Hollywood.

Selznick viajó a Francia al término de la Segunda Guerra Mundial y tuvo oportunidad de visitar a los Sanz en su residencia parisina. Conocía ya de sobra a los Limantour, dueños de media California.

A sus veintiún abriles, Marie Louise deslumbró como un lucero al consumado «astrólogo» de la gran pantalla. Tan seductora resultó a su escrutadora mirada, que el productor de *Lo que el viento se llevó* y de *Rebeca*, el mismo que trajo a Alfred Hitchcock desde Inglaterra para lanzar su carrera en Estados Unidos y descubrió a estrellas del celuloide como Fred Astaire, Katharine Hepburn, Ingrid Bergman, Vivien Leigh o Louis Jordan, le ofreció también a ella la oportunidad de su vida: un papel protagonista en *Duelo al sol*, estrenada en 1946 con un presupuesto de seis millones de dólares junto a… ¡Gregory Peck!

El director, King Vidor, habría dicho «amén». Pero Marie Louise, por increíble que parezca, les dio calabazas a todos: «Por nada del mundo hubiese dejado entonces París, donde era tan feliz con mi familia», se ratificaba, años después, en su decisión.

Nos adentramos juntos aquel mediodía en el bosque de tilos, arces y coníferas, hacia el lago artificial que los segovianos denominan «el mar de La Granja», en busca de la antigua Casa de la Góndola, donde se guardaba la embarcación de hermosos adornos que servía a la Corte para paseos y conciertos lacustres, con su cobertizo sostenido por cariátides y su friso finamente esculpido.

Elena y el rey estuvieron allí solos, sin «moscones» acechándoles; y más de una vez se hicieron a «la mar» en aquella barca de ensueño, jubilada años después en el museo de falúas reales de Aranjuez.

Marie Louise contemplaba ensimismada el lago, tratando de visualizar a su abuela meciéndose sobre las aguas en el bote tripulado por el monarca. ¿Acaso podía la imaginación recrear con nitidez una escena tan romántica?

Poco después, musitó ella con nostalgia: «Le quiso tanto…». Y añadió, con mirada lánguida: «Papá [Alfonso Sanz, primogénito de Elena Sanz y Alfonso XII] me contaba cómo la abuela se retiró de los escenarios para dedicarse en cuerpo y alma al gran amor de su vida. Pobre abuela… Su entrega al rey le hizo sufrir mucho».

Elena Sanz cantaba como los ángeles, con una voz preciosa de contralto que le sirvió para conquistar a todo un rey. La musa de Alfonso XII.

Recordé entonces los piropos literarios de Emilio Castelar, ex jefe del Gobierno de la Primera República, seducido por la cantante de ópera: «Quien haya visto en su vida a Elena Sanz no podrá olvidarla nunca», anotó don Emilio, con todo lo serio que era.

Marie Louise también estaba orgullosa de su abuela. Mientras preparaba *Elena y el Rey*, el 17 de noviembre de 2012 recibí la llamada telefónica de su hija, Patricia Sanz. Al otro lado del aparato, con voz quebrada, Patricia sentenció: «José María, tengo que darte una triste noticia: mamá acaba de fallecer». El corazón me dio un vuelco pues apreciaba mucho, y lo haré siempre, a esa gran dama cuya mayor ilusión fue siempre que la Justicia, valga la redundancia, hiciese justicia reconociéndole su verdadero apellido. «Soy una Borbón», proclamaba así con mezcla de orgullo y desencanto.

Un secreto a voces

Tras abandonar Portugal, a finales de 1959, donde entablaron contacto con los condes de Barcelona en el exilio, Marie Louise y su marido, el diplomático chileno Alberto Wittig, se instalaron sucesivamente en Nueva York, Santiago de Chile y Quito, recalando diez años después en Madrid.

Para entonces, los regios ancestros de Marie Louise constituían ya un secreto a voces. El propio Agustín de Figueroa, hijo del conde de Romanones y marqués de Santo Floro, además de buen escritor, periodista, dramaturgo y director de cine español, mostró gran

interés por componer la historia de amor entre Elena Sanz y Alfonso XII, como recordaba Marie Louise: «Cada vez que coincidíamos en Marbella, Agustín me insistía: "Déjame ver tu archivo, por favor…". Yo le decía que sí, pero luego lo pensaba mejor y decidía posponerlo». Hasta que al fin, Marie Louise Sanz se decidió a revelarlo en su legado *Elena y el Rey*.

41

FECHA: 22/8/1936. Las ametralladoras y los fusiles se emplearon aquella noche para asesinar lejos de la vista del público espantado, llevadas hasta los sótanos abandonados de la cárcel Modelo.

LUGAR: MADRID. Colocado frente a una fila de mosquetones, Fernando Monguió encaró la muerte con sólo diecinueve años; una salva de siete disparos le hirió en brazos y piernas.

ANÉCDOTA: Concluida la guerra, Becher recibió la Medalla de Sufrimientos por la Patria, la del Mérito Militar y la de Campaña, y la Cruz Roja del Mérito Militar.

El hombre con más vidas que un gato

La historia del falangista Fernando Monguió Becher, nacido en Madrid el 5 de enero de 1917, es uno de los episodios más increíbles y desconocidos de la Guerra Civil española.

Monguió fue detenido en mayo de 1936. La policía irrumpió aquel día en su domicilio de la calle Hermosilla, 84. Poco después, descubrió en la terraza de la vecina vivienda del número 82 una maleta y un cajón con once pistolas y su munición correspondiente, las cuales había arrojado al parecer el detenido antes de irrumpir los agentes.

Encarcelado en la Modelo, llegó la funesta noche del 22 de agosto. El periodista Santos Alcocer, recluido en la misma prisión dos años después, recordaba que en cuanto empezaron a correr por los patios y galerías los gritos de «¡Fuego, fuego!», se cerraron a cal y canto las puertas de comunicación y los rastrillos, dejando acorralados a la mayoría de los presos.

Simultáneamente, por las puertas que penetraban los bomberos, lo hacían también los milicianos armados hasta los dientes; los jefes de las partidas de milicias de la CNT y de las Juventudes Socialistas Unificadas de Santiago Carrillo, según Alcocer, aprovecharon el caos reinante para instalar ametralladoras en las azoteas y balcones de los edificios colindantes, disparando a mansalva contra los presos atrapados: militares, falangistas y políticos.

Los vecinos, horrorizados, salieron a la calle para avisar a las autoridades. La noticia llegó a oídos del ministro de Gobernación, el general Sebastián Pozas, que envió de inmediato varios coches con guardias de asalto a la Modelo. Cesaron los disparos de las ametralladoras y los mosquetones, pero en la arena de los patios yacían, como en los coliseos romanos de los primeros siglos de persecución del cristianismo, los muertos y heridos cuyos lamentos percibieron incluso los vecinos de las casas utilizadas por los francotiradores para perpetrar su masacre.

No acabó ahí la horripilante matanza. Las ametralladoras y los fusiles volvieron a emplearse para asesinar ahora lejos de la vista del público espantado, llevadas hasta los sótanos abandonados por los «vagos y maleantes» que habían escapado en cuanto se olieron la chamusquina.

Allí mismo condujeron a Fernando Monguió. Colocado frente a una fila de mosquetones, el infeliz de diecinueve años encaró, abnegado, la muerte. Instantes después, una salva de siete disparos le hirió en brazos y piernas; siete disparos con incontables orificios de entrada y salida por donde la sangre manó a borbotones.

Su cuerpo cayó desplomado al suelo, entre cadáveres y heridos agonizantes, acosados hasta por las ratas inmundas en medio de la sangría. Pero su instinto de conservación pudo entonces más que todo el sufrimiento del mundo. Monguió tuvo el valor y los reflejos suficientes para hacerse el muerto sin exhalar un solo gemido. Pistola en mano, uno de los milicianos se acercó a la pila de cuerpos ensangrentados para asestarles el «tiro de gracia». Cuando le tocó el turno a Monguió, su revólver, providencialmente, se le encasquilló. Dándole por muerto, el verdugo desistió.

Entre cadáveres pasó varias horas nuestro protagonista hasta que amaneció. Vivo aún de milagro, tras haber perdido mucha sangre, su amigo y camarada Fernando Reyes pudo salir de la Modelo como súbdito mexicano y avisar a la madre del moribundo, que enseguida obtuvo un pasaporte austríaco para su hijo con el que éste pudo abandonar también la cárcel.

A hombros lo llevó luego otro buen amigo suyo, Ruiz de las Heras, hasta la Embajada de Austria, donde el médico empezó a curarle sus graves heridas. Al cabo de dos días, el 25 de agosto, Monguió pudo volar a Alicante y poco después a Lisboa, desde donde llegó a la ciudad alemana de Hamburgo el 5 de septiembre de 1936.

Al mes siguiente, se encontraba ya restablecido en Burgos, donde se alistó en la Centuria de Madrid de la 2.ª Bandera de la Falange de Castilla, que participó en la defensa del Cuartel de la Montaña. Pero nuestro protagonista pudo salvarse de nuevo providencialmente gracias a que se hallaba entonces prisionero.

El Altísimo concedió así a su siervo la gracia del perdón, prolongándole la vida para que un sacerdote pudiese impartirle la absolución.

Monguió recibió aún un octavo disparo en el muslo mientras combatía en el frente de Retamares, al noroeste de Madrid, en noviembre de 1936; y por si fuera poco, resultó alcanzado por la metralla en Teruel, a finales de 1937. Pero, con todo y con eso, vivió para contarlo. Falleció así el 29 de octubre de 1995, casi octogenario, dejando esposa y nada menos que nueve hijos.

Una experiencia de película

La insólita epopeya de Fernando Monguió pudo haber inspirado, según Álvaro Irigoyen, investigador de la Universidad de la República del Uruguay, la célebre película española *Raza*, en la que el protagonista, José, sobrevive milagrosamente a los impactos de bala del pelotón de fusilamiento.

Escribe así Irigoyen:

> Álvaro [José Luis en realidad, nacido en 1911, pues su hijo Álvaro, también cineasta, lo hizo en 1960] Sáenz de Heredia era amigo del «fusilado» y hay fundadas sospechas de que él, como director de la película *Raza*, y el guionista Franco, se inspiraron en este caso para añadir más hagiografía a las peripecias del protagonista de la imperial película.

Sea como fuere, enterado de la muerte de José Antonio Primo de Rivera, el propio Monguió, antiguo guardia de vigilancia en el mitin del Teatro de la Comedia, apoyó a Manuel Hedilla contra la fusión de la Falange y los tradicionalistas, como pretendía Franco.

42

FECHA: 7/2/1852. Varios sepultureros sacaron el cadáver del cura Martín Merino del ataúd de madera y lo arrojaron a la hoguera, donde el fuego empezó a devorarlo sin piedad.

LUGAR: MADRID. Celebrado en el cementerio de Chamberí, el auto de fe congregó allí a varios testigos durante la cremación del cuerpo, mientras uno de ellos emborronaba unas cuartillas.

ANÉCDOTA: El reo de muerte se ató el lazo que unía la hopa al cuello; luego miró el birrete y exclamó: "¡Aquí caben tres cabezas como la mía!".

El holocausto del cura Martín Merino

Poco antes de las cuatro de la tarde del 7 de febrero de 1852, dos carruajes se detuvieron a las puertas del cementerio en plena llanura de Chamberí del antiguo Madrid. El abandono de este camposanto era tan lamentable, que se había convertido en un lugar tétrico, donde los hierbajos lo invadían todo y sólo unas flores brotaban medrosas de algunas tumbas.

El apresuramiento y el profundo respeto con que los lacayos abrieron las portezuelas de los coches hicieron sospechar que los visitantes eran miembros de nobles familias, atraídos allí por un asunto de gran trascendencia. Al fondo se divisaban las altas cumbres del Guadarrama, cubiertas de nieve y coronadas de nubes.

El capellán se adelantó, entre una doble fila de sepultureros, a recibir a los recién llegados. Tres de aquellos visitantes llevaban insignias de autoridad; otro vestía de negro y luciente manteo de sacerdote, y calzaba zapatos de charol con hebillas de plata. Era un significado ministro de la Iglesia. Ninguno de aquellos hombres

mostraba el menor gesto de aflicción, sino más bien de indiferencia y melancólica seriedad.

El capellán del cementerio, tras saludar respetuosamente al sacerdote, indicó a uno de los visitantes: «Todo está preparado, señor». El hombre que parecía tener más autoridad esbozó una sonrisa trémula y, con paso firme, hizo que le siguieran hasta el patio de la izquierda, junto a la fosa común, donde el capellán se detuvo. En el suelo había una caja vieja de madera, pobre, deshilachada, con una gran cruz pintada sobre la tapa. A su lado alguien había acumulado leña, en forma de pira, para que pudiese levantar una intensa hoguera.

Varios enterradores se acercaron al ataúd y lo descubrieron. Los testigos, llenos de curiosidad, rodearon el cadáver. Se hallaba envuelto en una lúgubre túnica amarilla. Los pies estaban atados y las manos se perdían entre los pliegues de la ropa. La cabeza estaba cubierta por un birrete que casi le llegaba a las orejas. En el cuello eran palpables los signos de una brutal estrangulación, aunque no se hubiese desatado el ligero lazo que le unía la hopa.

De un simple vistazo podía deducirse que aquel cuerpo pertenecía a un hombre alto, delgado y de gran estructura ósea. El rostro, contraído por la desesperación de un doloroso espasmo, estaba salpicado de manchas de sangre y bilis. La nariz, muy saliente, parecía desafiante, mientras que la boca hendida tenía una inconfundible expresión de desdén, como si hubiera intentado pronunciar una terrible palabra de despedida.

Varios sepultureros sacaron el cadáver de la caja, mientras otros prendían fuego a la leña, que no tardó en producir una espesa columna de humo y fuego. Arrojaron entonces el cadáver a la hoguera, y el fuego empezó a devorarlo.

Los testigos presenciaban a cierta distancia la cremación del cuerpo; uno de ellos emborronaba unas cuartillas, cuyo contenido debería trasladar luego a los pliegos de papel sellado. El auto de fe se prolongó más de dos horas. A las siete y veinte minutos, las cenizas, en las que se mezclaba el polvo negruzco del cadáver, se esparcieron en la fosa común.

¿Qué crimen tan horrible había cometido aquel hombre para merecer semejante castigo? ¿Por qué se le perseguía incluso después de muerto, negándose el respeto a sus inertes despojos en una nación católica como la española?

Previamente, al regicida y sacerdote Martín Merino y Gómez, que había intentado asesinar a la reina Isabel II el mismo día de la Purificación de la Virgen, el 2 de febrero, se le sometió al suplicio de la degradación. El ritual fue lento y humillante; se separó al reo de la comunión de la Iglesia para siempre. Se trataba del sombrío *Anatema Maranata* establecido por el cuarto Concilio de Toledo.

La degradación de Martín Merino se llevó a cabo en la cárcel del Saladero, que debía su nombre al antiguo saladero de tocino donde antes que hombres, se hacinaban cerdos. El obispo de Málaga, Juan Nepomuceno, acompañado de doce sacerdotes auxiliares, del juez de primera instancia Pedro Nolasco y del escribano de cámara Ucelay, empezó a rasparle a Martín Merino las yemas de los dedos con un cuchillo; luego, hizo lo mismo en los demás sitios del cuerpo donde le ungieron con los santos óleos durante su ordenación sacerdotal.

Finalmente, se quemaron todos sus libros y papeles personales para no dejar el menor rastro de su paso por la vida durante sesenta y tres años. Pero aun así, no pudo evitarse que su nombre figure hoy en los manuales de historia.

Un estilete en la sotana

El 2 de febrero de 1852 fue el día elegido para la primera salida de la reina Isabel II tras el alumbramiento de la infanta Isabel, «la Chata», el 20 de diciembre del año anterior. Aquel día, el cura Martín Merino aprovechó un descuido en palacio para atentar contra la soberana. Vestido con hábito de sacerdote, atravesó resueltamente la muralla humana y suplicó a los alabarderos que le dejaran situarse en primera fila para entregar a la reina un memorial. Cuando ésta se

acercó a recogerlo, el cura extrajo un estilete del interior de su sotana y asestó con él una fuerte puñalada a la reina en el costado derecho, de donde brotó la sangre. Isabel II lanzó un grito de dolor: «¡Ay, que me han herido!», y se desplomó en el suelo. Tras el miedo y la confusión, se comprobó que la vida de la reina no corría peligro.

43

FECHA: 1/6/1879. El príncipe Napoleón Luis, hijo de Napoleón III y Eugenia de Montijo, falleció en el campo de batalla acribillado por las lanzas de los feroces guerreros zulúes.

LUGAR: SUDÁFRICA. Tras la emboscada de los zulúes, el cadáver del príncipe fue abierto en canal, según la costumbre de aquella tribu, para liberar el espíritu de los fallecidos.

ANÉCDOTA: La infanta Pilar era la preferida de su padre el rey Francisco de Asís, a quien éste solía escribir desde su venida a España, tras la Restauración.

¿Vivieron el príncipe Napoleón y la infanta Pilar… un romance de leyenda?

La infanta María del Pilar Berenguela (1861-1879) era la hija más hermosa de la reina Isabel II, y también la más desconocida de todas.

De su singular belleza daban fe quienes pudieron admirarla de cerca; entre ellos, el mismísimo príncipe imperial Napoleón Eugenio Luis Bonaparte, hijo único de Napoleón III y de Eugenia de Montijo.

Tampoco escapó a sus encantos el archiduque Rodolfo de Habsburgo, príncipe heredero del Imperio austrohúngaro y único hijo varón del emperador Francisco José y de la emperatriz Isabel, llamada cariñosamente «Sissi» en familia, de quien ya nos ocupamos en un anterior enigma sobre la tragedia de Mayerling.

La infanta María del Pilar era un ángel tierno, solícito y afable que seducía a propios y extraños por la dulzura del semblante y su mirada azul resplandeciente, como un cielo en miniatura. Y como tal, protagonizó una tragedia romántica, con mezcla de realidad y

fantasía. El propio Alfonso XII, partidario de casar a su hermana con el hijo de Napoleón III, contribuyó a extender la leyenda.

Circuló entonces una idílica historia, según la cual la infanta murió de una gran pena de amor tras enterarse de que el príncipe Napoleón Luis falleció en el campo de batalla acribillado por las lanzas de los feroces guerreros zulúes, en África del Sur, mientras combatía con el ejército británico, pues los príncipes desterrados como él no podían alistarse en los ejércitos de Francia.

No en vano, al derrumbarse el Segundo Imperio francés y proclamarse la Tercera República, debió exiliarse primero a Bélgica y luego a Gran Bretaña, donde falleció su padre en 1873. Algunos seguidores proclamaron entonces al joven Napoleón Luis como Napoleón IV. Llegó a barajarse incluso su candidatura a la mano de la princesa Beatriz, hija de la reina Victoria de Inglaterra y futura madre de Victoria Eugenia de Battenberg.

Tras la emboscada tendida por los bravos zulúes, el cadáver del infortunado príncipe fue abierto en canal, según la costumbre de aquella tribu, para liberar el espíritu de los fallecidos.

La infanta Paz anotó en su diario personal la horrible muerte veinte días después, el viernes 20 de junio de 1879:

> Acabamos de recibir una noticia espantosa: el Príncipe Napoleón ha sido matado en Zululand. Hacía pocos días había tomado con veintidós compañeros un fuerte al enemigo, y alabaron mucho su valentía. Ha caído en una emboscada. Sus compañeros lo notaron demasiado tarde. Se encontró su cadáver desnudo, cubierto de heridas. ¡Pobre madre [Eugenia de Montijo], que le dedicó toda su vida y soñaba un trono para él!

Llegó a decirse que el día de su muerte, el 1 de junio de 1879, una violeta, que era la flor de los Bonaparte, se le cayó a Pilar de su libro de oraciones y que el tallo se rompió. Cuando, semanas después, se enteró de la muerte del príncipe imperial, Pilar languideció y murió. La emperatriz Eugenia envió una guirnalda de

violetas de la tumba de su hijo para que fuera depositada en la de ella.

Las violetas simbolizaban a los Bonaparte, como decimos, porque cuando Napoleón cortejaba a Eugenia de Montijo le preguntó cuál era su flor favorita. Ella respondió con toda modestia que la violeta. De modo que en la función de gala de la Grande Ópera, con motivo de la boda de los emperadores, todo el salón se adornó con violetas.

Pero por muy romántica que fuese la muerte, como la propia Pilar, resultaba bastante improbable, pues la infanta apenas conocía al príncipe imperial, a quien casi no veía desde la infancia, cuando la llevaban con sus hermanas a jugar con él en las Tullerías.

¿Se trató entonces de un amor platónico? El diario de la infanta Paz despeja ahora en parte esa incertidumbre

> ¡Cuántos castillos en el aire hacíamos juntas! El hijo de Napoleón III era el personaje principal. Desde que volvimos a España [Pilar] estaba deseando que Alfonso la convidase. Rezaba siempre por él, cuando se fue a la guerra contra los zulús.

Pero a juzgar por la carta de Isabel II a la propia Pilar, fechada en París el 26 de abril del mismo año 1879, el príncipe Napoleón Luis anhelaba ver a Pilar en Madrid; señal inequívoca de que existía también cierta atracción por parte de él: «Sé que el Príncipe Imperial —aseguraba la reina a la infanta—, de vuelta de su expedición, si Alfonso le convida, irá a Madrid, pues lo desea mucho, y yo me alegraré infinito de ello». Sea como fuere, ambos se llevaron su secreto a la tumba.

Morir de amor

A mediados de julio de 1879, la infanta Pilar viajó con sus hermanas menores Paz y Eulalia al balneario guipuzcoano de Escoriaza. Pilar se sintió ya muy cansada; su pálido semblante reflejaba su estado.

Llegadas a Escoriaza, Pilar compartió con su inseparable Paz una pequeña habitación comunicada con el balneario. Asomadas al balcón, las jóvenes infantas contemplaron el domingo 23 de julio el baile del zorcico con el tamboril y el pito. Un grupo de muchachos, tocados con boinas rojas o azules, danzaron alegremente bajo el mirador.

Nada hacía presagiar el fatal desenlace, hasta que el 3 de agosto, extenuada por la meningitis tuberculosa que la asediaba, Pilar no tuvo más remedio que guardar ya cama. Aquella misma noche, mientras leía *Graziella*, de Lamartine, sufrió una crisis repentina de convulsiones y trismo, con pérdida de conciencia. Fueron treinta y seis horas agónicas, hasta su fallecimiento tan sólo dos días después.

44

FECHA: FEBRERO DE 2011. El joven sacerdote africano Gaetan Kabasha realizó su primer exorcismo entonces y quedó ya curado de espantos para afrontar otros insólitos casos de brujería y magia negra.

LUGAR: BANGASSOU. Ordenado sacerdote en la catedral de San Pedro Claver, en el corazón de la República Centroafricana, el padre Gaetan se enfrentó al terrible caso del carnero embrujado.

ANÉCDOTA: El exorcista Gabriele Amorth aseguraba que la peor magia de origen africano se basa en la brujería o la práctica para hacer el mal a los demás.

El increíble caso del carnero embrujado

Gaetan Kabasha es un joven sacerdote ordenado el 9 de noviembre de 2003 en la catedral de San Pedro Claver de Bangassou, en el corazón de la República Centroafricana. Pese a vivir casi en plena luna de miel sacerdotal, el padre Gaetan está ya curado de espantos desde que hizo su primer exorcismo, en febrero de 2011.

Tan negro como su sotana, este clérigo entrañable y solvente es un libro abierto sobre casos de magia negra, maldiciones y brujería. Todo empezó la mañana más insospechada con un hecho insólito, según relataba el propio testigo para mi libro *Así se vence al demonio* (LibrosLibres): «Richard, el hombre que se ocupaba de las ovejas, me avisó de que el carnero se había muerto. Estaba sorprendidísimo por ese fallecimiento repentino, dado que el día anterior el animal no había mostrado el menor síntoma de enfermedad».

Richard decidió entonces despedazarlo con resignación para aprovechar su carne como alimento. Pero mientras descuartizaba al

carnero, el pastor reparó en un hecho insólito y le faltó tiempo para plantarse en el despacho del padre Gaetan y contárselo.

¿Había descubierto acaso algo extraño en las entrañas del animal? Richard le dijo enseguida, muy azorado: «Padre, usted que no cree con facilidad en sucesos extraordinarios, venga a ver ahora mismo la prueba que acabo de encontrar».

El sacerdote se quedó sin saber qué decir. Salió rápidamente del despacho y contempló poco después, igual de boquiabierto que Richard, el «trofeo» que éste acababa de extraer del estómago del carnero: una masa informe de bolsas de plástico como las que se utilizan en los grandes almacenes para guardar útiles y comestibles. Bolsas de diversos tamaños y formas, anudadas fuertemente entre sí, con una dimensión tres veces mayor que una cabeza humana y un peso superior a dos kilos.

Resultaba increíble: centenares de bolsas amarradas unas con otras. Es fácil imaginar la cara que puso Gaetan al ver aquel enorme engendro de plástico que ningún carnero del mundo podría haberse tragado solo.

Tratando de hallar una explicación, uno de los trabajadores que acompañaban a Richard les dijo que en los barrios de Bakouma ya se habían registrado fenómenos semejantes: ovejas y cabras que habían muerto de la misma manera. Y añadió que solía hallarse un pequeño cordel en el interior del estómago que ligaba todas las bolsas.

La búsqueda del cordel se convirtió enseguida en una especie de piedra filosofal que debían encontrar a toda costa. Poco después, efectivamente, hallaron la cuerda en cuestión. Era un cordón bien trenzado, como el que puede adquirirse en cualquier mercería. El sacerdote extrajo la cuerda con sumo cuidado y la guardó para examinarla luego con minuciosidad.

La pregunta seguía, aun así, sin respuesta: ¿cómo era posible que apareciese tan descomunal objeto en el estómago del pobre carnero?

Coincidieron todos en que era un claro ejemplo de brujería. Al parecer, el encargado de realizar el hechizo ataba las bolsas en su

casa y luego las colocaba en las trampas para animales salvajes diseminadas por la selva.

De regreso al poblado, elegía a su víctima, en este caso el infortunado carnero, apuntándolo con una pequeña piedra sujeta con la misma cuerda. En ese preciso instante, la masa de bolsas depositada en la trampa de la selva se introducía por medios satánicos en el estómago del animal doméstico, mientras que otro ejemplar salvaje del mismo tamaño quedaba apresado en la zanja excavada al efecto. Cuando el hechicero daba muerte al animal salvaje en la selva, el doméstico perecía automáticamente en la granja. Gaetan averiguó luego que este horrible sistema, llamado «Pondori», se aplicaba también con seres humanos.

Era espeluznante. «Sé que es muy difícil de creer, pero yo he visto con mis propios ojos cómo aquel amasijo de bolsas se extraía del estómago del carnero», aseguraba el clérigo.

Gaetan llevó luego la cuerda a la capilla para conjurar cualquier poder maléfico que pudiera conservar, confiando en que sus ovejas se encontrasen ya a salvo de tan espantoso procedimiento satánico.

El increíble caso del carnero embrujado le recordaba a Gaetan el no menos insólito de la señora que fue a verle a su despacho parroquial para contarle la historia de su marido militar, el cual, a fin de ascender rápidamente en el ejército, viajó con ella hasta Sudán para consagrarse a Satanás.

Las personas que organizaban los pactos diabólicos le aseguraron que si seguía cada uno de sus pasos, ascendería enseguida en el escalafón. El hombre siguió sus consignas y ascendió, pero su mujer acabó enloqueciendo. Verlo para creerlo.

Diamantes de sangre

Entre los alucinantes casos referidos por el padre Gaetan Kabasha, figura el de un vecino de la localidad de Kpango, en la República

Centroafricana, quien le confesó que había ofrecido sacrificios cruentos al diablo para conseguir diamantes.

¡Diamantes…! Vivía en las minas, donde casi nadie más que él conseguía diamantes desde que hizo sus ofrendas al diablo. Luego, sentía un impulso irrefrenable de venderlos y gastarse todo el dinero en alcohol y en mujeres. Llegó un momento en que, temiendo quedarse sin un céntimo, realizó trueques con los compradores de modo que, a cambio de diamantes, aceptaba por ejemplo bicicletas. Pero incluso éstas acababa vendiéndolas, incapaz de reprimir sus ansias de gastar.

Con el dinero obtenido pagaba a prostitutas para que le hiciesen compañía. Vivía aislado del pueblo. La riqueza material no le permitía ser feliz. De hecho, acudió al sacerdote por sentirse tan desgraciado. Pero jamás regresó para verle.

45

FECHA: 6/2/1938. El capitán Fernando Sandoval amaneció consciente de la jornada histórica que le aguardaba, a punto de liderar la carga de caballería más impresionante de la Guerra Civil.

LUGAR: TERUEL. Centenares de supervivientes del ejército republicano fueron evacuados en ferrocarril en penosas condiciones, tras soportar temperaturas de hasta veintidós grados bajo cero sumergidos en las gélidas trincheras.

ANÉCDOTA: Franco obsequió con un banquete al cuerpo diplomático de Burgos, para celebrar la Epifanía; la cena había sido preparada y dirigida por el célebre barman Perico Chicote.

La terrible batalla de los «pies de madera»

La célebre batalla de Teruel, en plena Guerra Civil española, podría haberse librado perfectamente en los gélidos campos de Siberia. Enseguida el lector entenderá por qué.

El 6 de febrero de 1938, el capitán de caballería Fernando Sandoval amaneció consciente de la jornada histórica que le aguardaba. A las órdenes del reverenciado general José Monasterio, el mismo que dirigió el exitoso Alzamiento en Zaragoza, Sandoval presentía que ese día el héroe iba a ser él.

No en vano estaba a punto de liderar la carga de caballería más impresionante de toda la guerra: nada menos que dos brigadas de mil caballos cada una, con otra brigada de mil caballos en reserva, se disponían a atacar la 27.ª División republicana al oeste del río Alfambra, en el norte de la cercada Teruel.

Monasterio lideraba la operación militar que iba a marcar el declive progresivo del ejército republicano hasta el final de la contienda.

Teruel amaneció aquel día con un sol radiante. Los aviones Fiat comenzaron así a bombardear, en oleadas de cinco, las estribaciones del Alfambra, descargando sus ametralladoras en las trincheras republicanas al oeste de Visiedo.

Horas después, el cuarto escuadrón, al mando del capitán Millana, galopaba a toda velocidad por delante del resto. El despliegue de los caballos, avanzando en una línea de cien de frente, presagiaba lo más parecido al apocalipsis.

Por detrás se alinearon el primer y segundo regimientos, formando cintas interminables de quinientos caballos cada una. La carga duró menos de treinta minutos. El aturdimiento se apoderó de las posiciones republicanas, impidiendo a las baterías disparar un solo proyectil.

La República sufrió quince mil bajas, siete mil prisioneros y perdió ochocientos kilómetros cuadrados de territorio durante las dos jornadas de la fase final de la campaña de Teruel. Monasterio y Sandoval habían abierto el camino hacia el Mediterráneo y el inevitable fin de la guerra.

La desmoralización cundió entre los republicanos. Centenares de supervivientes fueron evacuados en ferrocarril en penosas condiciones, tras soportar temperaturas de hasta veintidós grados bajo cero sumergidos en las trincheras. Horas interminables en el interior de aquellos agujeros helados, arma en ristre, a la espera de un ataque por sorpresa.

Ningún equipamiento en el mundo habría evitado las temidas congelaciones. Casi todos los soldados republicanos llevaban capote, manta, ropa interior de lana y uniforme de abrigo. Calzaban también botas de cuero, con calcetines de lana; algunos llevaban incluso hasta tres pares cuando se les congelaron los pies, tras cuarenta y ocho horas sin descalzarse, sentados o semiacostados en la trinchera.

Había nevado copiosamente durante varios días. Vientos de casi cien kilómetros por hora rugieron en ráfagas que cortaban la piel como guadañas, mientras los ojos no dejaban de lagrimear. Los prismáticos pegados al rostro parecían carámbanos. Los dedos se hinchaban como pelotas de ping-pong y perdían por completo la

sensibilidad. El hielo convertía las piedras en superficies resbaladizas que hacían tambalearse a los soldados, obligándoles a avanzar a gatas.

Sólo la alimentación y un instinto de conservación que jamás se rendía les mantenían aún con vida. Su ración diaria consistía en pan, arroz, garbanzos, carne congelada o de lata y bacalao, en cantidades suficientes para soportar el frío intensísimo. Los mandos repartieron a sus soldados un suplemento de alcohol, en forma de coñac, especialmente para quienes hacían guardias nocturnas. Pero, por más que lo intentaron, no pudieron evitar centenares de casos de congelación.

La mayor parte de los combatientes acudieron al médico de su batallón sin dar excesiva importancia a sus dolencias. Su principal preocupación era la gran hinchazón de ambos pies, que hacía penosa su marcha.

Todos coincidían en describir la sensación de «pie dormido», acentuada en algunos que afirmaban tener un pie «como de madera».

Ellos mismos palparon el edema en sus pies, por encima del tobillo. Comprobaron que la piel estaba turgente, enrojecida, brillante y muy caliente. Las puntas de los dedos aparecían invadidas por la gangrena, con necrosis o degeneración de los tejidos por extenuación de las células.

En algunos casos, la necrosis afectaba a los juanetes y al dorso de los dedos en martillo; en otros, se apreciaban en los dedos quemaduras de segundo grado.

Los que tuvieron más suerte, constataron que sus lesiones evolucionaban como gangrena seca, momificándose las partes necrosadas y tornándose cárdena la característica tonalidad negra.

En la mayoría de los casos, la parte necrosada se desprendió como una corteza, mientras las estructuras más profundas conservaban toda su vitalidad. Pero otros, también inocentes, corrieron peor suerte y sufrieron mutilaciones: perdieron sus pies, la batalla y hasta la vida.

Una conquista efímera

La ofensiva de Teruel comenzó a las 7.15 de la mañana del 15 de diciembre de 1937, cuando la 11.ª División del ejército republicano, a las órdenes del mayor Enrique Líster, inició la maniobra de infiltración entre el río Alfambra y las estribaciones de El Muletón, a 1.086 metros de altitud. Apenas tres horas después, la 100.ª Brigada ocupaba con escasa resistencia el Concud. El avance continuó para cortar la carretera de Teruel a Zaragoza por el kilómetro 173.

Poco después, la 25.ª División (Brigada Mixta 116) de García Vivancos conquistaba la aldea de San Blas, cruzando el Guadalaviar por el puente de la carretera de Teruel a Masegoso, hasta llegar a las alturas de Los Morrones. En sólo cuatro días, el ejército republicano logró cercar la ciudad defendida por los hombres del coronel de artillería Francisco Rey d'Harcourt. Pero fue una conquista efímera que las tropas de Franco disiparían.

46

FECHA: 20/3/1975. Aquel jueves, a las cuatro y veinte de la madrugada, falleció el infante don Jaime; minutos después, el profesor G. Weber leyó el comunicado de su muerte.

LUGAR: SUIZA. El infante había sido operado de urgencia en el hospital cantonal de Saint-Gall por el neurocirujano Benini para extirparle los dos coágulos de sangre en la cabeza.

ANÉCDOTA: El duque de Cádiz colocó un cartel junto a su cama que decía: "¡Hola, papá! Tus hijos Alfonso, Gonzalo y Carmen y tu hermana Cristina estamos aquí".

¿Quién y cómo mató al tío del rey Juan Carlos?

La vida del infante don Jaime de Borbón y Battenberg (1908-1975), tío carnal del rey Juan Carlos I y padre del duque de Cádiz, fue ya desgraciada desde su mismo nacimiento, cuando se temió que el niño pudiera ser sordo y, como consecuencia de ello, mudo.

De joven, representó a su padre, el rey Alfonso XIII, en numerosos actos oficiales, recorriendo algunas ciudades del país junto al dictador Miguel Primo de Rivera. Tras la renuncia de su hermano mayor Alfonso, en 1933, se convirtió en príncipe de Asturias y heredero de su padre al trono. Pero la ilusión le duró tan sólo diez días, hasta que varios conspicuos monárquicos —José Calvo Sotelo, entre ellos—, alentados por su propio padre, le convencieron para que renunciara a la Corona de España en la habitación de un hotel de Fontainebleau, alegando que era incapaz incluso de mantener una conversación telefónica. Don Jaime dio ejemplo de sumisión, estampando su firma en el documento que le entregaron, sin notario presente que diese fe del acto.

Durante gran parte de su vida luchó contra su grave limitación, ayudado por unas monjitas que le enseñaron a leer los labios. Su carácter se forjó así, desde niño, en la adversidad. Tenía un gran corazón, era afable y cariñoso, adoraba a su madre y a su hermano mayor, temía a su autoritario padre y se dejaba influir por quienes le rodeaban, haciéndose así en extremo dependiente, lo que sin duda fue el peor de sus defectos y la causa de su perdición.

Aun así, en el ámbito estrictamente dinástico, Alfonso XIII demostró no tenerlas todas consigo cuando urdió un matrimonio morganático para su hijo, después de que éste renunciase en Fontainebleau. Fue así como el infante se desposó con Emanuela Dampierre, la cual le abandonaría para contraer segundas nupcias con Antonio Sozzani, un antiguo amigo suyo. Poco después, don Jaime se unió a la prusiana Carlota Tiedemann, que le llevaría a la ruina económica y hasta la mismísima tumba, bajo el influjo de su mala estrella.

Un grande de España me lo contó todo mientras componía la única biografía del infante publicada hasta la fecha, *Don Jaime, el trágico Borbón* (La Esfera de los Libros).

A finales de los años setenta, la infanta María Cristina de Borbón y Battenberg, hermana del infortunado, se sinceró con este noble caballero, quien me lo refirió a su vez de palabra con pelos y señales. En un momento dado de la conversación, él enarcó las cejas y, sin dejar de mirarme, se inclinó hacia delante para susurrarme al oído, como si temiese que alguien más pudiera escucharle:

—Ella le mató…

—¡Quién! —inquirí yo, intrigado.

—Su segunda mujer.

—¿Carlota Tiedemann?

—Ella… ella le mató —sentenció de nuevo.

—¿Cómo supo eso?

—Me lo contó la hermana del pobre don Jaime.

—¿Cuál de las dos?

—Cristina de Borbón y Battenberg. Fui a verla una tarde de verano, a finales de los setenta, a su coqueto pisito de la calle

Velázquez, donde la infanta se instalaba dos veces al año (en junio y en diciembre) antes de regresar otra vez a Turín. Pasaba temporadas en Madrid desde el fallecimiento de su marido, Enrico Marone, dueño de la empresa Cinzano, a finales de los sesenta…

«¿El infante, asesinado por su segunda mujer? ¿Estaba ante un caso de homicidio silenciado?», pensé, alarmado.

Decidido a llegar al fondo del asunto, retomé el momento álgido de nuestra conversación:

—Y bien, ¿qué le dijo la infanta aquella tarde?

—Aquella tarde… —Tragó él saliva—. Mientras tomábamos café en su saloncito privado, Cristina me reveló la dolorosa verdad sin poder contener aún lágrimas de rabia y emoción.

—¿Le dio algún detalle del presunto homicidio? —insistí.

—Sí, claro —dijo atenuando la voz—. Fue horrible: me dijo que Carlota Tiedemann le sacudió un botellazo en la cabeza a don Jaime y que luego éste se desplomó en la calle golpeándose de nuevo.

—Seguro que ella estaba ebria —aseveré.

—Sí; habían bebido los dos. Discutieron… y ella le propinó el botellazo. Luego, cogió a don Jaime, que residía en Lausana desde la muerte de la reina Victoria Eugenia, en un chalecito que él llamaba *Chemin Primerose* (Camino primoroso), lo metió en un coche y se lo llevó lejos de allí, abandonándole a la puerta de una clínica en Saint-Gall, en la Suiza oriental.

—¿Ahí quedó todo?, ¿nadie reclamó una investigación? —alegué yo, perplejo e indignado.

Él simplemente dijo, haciendo una mueca de cinismo:

—La Familia Real, precisamente, no. Estas cosas, en la Corona se tapan.

Entierro y funeral

En el momento del fallecimiento se encontraban junto a su padre Alfonso y Gonzalo de Borbón Dampierre, acompañados de Carmen

Martínez-Bordiú y la infanta Cristina. El cadáver de don Jaime fue trasladado al hospital cantonal de Lausana para ser embalsamado, tarea que ocupó todo el viernes, 21 de marzo.

El hotel Royal de Lausana acogió a la Familia Real española hasta el momento del entierro, celebrado a las dos de la tarde del día 24 en el pequeño cementerio del bosque de Vaud. Casualidades del destino: la regia familia había aguardado seis años atrás, en el mismo hotel, la muerte de la reina Victoria Eugenia.

Como el fin de semana no se oficiaban servicios funerarios en Lausana, el cuerpo se instaló en una capilla ardiente en la funeraria de San Roque, hasta la celebración de los funerales en la recoleta iglesia del Sagrado Corazón de Ouchy.

47

FECHA: 27/5/1840. El gran virtuoso del violín Niccolò Paganini rechazó los últimos auxilios de un sacerdote hallándose ya en el lecho de muerte, a la edad de cincuenta y ocho años.

LUGAR: NIZA. El obispo de la ciudad francesa se negó a dar sepultura religiosa a los restos mortales del músico, que hoy reposan ya en el cementerio de Parma.

ANÉCDOTA: Enfermo de peste y tuberculosis, el genial violinista, quien para colmo era de naturaleza débil, cayó en manos de un mal médico que lo dejó casi moribundo.

¿Hizo Paganini un pacto con el diablo?

A lo largo de la Historia, ha habido personas que, sin saber hasta qué punto jugaban con fuego, acabaron quemándose tras firmar un «contrato indefinido» con el demonio a cambio de poder, éxito, sexo o dinero.

Durante muchos años, corrió la voz en los salones musicales de media Europa de que el considerado por muchos como el mejor violinista de todos los tiempos, el genovés Niccolò Paganini (1782-1840), había vendido su alma al demonio para obtener un extraordinario virtuosismo.

El manejo del Guarnerius, su violín favorito fabricado por Giuseppe Guarneri (1698-1744) en Cremona (Italia) y conservado hoy como el más preciado tesoro musical en el Museo de Génova, era realmente prodigioso.

Dicen que cuando Paganini contaba sólo cinco años, el diablo se le apareció en sueños a su madre, Teresa Bocciardo, asegurándole que su hijo sería un famoso violinista, lo cual hizo que su padre, Antonio

Paganini, virtuoso con la mandolina y el violín, le obligase a practicar durante más de diez horas diarias.

Desde los dieciséis años, Paganini llevó una vida disipada: se dedicó al juego y sus continuas pérdidas le obligaron a vender hasta su propio violín; aunque, por fortuna para él, al parecer un admirador suyo le regaló el Guarnerius con el que asombraría al mundo. Las mujeres también le perdieron, pese a su fealdad manifiesta.

Contamos con el retrato que hizo de él su médico personal en París, Francesco Bennati, tan valioso como poco edificante: «Paganini era pálido, delgado y de mediana estatura. Aun teniendo cuarenta y siete años, su delgadez y la falta de dientes le provocaron el hundimiento de la boca y le hicieron la barbilla más prominente, lo cual le daba una apariencia mayor de lo que era. A primera vista, su cabeza era voluminosa, sostenida por un cuello largo y estrecho, mostrando una acentuada desproporción con sus delicadas extremidades».

El resto de «facultades» tampoco le favorecían y, desde luego, hacían incomprensible su fama de mujeriego: era estrecho de pecho, con la frente alta, ancha y cuadrada, nariz aguileña, orejas protuberantes, cabello negro y desgreñado que contrastaba con la palidez cadavérica de su piel… Un Adonis, en suma, que para colmo vestía siempre de oscuro, todo lo cual le daba un aspecto siniestro o más bien diabólico.

Un «demonio» del violín con una mano izquierda mágica, gracias a la cual, como aseguraba el doctor vienés Martecchini, «movía todas las articulaciones lateralmente y podía doblar hacia atrás el pulgar hasta tocarse el meñique». El médico se rendía, atónito, a la evidencia: «Movía sus manos con tanta flexibilidad como si no tuviese músculos ni huesos».

¿Cómo era posible entonces que, además de componer y ejecutar como nadie sus célebres veinticuatro caprichos, fuese capaz de crear su *Sonata Napoleón*, compuesta solamente para la cuarta cuerda del violín?

Previamente, durante un concierto había asombrado al público empleando tan sólo dos cuerdas de su instrumento: una grave, la de

sol, para simular la voz del hombre, y otra más aguda, la de mi, para imitar la de un joven.

Su historial médico revelaba que Paganini padecía un «síndrome de hipermovilidad articular», sin el cual no hubiese podido tocar su célebre *Movimiento perpetuo* a la increíble velocidad de… ¡doce notas por segundo!

Con razón, el gran compositor alemán Felix Mendelssohn escribió sobre él: «Su ejecución sin equivocaciones está más allá de lo imaginable… Porque él es tan original, tan único, que se requeriría un análisis exhaustivo para poder expresar una impresión sobre su estilo».

Mientras, el austríaco Franz Liszt exclamó: «¡Dios mío, cuánto sufrimiento, cuánta miseria, cuánta tortura en aquellas cuatro cuerdas!».

Pero quizá se llevase la palma un crítico de la *Gazzeta Piamontese*, que al día siguiente de un concierto, anotó: «Tiene algo de diabólico, una habilidad casi sobrenatural. Muy a menudo su violín ya no es un violín. Es una flauta, es la limpísima voz de un canario bien amaestrado; supera las más incomprensibles dificultades con una facilidad indecible».

La hora de la verdad llegó para él un 27 de mayo de 1840, en Niza, a la edad de cincuenta y ocho años. Enfermo de muerte, rechazó los auxilios de un sacerdote. El obispo de Niza negó sepultura religiosa a sus restos mortales, y su cadáver fue embalsamado. Se intentó inhumarle en Génova, pero las autoridades eclesiásticas se opusieron. Debió transcurrir un lustro entero para que su cadáver fuese enterrado en Ramairone, en Polcevera. Finalmente, en 1876, los restos de Paganini recibieron sepultura en el cementerio de Parma, donde hoy reposan. Su leyenda lo perseguiría incluso después de muerto.

LÍOS DE FALDAS

Paganini dio con sus huesos en la cárcel del 6 al 25 de mayo de 1815. Un sastre apellidado Cavanna le había acusado de seducir a su hija Ángela, de veinte años. Mientras el juicio se celebraba, el violinista permaneció en prisión. Sólo cuando el acusado decidió estampar su firma comprometiéndose a indemnizar a Cavanna con 1.200 liras, pudo abandonar la cárcel. La sentencia condenatoria encerraba una flagrante contradicción: mientras reconocía que Ángela era una mujer de costumbres más bien licenciosas, cargaba toda la culpabilidad sobre el violinista.

De todas formas, Paganini no se apartó ni un ápice de su vida mundana. Le chiflaban las mujeres, como escribía a su amigo y paisano Germi: «He conocido a una deliciosa muchacha con la que quiero casarme enseguida. Prepárame los documentos». A cada mujer que conocía, con tal de que fuera «un poco graciosa, linda y expresiva», en sus propias palabras, quería desposarla.

48

FECHA: 14/4/1865. La víspera de su muerte, el presidente Lincoln ya había tenido varios sueños que presagiaban algún suceso extraordinario que acabaría mal, como así sucedió en su caso.

LUGAR: WASHINGTON. Aquella noche, Abraham Lincoln acudió con su esposa al teatro Ford; empezada la obra, Booth abrió la puerta del palco y disparó al presidente en la cabeza.

ANÉCDOTA: El 27 de abril, el cadáver del magnicida Booth, antiguo actor, fue colocado en un bote de remos tripulado por dos hombres que lo arrojaron al océano.

La muerte premonitoria de Abraham Lincoln

El 14 de abril de 1865 era Viernes Santo y día festivo en Washington. Los triunfos obtenidos por las tropas del Norte habían excitado la confianza y el regocijo popular. Por primera vez en la historia de la República estadounidense, el asesinato político iba a cebarse con su presidente nada menos; y este crimen debía producir más aterradora sorpresa, porque la conspiración se sirvió de procedimientos impropios de un pueblo libre acostumbrado a las formas constitucionales y a la supremacía de las leyes.

Lincoln veía entonces casi terminada la guerra separatista, pero aún había que vencer muchas dificultades. Su rostro, grave y pensativo, reflejaba esa preocupación; sus toscas facciones tenían una expresión melancólica y no se animaban ya, como antes, con una sonrisa. Cuando Lincoln declaró libres a todos los esclavos de los países rebeldes, el Sur tomó sangrientas represalias. El gobierno insurrecto dictó una orden condenando a muerte no sólo a los

soldados negros prisioneros de guerra, sino a los blancos que los mandaban.

Aunque con menos empuje, la resistencia del ejército del Sur proseguía a principios de 1865, y esta tenacidad ensombrecía la vida del presidente. El 14 de abril se celebró un almuerzo más alegre que de costumbre por la llegada del capitán Robert Lincoln, primogénito del presidente, procedente del campo de batalla, donde ayudaba al general Grant. Pero aun así, el padre seguía preocupado. Como Napoleón, César y otros personajes célebres, Lincoln era algo supersticioso y fatalista; confiaba mucho en los sueños. Pese a su profunda religiosidad, sus libros favoritos eran *Hamlet* y *Macbeth*, y otros muchos que trataban sobre misterios psicológicos. Las distintas versiones de los periódicos confirmarían luego que el presidente tuvo un presentimiento del atentado que iba a costarle la vida.

Aquel día, a su regreso de Richmond, se ocupó de los asuntos más urgentes, reuniendo a su gabinete para tratar principalmente de la cuestión del Sur. Durante la sesión, todos observaron cierta inquietud en él. En lugar de referir alguna anécdota graciosa, como solía hacer, guardaba silencio a intervalos, e inclinando la cabeza, quedaba sumido en una profunda meditación. Preguntado si se hallaba indispuesto, dijo de forma enigmática que presentía algún suceso extraordinario e inminente.

El procurador general Bates inquirió a Lincoln si sucedería algo bueno o malo, y éste se limitó a responder: «Si hablo así es porque he tenido dos veces un sueño que se repitió anoche por tercera vez, aunque con alguna variación, y que me entristece el alma. El primer sueño precedió a la batalla de Bull-Run; el segundo fue seguido de otro desastre para los federales, y el tercero…».

Apremiado por Bates, Lincoln concluyó, cabizbajo: «He soñado que me hallaba en una barca en un río muy ancho e impetuoso, y que de pronto aquélla fue arrastrada con tal fuerza, que no la pude contener; poco después, mi embarcación comenzó a hundirse y entonces me desperté; pero dejemos esto, señores, y prosigamos con nuestro trabajo…».

Aquella noche acudió con su esposa al teatro Ford, donde la actriz Laura Keene protagonizaba la obra *Our American Cousin* (Nuestro

primo americano). Al salir de su residencia, le dijo a su ayudante Crook que no tenía ganas de asistir al espectáculo, lo cual extrañó mucho a éste, pues conocía su gran afición por el teatro. Eran las 20.30 horas. A su llegada, tomó asiento en una cómoda butaca mecedora, a la izquierda del palco; a su derecha se colocó su esposa.

Empezada la obra, un hombre de veintiséis años, de nombre John Wilkes Booth, abrió la puerta del palco e irrumpió en él, disparando al presidente en la parte posterior de la cabeza. El mayor Ratbone se lanzó sobre el asesino, pero éste soltó la pistola y agarrando una daga que llevaba escondida la hundió con saña en el brazo izquierdo de su adversario. El magnicida saltó acto seguido como un tigre al escenario, gritando al público en latín con voz estentórea: «¡*Sic Semper tyrannis*!» (¡Así hay que tratar siempre a los tiranos!). Luego volvió a vociferar: «¡El Sur está vengado!».

La herida era mortal, pues la bala había atravesado el cráneo del presidente por la oreja izquierda, penetrando hasta la cavidad del ojo derecho. Al recibir el disparo, la víctima se inclinó sobre la barandilla del palco, permaneciendo ya sin sentido hasta su misma muerte premonitoria, acaecida a las 7.22 de la mañana del 15 de abril. Trasladado a Illinois, su cadáver recibió sepultura en el cementerio de Springfield, cerca de donde Abraham Lincoln cosechó sus primeros triunfos. Macabra paradoja.

UNA OMISIÓN, UNA VIDA

Pese a todas las precauciones tomadas por el asesino Booth, le habría resultado imposible matar al presidente si el policía encargado de su custodia hubiese cumplido con su deber. Cuatro hombres de probada lealtad, escogidos entre los mejores policías, formaban la guardia personal de Lincoln, a quien protegían día y noche en turnos de ocho horas cada uno.

El policía a quien correspondió la vigilancia la noche del atentado se llamaba Parker, y su misión era la de permanecer sentado en el pasillo durante toda la función, junto a la puerta cerrada del palco presidencial. Pero Parker abandonó su tedioso puesto en el pasillo para presenciar también el espectáculo. La funesta negligencia del guardaespaldas facilitó la entrada de Booth, que acechaba el momento oportuno. Casi en el mismo momento en que Booth asesinaba al presidente, su cómplice Lewis Payne Powell intentó matar al secretario presidencial Seward en su propia casa.

49

FECHA: 8/8/1929. El poeta comunista Rafael Alberti escribió una sentida carta a fray Justo Pérez de Urbel en la que se despedía así de él: "Le abraza su amigo".

LUGAR: GUADARRAMA. Alberti residía entonces en la Casa del Cocinero y había dejado estampados unos versos en el *Libro de Visitas de Silos*, dedicados a la Virgen de Marzo.

ANÉCDOTA: El nuncio del Papa, Gaetano Cicognani, elogió la admirable labor apostólica que fray Justo ejerció siempre en la Sección Femenina con sus orientaciones, conferencias y dirección espiritual.

LAS CARTAS SECRETAS DE RAFAEL ALBERTI… AL MONJE DE LA FALANGE

Casi nadie conocía hasta ahora la amistad secreta del poeta comunista Rafael Alberti y de Claudio Sánchez-Albornoz, presidente del Gobierno republicano en el exilio, con el monje benedictino Justo Pérez Santiago.

Más conocido como Justo Pérez de Urbel por su lugar de origen, Pedrosa de Río Urbel (Burgos), donde había nacido el 8 de agosto de 1895, resulta también curioso que el amigo común de Alberti y Sánchez-Albornoz llegase a ser abad del Valle de los Caídos y director espiritual de la Sección Femenina de Falange Española.

Justo es, valga la redundancia, destacar en la semblanza de fray Justo Pérez de Urbel su denodado afán caritativo, tendiendo siempre la mano a todas las almas. Incluida la de Alberti, afiliado al Partido Comunista en 1931 y secretario de la Alianza de Intelectuales Antifascistas en plena Guerra Civil, durante la cual llegó a entrevistarse con Stalin en Moscú, en 1937.

Alberti trabó amistad con el padre Justo, como lo prueba esta carta desconocida a la que tuve acceso mientras investigaba para mi libro *La pasión de Pilar Primo de Rivera* (Plaza & Janés); carta exhumada por el benedictino Manuel Garrido Bonaño y conservada entre los papeles privados de fray Justo, depositados en el archivo de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. Datada por el poeta el 8 de agosto de 1929, dice así:

> Querido Fray Justo:
>
> Dentro de poco, irá a visitarle un buen amigo mío, que quisiera quedarse en ese maravilloso monasterio unos cuantos días. Yo le he hablado mucho de usted, de cuando le visité con mi hermano hace ya tiempo. Tiene verdaderos deseos de conocerle, hacer vida monacal, y pasearse por ese claustro bajo, donde se muere de frío en un rincón la Virgen de Marzo.
>
> Tengo la certeza de que simpatizará con él y se hará muy amigo suyo. Se llama José Emilio Herrero y es un jovencísimo poeta, gran amigo de Berceo, cuyos códices le interesarán mucho.
>
> ¿Le molestaría a usted escribirme diciéndome si ahora es buena época para visitarle y si dispone de habitación para unos días? Mis señas: «Casa del Cocinero. Guadarrama».
>
> Mi amigo le llevará algunos libros míos últimos que usted no conoce.
>
> Saludos al Padre Abad. Y a Fray David, que no he olvidado que se negó a revelarme el secreto del licor benedictino. Le abraza su amigo,
>
> RAFAEL ALBERTI

Cinco años antes de esta sentida epístola, el 25 de agosto de 1924, el mismo año en que compuso su mejor obra, *Marinero en tierra*, que le valió el Premio Nacional de Literatura, Alberti dejó estampados a vuelapluma estos versos en el *Libro de Visitas de Silos*, dedicados a la Virgen de Marzo:

¡Tan bonito como está,
Madre, el jardín, tan bonito!
¡Déjame bajar a él!
—¿Para qué?
—¡Para dar un paseíto!
—Y, mientras, sin ti, ¿qué haré?
—Baja tú a los ventanales;
Dos blancas malvas reales
En tu seno prenderé.
¡Déjame bajar, que quiero,
Madre, ser tu jardinero!

Ante la inminente derrota del ejército republicano, Alberti abandonó España con María Teresa León. El matrimonio residió al principio en París, en casa de Pablo Neruda y Delia del Carril, junto al Sena.

El 27 de abril de 1977, tras treinta y ocho años de exilio, Alberti regresó a España. Nada más descender por la escalerilla del avión comentó, al parecer arrepentido: «Me fui con el puño cerrado y vuelvo con la mano abierta en señal de concordia entre todos los españoles».

Que la caridad cristiana de fray Justo jamás reparó en ideologías se hace palpable en su colaboración en el homenaje dispensado al historiador Claudio Sánchez-Albornoz por sus discípulos argentinos.

Al ver entre los participantes en el mismo al ya entonces abad del Valle de los Caídos, don Claudio le envió agradecido una carta el 25 de enero de 1965, desde París. Redactada en papel timbrado con el escudo de la Segunda República y el título de presidente del Consejo de Ministros en el exilio, reproduzco ahora sólo un extracto:

> Mi querido amigo:
>
> El 29 del pasado me entregaron en Buenos Aires el homenaje que han preparado mis discípulos argentinos. Gran honor para mí recibir un tan importante volumen con juicios de grandes historiadores. Me emocionaron y me han abrumado la cantidad

y el número de los participantes. Figura usted entre ellos. Deseo agradecerle sus palabras amistosas y sus elogios… Dios se lo pague. Que los españoles se reconcilien es mi mayor anhelo… Crea, Fray Justo, en mi estimación personal y en la verdadera y vieja amistad.

Nada que objetar.

Otra epístola reveladora

Fray Justo Pérez de Urbel se convirtió también en homenajeado. Claudio Sánchez-Albornoz le escribió desde Buenos Aires esta otra cariñosa y desconocida carta, el 10 de noviembre de 1975:

Querido amigo:

Me ha llegado su carta, sin fecha, convaleciendo de una grave enfermedad. Afortunadamente y desgraciadamente Dios no me ha llamado todavía a juicio. Soy de la quinta de Franco y aunque no tengo su resistencia voy defendiéndome.

No tiene nada que agradecerme. He colaborado con mucho gusto en su Homenaje. Es usted un formidable investigador y merece ese reconocimiento de su trabajo. Me he honrado yo al enviar unas pobres cuartillas.

Estoy viejo y cansado. No abandono empero mi trabajo por completo, pero me van faltando las fuerzas.

Siempre es divertido atacar a los maestros. Algunos serretazos he dado y he de dar a los muchachos que me critican. Un fuerte abrazo de su amigo,

Claudio Sánchez-Albornoz

50

FECHA: 4/10/1911. El doctor Joseph Bell, pionero del método deductivo, falleció viudo y cojo por accidente de caza, habiendo inspirado a Conan Doyle el célebre detective de sus novelas.

LUGAR: EDIMBURGO. Profesor de medicina de Conan Doyle y de Robert Louis Stevenson en la universidad de la capital escocesa, el doctor Bell solía decir a sus alumnos: "Elemental…".

ANÉCDOTA: Robert Louis Stevenson, el autor de *La isla del tesoro*, escribió: "Hay una sola cosa que me preocupa: '¿Podría ser Sherlock Holmes mi viejo amigo Joe Bell?'".

¿Quién fue Sherlock Holmes en realidad?

¿Quiénes no conocen hoy las hazañas de Sherlock Holmes, el héroe detectivesco que hizo correr ríos de tinta a su creador, Arthur Conan Doyle (1859-1930), sobre sus enrevesados casos?

Nacido en la festividad de Reyes de 1854, como el mejor regalo empaquetado para los lectores de medio mundo, la fecha de su muerte será ya siempre una incógnita porque así lo quiso Conan Doyle, tal vez para inmortalizarle para la posteridad, como sin duda consiguió.

Sabemos por el propio Doyle, según hizo constar en su *Estudio en Escarlata*, que la estatura de Holmes «sobrepasaba los seis pies [alrededor de 1,90 metros], y era tan extraordinariamente enjuto, que producía la impresión de ser aún más alto. Tenía la mirada aguda y penetrante… y su nariz, fina y aguileña, daba al conjunto de sus facciones un aire de viveza y de resolución».

Entre sus excentricidades, o más bien cualidades, figuraba su asombrosa capacidad para disfrazarse sin ser reconocido, o la

maestría con que tocaba su Stradivarius a horas intempestivas. Le volvían loco las galletas, casi tanto como la cocaína, a veces, y el tabaco de su pipa curvada de tres cuartos. Como apicultor era un verdadero tesoro y propinaba unos puñetazos dignos de todo un campeón del cuadrilátero. Por cierto, que la afición al boxeo la compartía con el propio Doyle, quien además era un auténtico forofo del rugby y el golf en sus años universitarios. Para más señas, Holmes residía en el número 221B de la vaporosa Baker Street, en el corazón de Londres.

Pero la nota que le distinguía de los demás detectives, convirtiéndolo en el más excelso de todos, era su gran conocimiento de la química y, sobre todo, su sorprendente capacidad de deducción para desenmascarar al asesino más escurridizo.

Tan minuciosa caracterización llegó a convencerme así de que Sherlock Holmes debía ser necesariamente el trasunto literario de algún personaje real en el que debió de inspirarse Conan Doyle para lanzar a la fama mundial al mejor detective conocido desde finales del siglo XIX hasta hoy mismo, protagonista ahora de una nueva película estrenada en julio de 2015 con el título *Mr. Holmes*, cuyo papel principal ha sido asignado esta vez el actor británico Ian McKellen.

Pues bien, esa especie de clon de Holmes en la vida real sabemos ya sin la menor duda que fue el doctor escocés Joseph Bell House (1837-1911), a quien el propio Conan Doyle conoció en la Universidad de Edimburgo mientras estudiaba medicina a sus órdenes desde la misma fecha de su ingreso, en 1876.

Bell, o Holmes, como el lector prefiera, fue un insigne precursor de la medicina forense que puso su portentosa capacidad de observación y deducción a disposición de los sabuesos policiales de Scotland Yard. Nada absolutamente, por insignificante que resultase a simple vista, pasaba inadvertido al examen minucioso de este individuo implacable y perspicaz. Desde la forma de caminar hasta la indumentaria o el modo de expresarse y guiñar un ojo, resultaban cruciales para la resolución de un crimen.

No en vano, el doctor Bell explicaba, incansable, a sus alumnos: «El estudiante debe ser amaestrado sobre cómo observar. Para

interesarles en esta clase de trabajo, nosotros los profesores encontramos útil mostrar al estudiante cuánto puede descubrir un entrenado uso de la observación sobre temas ordinarios como la historia previa, la nacionalidad y la ocupación de un paciente».

¿No recuerdan acaso estas palabras a las pronunciadas por el mismísimo Sherlock Holmes a su inefable ayudante, el doctor Watson?

Por si persistiese aún alguna duda sobre el increíble parecido entre Bell y Holmes, añadiremos que la célebre muletilla del detective literario a Watson, «elemental…», solía emplearla el profesor con sus alumnos durante sus clases en la Universidad de Edimburgo.

¿Más pruebas para concluir entonces que Sherlock Holmes y Joseph Bell eran uña y carne en el ingenioso cóctel de realidad y ficción elaborado por el habilidoso barman literario Conan Doyle? El doctor Bell supo que su antiguo alumno Doyle había construido a su protagonista tomándole a él como modelo, y no dudó en prologar incluso una de sus muchas aventuras literarias.

Bell era un héroe detectivesco en la vida real, como Holmes lo era en la ficción. Scotland Yard recurrió a Bell para que le ayudase a desenmascarar al célebre asesino en serie Jack el Destripador. No cabe duda de que Bell era un formidable genio de la deducción, a quien la existencia de Holmes le enorgullecía en el fondo no sólo por verse retratado en él, sino sobre todo por sentirse inmortalizado.

El criminal que pudo inspirar a Doyle

Es posible que el criminal estadounidense Adam Worth (1844-1922) inspirase a Conan Doyle el eterno enemigo de Holmes: el profesor James Moriarty.

Apodado el «Napoleón del mundo criminal» por el detective de Scotland Yard Robert Anderson, Doyle lo denominó en boca de Holmes como «la araña en el centro de una gigantesca red del crimen cuyos hilos sólo él sabía mover». La mayor mente criminal de

la Europa victoriana. Moriarty dirigía en la sombra un complejo sindicato internacional del crimen con la ayuda de su lugarteniente el coronel Sebastián Moran. Moriarty moriría junto con Holmes tras una trágica caída por las cataratas de Reinchenbach en el río Aar, a la altura de la localidad alpina de Meiringen, en Suiza. La muerte literaria de Holmes en *El problema final* provocó un aluvión de reclamaciones de seguidores del personaje de Conan Doyle, quien debió resucitarle en *La aventura de la casa vacía*.

51

FECHA: NOVIEMBRE DE 1965. La prolífica escritora de misterio, Agatha Christie, comenzó a redactar sus reveladoras memorias en las que aludía con grato recuerdo al mismísimo rey Alfonso XIII de España.

LUGAR: PALMIRA. Ambos fueron huéspedes del legendario hotel Zenobia, regentado entonces por la célebre espía y aventurera francesa Marga d'Andurain y su marido Pierre en la mítica ciudad siria.

ANÉCDOTA: En la Riviera y en la Costa Azul, el rey AlfonsoXIII se transformaba en un bon vivant gracias a su gran fortuna, depositada en bancos extranjeros.

¿Estuvo Agatha Christie enamorada de Alfonso XIII?

Muy pocos saben que la reina del misterio, Agatha Christie, bebió los vientos durante algún tiempo por el rey Alfonso XIII de España. No es un chismorreo ni una corazonada. La propia novelista lo admitió en su *Autobiografía*, que empezó a redactar en noviembre de 1965, con setenta y cinco años, y concluyó casi una década después, poco antes de morir en enero de 1976.

Agatha Christie calló, sin embargo, si sus inclinaciones hacia el monarca fueron un amor platónico de juventud o si, por el contrario, llegaron a manifestarse durante el tiempo en que ambos fueron huéspedes del legendario hotel Zenobia, regentado entonces por la espía y aventurera francesa Marga d'Andurain y su marido Pierre en la ciudad siria de Palmira.

De lo que no hay duda es de que la celebérrima novelista, casi cinco años menor que el monarca, recorrió como él la antigua ciudad situada en el desierto de Siria, en la actual provincia de Homs, que antaño fue capital del Imperio de Palmira bajo el efímero reinado de

Zenobia. Ambos quedaron fascinados tras visitar las ruinas de Palmira, y en concreto el templo de Bel, edificado en el año 32 y consagrado al dios supremo fenicio-cananeo, cuyo nombre significa «amo».

Como amo fue el infiel Alfonso XIII del corazón de innumerables mujeres. El azar quiso que yo mismo hallase, en el archivo de palacio, una curiosa y desconocida carta manuscrita del embajador español en Londres al marqués de Torres de Mendoza, hombre de la máxima confianza del rey.

Fechada el 21 de enero de 1925, la carta tenía la anotación «muy reservado» en el margen superior de la primera cuartilla; consciente probablemente en su fuero interno de las bajas pasiones del monarca, el embajador advertía al marqués de Torres de Mendoza del peligro que suponía para Alfonso XIII la futura presencia en Madrid de una dama muy poco recomendable para la reputación del rey.

Decía así el diplomático al marqués de Torres de Mendoza en su insólita misiva:

> Querido Emilio:
>
> Es mi deber darle un aviso de carácter delicado y muy confidencial. He sabido hoy que la señora de Peña, conocida bajo el nombre de Mrs. Isaacs, nombre de su primer marido, de quien se divorció o, mejor dicho, la divorciaron, se propone ir en breve a Madrid. Trátase, como usted sabe, sin duda de una profesional del vicio norteamericana dedicada a su oficio desde los diecisiete años. Casada con Isaacs y repudiada por éste, arruinó a varios jóvenes, entre otros uno cuyo nombre figura en las listas de esta Embajada, aunque no pertenezca a nuestra carrera. Pudo persuadir a un opulento argentino llamado Peña a tomarla por esposa. Una vez dueña de medios ilimitados se ha desenfrenado del todo, dando en el campo fiestas que son verdaderas orgías en que a la hora de la borrachera no sólo se desnuda en público, sino que hace exhibición de vicios contranaturales […] Como sé que si va a Madrid procurará ver a

> quien usted se figurará y hacerse ver con él, es preciso que se evite, pues todo se sabe y estas cosas hacen más daño que todos los libelos del mundo. Si lo cree usted útil como yo lo creo, hable al presidente del Directorio [el general Primo de Rivera], pues se debe a todo precio impedir un tropezón parecido.

Claro que, entre las mujeres que suspiraron por Alfonso XIII, sobresalió también Anita Loos, nacida en San Francisco, California, en 1893. Esta niña prodigio del cine empezó a escribir guiones a los doce años, y más tarde pasó a ser guionista del legendario D. W. Griffith y del no menos célebre Douglas Fairbanks.

En 1925 publicó el libro que la hizo más popular: *Los caballeros las prefieren rubias…* y su secuela *Pero se casan con las morenas*; obra ensalzada por personajes tan variopintos como Winston Churchill, James Joyce o el filósofo George Santayana, y convertida en uno de los primeros best sellers en Estados Unidos.

Esta mujer menuda pasó dieciocho años en los estudios de la Metro Goldwyn Mayer como guionista, mientras en la vida real se divertía con personajes como Greta Garbo, Aldous Huxley, Clark Gable, Raquel Meller, William Randolph Hearst y el ya citado Douglas Fairbanks, simplemente «Doug» para sus amigos.

Pues bien, la propia Anita Loos quedó fascinada de pequeña nada más contemplar al apuesto monarca español: «Recordaba que, cuando era niña, mi héroe romántico había sido el juvenil rey de España, Alfonso», estampó en su diario. El suyo sí que fue, desde luego, un amor platónico.

«Calabazas» regias

El historiador Gonzalo de Repáraz refería una reveladora anécdota que él mismo pudo contrastar, según la cual el rey Alfonso XIII recibió un sonoro bofetón de una atractiva dama a la que intentó

cortejar en palacio a su peculiar modo, poco después de la sangrienta guerra de Marruecos.

«Cierto día —evocaba Repáraz— cruzóse [la joven] con Alfonso XIII en un solitario pasillo del Palacio Real. Quiso aprovechar el monarca aquella ocasión única y, precipitándose sobre la muchacha, la besó. Entonces recibió Alfonso XIII la más estentórea bofetada de que hablan —o mejor dicho no hablan— los anales palatinos…»

Gonzalo de Repáraz explicaba, a continuación, cómo se enteró de las violentas «calabazas» regias: «Al año siguiente, residíamos mis padres y yo en Friburgo y conocimos el hecho por dos conductos perfectamente fidedignos: una parienta próxima de la señorita en cuestión, y un catedrático friburgués, amigo y antiguo compañero suyo de estudios».

52

FECHA: 12/7/1925. Albert Einstein escribió aquel día a su colega italiano Giovanni Giorgi, una autoridad mundial en electromagnetismo, esta frase: "Dios creó el mundo con más elegancia e inteligencia".

LUGAR: ROMA. El destinatario de la carta redactada en italiano, dado que Einstein hablaba y escribía con fluidez en ese idioma, era profesor en la prestigiosa Universidad de Sapienza.

ANÉCDOTA: Su capacidad intelectual, tardía: "He tenido un desarrollo tan lento, que no he empezado a plantearme preguntas sobre espacio y tiempo hasta que he sido mayor", escribió.

¿Qué gran misterio descubrió Albert Einstein que todavía ignorábamos?

¿Quién no ha oído hablar de Albert Einstein (1879-1955), uno de los hombres más inteligentes de la Historia, descubridor de la Teoría de la Relatividad y Premio Nobel de Física?

Sin embargo, desconocemos aún qué pensaba exactamente este simpar científico alemán, nacionalizado suizo y estadounidense, sobre la existencia de Dios. Persiste todavía hoy un gran desconcierto sobre esta trascendental cuestión que todo ser humano, más tarde o temprano, debe abordar.

Si nos atenemos a la carta datada en Alemania en enero de 1954, un año antes de su muerte, dirigida por Einstein al filósofo Erik Gutkind y subastada por eBay hace tres años con un precio de salida de tres millones de dólares, no albergaríamos la menor duda. Bastaría así con leer este breve y contundente párrafo escrito por Einstein:

> La palabra de Dios es para mí sólo la expresión y el producto de la debilidad humana. La Biblia es una colección de leyendas honorables, pero todavía primitivas, que son, no obstante, bastante infantiles. Ninguna interpretación puede cambiar esto.

¿Un hombre sin fe…? Pese a su innegable importancia, no olvidemos tampoco que esa carta era sólo una de las casi 12.300 que escribió Einstein a lo largo de su vida.

La epístola nada tiene que ver así con esta otra redactada también de puño y letra de Einstein, el 12 de julio de 1925, a su colega italiano Giovanni Giorgi, profesor de la Universidad de Sapienza, en Roma. Una sola frase en este caso, tanto o más lapidaria que el párrafo entero anterior, nos confirma el sentido trascendente de la vida para el científico: «Dios creó el mundo con más elegancia e inteligencia», aseveró. Basta con eso.

¿Creía entonces Einstein a pies juntillas en la existencia de Dios, como el único y gran creador del Universo? ¿Acaso su formación hebrea, afianzada en el Antiguo Testamento, logró troquelar con firmeza esa convicción interior?

Tan importante misiva se vendió el 15 de febrero de 2015 en Estados Unidos, en la casa de subastas RR Auction, a un comprador anónimo, cómo no, por 75.000 dólares. Rubricada en italiano («*Suo, A. Einstein*»), dado que su autor hablaba y escribía con fluidez en ese idioma desde su estancia en Pavía, al norte de Italia, iba dirigida, como decimos, a Giovanni Giorgi, toda una autoridad académica en electromagnetismo.

Y llegamos por fin a la misteriosa carta de Einstein a Lieserl, la hija extramatrimonial del científico con su futura esposa Mileva Maric, nacida supuestamente en 1903. Misteriosa, decimos, porque su autoría ha sido cuestionada y se desconoce incluso cuándo y dónde se escribió.

Por si fuera poco, el destino de Lieserl sigue siendo hoy un enigma: ¿fue dada en adopción por la pareja antes de la venida al mundo de sus otros dos hijos, Hans Albert y Eduard «Tete», en 1904 y 1910, respectivamente? ¿Murió acaso la niña de escarlatina cuando sólo tenía un año, como se ha afirmado?

Sea como fuere, hay quienes aseguran también que la carta de su padre a Lieserl fue donada por ésta a la Universidad Hebrea de Jerusalén a finales de los años ochenta, incluida en un lote de 1.400 misivas; lo cual confirmaría, entre otras cosas, que la mujer no falleció en su más tierna infancia. En el Archivo de Albert Einstein de la citada universidad no he podido localizar tan interesante epístola, pero tampoco eso significa que no exista.

En cualquier caso, la belleza y trascendencia de la carta es indudable a la luz de estos dos párrafos:

> Hay una fuerza extremadamente poderosa para la que hasta ahora la ciencia no ha encontrado una explicación formal. Es una fuerza que incluye y gobierna a todas las otras, y que incluso está detrás de cualquier fenómeno que opera en el Universo y aún no haya sido identificado por nosotros. Esta fuerza universal es el Amor…
>
> El Amor es Luz, dado que ilumina a quien lo da y lo recibe. El Amor es gravedad, porque hace que unas personas se sientan atraídas por otras. El Amor es potencia, porque multiplica lo mejor que tenemos y permite que la humanidad no se extinga en su ciego egoísmo. El Amor revela y desvela. Por Amor se vive y se muere. El Amor es Dios, y Dios es Amor.

¿Creía entonces Einstein en la existencia de Dios? Un experto de la firma de subastas RR Auction respondía a esta cuestión: «A pesar de que no creía en un Dios personal, Einstein no era reacio a hablar de Dios en un contexto científico». Ahí queda eso.

La enigmática Lieserl

La historia de la misteriosa hija de Einstein, Lieserl, a quien supuestamente el gigante de la ciencia escribió una carta rindiéndose ante el infinito poder de Dios, ha intrigado a novelistas

españoles y extranjeros, hasta el punto de convertirla en protagonista de sus relatos.

Pero retomando ahora la reveladora carta de Einstein a Lieserl, destacamos estos otros singulares párrafos:

> Cuando propuse la Teoría de la Relatividad, muy pocos me entendieron, y lo que te revelaré ahora para que lo transmitas a la Humanidad también chocará con la incomprensión y los prejuicios del mundo. Te pido, aun así, que la custodies todo el tiempo que sea necesario, años, décadas, hasta que la sociedad haya avanzado lo suficiente para acoger lo que explico a continuación […] Esta fuerza lo explica todo y da sentido con mayúsculas a la vida. Y esa fuerza no es otra que el mismo Dios, creador del Universo.

53

FECHA: 15/12/1940. Los restos mortales del hijo de Napoleón llegaron aquel día a la estación parisina de Austerlitz, procedentes de Viena, para ser inhumados por expreso deseo de Hitler.

LUGAR: PARÍS. Bajo una procesión de antorchas, el féretro montado sobre una cureña de cañón se trasladó hasta el panteón de Los Inválidos, junto al ataúd de su padre.

ANÉCDOTA: En la leyenda de Napoleón II figura el intenso romance con su prima, la princesa Sofía de Baviera, y su presunta paternidad de Maximiliano I de México.

¿Fue Hitler capaz de hacer algún gesto humanitario?

Hay un suceso desconocido en la Historia reciente de Europa que llama la atención de modo singular. Es uno de esos inconcebibles gestos de humanidad en un monstruo de la talla de Adolf Hitler. Quizá el único en toda su vida, aunque, como enseguida veremos, no se trató en realidad de un acto altruista del Führer, sino de la más pura propaganda bélica y acaso de una forma de emular también a otro megalómano como él: Napoleón Bonaparte.

Es preciso retrotraerse al 15 de diciembre de 1940, justo un siglo después de que los restos mortales del gran Napoleón arribasen al puerto de Le Havre procedentes de la isla de Santa Elena, donde el emperador que asoló Europa, como luego haría Hitler, permaneció recluido al final de su vida.

No es difícil imaginar el gran boato con que se celebró aquel traslado mortuorio el 15 de diciembre de 1840. Sus cuatro oficiales de Estado Mayor, Marchand, Bertrand, Las Cases y Gourgaud, acompañaron aquel día el ataúd de su antiguo emperador desde

París hasta las mismas entrañas de la capilla de St. Jerome, seguidos por una impresionante hilera humana de 100.000 fieles a la memoria de Napoleón I.

Cien años después, una ceremonia similar volvió a repetirse en aquella misma capital por expreso deseo de Hitler. No fue, insistamos una y mil veces, un gesto romántico ni un acto de justicia póstuma. El Gobierno francés había intentado infructuosamente trasladar los restos mortales del hijo de Napoleón, bautizado «Rey de Roma» desde su nacimiento en 1811, crecido y muerto en la Corte de Viena con el título de duque de Reichstadt, siendo nieto de Francisco II, emperador de Austria.

Aludimos al rubicundo «*L'aiglon*» («el Aguilucho»), motejado así por la tradición popular, cuyo nombre compuesto era Napoleón François Joseph Charles, hijo también de la archiduquesa María Luisa de Austria.

Desde su prematura muerte con apenas veintiún años, a causa de la tuberculosis, sus restos permanecían sepultados en Viena en el interior de dos urnas, una de las cuales se hallaba en la Cripta Ducal en la catedral de San Stephen, y la otra junto con las de otros miembros difuntos de la dinastía de los Habsburgo.

A finales de marzo de 1832, los doctores ya habían desahuciado al Aguilucho. El propio Malfatti, médico italiano de la Corte, escuchó la unánime sentencia de muerte de labios de los profesores más célebres de Viena: Vivenot, Wiere y Raimann. El príncipe moribundo debía recibir así los últimos sacramentos, en presencia de los cortesanos y de la nobleza. Era una disposición que se remontaba al ceremonial español y que debía cumplirse a rajatabla. El rito se celebró en la alcoba del príncipe, bajo la presidencia de monseñor Wagner, capellán de la Corte, y en presencia de algunos íntimos. Fuera, en el corredor, aguardaban en completo sigilo dignatarios, empleados y servidores. En un momento dado, la puerta se abrió sin ruido y se cerró poco después, para que los testigos pudiesen dar fe luego del cumplimiento de los deberes religiosos.

Por fin, la madrugada del 22 de julio, el Aguilucho expiró en brazos de su madre, a quien dedicó sus últimas palabras en alemán: *«Ich gehe unter, Mutter, Mutter!»* («¡Mamá, mamá, me siento

morir!»). Dos ancianos, además de su madre, lloraron su muerte más que nadie: su abuelo, el emperador de Austria, y su abuela Letizia Bonaparte, que malvivía en Roma, enferma, enlutada y casi ciega.

Un siglo después del traslado de los restos de su padre a París, siguieron así el mismo camino los de su hijo, el Aguilucho. Previamente, Hitler había prometido ante la misma tumba de Napoleón, en el templo de Los Inválidos, que inhumaría los restos de su hijo en París con el mismo protocolo que un jefe de Estado.

Y así fue: el féretro con los despojos del duque de Reichstadt llegó el 15 de diciembre de 1940 a la estación de Austerlitz, procedente de Viena. Acto seguido, se colocó el catafalco sobre una cureña de cañón para trasladarlo a la luz de las antorchas hasta la capilla de Los Inválidos, donde fue depositado justo al lado del féretro de su padre. El almirante Darlan representó al mariscal Pétain durante la ceremonia celebrada con honores de jefe de Estado ante la llamativa ausencia de su promotor, Hitler.

No se trató de un acto humanitario, sino de una maniobra urdida para atraer las simpatías de los franceses, sensibles a la memoria del emperador, aunque aquel gesto pasase casi inadvertido en una Europa en guerra.

Una carta profética

El 25 de marzo de 1830, dos años antes de su muerte, el hijo de Napoleón escribió una carta profética a su madre, la archiduquesa María Luisa de Austria, en el sentido de que presentía de algún modo su temprana muerte.

Era también una misiva en gran parte pueril, más propia de un niño al que le gustaba jugar a la guerra que de un joven de diecinueve años. He aquí un extracto de la misma:

> Acaso pudiera participar [en las maniobras] el año próximo a la cabeza de mi batallón. ¡Será un hermoso día! Todos mis

deseos se dirigen a ello, porque soliviantarlos hasta la alegría de una guerra sería en esta época una audacia excesiva. La verdad es que tengo el triste presentimiento de que moriré sin haber recibido el bautismo de fuego [...] Dispondré en mi testamento que lleven mi ataúd al primer combate que se libre.

54

FECHA: SEPTIEMBRE DE 1568. Iván el Terrible era un asesino implacable, que tras apuñalar al príncipe Federov, hizo que lo descuartizasen; luego, acabó con la vida de su viuda e hijos.

LUGAR: MOSCÚ. El patio del Palacio Imperial se tiñó entonces de sangre; igual que con el estrangulamiento del arzobispo Felipe, durante el cual se hizo descuartizar al príncipe Viskovati.

ANÉCDOTA: Cuatro siglos después, con Stalin, se condenaba a muerte sólo "por utilizar sin permiso cosas del Koljós (servirse de un caballo o de un bote para pescar)".

¿Eran Iván el Terrible y Stalin «hermanos de sangre»?

No fue casual que la película del cineasta soviético Sergei M. Eisenstein rodada entre 1944 y 1945, *Iván el Terrible*, fuese galardonada con el Premio Stalin. Igual que el zar Iván IV Vasílievich se ganó el apelativo por su terrorífico reinado en la segunda mitad del siglo XVI, su compatriota Stalin se haría célebre por purgar a los suyos en pleno siglo XX.

Déspota y soberbio hasta la extenuación, Iván El Terrible (1530-1584) obligó a que los nobles se presentasen en Moscú con todas sus hijas casaderas. De entre todas eligió a Anastasia Romanova, a la que se mantuvo unido durante trece años. La pobre mujer intentó atemperar sin éxito las orgías de sangre con las que se refocilaba su marido, hasta morir envenenada por él.

Con la espalda curvada, el ceño fruncido y la mirada sombría, el soberano de treinta y cinco años parecía tener cincuenta. La milicia policial creada por él cumplió la orden de dividir Rusia en dos mitades, como por un hacha: una para los boyardos, y la otra

exclusiva para el disfrute del dictador, que comprendía algunos barrios de Moscú, veintisiete ciudades, dieciocho distritos y las principales vías de comunicación.

Años después, este sanguinario gobernante exterminó a 60.000 habitantes durante la ocupación de la ciudad de Nóvgorod. Era un asesino implacable, que en septiembre de 1568, tras apuñalar al príncipe Federov, hizo que lo descuartizasen en el patio del Palacio Imperial. Luego, acabó con la vida de su viuda, con la de sus hijos y la de toda su familia.

Ordenó también el estrangulamiento del arzobispo metropolitano Felipe, y organizó un auto de fe en la plaza de Kitai-Gorod, durante el cual hizo descuartizar al príncipe Viskovati. A continuación, violó a la viuda de éste, mientras su hijo, el zarévich, hacía lo mismo con la hija mayor del príncipe ejecutado.

Iván el Terrible alcanzó su pináculo homicida en 1581, cuando asesinó con la temible maza de hierro de la que jamás se separaba a su propio hijo mayor, llamado Iván, como él.

Cuatro siglos después, dirigía los designios de Rusia otra especie de Vasílievich. A Stalin (1879-1953) le acomplejaba su corta estatura. Su jefe de seguridad, Pauker, dispuso que se le fabricasen unas botas especiales con las que «crecía» algo más de tres centímetros. También ordenó que colocasen una pequeña tarima de madera en el mausoleo de Lenin para que resultase diez centímetros más alto cuando presidiera los desfiles militares en la plaza Roja.

Gracias a estas argucias, muchos ciudadanos rusos creían que su líder era más alto de lo que era. Para acrecentar esta ilusión, Pauker mandó al sastre de Stalin que le hiciera el abrigo más largo de lo normal, de forma que casi le llegara hasta los talones.

Con Stalin, la pena de muerte abolida por Lenin el 25 de julio de 1917 con gran indignación de los bolcheviques, para no repetir el Termidor francés, fue restablecida. El Reglamento sobre «los crímenes de Estado contrarrevolucionarios y los crímenes contra el orden establecido», adoptado el 25 de enero de 1927, instauraba la pena de muerte en la URSS.

Su aplicación en casos de robo y hurto se establecía en el decreto del 7 de agosto de 1932, publicado en *Izvestia*. La sustracción de

cualquier mercancía transportada por vía férrea, marítima o fluvial, así como la de bienes de los koljoses y de las cooperativas (cosechas, ganado, depósitos) era castigada con la muerte, salvo cuando concurrían circunstancias atenuantes, en cuyo caso se contemplaba la reclusión del condenado durante al menos diez años, sin posibilidad alguna de amnistía.

Otro decreto del 16 de junio de 1934 castigaba también con la pena de muerte la fuga al extranjero. La «justicia» soviética era infernal, igual que el decreto del 7 de abril de 1935 sobre la represión de la criminalidad infantil, publicado en *Izvestia* al día siguiente, que establecía: «Los niños (desde la edad de doce años) culpables de robos, de violencias, de golpes y de tentativas de asesinato, serán juzgados ante los tribunales criminales y pasibles [sic] de todas las penas que el Código Penal prevé para los adultos». Un decreto sin precedentes en ninguna legislación del mundo.

Estos desmanes «legales» de Stalin se completaban con increíbles disposiciones como ésta: «Pena de muerte por atesorar moneda de oro o de plata, pena de muerte por hechos de sabotaje, pena de muerte por matanza ilícita de ganado, negligencia en labranzas y siembras, o mal cuidado de los caballos, pena de muerte por hechos de huelga…». Todo un «demócrata».

El calvario de Meyerhold

Tampoco el insigne dramaturgo Vsévolod Meyerhold se salvó de Stalin. ¿Su delito? Acusar al régimen de arruinar el arte teatral con «producciones insípidas y aburridas». Bastó esa crítica para firmar su sentencia de muerte. Poco antes de morir, escribió esta angustiosa carta a Mólotov desde la cárcel:

> Emplearon la fuerza conmigo, un enfermo de sesenta y cinco años. Me tendieron boca abajo y me golpearon en la planta de los pies y en la espalda con una correa de goma […] Unos días después, cuando tenía las piernas plagadas de hemorragias

> internas, volvieron a golpearme con la correa encima de las moraduras, y el dolor era tan fuerte como si me hubieran derramado agua hirviendo en las zonas sensibilizadas. Aullaba y lloraba de dolor…

Meyerhold sería fusilado el 2 de febrero de 1940, después de que su interrogador, como dejó por escrito el condenado veinte días antes, le orinase en la boca.

55

FECHA: 399 a. C. El gran filósofo griego Sócrates murió envenenado tras tomar una copa de cicuta, condenado por un tribunal por oponerse en el fondo a la tiranía de Critias.

LUGAR: ATENAS. Sus amigos y discípulos predilectos le acompañaron en sus últimos momentos, a excepción de Platón, que se hallaba enfermo, y de Jenofonte, de viaje por Asia Menor.

ANÉCDOTA: Platón escribió sobre su muerte: "Sócrates, que se paseaba, dijo que sentía cómo las piernas comenzaban a pesarle, y se acostó boca arriba, como le habían ordenado".

La misteriosa muerte de Sócrates

La muerte del gran filósofo griego Sócrates (470-399 a.C.), maestro de Platón, sigue siendo hoy en parte un misterio. Nadie cuestiona que pereció envenenado, tras tomar una copa de cicuta. Su condena a muerte por un tribunal, acusado de corromper a la juventud, pese a que su más grave delito fuese oponer resistencia a la tiranía de Critias sobre Atenas, la ejecutó el reo de su propia mano.

Acompañado en el momento de su muerte por sus amigos y discípulos predilectos, con las dos señaladas ausencias de Platón, enfermo, y de Jenofonte, que viajaba por Asia Menor, su vida se apagó como una vela tras ingerir el mortal veneno con una pasmosa serenidad mientras disertaba sobre la inmortalidad del alma.

El fragmento final del diálogo platónico *Fedón* es ya de por sí elocuente:

—Ya comprendo —dijo Sócrates—; pero, al menos, estará permitido, como es en realidad un deber, hacer oraciones a los

dioses a fin de que bendigan nuestro viaje y lo hagan feliz. Esto es lo que les pido. ¡Así sea!

Después de haber dicho esto, se llevó la copa a los labios y la bebió sin el menor gesto de dificultad ni repugnancia, apurándola.

Hasta entonces casi todos habíamos tenido fuerzas para retener las lágrimas, pero al verle beber y después de que hubo bebido, ni pudimos ya dominarnos.

Es obvio que Platón compuso este diálogo respaldado por los testimonios de testigos presenciales, razón por la cual ninguno de los historiadores posteriores, desde Diógenes Laercio, hasta Tertuliano o san Juan Crisóstomo, dudaron de que el veneno administrado fuese la cicuta.

Traigo a colación ahora a mi amigo el doctor Roberto Pelta, gran experto en venenos, como el lector ya sabe. Nadie mejor que él ha explicado cómo la cicuta se empleó por primera vez en Egipto para ejecutar a los reos, e incluso en Etiopía, para provocar la muerte de algunos reyes. Tanto su variedad mayor o gran cicuta, como la de agua, eran y son plantas muy venenosas; en especial la raíz, la cual libera, si se corta, un zumo lechoso.

La muerte por cicuta es abominable. En una primera fase, provocada la excitación del sistema nervioso central, surgen temblores, parestesias, neuralgias, delirio, alucinaciones y hasta convulsiones. A continuación, se desarrolla una parálisis progresiva que alcanza los músculos respiratorios hasta producir asfixia en pocas horas, sin que el nivel de conciencia se deteriore lo más mínimo. Por increíble que parezca, el final es dulce y sereno.

Llama la atención, y es aquí donde surgen las grandes incertidumbres, que en la descripción legada por Platón a la posteridad no se especifiquen los violentos síntomas del envenenamiento por la cicuta. Además, al referirse a ella, el filósofo emplea el término *farmakon*, que en griego significa lo mismo «veneno» que «remedio». No en vano, como señala el doctor Pelta, los egipcios y griegos utilizaron cicuta pulverizada y mezclada con

grasas animales para aplicarla en heridas e intervenciones quirúrgicas.

Advirtamos que en griego, siempre que alguien aludía a la cicuta, escribía *koncion*. Tal es el caso de Plutarco, al relatar la muerte de Foción; o de Hipócrates y Galeno. ¿Por qué entonces Platón usó la palabra *farmakon*?

Surgieron así las primeras sospechas en el siglo XVIII, cuando la historia y la ciencia adquirieron un agudo sentido crítico, de que la muerte de Sócrates pudo provocarla un veneno compuesto por una mezcla de cicuta y opio.

El eminente médico y químico mallorquín Mateo Orfila (1787-1853) escribió a este propósito: «Los accidentes determinados por la acción de la cicuta están tan poco de acuerdo con lo que han hablado los antiguos, y sobre todo los griegos, que hoy se cree generalmente que sólo hay una simple analogía de nombre entre la cicuta actual del norte de Europa y la que los atenienses empleaban para la ejecución de los condenados a muerte».

El doctor Pelta se abona hoy a esa tesis: «Probablemente en el caso de Sócrates se combinó la cicuta con opio, para que no fuera consciente de su situación hasta el final, puesto que la cicuta no afecta al cerebro», puntualiza.

Sócrates, según Platón, pereció así tras percibir en un primer momento pesadez en las piernas, acostándose a continuación para que el veneno surtiese el efecto esperado, mientras todos sus miembros se enfriaban y perdían sensibilidad en el umbral mismo de la muerte. El general griego Foción tomó la cicuta también sin inmutarse, mezclada en su caso con zumo de adormideras para que su final fuese más dulce. Cuestión de gustos.

Casi un arte

En la antigua Grecia, el veneno era casi un arte. No hace falta más que leer a Teofrasto atentamente para darse cuenta de que Trasias

de Mantinea halló la fórmula para provocar una muerte más placentera, aunque parezca una contradicción en sí misma. ¿Cómo? Mezclando cicuta con opio y otras sustancias en una pócima letal.

Los cócteles venenosos eran así recetas con varios ingredientes para acabar con las vidas humanas. Valerio Máximo, al relatar la historia del médico de Alejandro, comentaba que Filipo le presentó una poción preparada por sus propias manos. Algo parecido podría ser el *farmakon* que Platón mencionaba expresamente en su diálogo *Fedón* para segar la vida de su maestro Sócrates. Claro que la cicuta en estado puro pudo haber sido también la verdadera causante de esa trágica muerte. Es indudable que el misterio permanece todavía hoy ante la imposibilidad de efectuar la preceptiva prueba de ADN.

56

FECHA: 31/7/1826. El maestro de escuela Cayetano Ripoll fue ejecutado por la Junta de Fe, sucedáneo de la Inquisición que ajustició a su última víctima, Dolores López, en 1781.

LUGAR: VALENCIA. La Sala del Crimen sentenció: "Que debe condenar a Cayetano Ripoll en la pena de horca, y en la de ser quemado como hereje pertinaz y acabado".

ANÉCDOTA: Las minorías dirigentes en Francia e Inglaterra llegaron a repudiar a Fernando VII por restablecer de algún modo la Inquisición al no suprimir las Juntas de Fe.

¿Quién fue la última víctima de la Inquisición?

El mismo rey que confinó sin juicio previo a fray Juan de Almaraz, confesor de su madre la reina María Luisa de Parma, en una miserable mazmorra del castillo de Peñíscola (Castellón), como ya vimos en otro enigma, permitió que se ejecutase en España al maestro de escuela catalán Cayetano Ripoll, convertido así en la última víctima de la Junta de Fe de la diócesis de Valencia por un delito de herejía.

Aludimos, claro está, al peor monarca de los Borbones españoles, Fernando VII, a quien algunos autores contemporáneos llegaron a comparar con otros personajes no menos «ilustres» de la historia universal, como los emperadores romanos Tiberio, Nerón, Calígula y Domiciano, el mariscal francés Giles de Retz y otros célebres ejemplos de locura sádica.

Baste una sola pincelada sobre la catadura moral de este rey felón: mientras millares de españoles teñían con su sangre los campos de batalla durante la invasión francesa, Fernando VII se

postraba de hinojos ante Napoleón desde su prisión de Valençay, despidiéndose de él en una carta del 6 de agosto de 1809 como «el más humilde y ferviente seguro servidor».

Pero volvamos al protagonista de nuestro nuevo enigma: el infortunado Cayetano Ripoll (1778-1826), ejecutado sin la menor piedad, como enseguida veremos, el 31 de julio de 1826 no por la Inquisición, que no había sido restablecida por Fernando VII, sino por la Junta de Fe de la diócesis de Valencia. Advirtamos que la última víctima de la Inquisición fue en realidad la religiosa invidente María de los Dolores López, con un hermano sacerdote y una hermana carmelita descalza, ajusticiada al garrote vil y quemada luego en la hoguera y esparcidas sus cenizas el 24 de agosto de 1781, en Sevilla. Previamente, se necesitaron tres personas para leer las casi 160 hojas de la sentencia, desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde.

Cayetano Ripoll, por su parte, había abandonado en la madurez su temperamento religioso y reflexivo, convirtiéndose en un gran heterodoxo. Luchador valeroso en la guerra de la Independencia, fue hecho prisionero por las tropas de Napoleón y enviado a Francia, donde padeció un largo cautiverio. Su estancia allí dio un giro copernicano a sus creencias, en estrecho contacto con las corrientes adversas a la religión católica. Ripoll se adhirió así al deísmo naturalista de Rousseau, de quien se declaró enseguida un admirador entusiasta.

Cumplida su condena, regresó a España para ejercer finalmente como maestro de escuela en la Huerta de Ruzafa, donde exhibió sin recato sus creencias deístas, renegando del ideario católico. Como era de esperar, en junio de 1824 se le acusó de ser enemigo del catolicismo. La autoridad eclesiástica de Valencia, carente de prelado por la muerte reciente de fray Veremundo Arias Tejeiro, se hallaba entonces en manos del gobernador de la mitra, Miguel Toranzo y Ceballos. Todos los intentos de retractación resultaron vanos con el terco acusado. Llevado ante la Junta de Fe, que actuaba a modo de sucedáneo del Santo Oficio, Ripoll persistió en su herejía y fue secularizado de inmediato.

El nuevo arzobispo de Valencia, Simón López García (1744-1831) ordenó, en marzo de 1826, el envío de los autos a la Sala del Crimen de la capital del Turia para revisarlos con la misma minuciosidad con que los jueces eclesiásticos lo habían hecho en una primera instancia.

Finalmente, el fallo de la Sala del Crimen fue tan terrible como lapidario. Decía así:

> Que debe condenar a Cayetano Ripoll en la pena de horca, y en la de ser quemado como hereje pertinaz y acabado, y en la confiscación de todos los bienes; que la quema podrá figurarse pintando varias llamas en un cubo, que podrá colocarse por manos del ejecutor bajo el patíbulo, ínterin permanezca en él el cuerpo del reo, y colocarlo después de sofocarlo en el mismo, conduciéndose de este modo y enterrándose en lugar profano; y por cuanto se halla fuera de la comunión de la Iglesia católica, no es necesario que se le den los tres días de preparación acostumbrados, sino bastará se ejecute dentro de las veinticuatro horas, y menos los auxilios religiosos y demás diligencias que se acostumbran entre cristianos.

Sabemos por Gaspar Bono Serrano, que presenció la ejecución de Ripoll y brindó luego su testimonio a la posteridad en su libro *Miscelánea Religiosa, Política y Literaria* (Madrid, 1870), que las postreras palabras del reo fueron éstas: «Creo en Dios». La ejecución de Ripoll provocó un escándalo internacional, pero en España la censura impuso casi un sepulcral silencio.

Raíces del Santo Oficio

Para entender el controvertido asunto del Santo Oficio es preciso remontarse a su implantación en Castilla. Sólo así comprobará el lector que su nacimiento no fue un invento de los Reyes Católicos. En tiempos del rey Juan II de Castilla, en 1442, tuvo ya la

Inquisición una intervención firme en un caso de herejía. Sucedió en Durango, donde aparecieron los primeros brotes de un movimiento herético. El promotor y jefe de esta corriente herética era el fraile franciscano Alfonso de Mella, quien al enterarse de la apertura del proceso logró fugarse a Granada. El obispo de Santo Domingo de la Calzada llevó a cabo el proceso y condenó como herejes a los acusados. Certificada la autenticidad del procedimiento, el monarca ordenó que se les aplicase la pena capital: unos fueron quemados en Durango, otros en Santo Domingo de la Calzada y un tercer grupo en Valladolid, donde residía la corte.

57

FECHA: 9/7/1746. Entre horribles alucinaciones, fue consumiéndose la triste existencia del primer Borbón de España, Felipe V, hasta su muerte repentina tras sentir un tremendo latigazo en la garganta.

LUGAR: MADRID. Arrojando sangre por la boca y la nariz, el monarca sólo pudo añadir: "Yo me muero, llamen a mi confesor…". El sacerdote sólo pudo absolverle *sub conditione.*

ANÉCDOTA: Los llamados "vapores" melancólicos que padeció Felipe V eran en realidad un legado de su abuelo paterno, el rey Luis XIV, según acreditó el célebre doctor Cabanés.

¿Qué impedía a Felipe V Caminar con normalidad?

El fundador de la dinastía borbónica en España, el rey Felipe V (1683-1746), acabó convirtiéndose en un auténtico lipemaníaco, aquejado de locura melancólica después de que a su primera esposa, María Luisa Gabriela de Saboya, le llegara la muerte.

Sólo existía un medicamento capaz de calmar su delirio: cuando la nueva reina Isabel Farnesio le veía hundido, hacía llamar al célebre músico italiano Carlo Broschi Farinelli, cuyo bel canto lograba disipar su tristeza.

Nadie en la historia de la medicina, como señalo en mi libro *La maldición de los Borbones* (Plaza & Janés), recordaría un remedio tan caro para combatir la melancolía. La primera vez que el músico le dedicó sus canciones en palacio, el monarca le regaló un retrato enmarcado con brillantes. Luego, por si fuera poco, le asignó un sueldo de 135.000 reales y dispuso una habitación para él en la Corte. La reina quiso recompensarle también entregándole un nudo de brillantes de cuatro mil pesos, mientras que el príncipe de

Asturias le obsequió con un reloj, una sortija de mil doblones y un nudo de diamantes para el sombrero.

La carta del marqués de Louville, confidente de las intimidades del rey, al ministro francés Torcy, datada en Nápoles, no tiene desperdicio: «La salud del rey me inquieta bastante. Los vapores que tiene lo hunden en una melancolía prodigiosa… Este humor o algún otro que no conocemos lo sume en una indolencia y un abatimiento extraordinarios, que lo hacen incapaz de todo, y su humor se vuelve tan negro que nada puede conmoverlo y que me ha confesado que la vida misma era un peso para él».

Los médicos no tuvieron más remedio así que diagnosticarle una retahíla de «alabanzas»: «Frenesí, melancolía, morbo, manía y melancolía hipocondríaca».

Durante la segunda parte de su reinado, tras la prematura muerte de su hijo Luis I, a favor de quien había abdicado siete meses y medio atrás, Felipe V alcanzó un grado extremo de locura, sumergiéndose en un estado de abandono absoluto. Un día, inexplicablemente, consintió que le afeitasen la barba, pero llegó a conservar el largo del cabello muy por debajo de su peluca, de la que jamás se despojaba, mientras las uñas de los pies le crecieron tanto que le impedían caminar con facilidad.

El historiador Arthur Chuquet descubrió un revelador documento, fechado el 13 de julio de 1722, según el cual Felipe V no se había mudado de ropa… ¡durante un año entero!: «Su traje caía hecho pedazos y principalmente su pantalón, descosido desde la cintura hasta abajo. Le servía de muy poco: cuando le sucedía algún desarreglo, sea porque se sentase, sea porque su pantalón cayese, se le veían los muslos. Al principio, un ayuda de cámara de confianza remendaba este pantalón, pero luego se cansó de hacerlo. El rey de España hacía él mismo los remiendos con seda que pedía a las camareras».

Solía vérsele salir del Consejo Real extenuado, dejándose caer luego en una butaca; llamaba entonces inmediatamente a su querido marqués de Louville, en cuya presencia vertía un torrente de lágrimas reclamando la compañía de sus hermanos, los duques de Berry y de Borgoña, que vivían a miles de kilómetros de allí.

El doctor Cabanés, en su libro *El mal hereditario en la historia* (1927), recordaba que Felipe V, creyéndose muerto, llegaba a morderse los brazos, inquiriendo luego a sus cortesanos por qué no le habían dado aún sepultura. Tenía extrañas manías, como abrir de par en par las ventanas durante el gélido invierno, y cerrarlas herméticamente en verano, mientras envolvía su cuerpo con mantas. Mantenía una pierna hinchada siempre fuera de la cama, la cual movía sin cesar. Cuando no se creía muerto, se sugestionaba con que le habían envenenado, por lo que siempre tenía a mano abundante triaca, una especie de antídoto. Incluso llegó a creer que era una rana, y soltaba unos terribles alaridos que despertaban por la noche a todos en palacio.

En cierto momento, cambió radicalmente los horarios: vivía de noche y dormía de día. A las once de la noche tomaba un refrigerio y trabajaba con sus ministros hasta las dos de la madrugada; luego, cenaba; entre las cinco y las seis de la mañana se acostaba, y a las dos de la tarde se levantaba y asistía a misa.

Entre tantos y tan alarmantes actos de demencia, resultaba insólito que este primer rey Borbón de España fuera capaz de hablar de asuntos de Estado con el embajador francés, razonando con exactitud y haciendo gala de una extraordinaria memoria. Menudo enigma y paradoja histórica.

Manía persecutoria

En el ocaso de su vida, Felipe V desarrolló una manía persecutoria, sintiéndose víctima de un malvado que le causaba heridas mientras dormía, cuando en realidad era él mismo quien se arañaba con sus largas y cortantes uñas. Otras veces, presa del pánico, aseguraba que había alrededor de su cama escorpiones que le picaban. Y así, entre horribles alucinaciones, fue consumiéndose su triste existencia, hasta su muerte repentina el 9 de julio de 1746.

Aquel día, alrededor de la una y media de la madrugada, mientras estaba en la cama con su inseparable esposa, sintió un tremendo latigazo en la garganta y, rodeándola con las manos, exclamó: «¡No sé qué me da!». Arrojando sangre por la boca y la nariz, sólo pudo añadir: «Yo me muero, llamen a mi confesor…». Minutos después, el sacerdote sólo pudo darle la absolución *sub conditione*, mientras los médicos trataban de salvarle en vano.

58

FECHA: 9/11/1888. El escurridizo asesino en serie conocido como Jack el Destripador desapareció sin dejar el menor rastro, tras descuartizar con horrible saña a la infortunada prostituta Mary Kelly.

LUGAR: LONDRES. Previamente, había escrito a la agencia Central News: "Me asquean las rameras y no dejaré de exterminarlas hasta que esté satisfecho. El último trabajo fue verdaderamente magnífico".

ANÉCDOTA: La reina Victoria de Inglaterra llegó a intervenir en persona cerca del Ministerio del Interior, muy preocupada por los sádicos crímenes que atemorizaban a los ciudadanos londinenses.

¿Quién puso nombre a Jack el Destripador?

El jefe de la Sección de Investigación Criminal de Scotland Yard, James Monro, comprobó en 1888 que la policía metropolitana londinense no pisaba aún terreno firme. Monro no era un sabueso cualquiera; estaba curtido en las técnicas policiales de la época, aunque fuesen limitadas, desde su estancia en la India, y llevaba ya cuatro años como uno de los responsables del cuartel general de Londres. Pero del 6 de agosto al 9 de noviembre de aquel año, los horrendos crímenes de un asesino desconocido sembraron el pánico en toda Inglaterra.

El mismo día 6 de agosto, en los oscuros callejones del barrio londinense de Whitechapel apareció el cadáver de Martha Turner, prostituta de treinta y cinco años. Tenía la garganta seccionada por una navaja. El 31 de agosto fue asesinada Ann Nicholls, otra prostituta. A estos dos crímenes siguieron otros cuatro: el 8 de septiembre fue asesinada Annie Chatman; el 30 de septiembre,

Elizabeth Stride y Katherine Eddowes, y finalmente, el 9 de noviembre, Mary Kelly.

Todas las víctimas se ganaban la vida ejerciendo el oficio más viejo del mundo, y todas ellas aparecieron degolladas, algunas con tanta brutalidad, que la cabeza estaba casi separada del tronco. No satisfecho con ello, el asesino, ávido de sangre, había arrancado órganos enteros del cuerpo de las víctimas. El procedimiento utilizado para cortar revelaba ciertas nociones de cirugía. Todos los crímenes se cometieron de noche.

A pesar de que Charles Warren, jefe de policía, mantuvo sin interrupción patrullas de vigilancia en los barrios donde operaba el sádico criminal, y aunque todos los funcionarios de Scotland Yard se pasaban las noches enteras sin pegar ni ojo, el asesino no aparecía. Warren, antiguo militar y aventurero en África, se vio obligado a dimitir como consecuencia de la gran indignación popular ante la ineficacia de la policía; ni siquiera el ascenso de Monro a jefe superior de policía, ni el de Robert Anderson como nuevo responsable de la Sección de Investigación Criminal, sirvieron de algo. Tras la muerte de Mary Kelly, los asesinatos cesaron de pronto y jamás pudo desentrañarse el misterio.

A juzgar por el dantesco estado en que la policía descubrió el cadáver de Mary Kelly, tras derribar la puerta de su tugurio, el criminal se despachó a gusto para el resto de sus días: la víctima yacía en la cama de espaldas y desnuda, tras ser acuchillada de oreja a oreja, y arrancadas luego éstas y la nariz; también se le habían seccionado los senos, colocándolos en la mesita de noche junto a los riñones; el abdomen y el estómago estaban abiertos, y el hígado reposaba sobre el muslo derecho; la porción inferior del tronco y el útero habían desaparecido…

A esas alturas, el autor de semejante escabechina había enviado una carta a la agencia Central News. Redactada con tinta roja y fechada en Londres, East Central, el 27 de septiembre, cuando ya había cometido sus tres primeros crímenes, decía así:

Querido jefe:

He oído decir que la policía me anda buscando, pero todavía no he sido apresado. Me río cada vez que presumen de su astucia y afirman estar sobre la pista. La broma respecto al delantal de cuero me provocó un ataque de hilaridad.

Me asquean las rameras y no dejaré de exterminarlas hasta que esté satisfecho. El último trabajo fue verdaderamente magnífico. No le di a la mujer tiempo de gritar. ¿Y ahora cómo podrán atraparme? Me gusta mi labor y no la abandonaré. No tardará en volver a saber de mí.

Había conservado un poco de sangre en una botella de cerveza para escribirle con ella, pero está coagulada y no es utilizable. La tinta roja sirve lo mismo. ¡Ja, ja, ja! La próxima vez que actúe le cortaré a la dama las orejas y se las enviaré a la policía como recuerdo. Guarde esta carta hasta mi nuevo trabajo y luego tírela. Mi cuchillo es estupendo y muy afilado, por lo que me pondré a actuar inmediatamente, si tengo ocasión. Buena suerte. Sinceramente suyo, Jack el Destripador.

Posdata: No me importa dar mi nombre de guerra. Ahora dicen que soy médico… ¡Ja, ja, ja!

Fue así como «Jack the Ripper» (Jack el Destripador), nombre con el que se bautizó a sí mismo el maníaco criminal, se convirtió en un símbolo de terror y angustia que todavía hoy, más de 125 años después, perdura como el ogro de un cuento de miedo para asustar a los niños, formando parte del folclore popular como uno de los grandes malvados de la historia.

El sospechoso habitual

Los asesinatos de Jack el Destripador se atribuyeron a un maníaco que quiso vengarse de las prostitutas por padecer una enfermedad venérea. Al parecer, el paranoico se suicidó el 9 de noviembre de 1888. La tesis más plausible es que se tratara de un médico militar

ruso, que trabajaba cerca de los barrios del este de Londres, conocido con varios nombres: Pedachenko, Konovalov y Ostrog.

Procedía de París, ciudad que había abandonado porque la policía sospechaba que había asesinado a una mujer parisiense utilizando el mismo procedimiento bestial que Jack el Destripador. El ruso desapareció de Londres y acabó sus días en un manicomio de San Petersburgo, tras haber asesinado a otra mujer en 1891.

Otros atribuyeron luego la autoría de los crímenes al doctor Stanley, cuyo hijo, Herbert, contrajo una enfermedad venérea tras mantener relaciones con Mary Kelly, según dijo él antes de morir, y su padre juró vengarse.

59

FECHA: 5/3/1953. Un derrame cerebral, con el corazón sano y fuerte de Stalin, fue apoderándose muy despacio de sus órganos respiratorios, hasta que el enfermo murió asfixiado sin remedio.

LUGAR: KUNTSEVO. La dacha de Stalin, en las proximidades de Moscú, se asemejó a las oficinas del Politburó, donde un ejército de médicos se afanó en salvarle la vida.

ANÉCDOTA: Georgi Malenkov, secretario del Comité Central soviético, un tipo bajito y gordo, avisó a la hija de Stalin para que le visitase en el lecho de muerte.

¿Cómo murió Stalin?

El 2 de marzo de 1953, Svetlana Stalin, de veintisiete años, subió a una negra limusina que poco después se detuvo al final de un camino empedrado a la entrada de una hermosa dacha en Kuntsevo. La hija de Stalin, pelirroja y pecosa, se temía lo peor.

Habían encontrado a su padre tendido sobre una alfombra, junto a un diván, a las tres de la madrugada. Enseguida lo trasladaron a otra estancia, tendiéndole en el canapé donde solía descansar.

En la gran sala donde yacía Stalin había numerosa gente afanada en una misión concreta. Parecían las oficinas del Politburó. Mientras una enfermera aplicaba al moribundo sanguijuelas en la nuca y en el cuello, otra le ponía inyecciones a cada instante. Había facultativos que le hacían cardiogramas y otros, radiografías de pulmón. Otro hombre iba anotando con detalle, en una especie de diario, la evolución del enfermo y todos los cuidados que se le administraban.

En Moscú se había reunido la Academia de Ciencias Médicas en sesión extraordinaria para intentar salvar al hombre más grande de

Rusia, que a sus setenta y tres años se debatía entre la vida y la muerte. Las más altas autoridades médicas habían sido designadas para cuidar del moribundo: los profesores de la Academia Lukoski, Konivalov, Yasjinov y Taraviev, y los neuropatólogos Kilinov, Glazunov e Ivanov-Zemanov. El propio ministro de Salud de la URSS, Tretiakov, supervisaba su evolución.

En una pequeña sala contigua a la de Stalin se hallaba en consulta permanente el Consejo Médico que decidía cuál era el paso más conveniente en cada momento. Un equipo de especialistas llevó un aparato para hacer la respiración artificial.

Sólo un hombre se comportaba de manera casi indecorosa: el repulsivo Laurenti Beria, causante de tantas muertes. Solía encaramarse al lecho y permanecer largo rato contemplando ensimismado el rostro del enfermo. Stalin abría a veces los ojos y miraba a su lacayo con la conciencia obnubilada.

Los médicos comprobaron que estaba inconsciente. La hemorragia cerebral le había dejado sin habla, paralizándole la mitad derecha del cuerpo.

Ahora era Svetlana la que, sentada a la cabecera, agarraba su mano. La besó y se acercó a él para acariciarle la frente. Nada más podía hacer.

Un derrame cerebral, si el corazón era sano y fuerte, como el de Stalin, se iba apoderando lentamente de los órganos respiratorios, hasta que el enfermo moría asfixiado. La respiración de Stalin era cada vez más jadeante. En las últimas doce horas se apreciaba que le faltaba el oxígeno. El rostro fue oscureciéndose, mientras sus rasgos se desdibujaban y los labios se tornaban renegridos.

Svetlana jamás pudo borrar de su recuerdo aquella patética imagen de su padre justo antes de expirar:

> Hubo un instante —no sé si fue así en realidad o nos lo pareció—, por lo visto ya en el último momento, en que abrió de súbito los ojos y recorrió con la mirada a cuantos nos hallábamos a su lado. Fue aquélla una mirada horrible, una mirada de locura, de cólera tal vez, y de pavor ante la muerte y ante los desconocidos rostros de los médicos que se inclinaban

> sobre él. Aquella mirada se posó en todos durante una fracción de segundo. Y entonces —aquello fue incomprensible y aterrador, aún sigo sin comprenderlo, mas no puedo olvidarlo—, entonces alzó de pronto la mano izquierda (la que conservaba el movimiento) y pareció como si señalara con ella vagamente hacia arriba o como si nos amenazara a todos. El gesto resultaba incomprensible, pero había en él algo amenazador, y no se sabía a quién ni a qué se refería… Un momento después, el alma, en un último esfuerzo, abandonaba el cuerpo.

Minutos después, los miembros del Gobierno se retiraron para dirigirse a Moscú, donde el Comité Central del Partido aguardaba de un momento a otro la noticia, confirmada el 5 de marzo.

El cuerpo permaneció algunas horas más en el lecho de muerte, como era costumbre en Rusia.

La sala, al apagarse la mitad de las luces, quedó sumida en penumbra. Qué contraste entre el mutismo que invadía ahora el recinto y la algarabía de los banquetes de largas sobremesas que reunían allí mismo al selecto círculo del Buró Político. La radiogramola ya no reproducía ni uno solo de los discos de canciones populares rusas, georgianas o ucranianas que tanto agradaban a Stalin.

Finalmente, fueron a buscar el cadáver para hacerle la autopsia. Lo despojaron de la ropa y lo tendieron desnudo sobre una camilla. Un automóvil blanco se perdió en la lejanía con los restos mortales en su alargado maletero.

La tétrica voz de Levitán

A las seis de la mañana del 5 de marzo de 1953, la voz timbrada de Levitán, el célebre locutor de Radio Moscú, anunció a todo el país la muerte del sanguinario dictador:

> El Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, el Consejo de Ministros de la URSS y el presidente del Consejo Supremo de la URSS anuncian con un profundo dolor al Partido y a todos los trabajadores de la Unión Soviética, que el 5 de marzo, a las veintiuna cincuenta horas, después de una grave enfermedad, el presidente del Consejo de Ministros de la URSS, secretario del Comité Central y del Partido Comunista, Iósif Vissariónovich Stalin, ha fallecido.

El hombre más grande de Rusia se había ido al otro mundo llevándose antes por delante a millones de víctimas inocentes. En sus memorias, Nikita Jrushchov aseguró sin pruebas que Laurenti Beria lo había asesinado.

60

FECHA: 1673. Entre los millares de muertos en la batalla, se halló el cadáver de Charles de Batz, el hombre que inspiró a Dumas el célebre personaje de D'Artagnan.

LUGAR: MAASTRICHT. La ciudad del célebre Tratado de la Unión Europea cayó en poder del ejército de Luis XIV, tras el largo asedio a las tropas holandesas y españolas.

ANÉCDOTA: Hubo dos compañías de mosqueteros integrada cada una por 250 hombres valerosos, que prestaban servicio a pie o a caballo, las cuales se suprimieron definitivamente en 1815.

D'ARTAGNAN: ¿REALIDAD O FICCIÓN?

¿Quién no conoce hoy al intrépido mosquetero D'Artagnan, el héroe de capa y espada por antonomasia? Pero posiblemente muchos ignoren todavía que no fue una invención del príncipe de las letras Alexandre Dumas (1802-1870) en su inmortalizada obra *Los tres mosqueteros*, sino que existió en realidad. Su nombre auténtico era Charles de Batz-Castelmore. A Dumas debió de parecerle, aun así, más sonora su nueva identidad literaria, procedente de la familia materna Montesquiou-Fézensac, dueña de una hacienda denominada precisamente Artaignan en francés antiguo.

En la fachada del austero *manoir* campestre donde nació Charles de Batz-Castelmore, en Lupiac, en Gascuña, se conserva hoy una antigua lápida que data su venida al mundo «hacia 1615». Sabemos con seguridad, eso sí, que el trasunto real del mosquetero del rey falleció durante el asedio de la ciudad holandesa de Maastricht, en 1673, habiendo cumplido ya cincuenta años.

Previamente, en 1640 abandonó la casa paterna para dirigirse a París con el único propósito de convertirse en uno de los 120 mosqueteros que integraban la primera compañía creada dieciocho años atrás por el propio Luis XIII, el Justo.

D'Artagnan o Charles de Batz, como el lector prefiera, anhelaba más que nada en el mundo lucir la coraza de mangas lorigadas y con un morrión en «boca de mosquete» con la que se protegían los mosqueteros reales, armados hasta los dientes con espada y daga; y como remate a tan digna vestimenta, una vistosa casaca azul adornada con una cruz de plata. El mismo año que falleció nuestro protagonista, la divisa de los mosqueteros adoptó ya su diseño definitivo: casaca roja y capa azul, rematada ésta con una cruz de plata rodeada de llamas y, cómo no, de la inconfundible flor de lis de la casa real francesa en la parte superior.

Antes de partir hacia París, Charles de Batz debió recibir el dinero y los consejos, además de la preceptiva carta de recomendación, de su hermano mayor o de algún otro familiar por la sencilla razón de que su padre, Bertrand de Batz, señor de Castelmore, miembro de una modesta familia gascona ennoblecida en la segunda mitad del siglo XVI, ya había fallecido.

Con la carta de presentación para Jean-Arnaud de Troisvilles —el Tréville de *Los tres mosqueteros*—, gentilhombre de cámara del rey Luis XIII y comandante de los mosqueteros de su guardia personal, Charles de Batz logró ingresar en el codiciado cuerpo y conoció a sus tres inseparables amigos, Porthos, Athos y Aramis, quienes, lo mismo que él, existieron en la vida real.

Athos, sin ir más lejos, se llamaba Armand d'Athos, noble de Sillègue d'Autevielle; Aramis era en realidad Henry d'Aramitz, que gozaba del privilegio de recaudar los diezmos de la parroquia de San Vicente, en sus propias tierras de Oloron, y Porthos, el grandote e ingenuo personaje de la novela de Dumas, obedecía al nombre de Isaac de Porthau, tal y como figura inscrito en las listas de la guardia, a las órdenes de Des Essarts.

El acreditado valor de Charles de Batz, o D'Artagnan, en el campo de batalla tras la firma del Tratado de Aquisgrán en 1668, le hizo merecedor del grado de mariscal de campo y del nombramiento de

gobernador de la plaza fuerte de Lille en 1672. Ese mismo año estalló la guerra contra Holanda, que supondría el final de este aguerrido combatiente. La ciudad de Maastricht, integrada hoy en los Países Bajos, cayó finalmente en poder de los ejércitos de Luis XIV de Francia, tras un asedio implacable a las tropas holandesas y españolas, en 1673.

Entre los seis mil muertos, heridos y prisioneros, se halló el cadáver del temerario Charles de Batz, hecho un guiñapo en la línea más avanzada de vanguardia con la garganta abierta por un proyectil. Sus hombres lograron recuperar el cuerpo, que recibió los honores militares en el campo francés.

Pero nadie sabía entonces que dos siglos después, aunque bajo otro nombre, las hazañas de este singular mosquetero del rey serían inmortalizadas por la simpar pluma de Alexandre Dumas, cuyo padre, un mulato de madre esclava de las islas Indias del Oeste de Santo Domingo, había sido general a las órdenes de Napoleón Bonaparte, igual que el padre de Victor Hugo.

Como Charles de Batz, el padre de Dumas se distinguió por su legendario valor defendiendo casi en solitario el puente de Brixen contra un escuadrón de caballería austríaco. Y ahora por fin sabemos que D'Artagnan y sus tres inseparables compañeros de aventuras no fueron una pura invención del autor de *El conde de Montecristo*.

UN LIBRO INSPIRADO

Alexandre Dumas se inspiró en un libro que pidió prestado en la biblioteca de Marsella en 1843 y que, por cierto, jamás devolvió. Titulado *Memorias de D'Artagnan*, iba firmado por Gatien de Courtilz, conocido también como Courtilz de Sandras, polígrafo y periodista especializado en la composición de semblanzas sobre personajes ilustres de su época.

Courtilz escribía a finales del siglo XVII, cuando el recuerdo de las hazañas de D'Artagnan seguía aún vivo. El libro se publicó en Colonia en 1700, impreso por Pierre Marteau, y cuatro años después en Amsterdam, en casa del célebre librero Elzevir. En sólo diez años, la obra alcanzó las cinco ediciones. Un éxito inusual entonces. Sólo que el libro acarreó a su autor graves problemas, pues su regio lector Luis XIV ordenó que le apresasen indignado por la irreverencia con que se trataba, a su juicio, ciertos episodios de la Familia Real y sus allegados.

61

FECHA: 12/6/1982. Aquel día llamaron a la puerta del domicilio de Mirentxu Elósegui dos miembros de ETA, que la introdujeron luego en el maletero de un coche, llevándosela secuestrada.

LUGAR: TOLOSA. Los etarras aguardaron con su víctima en el salón a que llegase el hijo de ésta, Javier Aramburu, de veintiún años, para entregarle las condiciones del rescate.

ANÉCDOTA: El industrial alavés Manuel Aramburu Gómez, esposo de Mirentxu Elósegui, declaró en su día con toda rotundidad: "La familia no ha pagado cantidad alguna por el rescate".

¿Quién fue la única mujer secuestrada por ETA?

Hace ya casi veinte años, mientras trabajaba en el diario *El Mundo*, pude acceder a los sumarios judiciales de los secuestros más significativos en la historia de la banda terrorista ETA. Con la inestimable ayuda de los testimonios directos de víctimas y verdugos recompuse luego cada uno de ellos. Atrajo mi atención, desde el principio, la odisea de María Izaskun Elósegui Garmendia, la única mujer secuestrada por ETA.

Ofrecí más tarde a los lectores todo ese arsenal de documentos inéditos en un libro hoy descatalogado, *Secuestrados*, que tuvo la gentileza de presentar en su día el ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja.

La pesadilla real de Mirentxu Elósegui, nacida en Tolosa (Guipúzcoa) el 4 de septiembre de 1934, empezó sobre las dos de la tarde del 12 de junio de 1982, cuando llamaron a la puerta de su domicilio. «Abrí enseguida —recordaba ella—. En el umbral había un individuo que me preguntó si era Mirentxu Elósegui. Asentí. Justo

entonces apareció detrás otro sujeto encapuchado que se acercó a mí, apuntándome con su pistola. "Es un secuestro", me advirtió.»

Los etarras aguardaron con su víctima en el salón a que llegase el hijo de ésta, Javier Aramburu Elósegui, de veintiún años. «Al regresar a mi casa —declaró luego él—, un individuo me sorprendió detrás de la puerta con el cañón de su pistola apuntándome a la cabeza. Me condujo, pegado detrás de mí, hasta el salón, donde se hallaba otro sujeto con una pistola colgada de la cintura. Me obligaron a sentarme, explicándome que estaban allí para secuestrar a mi madre. Lo dijeron sin importarles que ella estuviese delante.»

Los secuestradores cruzaron algunas palabras en euskera antes de que uno de ellos entregase a Javier un plano dibujado a mano de la localidad francesa de San Juan de Luz, donde se distinguía claramente el punto de cita para el pago del rescate fijado en cincuenta millones de las antiguas pesetas.

En otro folio con el membrete de ETA se detallaban las instrucciones que debían seguirse al pie de la letra si querían volver a ver a su madre con vida. He aquí el documento:

1. Los billetes deberán ser usados, de numeración discontinua y sin control policial alguno.
2. Nada deberá trascender ni a la prensa ni a la policía durante el arresto ni después del arresto.
3. El arresto durará como máximo 48 horas.
4. No nos servirán los trucos del paso del dinero por la frontera.
5. No se admitirán plazos ni regateo alguno.
6. Deberá seguir en todo momento las instrucciones que le damos y le daremos en posteriores contactos.
7. El incumplimiento de todas las instrucciones y la puesta en peligro de cualquiera de nuestros militantes nos llevará a tomar la decisión de ejecutarla.

Javier Aramburu pudo distinguir poco después, desde la ventana, la matrícula del Renault 5 rojo: SS-9862-L, robado a punta de pistola a su propietario, Jaime Echevarría.

«Me ordenaron tumbarme en el suelo del pequeño vehículo en cuanto nos pusimos en marcha», declaró la propia secuestrada. Y añadió, sobre su calvario: «Me cubrieron el rostro con una capucha, y amenazaron con matarme si levantaba la cabeza del suelo. Circulamos durante unos quince minutos sin detenernos. Luego, me sacaron del coche para introducirme en el maletero de otro vehículo. Creí morirme dentro del maletero… Cuando me quitaron la capucha me vi en un habitáculo de unos dos metros de largo por uno y medio de ancho. Sin ventanas. Sólo una cortina separaba aquel agujero de la sala donde se encontraban mis secuestradores».

Durante los trece días que duró su secuestro, Mirentxu Elósegui apenas habló con sus captores. Ignoraba la hora que era, pues la despojaron de su reloj. Dormía sobre una colchoneta y hacía sus necesidades en un balde. La única luz que se filtraba en el zulo procedía de una pequeña linterna de mano.

Por fin, a la una y cuarto de la madrugada del 24 de junio, la hora que marcaba su reloj cuando se lo devolvieron, la despertaron para indicarle que iban a liberarla. Mirentxu supo luego que lo habían adelantado tres horas, de modo que eran en realidad las diez y cuarto de la noche. Tras un largo recorrido en el maletero del coche, la sacaron de allí, indicándole que estaba en la carretera de Pamplona, a tres kilómetros de Tolosa. Uno de los secuestradores se despidió así de ella: «Todavía vas a tener tiempo de felicitar a tu padre». En efecto, el día de San Juan el padre de Mirentxu Elósegui celebraba su onomástica.

El verdugo y su presa

José Ignacio Odriozola Sustaeta, alias «Estudiante», nacido en Elgoibar (Guipúzcoa) el 17 de junio de 1961 y profesor de la antigua EGB en la Ikastola Pedro Miguel de Urruzun, fue uno de los secuestradores de Mirentxu Elósegui.

A finales de mayo de 1982, ETA consideraba que Odriozola debía hacer unas prácticas con armas de fuego para entrar en acción. Supo luego que se trataba de un secuestro. «Al cabo de unos días —recordaba el propio etarra—, Elena Bárcenas Argüelles (Neska) nos comunicó que había recibido información sobre un tal Imanol Aramburu, gerente de la empresa Boinas Elósegui, de Tolosa. El hombre estaba casado con Mirentxu Elósegui, hija del propietario de la fábrica y dueña a su vez de una tienda de ropa infantil en el centro de Tolosa. La orden era clara: debíamos secuestrar a la hija del industrial. La Organización consideraba que su padre accedería a pagar el rescate.»

62

FECHA: 14/4/1931. La última noche en palacio fue una pesadilla para la reina y sus hijos. Hasta las estancias llegaban los bramidos de una muchedumbre que clamaba contra ellos.

LUGAR: MADRID. Horas antes, Alfonso XIII puso pies en polvorosa dejando sola a su familia en el alcázar, incluido su primogénito, postrado en cama a causa de la hemofilia.

ANÉCDOTA: El rey cayó en un profundo abatimiento: "Estoy en paro forzoso", comentaba. Fumaba incesantemente tabaco egipcio que llevaba en una pitillera de oro, desobedeciendo a los médicos.

LA NOCHE EN QUE LOS CANARIOS NO DEJARON DE CANTAR

La última noche en palacio fue una pesadilla. Hasta las estancias y galerías regias llegaban, desde la plaza de Oriente, los bramidos de una muchedumbre enfervorizada que clamaba contra la monarquía y saludaba con efusión a la república. Aquel martes, 14 de abril de 1931, cayó como una nueva maldición sobre la convulsa dinastía de los Borbones de España.

En el gran patio de palacio, una sección de Húsares de Pavía compuesta por veinticinco hombres, y en las habitaciones, un zaguanete de Alabarderos (otros veinticinco hombres), eran las contadas fuerzas que defendían a la agónica monarquía.

Frente a ellas se oponía una marea desbordada de energúmenos, adornados con lazos rojos y republicanos, y gorros frigios, que se acercaban peligrosamente a la fachada profiriendo amenazas e insultos. Varios hombres treparon por los resaltes de los pilares y alcanzaron el balcón principal. Izaron la bandera republicana,

amarrándola a la barandilla, para luego descender entre el estruendo de la multitud.

En el interior de palacio, el pánico y la inquietud se adueñaron de los jóvenes infantes, «huérfanos» de padre en aquellas horas angustiosas. La soberana también tenía miedo. Traumatizada en gran medida por el horrible final de su prima, la emperatriz Alejandra Fiodorovna, ocurrido trece años antes, tenía visiones en las que se veía arrastrada con sus hijos para encontrar finalmente un destino similar al de sus primos rusos, durante la revolución bolchevique.

Algunos pensaban ahora qué hacer si el pueblo rompía las puertas y asaltaba las ventanas. El jefe de las fuerzas no quiso desplegarlas ante la muchedumbre para que no pareciese una provocación. Se telefoneó al Ministerio de la Gobernación, donde ya ejercía Miguel Maura. Éste envió refuerzos: los llamados «guardias cívicos». Eran individuos vestidos con trajes modestos, en su mayoría obreros, que lucían como distintivo una faja roja en el brazo izquierdo. Tras disolver a los manifestantes, algunos de esos guardias penetraron en palacio y procedieron a requisar todas las habitaciones, incluida la del hemofílico príncipe de Asturias, Alfonso de Borbón y Battenberg, que guardaba cama a causa de un golpe sufrido días atrás en el hombro, durante una cacería.

La noche fue insomne en palacio. Como las lámparas estuvieron siempre encendidas, los canarios de los infantes no dejaron de cantar en toda la velada.

Por primera vez, la reina Victoria Eugenia se instaló en el cuarto de estar de las infantas. María Cristina, la pequeña, tenía miedo y su madre permaneció con ella, mientras Beatriz no se movió de la habitación de arriba.

A las cinco de la madrugada, una de las damas avisó a Victoria Eugenia de que un amigo del rey, Joaquín Santos Suárez, deseaba verla con urgencia.

La reina se puso la bata y salió a la estancia contigua. «Estamos en revolución», indicó, alarmado, el visitante. Luego, aconsejó a la reina que saliese de palacio con sus hijos por la Puerta Incógnita y que desde allí tomase la carretera para coger el tren en El Escorial, insistiendo en que, si no obraba así, sus vidas correrían serio peligro.

A las siete de la mañana, el capellán Urriza celebró misa en palacio, ayudado por el infante don Gonzalo.

El aspecto que ofrecía entonces la plaza de Oriente era desolador. Vendedores de periódicos vociferaban los titulares de portada, irrespetuosos con el rey.

«¡No se ha *marchao*, que le hemos *echao*!», gritaba el gentío tras la salida de Alfonso XIII. Y el periódico *El Socialista*, fundado por Pablo Iglesias, titulaba el 15 de abril en su primera página: «¡Viva España con honra y sin Borbones!».

Coches y camiones, con banderas republicanas y pancartas, transitaban sin cesar repletos de mujeres y hombres trastornados. La verja del Campo del Moro aparecía cubierta por un enjambre humano.

A las ocho de la mañana partió la reina con sus hijos hacia El Escorial en varios coches. Los chóferes iban sin librea y con boina. Era aún temprano para tomar el rápido de Hendaya en El Escorial y se decidió hacer un alto en Galapagar. A despedir a la reina acudieron los hijos del dictador, Pilar y José Antonio Primo de Rivera. Entristecida y enojada, Victoria Eugenia de Battenberg les dijo, muy segura: «De haber vivido vuestro padre, no hubiera pasado esto».

Llegados a El Escorial, aún tuvieron que aguardar una hora hasta que partió el tren. Durante esa larga y tensa espera, el conde de Romanones, renqueante y avejentado, apoyado en su inseparable bastón nacarado, se dirigió al infante don Jaime con lágrimas de impotencia en los ojos cuando ya era demasiado tarde.

Pío Baroja: «¡Qué miseria!»

¿Por qué Alfonso XIII dejó desamparada a su familia? El futuro ministro de la Corona con el nieto de Alfonso XIII, Ricardo de la Cierva, recordaba haber escuchado «muchas críticas de amigos de casa contra el rey por haberles dejado solos esa noche en palacio». Como si quisiera dar a entender que quien calla, otorga, Ricardo de

la Cierva añadía que su abuelo, Juan de la Cierva y Peñafiel, «no decía, al oír esas críticas, una sola palabra».

Incluso Pío Baroja censuraba la conducta del monarca cuando ya todo estaba perdido: «Recuerdo —escribía el autor de *Zalacaín el aventurero*— la tarde de la revolución del año 31 en esta plaza [la de Oriente]. La reina Victoria Eugenia estaba en palacio, sola con sus hijos, sin defensores, rodeada de una turba curiosa que podía convertirse en inquieta y amenazadora. Todos los fieles la habían abandonado, comenzando por su marido. ¡Qué miseria!».

63

FECHA: 28/3/1942. Aquella maldita madrugada el poeta Miguel Hernández falleció, tras una terrible agonía, a causa de una fimia pulmonar provocada por las penosas condiciones de su encierro carcelario.

LUGAR: ALICANTE. En la claustrofóbica celda, de apenas dos metros y medio de largo, con un lavabo y retrete de los de suelo, llegaron a hacinarse hasta nueve reclusos.

ANÉCDOTA: Estando en prisión, su esposa le escribió para decirle que sólo tenían pan y cebolla para comer y él compuso luego su poema *Nanas de la cebolla*.

El poeta que dormía con los ojos abiertos

En octubre de 2010, a la edad de noventa y ocho años, el abogado y cineasta alicantino José Ramón Clemente Torregrosa era el único superviviente del grupo de reclusos que acompañó al insigne poeta Miguel Hernández entre rejas hasta el fatídico día de su muerte.

A Clemente Torregrosa, a quien rescato casi del anonimato en mi último libro *Franco con franqueza* (Plaza & Janés), no se le perdonaba que hubiese sido oficial del Ejército republicano durante la Guerra Civil ni fundador de Izquierda Republicana en Alicante, partido del que se desligó por completo en cuanto tuvo noticia de los primeros desmanes cometidos por el Frente Popular.

Empezó así su periplo carcelario, que le llevó desde el penal de Santa Bárbara hasta el mismo Reformatorio de Adultos donde estaba confinado Miguel Hernández desde el 29 de junio de 1941 y con quien, por cierto, entabló una estrecha amistad.

El historiador Joaquín Santo entrevistó a Torregrosa providencialmente por última vez, pues dos años después, el 23 de

junio de 2012, don Clemente falleció a punto de cumplir un siglo de existencia desde que nació el 16 de octubre de 1912, poco antes de que asesinasen al presidente del Gobierno José Canalejas.

Instalado en la celda 22 de la cuarta galería, Miguel Hernández volvió a coincidir con Clemente, esta vez ambos privados de libertad.

Se habían visto por primera vez en la terraza del Ateneo de Alicante, del cual el propio Clemente sería secretario en 1933. En plena explanada, hicieron buenas migas truncadas por el devenir propio del poeta y las circunstancias bélicas. Miguel Hernández le pidió que no le llamase por su nombre de pila, sino «Visenterre», el apodo familiar por el que era conocido en su tierra natal de Orihuela.

En la claustrofóbica celda, de apenas dos metros y medio de largo, con un lavabo y retrete de los de suelo, llegaron a hacinarse entre siete y nueve reclusos, incluidos el poeta y Clemente. Establecieron así turnos para dormir a los que llamaron «de tresbolillo». Como ninguno de ellos deseaba pernoctar pegado al apestoso retrete, rotaban en hileras paralelas. Una luz tenue permanecía encendida toda la noche. Los primeros días, cuando Clemente se daba la vuelta en el camastro y veía a Miguel inerte con sus grandes ojos azules abiertos, temía que estuviese muerto hasta que volvía a percibir, aliviado, su respiración. El poeta padecía una exoftalmia provocada por un problema de tiroides que le impedía cerrar los ojos incluso estando dormido.

Clemente jamás olvidaría la madrugada del 28 de marzo de 1942, cuando su amigo el poeta falleció, tras una terrible agonía, a causa de una fimia pulmonar. La noticia corrió como un reguero de pólvora por todo el recinto carcelario.

Llevado a hombros de compañeros y con el resto formando en el patio de la prisión, a los sones de una marcha fúnebre tocada por músicos presos, el austero ataúd de pino con los restos mortales del poeta fue conducido hasta el cementerio.

A esas alturas, Clemente Torregrosa había tenido oportunidad de entablar amistad también con otro gran poeta como Federico García Lorca, y de crear años después la Asociación Independiente de Cine Amateur, de la que formaron parte Pedro Almodóvar o Alejandro Amenábar.

Su padre, Federico Clemente, fue teniente de alcalde y diputado provincial de Alicante, además de presidente de la Junta de Obras del Puerto.

Entre 1930 y 1933, José Ramón estudió Derecho en Madrid, donde conoció precisamente a Lorca. Cierto día avistó un cartel en la misma facultad de Derecho donde se anunciaba un grupo teatral llamado La Barraca y le faltó tiempo para presentarse en su local, situado en un sótano detrás del Museo del Prado.

«García Lorca pensó que yo —evocaba él a Rosalía Mayor, directora de la revista alicantina *El Salt*, en 2004—, que en aquel entonces tenía muy buena planta, vamos que me decían mis admiradoras que era el más guapo de Alicante, podía hacer de soldado *fourrier* en el entremés de *Retablo de las Maravillas*… Pero al final, con mi buena planta y todo, terminé de tramoyista.»

Clemente presentó a Lorca a su amigo el pianista Gonzalo Soriano, y una de aquellas tardes la pasaron entera tocando juntos el instrumento musical en casa del propio Soriano, que vivía con sus hermanas en el número 100 de la calle Alcalá. La longeva vida de Clemente Torregrosa transcurrió así rodeada de grandes poetas, a quienes la muerte violenta, en el caso de Lorca, o la muerte lenta de Miguel Hernández truncaron sus sueños demasiado temprano.

Gómez de la Serna y Lorca

Clemente Torregrosa conoció también a Ramón Gómez de la Serna en el teatro María Guerrero de Madrid.

> Sacaba figuritas de una maleta —evocaba sobre el célebre periodista y escritor—, las iba rompiendo y luego extraía papelitos con greguerías que arrojaba al público. Yo cogí una que decía: «Las cintas de las gorras de los marinos van diciendo adiós a todos los mares».
>
> En mis vacaciones de Navidad de 1932 hablé con Álvaro Botella y con Félix Roberto, muy amigo de Ramón, sobre la

posibilidad de traerlo a Alicante. Me dijeron que Gómez de la Serna cobraría seiscientas pesetas. Entonces contacté con Luis Altolaguirre, empresario del teatro Principal, quien me dijo que alquilarlo costaba dos mil pesetas. También me advirtió que iba a ser un fracaso traer a Gómez de la Serna el día 4 de enero, como yo pretendía…

¡Quién iba a decirle que en su lugar acudiría García Lorca!

64

FECHA: AÑOS 7-6 a.C. Los astrónomos babilonios habrían estimado la conjunción astral de los planetas Júpiter y Saturno en el signo zodiacal de Piscis, calculando la fecha del nacimiento de Jesús.

LUGAR: BELÉN. El evangelista san Mateo no dice que los magos que visitaron a Jesús fuesen reyes; tampoco concreta cuántos eran ni facilita sus nombres tan conocidos hoy.

ANÉCDOTA: Según la tradición, el oro haría referencia a la misma realeza de Jesús, el incienso, al Hijo de Dios y la mirra, al misterio de su Pasión.

Verdad y leyenda de los Reyes Magos

El evangelista Mateo nos dice: «Después de nacer Jesús en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, unos Magos llegaron de Oriente a Jerusalén preguntando: "¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle"».

Ningún otro evangelista refiere la existencia de los «Magos», de quienes san Mateo no dice por cierto que fuesen reyes; tampoco concreta cuántos eran ni mucho menos facilita los nombres por los que hoy son mundialmente conocidos. Entonces ¿por qué se ha creído a pies juntillas en la existencia de Sus Majestades de Oriente durante tantísimas generaciones, bautizándolos incluso como Melchor, Gaspar y Baltasar, cada cual caracterizado con su peculiar fisonomía y forma de vestir? ¿Qué hay de verdad y de fantasía, pues, en este episodio tan glamuroso de la existencia humana que sigue despertando cada 6 de enero la ilusión en los corazones de tantos niños y adultos del mundo entero?

Joseph Ratzinger, en su excepcional estudio teológico sobre Jesús, aclara que el concepto de «Magos» aplicado a los Santos Evangelios tiene una acepción concreta: alude a un grupo de sabios con un profundo conocimiento religioso y filosófico que ejercían gran influencia en los pensadores griegos; incluso Aristóteles llegó a referirse al trabajo filosófico de los magos.

No se trata, por tanto, de magos dotados de saberes y poderes sobrenaturales, como tampoco de brujos ni de embaucadores. Recordemos a este propósito que san Pablo, en los Hechos de los Apóstoles, califica a uno de esos magos llamado Barjesús como «hijo del diablo».

¿Qué más podemos saber entonces sobre los enigmáticos magos citados por san Mateo? El astrónomo vienés Konradin Ferrari d'Occhieppo nos muestra cómo en la ciudad de Babilonia, considerada en tiempos remotos como el centro de la astronomía científica, persistía todavía un reducido grupo de astrónomos en vías de extinción entre los cuales podían figurar los mismos que visitaron a Jesús recién nacido, guiados por la misteriosa estrella. De hecho, según Ferrari, los propios astrónomos babilonios habrían sido capaces de estimar la conjunción astral de los planetas Júpiter y Saturno en el signo zodiacal de Piscis, la cual tuvo lugar en los años 7-6 antes de Cristo (considerado hoy como la verdadera fecha del nacimiento de Jesús), la cual les habría señalado la tierra de Judá y al rey de los judíos que acababa de nacer allí.

Llegados a este punto, Ratzinger hace una atinada matización: los magos no debían de ser sólo astrónomos, pues no todos los que eran capaces de calcular la conjunción de los planetas cayeron en la cuenta de que había nacido un nuevo rey en Judá. De hecho, para que la estrella pudiera convertirse en un mensaje debía existir y conocerse un vaticinio. No en vano, sabemos por Tácito y Suetonio que en aquella época ya se comentaba que surgiría en Judá el dominador del mundo, predicción que el historiador Flavio Josefo atribuía a Vespasiano.

¿Quiénes eran por tanto los magos que decidieron embarcarse en un larguísimo viaje, guiados por la esperanza en una estrella que les guiaba hacia el Salvador? No podían ser sólo astrónomos, sino

también sabios y, como tales, buscadores de la verdad a quienes el salmo 72,10 e Isaías 60 han convertido en reyes a lomos de camellos.

Ratzinger subraya la idea decisiva, a su juicio: «Los sabios de Oriente son un inicio, representan a la humanidad cuando emprende el camino hacia Cristo, inaugurando una procesión que recorre toda la historia».

Prosigamos ahora con la exclusiva narración de san Mateo: «Y entonces, la estrella que habían visto en el Oriente se colocó delante de ellos, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Y entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron; luego abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra».

¿Por qué esos tres regalos y no otros? Según la tradición, en esos tres dones se ha representado el misterio de Cristo: el oro haría referencia así a la realeza de Jesús, el incienso, al Hijo de Dios y la mirra, a su misma Pasión. Sin ir más lejos, el propio san Mateo nos dice que Nicodemo, para ungir el cuerpo de Jesús, llevó mirra, entre otras cosas. El profeta Isaías había mencionado ya el oro y el incienso como dones que ofrecerían los pueblos en homenaje al Dios de Israel. He aquí el gran misterio que ya había sido anunciado.

¿Por qué se llaman así?

Por tradición sabemos que los magos procedían de los tres continentes conocidos en aquella época: África, Asia y Europa. Más tarde se les ha relacionado con las tres edades de la vida del hombre: juventud, madurez y vejez.

Pero ¿sabemos acaso por qué hoy seguimos denominándolos Melchor, Gaspar y Baltasar? Que sepamos, sus nombres aparecen registrados por primera vez en el célebre mosaico de San Apollinaire Nuovo, conservado en la localidad italiana de Rávena. En esa pieza de incalculable valor histórico, datada en el siglo VI nada menos, se

distingue perfectamente a los tres magos ataviados al modo persa con sus nombres en la parte superior y representando distintas edades, según hemos visto: Gaspar es el más viejo, con la barba blanca y portando el oro; Baltasar es el de mediana edad, con el cabello y la barba oscuros y Melchor, el más joven, barbilampiño y llevando consigo el incienso.

65

FECHA: 3/4/1675. El propio confesor de Carlos II, fray Froilán Díaz, daba fe de cómo el rey había sido víctima de un hechizo tras ingerir chocolate, su alimento preferido.

LUGAR: MADRID. En el lecho regio, cuyos cortinajes apenas dejaban penetrar la luz del crepúsculo, permaneció tendido Carlos II con el rostro macilento y demacrado hasta su misma muerte.

ANÉCDOTA: Feo de solemnidad, la saliente mandíbula del rey, que de niño le hacía triturar las mamas de sus catorce nodrizas, delataba su prognatismo heredado de los Habsburgo.

LOS EXORCISMOS DE CARLOS II «EL HECHIZADO»

El médico forense fue incapaz de disimular su estupor mientras practicaba la autopsia al cadáver de Carlos II «el Hechizado», el último rey de la dinastía de los Austrias que murió sin descendencia.

En la morgue del antiguo alcázar de Madrid, aquel cuerpo inerte de tan sólo treinta y ocho abriles parecía en verdad octogenario, tan vampirizado como estaba. Tras abrirlo en canal, el galeno comprobó estupefacto que en su interior «no había una sola gota de sangre», según hizo constar luego de su puño y letra en el informe preceptivo. Sólo la monumental cabeza sin corona estaba repleta de agua, como consecuencia de la hidrocefalia. Acto seguido, el médico extrajo del cuerpo el corazón «del tamaño de un grano de pimienta», en sus propias palabras, y verificó que los pulmones «estaban corroídos» y «los intestinos, putrefactos y gangrenados». Para colmo, observó que el muerto tenía «un solo testículo negro como el carbón»… ¿Qué sucedió en realidad para que la madre naturaleza, o el mismísimo diablo, se hubiesen conjurado de forma

tan cruel y despiadada contra aquel despojo humano que horas antes agonizaba en el lecho de muerte como ningún otro rey de España lo hizo jamás, que la memoria alcance a recordar?

¿Quién iba a decirme si no que sería capaz de localizar siglos después el proceso judicial contra el fraile dominico Froilán Díaz, confesor de Carlos II, instruido bajo presión de la recelosa reina viuda Mariana de Neoburgo? Aludimos a una fuente histórica de primera magnitud tan desconocida como deslumbrante, gracias a la cual estamos en condiciones de revelar hoy los auténticos males que aquejaron al infortunado monarca y que segaron de forma tan inmisericorde su vida dando paso, tras una larga y cruenta guerra de sucesión, al afianzamiento de la dinastía que todavía reina en España, la de los Borbones.

Con toda su buena fe, fray Froilán Díaz investigó a fondo en su día las fundadas sospechas que ya se cernían sobre la verdadera causa de los gravísimos trastornos que convirtieron al soberano en una auténtica piltrafa humana; hasta el punto de mantener una violenta conversación con una de las tres monjas poseídas en el convento de recoletas de Cangas de Tineo (actual Cangas del Narcea), en Asturias.

El confesor del rey viajó hasta allí esperanzado en resolver el regio misterio recurriendo, por increíble que parezca, a la propia voz arcana del ángel caído. Acompañado del capuchino alemán Mauro Tenda, un reputado exorcista de la época cuyos servicios fueron requeridos enseguida en la Corte madrileña, fray Froilán Díaz aprovechó la ocasión de oro para mantener un tenso diálogo con el mismísimo demonio, quien, pese a ser el padre de la mentira, dice a veces la verdad.

No es un caso de ciencia-ficción, sino de Historia documentada, con mayúscula. De hecho, en una desconocida carta datada el 9 de septiembre de 1698, el propio vicario daba fe de aquella increíble conversación en la que el mismo Lucifer aseguró al petrificado dominico que Su Majestad había sido víctima de un hechizo tras ingerir chocolate, su alimento preferido, el 3 de abril de 1675. Pero no se trataba de un chocolate cualquiera, sino de uno muy especial, elaborado «con los miembros de un hombre muerto»; y en concreto,

con «los sesos de la cabeza para quitarle la salud, y de los riñones, para corromperle el semen e impedirle tener descendencia». ¿No es algo terrible acaso?

En el lecho regio, cuyos cortinajes apenas dejaban penetrar la luz del crepúsculo, permaneció tendido Carlos II con el rostro macilento y demacrado hasta el mismo instante de su espantosa muerte. Feo de solemnidad, su saliente mandíbula, que de niño le hacía triturar ya las mamas de sus catorce nodrizas, delataba su prognatismo heredado de los Habsburgo. Su rostro era alargado, los ojos, no muy grandes de color azul turquesa y el cutis, fino y delicado. El cabello era rubio y largo, peinado hacia atrás.

A la cabecera de su cama se mantenían imperturbables los dos mismos sacerdotes que habían exorcizado días antes a las monjas poseídas de Asturias: el confesor regio, el dominico Froilán Díaz, y el capuchino alemán Mauro Tenda. Este último portaba el *Lignum Crucis*, un trozo de la Cruz de Cristo, mientras pronunciaba el ritual de exorcismos establecido por el papa Paulo V, en 1614.

El monarca reaccionaba profiriendo gritos desgarradores y blasfemias, mientras su cuerpo consumido se estremecía con espantosas convulsiones, abrasándose con el agua exorcizada que los sacerdotes derramaban de vez en cuando sobre su gran cabeza. Todo estaba ya consumado.

La venganza de la reina

Fallecido su esposo, la reina viuda Mariana de Neoburgo, nacida el 28 de octubre de 1667 en la ciudad alemana de Düsseldorf, responsabilizó de la muerte violenta al propio confesor del rey, el dominico Froilán Díaz. Conocida dentro y fuera de palacio como «el primer ministro del rey» por su gran influencia, la reina removió así Roma con Santiago para que el fraile fuera sometido a juicio y al final lo consiguió. Pero el resultado final del proceso no satisfizo a la soberana, que tampoco había sido capaz de darle un hijo al rey,

como su antecesora María Luisa de Orleáns, debido a la esterilidad del propio monarca.

Fray Froilán Díaz resultó declarado inocente, pues quedó probada su buena fe a la hora de aclarar la causa de la terrible muerte de Carlos II, que pasó a la historia con el sobrenombre de «el Hechizado». Por algo, en efecto, fue.

66

FECHA: 17/2/1673. La muerte de Molière en la noche del estreno de El enfermo imaginario ha dado rienda suelta a las más increíbles versiones sobre las circunstancias del fallecimiento.

LUGAR: PARÍS. El novelista Pierre Louys aseguró en 1919 que el también dramaturgo Pierre Corneille, miembro de la Academia francesa, fue el verdadero autor de la obra de Molière.

ANÉCDOTA: Misterios y elucubraciones aparte, hoy casi nadie discute que Molière falleció a causa de una tuberculosis, descartándose así casi por completo la teoría del aneurisma de aorta.

El fantasma de Molière

Pese a que Jean-Baptiste Poquelin (1622-1673), conocido literariamente como «Molière», sigue siendo hoy uno de los autores franceses más celebres de la historia, no se conserva ni un solo papel manuscrito suyo, ya sea en forma de obra, carta o simple billete personal; únicamente se conocen dos autógrafos de su puño y letra datados en 1650 y 1656, respectivamente, junto a varias rúbricas suyas estampadas como padrino de bautismo y en algún que otro contrato sin valor. Eso es todo.

¿Acaso no constituye este hecho insólito un misterio en sí mismo, tratándose del hombre que ha pasado a la historia por ser el poeta y dramaturgo más representado de Francia con obras tan inmortales como *Tartufo* o *El enfermo imaginario*? ¿Tal vez se encargase una «mano negra» de borrar cualquier vestigio significativo de su paso por la vida, convirtiendo a este personaje en todo un enigma incluso para el agudo observador de hoy? Y si en verdad existió esa «mano

negra», ¿qué asunto tan comprometedor se propuso ocultar a los ojos de la posteridad?

La desaparición de los papeles privados del poeta ha dado rienda suelta a la detectivesca imaginación de no pocos investigadores, como el novelista Pierre Louys, que en 1919 desafió a la opinión pública mundial con un escandaloso artículo publicado en la revista *Comedia*. ¿Qué «herejía literaria» proclamaba el autor de *Afrodita* sobre nuestro protagonista, que tanto revuelo armó en su día? Respaldado en un extenso dosier que jamás apareció, ni siquiera tras su muerte, Louys aseguraba que Molière jamás existió como tal Molière, sino que fue en realidad el también dramaturgo y poeta Pierre Corneille (1606-1684), miembro de la Academia francesa, quien redactó hasta la última coma de la magna obra de su celebérrimo compatriota. ¿Corneille en persona pudo ser entonces el «negro» de Molière?

Por si fuera poco, el erudito Henry Poulaille recogió luego esa misma teoría en sus dos controvertidos libros *Pierre Corneille: Tartuffe ou la comédie de l'Hypocrite* (1951) y *Corneille sous la masque de Molière* (1957).

Y no acabó ahí la cosa pues más recientemente, en 2004, el filólogo francés Denis Boissier rescató la acusación original de Pierre Louys en su libro *El caso Molière*, según el cual el dramaturgo fue un claro impostor que pagó dinero a Corneille para que le redactase en secreto todas y cada una de sus exitosas obras teatrales.

Parapetado en el análisis comparativo de más de trescientos textos y libros de ambos autores, Boissier llegó al pleno convencimiento del fraude histórico de Molière, quien no fue así, en su opinión, más que un falso engendro literario debido a la pluma escondida de Corneille.

Sin embargo, no existen pruebas fehacientes de semejante acusación. El profesor universitario Alain Niderst, experto también en Molière, ha sido incapaz de encontrarlas, desde luego; igual que otros prestigiosos sabuesos literarios.

Nadie puede negar, en cambio, que el hijo del tapicero del rey Luis XIV, es decir, el propio Molière, carente de tradición literaria, mal estudiante de Derecho y para colmo mediocre comediante dedicado

a recorrer durante doce años enteros los pueblos más remotos de las provincias francesas con burdas representaciones, llegara a metamorfosearse de repente y con sólo treinta y dos años en el mayor autor dramático de su época.

Pero el fantasma de Molière se extiende incluso hasta su propia muerte. Algunos contemporáneos suyos sostuvieron ya la posibilidad de que hubiese sido incluso envenenado. De hecho, nuestro protagonista tenía demasiados enemigos como para fallecer de modo tan súbito, escasas horas después de que en pleno estreno de *El enfermo imaginario* —paradojas de la Historia— se sintiese repentinamente indispuesto, cuando corría el 17 de febrero de 1673.

Otra teoría sostiene también de forma novelesca que Molière no murió aquella noche en su domicilio, sino que fue secuestrado en el mismo y encarcelado a continuación. Esta descabellada versión se sustenta en la participación del dramaturgo en el juego de intrigas que rodearon a Luis XIV, y en concreto al turbio entramado de los placeres regios. De esta forma, en el ataúd se introdujo en realidad un simple tronco de árbol, poniéndose así de manifiesto que el entierro del poeta no fue más que un simulacro. La teoría se apoyó, sobre todo, en las extrañas circunstancias del entierro de Molière y en el desconocimiento del lugar exacto donde lo sepultaron. Su presunta fosa fue hallada vacía en 1792 por los patriotas revolucionarios, que trataron de recuperar también los restos mortales del fabulista La Fontaine.

Molière seguirá siendo así para siempre un enigma, al menos de momento…

El hombre de la máscara de hierro

Entre los grandes misterios de Molière, sobresale el atribuido por su biógrafo, Anatole Loquin, quien señala al insigne dramaturgo como el «hombre de la máscara de hierro» nada menos.

En *El vizconde de Bragelonne* , la célebre novela de Alexandre Dumas, padre, éste convierte al «hombre de la máscara de hierro» en el hermano mayor de Luis XIV y al rey en el usurpador del trono. Pero conviene saber que Dumas se basó en la existencia real de este personaje enmascarado y prisionero en la Bastilla, de quien primero se hizo eco la segunda esposa del duque de Orleáns, hermano de Luis XIV, conocida como la princesa Palatina, en una carta conservada hoy. ¿Fue acaso Molière «el hombre de la máscara de hierro», como sostiene su biógrafo, Loquin? ¿El mismísimo preso enmascarado con antifaz de terciopelo negro fallecido en el más cruel anonimato, el lunes 19 de noviembre de 1703?

67

FECHA: 7/2/1932. Bombarderos de los portaviones Saratoga y Lexington realizaron un simulacro sobre su propia base de Pearl Harbor, que nueve años después Japón repetiría pero con fuego real.

LUGAR: OCÉANO PACÍFICO. Un total de 152 aviones estadounidenses lograron surcar el cielo encapotado a sesenta millas de la isla hawaiana de Oahú, volando del nordeste y sin ser detectados.

ANÉCDOTA: Para distraer aún más la atención de las fuerzas defensivas en la base del Pacífico, el sagaz almirante Yarnell dispuso que las maniobras se realizasen en domingo.

El día en que Estados Unidos atacó… ¡Pearl Harbor!

El trágico episodio que provocó la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial no era un plan desconocido para las propias víctimas del ataque. Por increíble que parezca, la devastadora ofensiva aérea protagonizada por el Japón del emperador Hirohito contra la base aeronaval estadounidense de Pearl Harbor, en la isla hawaiana de Oahú, había sido ensayada nueve años antes por el mismísimo Ejército de los Estados Unidos.

Sucedió el domingo, 7 de febrero de 1932. Ese día, los bombarderos de los portaviones *Saratoga* y *Lexington* que surgieron inesperadamente en el firmamento hubiesen inutilizado, de emplear a bordo munición real, todos y cada uno de los aviones de tierra con el fuego indiscriminado de sus ametralladoras, mientras otros cazas hundían sin capacidad de reacción alguna los navíos de la flota fondeados en la base del Pacífico Oriental. Un calco casi de lo sucedido la maldita mañana del 7 de diciembre de 1941; sólo que la

única y decisiva diferencia entre ambos ataques consistió en que el efectuado nueve años atrás obedeció a un mero simulacro de la flota norteamericana liderado por el prestigioso almirante Harry E. Yarnell.

Las maniobras secretas comenzaron un mes antes con la mayor concentración de buques de guerra en el océano recordada hasta entonces: casi doscientos barcos, se dice pronto, reunidos en aguas de California. Una auténtica «ciudad flotante». El objetivo del simulacro que iba a ponerse en marcha no era otro que comprobar hasta qué punto las medidas defensivas de la mayor base aeronaval del mundo, la de Pearl Harbor, eran eficaces; para lo cual, una parte de la flota recibió la misión de atacar mientras que la otra, respaldada por los efectivos de tierra, debía repeler la ofensiva a toda costa.

Astuto y osado como pocos, el almirante Yarnell había diseñado un plan revolucionario para la época: el ataque no partiría, como todo el mundo esperaba, de los propios buques de guerra, sino de los cazatorpederos cobijados en los portaviones *Saratoga* y *Lexington* a sus órdenes, los cuales navegaban alejados del resto de la flota integrada por cruceros, acorazados, submarinos, fragatas o corbetas. La nueva estrategia naval consistía así en atacar desde el aire, en lugar de hacerlo desde el mar.

Yarnell conocía la base de Pearl Harbor casi como el pasillo de su casa, y sabía por tanto que su defensa sólo estaba preparada para hacer frente a una ofensiva naval. Tal y como él esperaba, las fuerzas encargadas de protegerla de una ofensiva inminente constaban de una escuadra encargada de cerrar el paso a cualquier barco hacia las islas, junto a una flotilla de submarinos fondeada en la misma bahía, una división de soldados del Ejército de Tierra, numerosas baterías de artillería de costa y antiaéreas, y hasta un centenar de aviones de caza y bombarderos. Un despliegue colosal que de nada iba a servir frente a la nueva estrategia ideada por el sagaz Yarnell.

El almirante comprobó, en efecto, cómo el grueso de la flota que navegaba hacia Pearl Harbor era interceptada por los radares mucho antes de llegar allí. Yarnell había decidido utilizarla para atraer la atención de las fuerzas defensivas, mientras la pareja de portaviones

que él comandaba se aproximaba peligrosamente hacia la base pasando inadvertida por completo en la inmensidad del mar. ¿Quién iba a distinguir acaso dos remotos puntos en el horizonte, comparados con el fabuloso botín de casi toda una flota a la cual se empleaba como cebo en aras de un ataque sin precedentes? Sólo Yarnell conocía la respuesta: nadie.

Y así fue. Pese a que el cielo encapotado favorecía el avance sinuoso de los portaviones, representaba en cambio un inconveniente para el despegue de los aviones. Finalmente, nada menos que 152 aparatos lograron surcar el cielo de ceniza y alquitrán a sesenta millas de Oahú, volando del nordeste; exactamente igual que, nueve años después, lo harían aviones japoneses cargados con bombas de verdad. Baste decir que ni uno solo de los aviones que debían defender la base pudo ni siquiera remontar el vuelo.

El resultado, de tratarse de una acción de guerra en lugar de un simple simulacro, hubiese sido tan devastador para la flota estadounidense como el bombardeo japonés. Sin saberlo entonces, el Ejército de Estados Unidos había servido como conejillo de Indias al comandante japonés Mitsuo Fuchida para triturar nueve años después Pearl Harbor al mando de 140 bombarderos y 43 cazas, provocando el trágico balance de 2.300 muertos o desaparecidos, y 1.300 heridos graves. Una sangría que tal vez pudo evitarse…

Espías en la sombra

Nadie reparó, en febrero de 1932, en un hecho decisivo que pudo cambiar el destino de Estados Unidos nueve años después, en Pearl Harbor. Mientras la flota norteamericana efectuaba el simulacro de ataque de su propia base, el Japón imperial había dispuesto una tupida red de espionaje emboscada en la espesa maleza que bordeaba la bahía. Mediante un sofisticado sistema de escuchas, los

agentes japoneses lograron enviar sus informes a Tokio para que las autoridades militares pudiesen analizarlos.

Fue así como, sin que ningún alto mando del Ejército de Estados Unidos se percatase entonces, en Japón se celebró por todo lo alto el impagable regalo que les habían hecho. No en vano, el 7 de diciembre de 1941 fue un día que «perduraría en la infamia», declaró el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, ante el Congreso la tarde siguiente al terrible bombardeo, tras solicitar la declaración de guerra.

68

FECHA: 30/11/1900. A Oscar Wilde le llegó la hora de la verdad la madrugada de aquel viernes; su amigo Robert Ross tomó su mano en el lecho de muerte.

LUGAR: PARÍS. El escritor se registró con el nombre falso de Melmoth en una habitación del hotel d'Alsace, donde falleció tras recibir el bautismo y la unción de enfermos.

ANÉCDOTA: En noviembre de 1908, se ofreció un banquete a Robert Ross en el hotel Ritz de Londres para celebrar su edición de las *Obras Completas* de Wilde.

La conversión de Oscar Wilde

Oscar Fingal O'Flaherty Wills Wilde, nacido en Dublín el 16 de octubre de 1854, fue condenado a muerte ya el 27 de noviembre de 1900; y no por su inoportuna demanda de difamación contra el marqués de Queensberry, que le valió dos largos años de trabajos forzados en la cárcel de Reading, tras su paso por las de Pentonville y Wandsworth, sino porque aquel aciago día los doctores Tucker y Kleiss aseguraron a su gran amigo Robert Ross que el autor de *El retrato de Dorian Gray* no viviría más de cuarenta y ocho horas. Lapidaria sentencia.

Robert Ross encontró a Wilde en un estado deplorable: había adelgazado mucho, su tez era lívida, su respiración, dificultosa. Tenía consciencia aún de la presencia de algunas personas en su habitación del hotel d'Alsace de París, situado en el número 13 de la rue des Beaux-Arts, adonde se había trasladado a vivir en mayo de 1898. Wilde alzó la mano, de hecho, cuando Ross le preguntó si

entendía lo que estaba diciéndole, y acto seguido incluso se la estrechó.

El insigne escritor se había registrado en el hotel con el nombre falso de Melmoth, vulnerando así la ley francesa.

Su amigo acudió a verle con una misión delicada. Pero entonces, desahuciado ya por los médicos, esa misión se convirtió en toda una prioridad. Ross era católico practicante, y una de las cosas que más anhelaba en el mundo era que el autor de *El fantasma de Canterville* se convirtiese a su fe, lo cual le había resultado imposible hasta ese momento.

Wilde no era precisamente un angelito. El 25 de febrero de 1876, había sido admitido como masón en la Logia Apollo University, de Oxford. A esas alturas de su juventud, había ganado ya varias becas y premios literarios que le acreditaban como un poeta y novelista de enorme brillantez.

El 29 de mayo de 1884, contrajo matrimonio con Constance Mary Lloyd en St. James Church, Paddington, Londres. Poco después del nacimiento de su segundo hijo, Vyvyan, en noviembre de 1886, inició la vida disipada que le conduciría al desastre.

Entretanto, Robert Ross no perdía la esperanza de que algún día Wilde pudiese convertirse al catolicismo, por más que éste se lo ponía francamente difícil. Sin embargo, Ross estaba convencido de que para Dios nada había imposible. Así que rezó por su amigo sin desfallecer. Consagrado ya como escritor y contertulio admirado y envidiado al mismo tiempo, Wilde afirmaba que «la Iglesia católica es sólo para santos y pecadores y la Iglesia anglicana, para gente respetable». Una y otra vez, negaba así que la religión católica fuera la verdadera; e incluso se permitió la licencia de ironizar con Ross, a quien llamaba «el ángel de espada flamígera que me impide entrar en el Edén».

¿Cómo iba entonces a convertirse al catolicismo un hombre que renegaba hasta ese punto de él? «Sólo un milagro podía hacerle cambiar de opinión», debió de pensar Ross. Un milagro del alma.

Hasta que a Wilde, como al común de los mortales, le llegó la hora de la verdad la madrugada del viernes, 30 de noviembre de 1900. Robert Ross permanecía angustiado al pie de su cama. Más tarde, el

14 de diciembre, relató en una desconocida carta lo que sucedió allí. Un testimonio histórico de primera mano:

> Hacia las cinco y media de la mañana, un cambio total se operó en él; sus rasgos se alteraron y eso que llaman el estertor de la agonía comenzó. Jamás había oído yo nada semejante; era como el horrible rechinar de un torno, y duró ya hasta el fin. Sus ojos no reaccionaban ya a la luz. Era preciso secar constantemente la sangre y la espuma de sus labios… A las 13.45 horas el ritmo de la respiración cambió. Tomé su mano, y advertí que el pulso comenzaba a ser irregular. Lanzó un profundo suspiro, el único que me pareció normal desde mi llegada, sus miembros se estiraron como involuntariamente, su respiración se hizo más débil; murió a las 13.50 horas en punto.

Para entonces, Ross ya había localizado a un sacerdote, el padre Cuthbert Dunn, de la orden de los Pasionistas, que administró a Wilde la unción de enfermos y lo bautizó, previo consentimiento del moribundo, que estando todavía consciente había levantado la mano en señal de aprobación. Fue así como el inefable Oscar Wilde, que había vivido casi toda su vida alejado de Dios, falleció abrazándole en la fe católica. El inmenso poder de la oración.

El epitafio de Job

El 3 de diciembre de 1900, se celebró el entierro de Oscar Wilde. Previamente, se ofició una misa en la iglesia de Saint-Martin-des-Prés, a la que asistieron cincuenta y seis personas en total. A continuación, el cortejo fúnebre se dirigió al cementerio de Bagneux. Hubo veinticuatro coronas de flores, algunas de mandatarios anónimos.

Los restos mortales del escritor se inhumaron en la sepultura número 17 de la fila 8.ª de la 15.ª división, de concesión temporal, que fue renovada por su amigo del alma Robert Ross, quién si no,

en 1905. Sobre su lápida podía leerse la siguiente cita bíblica de Job: «*Verbis meis addere nihil audebant et super illos stillabat eloquium meum*» («Después de hablar yo, no replicaban, y sobre ellos mi palabra caía gota a gota»). El 20 de julio de 1909, sus restos se trasladaron al cementerio Père-Lachaise de París, donde hoy todavía reposan.

69

FECHA: NOVIEMBRE DE 1865. La publicación de *Alicia en el país de las maravillas* fue tan sonada, que cautivó enseguida el corazón de toda Inglaterra y hoy el del mundo entero.

LUGAR: LONDRES. La reina Victoria, encandilada con la obra, invitó a su autor al castillo de Windsor y le dijo: "Señor Dodgson, no deje de enviarme el próximo libro".

ANÉCDOTA: Carroll redactaba un resumen de cada carta que enviaba y recibía; todos ellos constaban en un índice sistemático de referencia, cuyo último número registrado fue el 98.721.

EL MATEMÁTICO QUE HACÍA SOÑAR DESPIERTOS A LOS NIÑOS

Siempre me fascinó *Alicia en el país de las maravillas*, pero detrás de su autor, Lewis Carroll, o mejor dicho del reverendo Charles Lutwidge Dodgson (1832-1898), que empleaba tal seudónimo, se esconde otro paraíso de sorpresas.

Este clérigo protestante, además de amante de los niños y de la literatura para ellos, era un excelente matemático. Recordaba Lancelot Robson, cuyo padre compartía con su gran amigo Dodgson la condición de cura y matemático, el día que visitó su casa el que llamaban cariñosamente «el señor de Alicia en el país de las maravillas». Aquella tarde se celebraba una fiesta infantil, pero el popular invitado se integró sin problemas en mitad del jolgorio, como un niño más, pese a ser un hombre alto y delgado, de rostro pálido, oscuros cabellos ondeados y voz atiplada. En sus ojos azules resplandecía la bondad cuando miraba a uno de aquellos chiquillos. Jamás llevaba gabán sobre el negro traje eclesiástico, pero en cambio siempre usaba sombrero de copa, lloviese o hiciera sol.

Mientras jugaban en el salón, preguntó de repente a los niños si en la escuela les hacían sumar. Asintieron todos juntos. Tras una breve pausa, les dijo: «Me temo que su escuela no debe ser muy buena, amigos. Yo nunca sumo; escribo primero el resultado, y luego los sumandos».

El silencio se adueñó del auditorio. ¿Qué pretendía decir «el señor de Alicia en el país de las maravillas»?, debieron de pensar los allí reunidos, a juzgar por sus gestos atónitos. Seguidamente él continuó, como si nada: «Hagamos unas sumas», indicó. Garabateó unas cifras en un papel y se lo entregó a la madrastra de Lancelot, diciéndole: «Ésa será la suma de las cantidades que vamos a escribir».

Tomando otra hoja de papel anotó la cifra 1.066. Pidió luego a una niña que escribiese el número que ella quisiera debajo del 1.066, que resultó ser 3.478. Luego él puso 6.521, un chaval añadió 7.150, y finalmente él volvió a colocar el quinto y último sumando: 2.849.

El reverendo preguntó a cuál de los chiquillos se le daban mejor las matemáticas, y salió uno bastante despierto para hacer la suma, que le dio como resultado 21.064. La madrastra de Lancelot leyó entonces en voz alta la cantidad escrita por el clérigo en el papel que la había entregado… ¡Era 21.064! Todos dejaron oír sus voces de admiración.

Pero no es que el matemático fuera un adivino, sino que sencillamente al anotar su última cantidad (2.849) debajo de la escrita por el niño (7.150), se cercioró de que la suma de ambas diese 9.999. Lo demás era coser y cantar, pues el resultado de la suma de las cinco cantidades tenía que ser igual al primer sumando escrito (1.066) más 20.000, menos 2. Es decir, 21.064.

Lewis Carroll o Charles Lutwidge Dodgson, como prefiera el lector, tuvo una infancia feliz, durante la cual se inventaba juegos y acertijos matemáticos, cuando no organizaba funciones de títeres para disfrute de sus seis hermanas, que lo adoraban.

Alicia en el país de las maravillas se publicó por primera vez en noviembre de 1865 y enseguida cautivó a Inglaterra. Hasta la reina Victoria, encandilada con el libro, invitó a su autor al castillo de Windsor. Al despedirse de él, la reina le dijo: «Señor Dodgson, no

deje de enviarme usted el próximo libro que publique». Y el súbdito obedeció sin rechistar, aunque la soberana pusiese el grito en el cielo al recibir su nuevo tratado de matemáticas.

Carroll era ante todo un hombre de una humildad proverbial. Los cánticos y alabanzas suscitados por la aparición de su cuento legendario habrían trastornado el juicio de cualquiera, haciéndole creer que era poco menos que un dios. Pero Carroll, que sólo en su círculo más íntimo dejaba de mostrarse tímido y reservado, huía siempre que alguien elogiaba sus escritos; tenía por costumbre no leer las críticas laudatorias de sus libros, aduciendo que tal lectura le parecía «malsana»; ni tampoco le agradaba que lo invitasen a banquetes o reuniones, prefiriendo departir de modo individual con sus amigos. «Me es imposible asistir, debido a que se trata de una invitación», ironizaba para excusarse.

Era algo maniático. Cuando viajaba, llevaba la suma de dinero precisa en previsión de cada contingencia en dos monederos especiales, con compartimientos rotulados. Y para colmo, le horrorizaban las corrientes de aire. Para evitarlas, mantenía en toda la habitación la misma temperatura colocando termómetros cerca de cada estufa de petróleo, los cuales leía para graduar aquélla en cada momento. Carroll era un niño grande.

Una ronda de pasteles

De todos los episodios que Lancelot Robson recordaba con verdadero cariño, su preferido era el que solía referirle su padre cuando era niño. Había en Guildford un establecimiento llamado Bretts, frecuentado por la gente acomodada para tomar café por las mañanas y té por las tardes. El escaparate del local era una tentación irresistible para los pequeños, repleta como estaba de tortas y pasteles de todos los tipos y sabores.

Una cruda tarde invernal, Lewis Carroll reparó en un grupo de niños pobremente vestidos que parecían devorar con los ojos todas

esas deliciosas golosinas. Después de observarles unos instantes, se acercó para decirles: «Creo que a todos ustedes les vendrán bien esos pasteles». Dicho y hecho: entró en el establecimiento con la pandilla de chicos para que cada uno eligiese los dulces que más le gustasen. Y es que Carroll era la generosidad y el amor personificado con los niños.

70

FECHA: 1/4/1930. Tras el estreno de *El ángel azul*, Marlene Dietrich conquistaría Hollywood, convirtiéndose en un ángel de verdad para las personas necesitadas que se cruzaban en su camino.

LUGAR: BERLÍN. Cuando la familia de su marido fue hecha prisionera por los soldados de Hitler, ella logró ponerla a salvo en el sector occidental de la capital alemana.

ANÉCDOTA: Solía comer una sola vez al día lo que más le gustaba, dormía cinco horas, rara vez hacía ejercicio físico y fumaba unos treinta cigarrillos al día.

UN ÁNGEL LLAMADO MARLENE DIETRICH

La celebérrima actriz berlinesa Marlene Dietrich (1901-1992) hizo honor durante una etapa decisiva de su vida a su nombre de nacimiento, Marie Magdalene, que no tardó en quedar reducido a Marlene. Como la María Magdalena del Evangelio, poseída por siete demonios en la gran pantalla, fuera de ella pasó en cambio de ser una mujer fatal a mostrarse compasiva y misericordiosa con el prójimo.

Parafraseando el título de una de las mejores películas de su filmografía, aclamada desde su mismo estreno como la más grande producción cinematográfica alemana tras la Primera Guerra Mundial —aludimos, claro está, a *El ángel azul*, estrenada en 1930—, la Dietrich concebida por su director vienés, Josef von Sternberg, representó en la vida real la otra cara de su papel de ficción.

Con su par de piernas torneadas, la voz aterciopelada, seductora, y un rostro bello que tenía algo de máscara y emulaba a la vez a un

ángel y a la chica del guardarropa de un cabaret barato, volcó toda esa irresistible pasión en socorrer a los necesitados.

Cuando, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, filmaba en Francia una de sus películas, se conmovió al ver a los desharrapados obreros del escenario y mandó que les comprasen blusas, camisas y overoles hasta vestir en total a más de una treintena de personas sin reparar en gastos.

En otra ocasión se enteró de que un trabajador del estudio ahorraba con denodado esfuerzo para comprarse un Ford y, ni corta ni perezosa, se lo regaló ella misma en un alarde de generosidad.

Pero no acabó ahí la cosa. Tras sufrir con dieciocho años un accidente que le causó un daño irreparable en la muñeca, tuvo que abandonar la carrera de violín iniciada a los siete años, renunciando a un brillante porvenir como concertista. Obligada por las circunstancias, ingresó así en la reputada escuela dramática de Max Reinhardt. El destino quiso que poco después los grandes estudios cinematográficos alemanes UFA pidieran a la escuela de Reinhardt unas cuantas comparsas para rodar cierta escena en una casa de juego, y Marlene, con los cabellos peinados en trenzas sujetas con un gran lazo de tafetán, aspiró a uno de esos papeles. El director de reparto era aquel día un checoslovaco, rubio y atractivo, de nombre Rudolf Sieber. El joven indicó a Marlene que se subiera las trenzas, se pusiera un vestido escotado y procurase actuar como una muchacha vulgar. Al verla transformada así, Sieber sucumbió a sus encantos y se casó con ella en 1923.

Quince años después, cuando Hitler invadió Checoslovaquia, Marlene volvió a comportarse como un ángel. La familia de su marido fue llevada a un campo de prisioneros y ella no cejó desde entonces en averiguar su paradero. Por fin logró que un funcionario del sector ruso de Berlín le diera un pase para la zona oriental. Una vez localizados los presos, se encargó de ponerlos a salvo en el sector occidental de Berlín.

Pero el culmen de sus buenas obras fue ceder el talento de artista para la diversión de los soldados estadounidenses durante tres años de la Segunda Guerra Mundial, llegándose a jugar el tipo por trabajar cerca del frente. Tampoco tuvo reparo alguno en aguardar

con encomiable paciencia su turno en las filas del rancho para que le sirvieran el plato, ni en dormir entre ruinas infestadas de ratas. Algunos soldados recordaban haberla visto arrimar el hombro para levantar un jeep volcado en Italia. Contrajo pulmonía en Bari. Estuvo a punto de ser hecha prisionera cuando retrocedía con las tropas en la batalla de las Ardenas. Entró en Roma con las fuerzas estadounidenses, encaramada en un camión, mientras entonaba canciones con su voz baja y cálida, el ademán soñoliento y burlón, haciéndose acompañar con un serrucho musical.

El padre, Louis Erich Otto Dietrich, un subteniente testarudo que llegó a ser comandante de un renombrado regimiento de caballería, dotó a su hija de su misma fibra espartana. Su madre, Wilhelmina Elisabeth Joséphine Felsing, una distinguida dama de origen francés y acerado temple, tampoco le iba a la zaga.

Marlene pasó buena parte de su niñez en diversas plazas fuertes de Alemania Oriental donde su padre estaba de guarnición. Hizo sus primeros estudios con institutrices que le enseñaron francés desde los tres años e inglés desde que cumplió los seis. Fue sometida a una férrea disciplina para formar su carácter: prescindía del abrigo cuando sentía frío y se abstenía de beber agua cuando tenía sed. Implacable con ella misma y tierna con los demás, como un ángel.

El demonio de Hitler

Marlene Dietrich aborreció con toda su alma a Adolf Hitler y al régimen nazi de terror que él representaba. Como ella era la estrella cinematográfica más refulgente de Alemania, la visitaron en tres ocasiones enviados especiales del Führer para ofrecerle el trono de reina absoluta de la industria del celuloide en su país. Llegaron a insinuarle que el mismísimo Hitler en persona pondría el corazón a sus pies. La insinuación provino en una de aquellas visitas nada menos que de Joachim von Ribbentrop, ministro de Asuntos

Exteriores del Tercer Reich desde febrero de 1938 hasta abril de 1945.

Tras el exitoso estreno de *El ángel azul*, Marlene había salido rumbo a Hollywood en compañía de Von Sternberg. Poco después actuaba ya con Gary Cooper en su primera película estadounidense, *Marruecos*, que la catapultó a la fama mundial. No era extraño así que hasta un demonio como Hitler suspirase por ella.

71

FECHA: JULIO DE 1787. La muerte de la madre de Ludwig, cuando él tenía sólo diecisiete años, le convirtió en jefe de familia con dos hermanos menores y un padre alcohólico.

LUGAR: COLONIA. Apiadándose de la familia, el elector de la ciudad alemana concedió una pensión vitalicia al padre para que el hijo pudiera convertirse en músico de la corte.

ANÉCDOTA: En cierta ocasión, Ludwig fue arrestado por la policía alemana por vagancia al encontrarle dormido en plena calle, dado que solía echarse para descansar en cualquier sitio.

La cara oculta de Beethoven

Los niños excepcionales son fruto a menudo de padres corrientes. Ludwig van Beethoven (1770-1827) fue quizá un caso extremo. Empezando por su padre, Johann van Beethoven, cuya partícula «van» del apellido no era un signo de nobleza, como «von», sino que provenía de una familia flamenca donde «van Beethoven» significaba lisa y llanamente «de los huertos de remolacha».

Nuestro protagonista nació en un hogar pobre, en la ciudad alemana de Bonn. Su padre era un alcohólico redomado, que alternaba momentos de ofuscación con otros más contados de lucidez en la Corte del elector de Colonia, donde era tenor de ínfima categoría.

Su madre, Maria Magdalena Keverich, tampoco era una dama de alto copete. Hija del jefe de cocineros del castillo de Ehrenbreitstein, la pobre mujer sufría maltrato físico por parte del marido, y encima era tuberculosa. Estas desgraciadas circunstancias alimentaron el amor que el futuro compositor le profesó a ella hasta su misma

muerte, acaecida en julio de 1787, cuando él contaba tan sólo diecisiete años.

Entretanto, apercibido del singular talento musical de su hijo, Johann van Beethoven trató de explotarlo a toda costa. Pero con vestir de raso floreado al fornido y ceñudo muchacho y con rebajarle dos años de edad, no iba a convertirlo en un niño prodigio. Su primera gira de conciertos entre el Rin y Holanda fue un fracaso rotundo no por falta de aptitudes, sino porque el desarrollo de las mismas requería en su caso un desarrollo lento, aunque fuese sólido, como el acero.

Cegado por la ambición, el padre era incapaz de asimilar aquello. Llegaba a su casa ebrio, de madrugada, y despertaba de malos modos a su hijo para que practicara en su presencia. Un sonoro bofetón castigaba el menor tropiezo de los dedos adormecidos sobre el piano o la viola. Llegó el día en que, harto de que el muchacho interpretara a su aire los pentagramas, guiado por el impulso irrefrenable de su talento, buscó un maestro que le sustituyera.

Tampoco entendió Johann van Beethoven que los genios aprendían solos; a diferencia de Wolfgang Amadeus Mozart, quien, nada más escucharle tocar con dieciséis años, intuyó el gran don que llevaba dentro. Pero la enfermedad mortal de la madre del compositor alemán se interpuso entonces entre ellos. Y cuando Maria Magdalena Keverich falleció, el padre de Beethoven se había hundido ya en el abismo del alcohol. Ludwig tuvo que convertirse así en jefe de la familia, con dos hermanos menores a su cargo.

Apiadándose de ellos, el elector de Colonia concedió una pensión vitalicia al padre para que el hijo pudiera convertirse en músico de la Corte, tocando la viola en la ópera, el órgano en la iglesia y el piano en palacio.

Las clases de piano sirvieron a Ludwig para relacionarse también con familias influyentes, como los Breuning, en cuyo círculo entró casi como hijo adoptivo; y por supuesto, con el joven conde Waldstein, que le dio cartas de recomendación para personajes destacados de Viena.

Muy pronto, la aristocracia vienesa lo colmó de aplausos y de admiración, cosechando éxitos con su célebre *Sonata a Kreutzer*,

para violín; las *Sonatas Patéticas* y *Claro de Luna*; sus dos primeras sinfonías, los tres primeros conciertos para piano, serenatas, música para cuartetos de cuerda…

¿Quién iba a pensar, sin escucharle tocar con sus manos anchas y bruscas, que aquel sujeto de hombros abultados, cabeza inclinada, cabello alborotado y ojos azules y tempestuosos llegaría a conquistar los corazones de la capital musical por excelencia de Europa? Con razón, el colonizador de todas aquellas melodiosas pasiones se sentía inspirado «para tocar de corazón a corazón», como él mismo escribió.

Bajo su aspecto de hombre rudo y desaliñado, feo y extravagante incluso, se escondía una sensibilidad exquisita que seducía el alma de quienes lo escuchaban anonadados. Su mundo interior, oculto, se enriqueció desde el primer silbido que, a modo de aviso, sintió un malhadado día en sus oídos. Desde entonces, los sonidos fuertes le causaban dolor, y los suaves no los advertía. Guardó el secreto huyendo de sus amigos, refugiado en su universo. Sólo tras su muerte se halló entre sus papeles esta especie de grito desesperado: «Oigan todos los que me tienen por adusto, malhumorado, misántropo, y que tanto mal me hacen con ese concepto. Estoy incurablemente enfermo. Nacido con un temperamento fogoso e inclinado a la compañía, me he visto forzado a aislarme, pues no puedo decir a los que están conmigo: háblenme fuerte, grítenme, porque soy sordo». ¡Sordo! Ésa fue la silenciosa tumba del inefable músico.

Un talento contradictorio

La madre naturaleza ha sido caprichosa muchas veces con los grandes talentos, dotándoles de una imagen externa que ninguna relación guardaba con sus escondidos dones. Beethoven era un claro paradigma de ello: exteriormente era un hombre sin tacto ni tino alguno, áspero, tosco y descortés, que solía derramar el tintero

sobre el piano. Quienes lo conocieron en vida aseguraban que ni siquiera era capaz de seguir con los pies el más sencillo de los ritmos de baile.

Y sin embargo, hasta los muchachos que apoyaban a los Aliados en la Segunda Guerra Mundial silbaban los célebres compases de su *Quinta Sinfonía*, desafiantes ante las tropas nazis de ocupación; e incluso en los cafés de los países ocupados la gente la tintineaba en sus copas, mientras los nazis se mostraban impotentes para silenciar la más grandiosa música alemana convertida en todo un símbolo contra sus aspiraciones. Beethoven era así de contradictorio.

72

FECHA: 1591. El sacerdote jesuita Francisco Franco, absuelto por la Inquisición, compartió con su homónimo el Caudillo su devoción por la Virgen del Pilar y santa Teresa de Jesús.

LUGAR: ZARAGOZA. Nacido en la localidad de Sediles, Francisco Franco informó en su día al papa Urbano VIII, sucesor de Gregorio XV, del célebre milagro del Cojo de Calanda.

ANÉCDOTA: Franco dio fe ante el Papa de que a Miguel Juan Pellicer le fue reimplantada para siempre, mientras dormía plácidamente, su pierna derecha enterrada dos años antes.

El otro Franco

¿Era Francisco Franco sacerdote? El otro Franco, sí. Aludimos a un personaje singular que ahora nos disponemos a rescatar del abismo sideral de la Historia, llamado exactamente igual que el hombre que rigió los designios de España durante casi cuarenta años, por increíble que parezca.

Sacerdote jesuita, en su caso, Francisco Franco no fue en modo alguno un personaje de ficción. Nació en el año de gracia de 1591, en la localidad zaragozana de Sediles, convirtiéndose con el tiempo en rector de Huesca y Zaragoza, donde falleció en 1679.

Pese a vivir en siglos tan distintos y distantes, el sacerdote y el militar tuvieron en común no sólo el nombre. Ambos compartieron su mismo sentido trascendente de la existencia: mientras el clérigo invocaba siempre a su santa predilecta, Teresa de Jesús, para que le ayudara en su vida ascética, el Generalísimo de los Ejércitos llevaba siempre consigo en sus campañas de la Guerra Civil la mano derecha, que no la izquierda, de la célebre Doctora de la Iglesia.

El padre Francisco Franco manifestó al tribunal del Santo Oficio que le absolvió finalmente, que además de sus locuciones privadas con Jesucristo y la Virgen María, escuchaba con cierta frecuencia la voz de su santa preferida. Su homónimo el Caudillo no llegó tan lejos como él, pero siempre que podía tenía a la vista la mano derecha de Teresa de Jesús, que le fue entregada por las monjas de las carmelitas descalzas cuando desalojaron su convento malagueño de Ronda.

En sus desplazamientos por el frente o la retaguardia, un asistente especialmente designado por él transportaba y custodiaba tan valiosa reliquia, con mayor celo aún que si guardase las claves secretas de las posiciones de todas sus baterías. Al acostarse, el general colocaba la mano de santa Teresa sobre su mesilla de noche. Años después, con ocasión de su enfermedad circulatoria, la reliquia de la santa fue llevada a la habitación 609 del hospital del Generalísimo.

Los «dos Franco» profesaban también gran devoción a la Virgen del Pilar, patrona actual de Zaragoza y de la Guardia Civil. Hallándose en Roma en 1642, como procurador de Zaragoza, el jesuita Francisco Franco informó al papa Urbano VIII, sucesor de Gregorio XV, del milagro del Cojo de Calanda.

La noticia sobre Miguel Juan Pellicer, vecino de Calanda, población situada en el bajo Aragón, reclamó el interés del rey Felipe IV de España, de la Santa Sede y de la mayoría de los reinos de Occidente, propiciando incluso la composición de esta sentida copla popular: «Miguel Pellicer *vecino de Calanda* tenía una pierna *muerta y enterrada.* Dos años y cinco meses, *cosa cierta y probada,* por médicos cirujanos / que la tenía cortada…».

Francisco Franco dio fe ante el Papa de que el infortunado Pellicer, de veintitrés años, había sufrido un accidente en el campo mientras recolectaba trigo. Una rueda de carro pasó por encima de su pierna derecha, triturándosela. Gangrenada por completo, el cirujano no tuvo más remedio que amputársela cuatro dedos por debajo de la rodilla en el hospital público de Zaragoza. La pierna fue enterrada, como era costumbre, en el cementerio del hospital. Desde entonces, Pellicer se dedicó a pedir limosna a la puerta del santuario del Pilar,

frotándose luego el muñón con un poco de aceite de una lámpara de la iglesia tras asistir a misa. Hasta que el 29 de marzo de 1640, mientras dormía plácidamente, le fue reimplantada repentina y definitivamente la pierna derecha que dos años antes había perdido.

Urbano VIII se quedó boquiabierto al escuchar el relato de Francisco Franco; lo mismo que el rey Felipe IV, padre de Carlos II «el Hechizado», cuando el jesuita le entregó un memorial donde se le conminaba a cambiar de inmediato su vida de crápula. No en vano, se atribuían al monarca hasta cuarenta hijos bastardos, entre ellos don Juan José de Austria.

El sacerdote instó al rey, con valentía, a que volviese su mirada a Dios. De lo contrario, la dinastía de los Austrias se extinguiría para siempre de España y habría muchas guerras. Mientras el soberano leía el comprometedor documento, el visionario jesuita contempló despavorido al rey muerto con sesenta años. Su cadáver apareció ante sus ojos vestido con traje de terciopelo de amusco en el interior de un catafalco de plata y terciopelo rojo. El rostro inerte del monarca era alargado, los ojos estaban cerrados, la mandíbula, saliente, y el largo y fino bigote, con las guías hacia arriba. La profecía de Francisco Franco se cumplió a rajatabla.

El rey ungido

El jesuita Francisco Franco fue procesado por el tribunal inquisitorial de Zaragoza, entre otros cargos, por ser un seguidor incondicional de su paisano aragonés Pedro Isabal, conocido como «el rey ungido». Isabal, como Franco, era un visionario que se comunicaba directamente, según él, con algunas criaturas celestiales, incluido el arcángel san Miguel.

En una de sus visiones, llegó a creerse que era un rey ungido por el Todopoderoso, encargado de poner fin a la corrompida dinastía de los Austrias. Sus insólitas afirmaciones le valieron pasar el resto de sus días confinado en una cárcel de la Inquisición; al contrario que

Francisco Franco, quien sí pudo abandonar su encierro tras ser declarado inocente durante un arduo proceso que a punto estuvo de arruinar su carrera eclesiástica. Franco había admitido las profecías de una monja y de dos astrólogos que le señalaban como futuro sucesor en el solio de Pedro, nada menos.

73

FECHA: 12/4/1945. Franklin Delano Roosevelt, trigésimo segundo presidente de Estados Unidos, dejó a su muerte un almacén repleto de regalos recibidos durante sus doce años de mandato presidencial.

LUGAR: WASHINGTON. Entre los obsequios registrados en la oficina de la Casa Blanca había cocodrilos, caballos árabes, valiosos cuadros y muebles, e incluso un descomunal queso de 570 kilos.

ANÉCDOTA: Una niña italiana de Texas se pasó tres años enteros tallando en madera una fachada catedralicia para regalársela con toda la ilusión del mundo al presidente estadounidense.

El tesoro escondido del presidente Roosevelt

Si hubiese declarado a la Hacienda Pública su formidable bazar de regalos como «retribuciones en especie», el trigésimo segundo presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt (1882-1945), habría sido con toda seguridad uno de los mandatarios que más impuestos hubiesen pagado en la historia del mundo contemporáneo. Y en España, sin ir más lejos, tal y como están hoy las cosas, hubiese calentado con su trasero el banquillo de los acusados en caso de no hacerlo.

Durante los doce años de su presidencia, desde el 4 de marzo de 1933 hasta el 12 de abril de 1945, la oficina de correos de la Casa Blanca se asemejó a un zoológico en pequeña escala: junto a un centenar de aterciopelados pollitos amarillos y una pareja de cachorros de bulldog inglés, que piaban o ladraban en sus respectivas jaulas, el periodista Donald Wilhelm, graduado en la Universidad de Harvard en 1911, atisbó en su insólita visita cómo en

su cuna de cartón se desperezaba con torpe y soñolienta lentitud un diminuto cocodrilo.

Donald Wilhelm no dio crédito a todas las demás extrañas criaturas que poblaban el enorme almacén aquella mañana: la montaraz cabra, el águila altanera, los conejillos de Indias y hasta lagartos de variopintos colores.

El reportero acreditó luego también, en su artículo publicado en *The Kiwanis Magazine*, en marzo de 1941, la abundancia de lienzos y dibujos de toda clase y tamaño, desde el gracioso borrón ejecutado por un niño valiéndose de un estuche de acuarelas de veinticinco centavos, hasta el cuadro que ostentaba la firma de un eminente artista. Donald contempló allí, mezcladas en varias mesas que servían de pedestal, naturalezas vivas o muertas como un sapo-toro común de veinte centímetros de longitud corporal, un manuscrito antiguo y hasta un pudin de ciruelas.

Apercibidos de que la mayoría de esos regalos procedían de ciudadanos que buscaban tan sólo halagar y obsequiar al presidente, los empleados de la Casa Blanca se los devolvían enseguida con unas líneas de agradecimiento. Pero otras muchas dádivas permanecían allí, almacenadas luego en un edificio de Hyde Park diseñado por el propio Roosevelt y levantado con fondos de suscriptores particulares, que fue a parar a manos del Gobierno federal. En aquella especie de museo se hacinaban multitud de obsequios, junto con los papeles y las colecciones privadas que el propio presidente legaría a la posteridad para hacer de sí mismo un importante centro de estudios.

Algunos donantes, sin embargo, ávidos de notoriedad, quedaban decepcionados porque, a diferencia de la Casa Real española y de otras europeas, no existía en su país el codiciado y enaltecedor epígrafe: «Proveedores de la Casa Presidencial».

La oficina de correos se convertía también en una tienda de alimentos delicatessen. El presidente recibía cada año el primer salmón que se pescaba en un criadero cerca de Bangor, en Nueva Inglaterra. Por no hablar de las piezas de aves más cotizadas, o de la carne de jabalí y de reno, y hasta de suculentas tajadas de oso. En Nochebuena, la oficina se transformaba en el reino de la

confitería con tortas, panelas, pasteles, dulces en conserva y golosinas de todo género.

Y qué decir sobre la sandía de más de cien libras de peso que un mensajero depositó allí un día inesperado; o sobre el descomunal queso de 570 kilos que llevaron hasta la misma oficina, tirando con denodado afán del carro, una cuadrilla de seis gallardos percherones. Y hablando de caballos, ninguno como el de pura raza árabe, bautizado con el significativo nombre de New Deal, en homenaje a la nueva política del propio Roosevelt.

Los ciudadanos conocían de sobra las aficiones de su presidente, y trataban de agradarle con sus regalos. Los pescadores le enviaban útiles y docenas de tarjetas con casilleros para anotar las piezas cobradas; e incluso algo tan desagradable como la masa movediza y gelatinosa de gusanos con la que un joven de Connecticut pringó las manos de un funcionario, destinada a cebar los anzuelos presidenciales.

Y no sólo los humildes hacían regalos a su presidente. Los poderosos figuraban también en el libro de donantes, como el célebre general filipino independentista Emilio Aguinaldo, que le obsequió con una monumental mesa de caoba tallada para la antecámara de su despacho a las pocas horas de jurar el cargo; o el ex presidente de Polonia, que le envió una valiosa colección de treinta y ocho pequeños lienzos que representaban pasajes y próceres gloriosos de la Historia de Estados Unidos. Un verdadero tesoro para todo un beneficiario del lujo.

El escándalo del primogénito

Casi nadie sabe hoy en España que James Roosevelt, primogénito del presidente Franklin Delano Roosevelt, se vio envuelto en uno de los mayores escándalos financieros en la Historia de Estados Unidos. James Roosevelt presidía la multinacional Overseas Management Company desde 1966.

Ocho años después, Philip Loomis, miembro de la Securities and Exchange Commision, la agencia independiente de Estados Unidos encargada de regular los mercados de valores, conocida popularmente como la SEC, proclamó a bombo y platillo que las autoridades se enfrentaban a «uno de los mayores fraudes de valores jamás perpetrado».

No en vano, se estimaba que al menos 224 millones de dólares, procedentes de cuatro fondos de inversión (Venture Fund, Fondo de Fondos, International Investment Trust y Transglobal Growth Fund) gestionados por Robert Lee Vesco y sus colaboradores, entre ellos el propio James Roosevelt, habían sido desviados a empresas de otros países para lucro personal de los desleales administradores.

74

FECHA: 1931. Dos semanas antes del juicio, Harris supo que Capone había sobornado al jurado, denunciándolo al juez James Wilkerson, quien se limitó a cambiarlo en plena vista oral.

LUGAR: CHICAGO. El ejército de setecientos hombres que protegían a Al Capone, provistos de armas automáticas y de vehículos blindados, sembraban las calles de unos cincuenta cadáveres al año.

ANÉCDOTA: Harris vigiló al guardaespaldas favorito de Capone, Phil D'Andrea, durante el juicio, localizando un bulto en el bolsillo de su cadera derecha, que resultó ser una pistola.

La verdad sobre la caza y captura de Al Capone

Con la detención del «zar del vicio y el crimen» Alphonse Gabriel Capone (1899-1947), apodado «Scarface» —en castellano, «cara cortada», por la cicatriz imborrable de su rostro tras un tajo de navaja—, la realidad supera con creces a la ficción llevada a la gran pantalla por el cineasta Brian de Palma con su frenética cinta *Los intocables de Eliot Ness*, en 1987.

Siempre me ha sobrecogido el minucioso relato del hombre que en última instancia hizo posible su detención: Frank Harris, agente del IRS, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

Convertido luego en jefe de la policía secreta de su país entre 1937 y 1946, Harris contó a su sucesor en el cargo, Howard Whitman, cómo lograron atrapar a Capone los «intocables» de Eliot Ness (1903-1957).

Capone llegó a estar en boca de todo el mundo. Su terrible currículo de gángster provocaba aspavientos en los rostros de los ciudadanos. Se comentaba que cobraba un porcentaje por cada caja

de whisky que entraba en Chicago, en plena vigencia de la «Ley Seca»; que explotaba centenares de tabernas de alcohol clandestinas y de garitos de apuestas hípicas, lupanares, fábricas de cerveza… Todo aquello que oliese a corrupción.

El propio Frank Harris recordaba que el mayor delincuente de la historia reciente de su país tampoco se recataba en alardear de su fastuoso tren de vida: era dueño de un palacio en Florida y derrochaba mil dólares semanales reuniendo a sus aduladores en pantagruélicos banquetes; se paseaba en limusinas de dieciséis cilindros; dormía con pijamas de seda de cincuenta dólares y encargaba de golpe a su sastre quince trajes a cuadros, a casi ciento cincuenta dólares cada uno, en cuyos pantalones lucía cinturones con hebillas de diamantes.

¿Cómo podían los «intocables», con tan escasas fuerzas, hacer frente al ejército de setecientos hombres que protegían día y noche a su corrupto jefe, provistos de armas automáticas y de vehículos blindados, que para colmo sembraban las calles de Chicago de unos cincuenta cadáveres al año?

Con razón, Harris no tuvo valor para decirle a su esposa Judit, cuando partió de Baltimore para Chicago en 1928, que el tal Curly Brown al que intentaba acorralar por impago de impuestos era en realidad un seudónimo del mismísimo Capone. Su agente en Chicago, Art Madden, tampoco le dio la menor esperanza a su llegada: «Probarle a Capone el delito de fraude fiscal es algo así como hacer un embargo en la Luna», advirtió con una expresiva metáfora.

Instalado en un cuartucho sin ventanas y con paredes desconchadas, Harris pasó meses enteros investigando sin ningún resultado. Uno de esos días, supo por un confidente que un reportero del diario *Tribune* de Chicago, Jake Lingle, manejaba datos comprometedores para Capone. Visitó al director del rotativo, Robert McCormick, y éste le autorizó a que hablara con su periodista, pero Lingle fue asesinado al día siguiente en una estación de metro.

Pasaron dos años interminables sin que pudiera hacer nada. Hasta que una madrugada, extenuado de tanto repasar sus datos, reparó en la existencia de un paquete envuelto en papel pardusco, apilado

en un cuarto adyacente. Cortó la cuerda y halló tres libros de contabilidad, uno de los cuales reflejaba varias columnas de cifras con estos encabezamientos: «Pajarera», «21», «Dados», «Faraón», «Ruleta», «Apuestas hípicas». Eran las anotaciones de un gran negocio con entradas de ingresos de hasta treinta mil dólares diarios; los beneficios netos en sólo dieciocho meses excedían de medio millón de dólares. Aquellos libros se habían incautado en un registro efectuado tras el asesinato del procurador auxiliar del Estado, William McSwiggin, en 1926. Si Harris demostraba su relación con Capone, podría echarle el guante.

A esas alturas era incapaz de borrar de su cabeza el siniestro retrato del gángster: su aceitunada cara regordeta, los labios gruesos y fruncidos, la doble papada porcina y la cicatriz, como un fuerte trazo de lápiz, que le cruzaba el carrillo.

Buscó con ahínco al autor de la letra de los libros de contabilidad y dio por fin con Lou Shumway, a quien garantizó protección si declaraba contra su jefe. Poco después, detuvo a Fred Ries, alias «Dumbar», quien también colaboraría.

En otoño de 1931, dos semanas antes del juicio, supo que Capone había sobornado al jurado. Lo denunció al juez federal James Wilkerson, quien se limitó a indicar durante la vista oral: «El juez Edwards tiene otro juicio que empieza hoy. Vaya a su sala de audiencia y tráigame a todos sus jurados. Lleve todos los míos al juez Edwards». Capone quedó así *caput* para siempre.

Una celda infestada de chinches

El agente Frank Harris recordaba con especial delectación el día en que detuvo al decisivo testigo Fred Ries, apodado «Dumbar», con ayuda de su compañero Nels Tessem. Para ello, siguieron ambos a un mensajero que portaba una carta urgente para Ries, en la que los altos sicarios de Capone le conminaban a huir a México para eludir la Justicia.

Al principio, el detenido se negó a hablar. Pero Harris y sus compañeros sabían muy bien cómo hacerle cantar. Para ello, le confinaron en una celda repleta de chinches durante una semana entera, sabiendo el terror patológico que le inspiraban esos diminutos insectos que le chupaban la sangre taladrando la piel con picaduras irritantes. Harris lo puso a salvo en América del Sur, una vez que Ries declaró ante un gran jurado de Chicago que parte de las ganancias reflejadas en la contabilidad iban a parar a los bolsillos de Capone.

75

FECHA: 1892. César Ritz se trasladó a Inglaterra, donde fue el primero en instalar cuartos de baño en las habitaciones, decoradas con lujosos cortinajes y alfombras, polveras y tocadores.

LUGAR: LONDRES. Organizó una fiesta para Alfred Beit, el rey de los diamantes africanos, anegando un salón, a modo de pequeña Venecia, donde los comensales almorzaron reclinados en góndolas.

ANÉCDOTA: Poco antes de morir, en octubre de 1918, murmuró a su esposa: "Cuida de nuestra hija"; pero su única "hija" era entonces el hotel Ritz de París.

¿Quién fue César Ritz en realidad?

«A la gente le gusta que le sirvan, pero de forma invisible.» La frase, antológica, la pronunció César Ritz (1850-1918), nacido en la aldea de Niederwald, en los Alpes suizos.

¿Quién iba a decirle al encargado del comedor de un hotel de la vecina población de Brig, donde Ritz empezó a trabajar con dieciséis años, que aquel mismo muchacho al que despidió malhumorado, tras reprocharle que carecía del don de servir a los demás, llegaría a convertirse en el padre de la hostelería moderna?

Al cabo de más de siglo y medio, Ritz sigue siendo sinónimo de lujo y fastuosidad. Apenas sin estudios, ni falta que le hicieron tras su meteórica ascensión en los negocios hosteleros, llegó a Londres en la última década del siglo XIX dispuesto a zanjar los respetos humanos de las encopetadas damas inglesas para dejarse ver en un restaurante público. Muy pronto, este mago de la seducción convirtió sus alhajados comedores del Savoy, el Carlton, el Claridge o el Ritz, regidos más tarde o temprano por él, en todo un fenómeno social, como El Corte Inglés.

Con la ayuda inefable de su célebre chef Auguste Escoffier, ideó una cocina revolucionaria para la época que cautivó a todas aquellas remilgadas damiselas que exhibían sus mejores atuendos, mientras degustaban los más exquisitos manjares al son musical de la orquesta de Johann Strauss.

Pero hasta llegar ahí, el joven Ritz se llevó más de una decepción y debió trabajar sin desmayo. Despedido de nuevo como simple camarero en su tierra natal, se marchó a París, donde tampoco le quisieron en los cuatro restaurantes por los que pasó. Pero, en lugar de conformarse con volar como las aves de corral, quiso hacerlo como las águilas. Llamó así al final a la puerta del principal restaurante del día, Voisin, donde le contrataron de nuevo como camarero auxiliar. Devoraba la comida con los ojos estando allí, no sólo porque los platos que servía en ostentosas bandejas de plata resultasen gratos al paladar, sino también a su vista de lince. Observó y aprendió en la cocina a adobar un pato en gelatina, a trinchar un asado y luego, en el salón, a escanciar el borgoña en presencia de comensales tan distinguidos como Alexandre Dumas o los Rothschild.

En 1871 abandonó París para trabajar en Alemania y Suiza. Precisamente en la localidad de Lucerna tuvo oportunidad de entablar relación con el empresario suizo Pfyffer d'Altishofen, fundador del Gran Hotel Nacional, del cual nuestro protagonista se convirtió pronto en gerente.

Ritz fue el primero en instalar cuartos de baño en las habitaciones, decoradas con lujosos cortinajes y alfombras, polveras y tocadores provistos de jofaina y depósito de agua. Toda una innovación para la época. Y fue también pionero en formular los cuatro mandamientos del hostelero moderno: verlo todo sin mirar, oírlo todo sin escuchar, mostrarse atento sin resultar servil y preverlo todo sin pasar por pretencioso.

Las reglas, en su caso, eran desde luego fundamentales, pero carecían de sentido sin el aporte indispensable de la imaginación. En Lucerna, Ritz tuvo oportunidad de predicar con el ejemplo. Cuando la princesa María Carolina de Borbón-Dos Sicilias, sobrina de la reina María Cristina de España y de Teresa, emperatriz de Brasil, le

encomendó la celebración de su compromiso matrimonial con el conde polaco Andrzej Przemyslaw Zamoyski, Ritz se las ingenió para sorprender a todo el mundo. La escena preparada por el hostelero jamás se borró de las aristocráticas retinas: a la orilla del lago aguardaba a los novios el día señalado una docena de botes de vela cubiertos de flores y refulgentes de luz. Un marinero instalado en la proa disparaba bengalas para recibir a cada invitado que subía a bordo. Barcos más grandes rodeaban a los pequeños distribuyendo manjares y bebidas, y hasta en los cuatro picachos que dominaban el lago resplandecían enormes hogueras.

En 1892 se trasladó a Londres para hacerse cargo del hotel Savoy. Tampoco dejó de sorprender a sus clientes allí. Los más insignes seguían recurriendo a sus servicios para las grandes ocasiones, como Alfred Beit, el rey de los diamantes de África del Sur. Ritz preparó en su honor un espectáculo digno de una lumbrera como él: anegó el salón de baile del hotel hasta convertirlo en una Venecia en miniatura. Reclinados en góndolas, los asistentes saciaron sus estómagos mientras el tenor italiano Enrico Caruso cantaba para ellos, incluido lord Randoph Churchill, padre del futuro primer ministro británico. Un sueño teatral, como tantos otros suyos, que sólo César Ritz supo convertir en realidad.

La indigestión del príncipe de Gales

Además de ser paciente y meticuloso en su trabajo, César Ritz poseía un fino, y a veces hasta osado, sentido del humor sin hacer distinciones entre clientes. Ni siquiera con el príncipe de Gales, futuro Eduardo VII de Inglaterra, que tampoco se libró de sus bromas. Huelga decir que existía ya entonces un trato afectuoso entre ambos, guardando, claro está, la respetuosa distancia entre servidor y cliente.

Sucedió el día en que Ritz decidió sorprender al príncipe de Gales con un plato muy especial, al que denominó *Cuisses de Nymphes à*

l'Aurore («muslos de ninfa a la aurora»). El príncipe disfrutó de lo lindo con aquel guiso, hasta que casi se le cortó la digestión al enterarse por Ritz, naturalmente, de que los muslos de ninfa no eran tales, sino ancas de rana aderezadas con crema y mosela. El regio comensal aborrecía las ancas de rana. La anécdota quedó ahí.

76

FECHA: 2016. El Kremlin sigue siendo hoy un formidable bastión más vigilado que Gibraltar, y parapetado entre muros de hasta seis metros de espesor y veinte metros de altura.

LUGAR: MOSCÚ. En el siglo XII, el Kremlin era la ciudad entera y estaba cercado por una soberbia empalizada para defenderse de los temibles ataques de las fuerzas tártaras.

ANÉCDOTA: Los periodistas decían del Kremlin, durante el régimen terrorífico de Stalin, que era sin duda el lugar más inaccesible del mundo; la afirmación tampoco resulta exagerada hoy.

Las entrañas del Kremlin

El principal morador del Kremlin se llama hoy Vladímir Putin, presidente de la Federación Rusa, nacido en Leningrado el 7 de octubre de 1952.

Ex agente del KGB con el rango de teniente coronel y ferviente miembro de la Iglesia ortodoxa, además de graduado con honores en Derecho por la Universidad Estatal de Leningrado, Putin reside también por motivos de seguridad en aquella gigantesca fortaleza.

A veces, se retira unos días para meditar al monasterio ortodoxo de Valaam, situado en la isla del mismo nombre, en el extremo norte del lago Ládoga, y otras, se traslada a Sochi, una localidad al sur de Rusia donde dispone de otra vivienda oficial bautizada como Bocharov Ruchei. Mantiene abierto también su palacete Novo-Ogariovo, construido en el siglo XIX en la periferia oeste de Moscú.

El presidente ruso labora en el corazón del Kremlin: en el Palacio del Senado, que alberga su despacho, la Oficina Presidencial, el Salón Ceremonial, la Biblioteca, el Salón del Consejo de Seguridad o

el de Embajadores. Este palacio fue construido entre 1776 y 1788 por encargo de la emperatriz Catalina II.

En el llamado Edificio 14 se reparten las distintas dependencias del equipo presidencial: Administración, Dirección Protocolaria, de Política Exterior y de Prensa, Comandancia del Kremlin y sede de la Guardia Federal.

Para las ceremonias oficiales y recepciones de jefes de Estado se reserva el Gran Palacio, construido por el zar Nicolás I entre 1830 y 1840; un vasto edificio rectangular de piedra blanca alzado alrededor de un gran patio en cuyo centro hay una catedral. En uno de sus salones, el de Santa Catalina, con su regio techo sostenido por dos pilares macizos de malaquita, se celebran suntuosos banquetes regados con vinos de Crimea y el imprescindible vodka.

El Kremlin sigue siendo hoy, al cabo de los siglos, un formidable bastión más vigilado incluso que Gibraltar, y parapetado entre unos muros de hasta seis metros de espesor que llegan a rozar los veinte metros de altura.

A su lado, las residencias de otros altos mandatarios del mundo como la Casa Blanca (Estados Unidos), Downing Street (Inglaterra), el Palacio del Elíseo (Francia) o la Casa Rosada (Argentina), por no hablar de La Moncloa, en España, son simples maquetas concebidas a ínfima escala.

En el interior de sus diecisiete hectáreas de superficie se alzan cuatro grandes catedrales y una docena de iglesias y capillas, o los vestigios que de ellas se conservan. Los verdes tejados y las altas cúpulas doradas de esos templos elevan hacia el cielo enjoyadas cruces que, vistas a la luz del amanecer, hacen que la ciudad parezca más bien un celeste paraíso que la sede de un poder terrenal.

En el siglo XII, el Kremlin era la ciudad entera de Moscú y estaba cercado por una empalizada para defenderse de los ataques de los tártaros. Dos siglos después se levantaron las colosales murallas de roca, revestidas de rosados ladrillos, cuya construcción costó treinta años de arduo trabajo a varios arquitectos y a una legión de campesinos rusos, los llamados *mujiks*.

Fue allí, en aquel mismo recinto amurallado, donde el zar Iván el Terrible abrió la cabeza a su propio hijo con el cetro de oro del imperio. En la plaza Roja, sobre la cual da la fachada nordeste del Kremlin, se localiza el bloque de piedra de las ejecuciones, donde Iván decapitó a centenares de víctimas inocentes. Sobre él se alza la catedral de San Basilio, célebre por sus multicolores torres en forma de cebolla, una de las más raras maravillas arquitectónicas del mundo. Baste decir que cuando se terminó de construir, Iván hizo sacar los ojos al arquitecto que dirigió la obra para que no pudiese hacer otra semejante.

En 1703 Pedro el Grande trasladó la capital a la nueva ciudad de San Petersburgo y el Kremlin perdió importancia… hasta 1918, cuando los bolcheviques retornaron a Moscú. Los comunistas controlaban un país de 150 millones de habitantes con un partido de 200.000 afiliados, y aquellas diecisiete hectáreas fortificadas en el corazón de la capital eran precisamente lo que necesitaban. Los jefes del partido comunista y sus estados mayores ocuparon la mitad del Kremlin; la otra mitad era un monumento conmemorativo de las glorias de la vieja Rusia.

En la Armería Real se conservan los sitiales de los zares, entre ellos el trono revestido de una fina capa de oro tachonada con dos mil piedras preciosas de Borís Godunov. El Kremlin sigue siendo hoy una hermosa fortaleza y todo un símbolo, a veces trágico, del poder.

La riviera soviética

Desde la Revolución de Octubre, Stalin y el resto de los grandes jerarcas del régimen, como hace hoy también el presidente ruso Vladímir Putin, rompían el cerco del Kremlin para escaparse unos días a sus casas de campo de Zubalovo, a una treintena de kilómetros de Moscú. En Zubalovo Uno, como se llamaba la dacha de Stalin, sus hijos Vasili y Svetlana disfrutaban de los amplios y

soleados jardines donde florecían hermosas lilas y jazmines. La casa tenía biblioteca, sala de billar y hasta un cine.

Cuando llegaba el verano, los Stalin y los máximos mandatarios del Partido Comunista de la Unión Soviética solían viajar escoltados en trenes privados hasta la Riviera soviética, donde Stalin elegía para descansar la costa del mar Negro, cerca de Sochi, residencia actual del presidente Putin. Concluidas las vacaciones, regresaban todos a la vida enclaustrada del Kremlin, entre patios adornados con pináculos y pórticos abovedados.

77

FECHA: 1828. Tras el nacimiento de Verne, surgieron en sus obras invenciones que luego existieron: desde el submarino hasta el aire acondicionado, los aeroplanos o las luces de neón.

LUGAR: NANTES. Conoció a Alexandre Dumas de la forma más insospechada y éste le aconsejó que aprovechase la geografía en sus obras, como él hacía entonces con la historia.

ANÉCDOTA: A Fernando de Lesseps, recién terminado el canal de Suez, le entusiasmó tanto *Viaje al centro de la tierra*, que propuso para Verne la Legión de Honor.

La bola de cristal de Jules Verne

Pocos príncipes de las letras me siguen fascinando hoy tanto como el francés Jules Verne (1828-1905), de quien devoré casi toda su obra siendo un adolescente. A Verne le debo haber dado varias vueltas al mundo, una de ellas en ochenta días junto a su protagonista Phileas Fogg; así como recorrer veinte mil leguas por el fondo del océano a bordo del *Nautilus*, un submarino que funcionaba con electricidad generada en el mar; alunizar juntos en el interior de un proyectil lanzado al espacio desde un lugar muy próximo a Cabo Cañaveral, cuartel general de la NASA; explorar el centro de la Tierra tras penetrar en el cráter de un volcán en Islandia, y hasta charlar con caníbales en África y con indios en las riberas del Orinoco.

¿Alguien concebiría que un autor describiese con semejante realismo y persuasión todas y cada una de sus sorprendentes aventuras sin haber salido de su casa? Si de algo estaba agotado Verne no era de viajar infinidad de kilómetros por tierra, mar o aire, como en su primer libro *Cinco semanas en globo*, cuyo original fue

rechazado sucesivamente por una quincena de editores hasta hacerle finalmente famoso con apenas treinta y cuatro años, sino por permanecer encerrado días enteros en su despacho de la torre de rojos ladrillos de su casa de Amiens. Gran culpa de sus grandes conocimientos de aerostática la tuvo su amigo Gaspard Felix Tournachon, experto tripulante de globos que dirigió estos servicios durante la Comuna de París. Pero eso ya es otra historia…

Verne escribía a mano sin desfallecer, con una férrea disciplina digna de encomio. Su portentosa imaginación no florecía hasta que le dolían los glúteos y la espalda se le quebraba tras sus prolongados encierros, cual conde de Montecristo. En una de sus salidas en «libertad provisional», pues su contrato con el editor Pierre-Jules Hetzel le exigía entregar un manuscrito cada seis meses, así durante cuarenta años, conoció precisamente a su regio pariente de las letras, Alexandre Dumas. La escena del primer encuentro entre ambos es auténtica, como la vida misma, aunque tratándose de Verne y de Dumas, si no lo advirtiésemos antes, podría parecer una aguda invención. Cierta noche, aburrido soberanamente como correspondía a su talante principesco de escritor, Verne escapó de una fiesta social lanzándose escalera abajo montado en el pasamanos. Al final chocó con la panza de un hombre orondo que se disponía a subir. Era Dumas. Una conversación banal sobre las excelencias de la tortilla de Amiens, la cual Verne aseguró cocinar como nadie, despertó enseguida el voraz apetito del autor de *Los tres mosqueteros* hasta el punto de invitarle a su casa para degustarla de su propia mano. Fue el comienzo de una hermosa y fructífera amistad, cuajada, como la tortilla de Amiens, con el aprovechamiento que hizo Verne de la geografía aconsejado por su veterano amigo, veintiséis años mayor que él, igual que éste seguía haciendo entonces con la historia.

Verne logró cautivarme también, como a incontables legiones de lectores, por sus proverbiales dotes de augur. En sus obras funcionó la televisión mucho antes incluso de que Marconi, al decir de muchos, inventase la radio. Bautizó la televisión con el curioso nombre de «fono-teléfono». Pero no acabaron ahí sus inventos literarios que más tarde se plasmarían en las maravillas técnicas del

siglo XX. Aun viviendo en plena época victoriana, empleó helicópteros en sus aventuras medio siglo antes de que volasen los hermanos Oliver y Wilbur Wright. Leerlo para creerlo. Como el hecho de que fuera capaz de adivinar con asombrosa antelación otras muchas invenciones, incluido el submarino que ya hemos visto, además del aire acondicionado, aeroplanos, rascacielos, proyectiles dirigidos, tanques y hasta luces de neón.

No era extraño así que el almirante Richard Evelyn Byrd, de regreso de su vuelo sobre el Polo Norte, asegurase que Jules Verne había sido su guía; ni que Simon Lake, uno de los padres del submarino, dejase constancia en sus *Memorias* de que nuestro protagonista había sido «el director general de mi vida».

Igual o más lejos aún fue el mariscal de Francia desde 1921, Louis Hubert Lyautey, al manifestar en el Parlamento en cierta ocasión que la ciencia moderna era la puesta en práctica de las visiones literarias de Jules Verne. Ni más ni menos.

El propio Verne solía decir: «Lo que un hombre puede imaginar otro hombre lo puede realizar». ¿Y quién fue Jules Verne, a fin de cuentas, sino un hombre adelantado a su tiempo, capaz de visualizar lo que luego sucedió?

EL «HERALDO DE LA TIERRA»

Jules Verne tampoco fue profeta en su tierra. Pese a ser el autor más leído de su generación, nunca lo eligieron miembro de la Academia francesa. Llegaron a burlarse incluso de su obra. La diabetes le consumió finalmente, mermándole la vista y el oído hasta su muerte, acaecida el 24 de marzo de 1905, a la edad de setenta y siete años.

Entre su legado literario, dejó un libro muy desconocido pero cuya lectura es tanto o más apasionante que el resto: *La jornada de un periodista americano en el año 2889*. La acción transcurre en Nueva York, llamada Ciudad Universal y erigida en capital del mundo. Posee

un rascacielos de trescientos metros de altura. El clima está regulado y se obtienen cosechas en el Polo Norte. Los corresponsales de *El Heraldo de la Tierra*, con ochenta millones de lectores, televisan noticias desde Júpiter, Marte y Venus… Así era Verne.

78

FECHA: 81 d.C. El emperador Tito terminó el Coliseo con ayuda de doce mil judíos cautivos llevados a Roma tras conquistar Jerusalén, muchos de los cuales fueron arrojados a las fieras.

LUGAR: ROMA. Sólo el mismo día de la inauguración del Coliseo romano, nada menos que cinco mil parejas de bravos gladiadores lucharon hasta regar con su sangre la arena.

ANÉCDOTA: Todavía hoy se conserva escrito el epitafio del gran gladiador Flamma, según el cual "recibió la espada de madera cuatro veces", pero aun así quiso seguir luchando.

Los horrores del Coliseo

La primera vez que visité el Coliseo romano me impresionó ya verlo desde fuera. Colas interminables de turistas anhelaban poner los pies en la arena más sangrienta de la historia. Se respiraba allí una atmósfera fúnebre, tétrica, espectral, como si se hubiese congelado el horror.

Vespasiano empezó a levantar el Coliseo en el año 69 de nuestra era, y Tito lo terminó doce años después. En realidad fueron cuatro años de intenso trabajo con la ayuda de doce mil judíos cautivos llevados a Roma por Tito tras la conquista y destrucción de Jerusalén, muchos de los cuales perecieron luego en la arena devorados por las fieras en los juegos públicos. Así pagaba el César a sus deslomados esclavos.

Pese a encontrarse ya en ruinas, en pleno siglo XXI, casi la mitad de la primitiva montaña de mampostería y mármol ha sobrevivido a las invasiones bárbaras, a los saqueos de la influyente familia Barberini para edificar sus palacios con aquellos bloques de piedra, y

a los papas que decoraron las iglesias de Roma con el mármol que recubría todas las gradas del anfiteatro. Por no hablar de los terremotos o de los incendios que asolaron su estructura.

De las ochenta entradas del Coliseo, las setenta y seis para el público estaban numeradas. Todavía podían distinguirse los números romanos sobre los arcos que se mantenían en pie de milagro. El emperador accedía por una entrada especial y las vírgenes vestales, por otra situada en el extremo de la arena. Yo lo hice por la Puerta de la Vida, reservada en su día a la procesión triunfal. La Puerta de la Muerte era una estrecha abertura por la que sacaban arrastrando los cuerpos mutilados y sanguinolentos de las personas y de los animales sacrificados.

Observé el lugar donde estaba el palco del emperador en el *podium*, término derivado del griego que significa pie, por la sencilla razón de que sobresalía del resto como una garra proyectada hacia delante. Frente a este palco, muchos gladiadores pronunciaban su última frase: «¡Ave, César, los que van a morir te saludan!». Y así era. Sólo el mismo día de la inauguración cinco mil parejas lucharon en la arena hasta morir.

Cuando un gladiador caía herido la multitud gritaba «*Habet!*». El infortunado levantaba un dedo implorando perdón. Si los más de cincuenta mil espectadores que cabían en el Coliseo consideraban que lo merecía, agitaban al aire sus pañuelos blancos, como grandes copos de nieve; en caso contrario, vociferaban repetidas veces «*Occide!*» (¡Matadle!). Entonces el emperador decidía. Casi siempre el gladiador victorioso remataba al caído.

Triste consuelo recibía el triunfador por matar al contrario para sobrevivir: varios cuencos de plata con monedas de oro; aunque la mejor recompensa era sin duda el *rudis*, una espada de madera que eximía al vencedor de futuros combates, preservando así su vida.

La víctima permanecía tendida unos minutos regando con su sangre la arena hasta que una siniestra figura, vestida de Caronte, el barquero mitológico que conducía a los muertos a través de la laguna Estigia, irrumpía allí con un mazo de madera con el cual golpeaba la frente del vencido para cerciorarse de que estaba

muerto. Sólo entonces se ceñía un gancho largo al cadáver para sacarlo de la arena por la Puerta de la Muerte.

La malvada imaginación del emperador Cómodo introdujo la lucha con animales salvajes, desde leones y tigres, hasta osos e incluso a veces elefantes y hasta hipopótamos. Cómodo disfrutaba disparando flechas a los leones desde su palco; en ocasiones bajaba él mismo a la arena y mataba sin distinción a gladiadores y fieras. El emperador se hacía llamar Hércules y ordenó difundir boletines relatando sus hazañas. Vestido con una piel de león, se rociaba la cabellera con polvo de oro. Aseguran que luchó un millar de veces, siempre con éxito.

En tiempos de Nerón, mediado el siglo I de nuestra era, se acusó a los cristianos de haber incendiado Roma y con muchos de ellos se hicieron antorchas humanas en el circo, donde hoy se levanta la iglesia de San Pedro. Pero también se les arrojó a las fieras del Coliseo. Resulta imposible precisar hoy el número de mártires registrados durante los dos siglos y medio de persecución romana. Con las fuentes disponibles, algunos historiadores de la Antigüedad admiten que tal vez pudieron haber muerto alrededor de 150.000 cristianos repartidos por un inmenso territorio, desde las iglesias del norte de África, hasta el Asia Menor, la Hispania, la Galia o la Germania. Y por desgracia, en el Coliseo romano.

Las aristas del monumento

Al Coliseo se le han dado multitud de usos a lo largo de la historia. Fue una fortaleza casi inexpugnable, tras las matanzas perpetradas en su arena. En la Edad Media se convirtió en un gran teatro donde se escenificó la Pasión de Cristo. Más tarde, en el siglo XIV, y en concreto entre 1346 y 1361, albergó un gran hospital con motivo de la invasión de la peste negra o peste bubónica, que acabó con un tercio de la población continental.

Hasta el mismísimo Napoleón Bonaparte lo utilizó como establo para sus caballos cuando sus tropas ocuparon Roma e hicieron prisionero al papa Pío VII, elegido para ocupar el solio de Pedro en marzo de 1800. Hoy, el Coliseo es un formidable museo del horror visitado por más de cinco millones de personas cada año y convertido en uno de los diez monumentos europeos con más afluencia de turistas.

79

FECHA: 21/11/1718. El cuerpo del pirata Barbanegra recibió cinco balazos y una veintena de tajos de chafarote; le cortaron la cabeza y la ataron al bauprés de una chalupa.

LUGAR: VIRGINIA. El gobernador del Estado envió una expedición al mando del teniente Robert Maynard para liquidar al bucanero; Maynard comandaba un buque de guerra de la Real Armada.

ANÉCDOTA: Edward Teach asaltaba al principio de su vida marinera los barcos mercantes de las rutas comerciales, a las órdenes del capitán Hornigold, convertido en otro temible pirata.

La leyenda del pirata Barbanegra

Algunos hombres pasan a la historia no por su verdadero nombre, en su caso Edward Teach, cuya pronunciación nada sugerirá al lector, sino por su revelador apodo: Barbanegra, el pirata más famoso de cuantos han surcados los mares.

Recuerdo que, siendo niño, cuando mi madre quería que no cometiera más trastadas le bastaba con mentar al ogro del cuarto oscuro para asustarme, y cuando la jugarreta merecía un castigo ejemplar, recurría entonces a su mejor aliado: Barbanegra, que llegaría a formar parte del folclore popular como uno de los grandes malvados de la historia. Su efigie barbuda se reproduciría en los museos de cera de medio mundo.

Era suficiente con observar su tétrico rostro y su aspecto alto y fornido para infundir terror a cualquiera: tocado con un tricornio con plumas, le gustaba intimidar a propios y extraños exhibiendo sus espadas, cuchillos y juegos de tres pistolas de distintos calibres; amarraba fusibles debajo del sombrero, los cuales encendía al entrar

en combate. Su mirada era terrorífica, como la del mismísimo diablo. El cinematográfico pirata Jack Sparrow era un inocente corderito a su lado.

La popularidad de Barbanegra (1680-1718) se disparó tras su muerte, celebrada como el final de una gran guerra. El joven político, científico e inventor Benjamin Franklin, uno de los padres fundadores de los Estados Unidos de América, compuso un poema con ocasión del acontecimiento. Se escribieron canciones, cuentos y comedias. Centenares de aventureros y curiosos buscaron en cuevas solitarias a lo largo de toda la costa atlántica del continente americano los arcones de tesoros que escondió. Tenía un sistema peculiar de enterrarlos. Conducía un baúl a tierra en un pequeño bote con uno de los miembros de la tripulación y hacía que el marinero cavase un gran hoyo y colocase el arcón en el fondo. Cuando el agujero estaba a medio rellenar, Barbanegra asestaba al marinero un tremendo golpe en la cabeza, lo arrojaba al fondo y cubría con paletadas de tierra el boquete, sepultando así el tesoro y el cuerpo juntos.

«Nadie más que el diablo y yo sabemos dónde está —solía jactarse, aludiendo a su tesoro—. Y el que viva más tiempo de los dos se lo llevará todo.»

Sus padres tampoco eran hermanitas de la caridad. Regentaban una taberna en el pueblo inglés de Bristol, y se decía ya entonces que narcotizaban a los marineros para llevarlos dormidos a buques donde jamás hubiesen embarcado por su propia voluntad.

Edward Teach o Barbanegra, como el lector prefiera, inició su vida marinera en la guerra de la reina Ana, durante la cual Francia y Reino Unido se disputaron el control de Norteamérica entre 1702 y 1713.

Concluida la contienda, el pirata capturó el mercante francés *Queen Anne's Revenge* («La venganza de la reina Ana») al que convirtió en una formidable máquina de guerra armándola con casi cincuenta bocas de fuego, en su mayoría cañones cortos de gran calibre.

La primera hazaña de Edward Teach lo hizo ya célebre en el mundo entero. Cerca del apostadero naval de San Vicente, en las

islas de Barlovento, apresó el *Great Allen* con valioso cargamento, se deshizo de la tripulación y quemó el barco. El buque de guerra *Scarborough* zarpó enseguida para castigar la osadía de Barbanegra, pero sufrió también una soberana derrota, entrando mal parado en la bocana del puerto.

La noticia corrió como la pólvora por todos los puertos del Atlántico, convirtiendo al bucanero en el enemigo público número uno. Barbanegra fue así el tema obligado de todas las conversaciones en las tabernas de la dilatada costa. Se sabe que capturó una veintena de barcos en tan sólo dos años, pero tal vez fueron muchos más.

Como todos los pájaros de mal agüero, él tuvo también su final. El gobernador de Virginia envió una expedición al mando del teniente Robert Maynard para liquidar al pirata. Maynard era comandante de un buque de guerra de la Real Armada. El 21 de noviembre de 1718 se llevó a cabo el abordaje. Maynard saltó a un lado. El corsario lo persiguió con su sable. Cuando caía la hoja, uno de los hombres de Maynard asestó al pirata una cuchillada en el cuello. La sangre salió a borbotones.

Los hombres de Maynard contaron al final cinco balazos de pistola y una veintena de tajos de chafarote en el cuerpo de Barbanegra. Le cortaron la cabeza y la ataron al bauprés de una chalupa. Pero no pudieron evitar ya que la leyenda del pirata más famoso de la historia floreciese desde aquel día…

El gran descubrimiento

En 1996 un grupo de arqueólogos o cazatesoros, en su caso, localizaron los restos del barco de Barbanegra a tan sólo una milla de la costa de Atlantic Beach. El arqueólogo Mark Wilde investigó con paciencia encomiable todos y cada uno de los deteriorados restos del *Queen Anne's Revenge* con la ayuda inefable de su equipo del Museo Marítimo de Carolina del Norte, en Beaufort.

Además de reconstruir algunas piezas de artillería del barco, en especial sus cañones cortos de gran calibre que hundieron numerosas naves, los expertos descubrieron algún que otro artilugio médico que los dejó boquiabiertos. El remedio para curar la sífilis a bordo del barco era ya doloroso sólo de pensarlo. Los arqueólogos rescataron de las profundidades del mar una jeringuilla cuya aguja se clavaba sin la menor piedad en la uretra de quienes padecían la enfermedad venérea para que no contagiasen al resto de la tripulación.

80

FECHA: 8/2/1587. Mientras María Estuardo rezaba, el verdugo descargó un hachazo sobre su cuello que no bastó para desprender la cabeza del tronco, y tuvo que sacudirle dos más.

LUGAR: FOTHERINGHAY. El ejecutor cogió con una mano la cercenada cabeza de la reina y la alzó como si fuera un trofeo, prorrumpiendo: "¡Dios guarde a la reina Isabel!".

ANÉCDOTA: La soberana enviudó con sólo diecinueve años, su segundo marido fue víctima de un asesinato del que se la culpó a ella, y el tercero forzó su abdicación.

La cabeza de la reina María Estuardo

La muerte de María Estuardo, reina de Escocia (1542-1587), siempre me ha conmovido; si bien es cierto que su muerte en vida, tras casi veinte años de penosa reclusión, debió de ser para ella peor aún que su propia decapitación.

Contamos hoy con el impagable testimonio de Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme (1540-1614), historiador y biógrafo que acompañó a María Estuardo a Escocia. Bourdeille pudo entrevistarse con las dos servidoras de la reina y escuchar directamente de sus labios la descripción detallada de la ejecución.

El día 8 de febrero de 1587 se escribió con sangre una de las páginas más negras en los anales de la monarquía europea. Advirtamos antes que la reina Isabel I de Inglaterra había emprendido una batalla judicial contra su prima María Estuardo pretextando que ésta había asesinado a su segundo marido, el británico lord Darnley. Tras casi dos décadas de cárcel, Isabel se propuso decapitarla, acusándola esta vez sin pruebas de estar

implicada en varias conspiraciones para acabar con su vida y arrebatarle el trono de Inglaterra.

La víspera de la ejecución, los representantes de la reina Isabel leyeron a María Estuardo la sentencia de su condena a muerte en el castillo de Fotheringhay, donde permanecía cautiva. En lugar de asombrarse, la regia aludida agradeció la noticia porque anhelaba acabar de una vez con todos sus infortunios. Sólo le preocupaba la salud de su alma. Pidió con tal fin un confesor, que le fue denegado. Ante tan despiadada negativa, hizo su confesión por escrito; y a continuación redactó emotivas cartas de despedida al rey de Escocia y a la reina madre. Cuando terminó las epístolas, congregó a los miembros de su servidumbre y repartió entre ellos todo su dinero; a las mujeres les entregó su guardajoyas privado. Encomendó al mayordomo que dijese a su hijo Jacobo, rey de Inglaterra y de Escocia entre 1603 y 1625 con el nombre de Jacobo VI (1566-1625), que no tratase de vengar su muerte.

Caída la noche, se retiró a la capilla para rezar durante dos horas. Apenas durmió. Se levantó antes del amanecer y se puso un vestido de terciopelo negro, un jubón de seda carmesí y un velo negro. Dio un pañuelo a una de las camareras, pidiéndole por favor que, cuando se acercase al cadalso, le vendase los ojos. Regresó a la capilla antes de partir por última vez. Luego se entretuvo conversando en su cámara con las mujeres, a quienes rogó que asistieran a la ejecución para contar después todo lo sucedido. Mientras hablaba con ellas, golpearon la puerta. Eran los enviados de la reina Isabel.

Poco después, contempló el patíbulo levantado en el centro de una gran cámara y cubierto con áspera tela de lino. Al entrar, como una de sus servidoras no pudo contener el llanto, la reina se llevó un dedo a los labios para hacerla callar. Subida al cadalso, el verdugo la agarró con rudeza por un brazo, bajó su vestido hasta la cintura y la despojó del jubón, dejando al descubierto la blancura del cuello. Fue entonces cuando, a petición suya, la doncella le vendó los ojos con el pañuelo. La reina se arrodilló sin la menor señal de flaqueza.

El verdugo interrumpió varias veces sus oraciones, pero ella repitió un salmo en latín antes de colocar la cabeza sobre el tajo. Mientras

recitaba «*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*», el ejecutor descargó con todas sus fuerzas un hachazo sobre el cuello regio, pero no bastó para desprender la cabeza del tronco, y tuvo que sacudirle dos más.

La siguiente escena fue el mayor ultraje perpetrado contra un difunto. El verdugo cogió con una mano la cercenada cabeza y la alzó como si fuera un trofeo, prorrumpiendo: «¡Dios guarde a la reina Isabel! ¡Que todos los enemigos del verdadero Evangelio perezcan de este modo!». Arrancó al mismo tiempo la cofia de la reina muerta y dejó al descubierto su cabellera, tan rubia y luminosa antaño, y ahora, con apenas cuarenta y cinco años, toda blanca a causa de los intensos sufrimientos.

Tras despojar el cuerpo sin respeto alguno, el verdugo lo encerró bajo llave en una habitación contigua a la de sus ayudantes. Las camareras de la reina otearon por el ojo de la cerradura el cadáver, cubierto con la funda de una mesa de billar. Allí permaneció hasta que aparecieron los primeros síntomas de descomposición. Sólo entonces lo embalsamaron con prisas para el entierro, con el fin de ahorrar gastos. ¿Existía acaso un final tan infausto para toda una reina?

Sin rastros de sangre

Coronada como reina de Escocia con sólo nueve meses y criada en la Corte de Francia, la también denominada María I de Escocia, hija de Jacobo V de Escocia y de María de Guisa, recibió un trato indigno no sólo para una reina, sino para cualquier ser humano. Tras cortarle la cabeza de tres hachazos, introdujeron su cadáver en un féretro de plomo y lo guardaron insepulto durante siete meses. Hasta que decidieron darle merecida sepultura en el cementerio de la catedral de Peterborough, de arquitectura normanda, dedicada a los santos Pedro, Pablo y Andrés.

Previamente, la tela que cubría el cadalso, las tablas del suelo y cuantas cosas fueron alcanzadas por la sangre de la reina se quemaron o se lavaron por temor a convertirlas en objetos de superstición. Hoy, sus restos reposan en la abadía de Westminster, a sólo nueve metros de los de su prima Isabel.

81

FECHA: DICIEMBRE DE 1920. Entonando un aria de la ópera *L'Elisir d'Amore*, a Caruso se le rompió un vaso sanguíneo de la garganta, pese a lo cual quiso terminar el acto.

LUGAR: NÁPOLES. En los meses siguientes, el tenor fue operado en siete ocasiones a causa de varios abscesos pulmonares, hasta que falleció en un hotelito de su tierra natal.

ANÉCDOTA: Paradojas de la Historia: el primer maestro ante el que cantó, Guglielmo Vergine, dijo de él: "Tienes una voz que suena como el viento de las persianas".

Enrico Caruso, el gran ruiseñor

Bajito, rollizo, mujeriego, con el cabello que empezaba a clarear en la coronilla… Pero sobre todo, dotado por la madre naturaleza de un pico de oro, como el mejor ruiseñor de las altas cumbres. Aseguran los más grandes críticos musicales que Enrico Caruso (1873-1921), el napolitano convertido en paradigma del emigrante italiano a Estados Unidos de principios del siglo xx, es el cantante de ópera más célebre de la historia.

Su increíble voz de tenor quedó inmortalizada, extendiéndose imparable por América y Europa cuando la casa discográfica RCA Victor lo fichó en exclusiva para grabar más de 250 discos fonográficos de 78 revoluciones por minuto, de los cuales vendió innumerables copias que sonaban a menudo en legiones de hogares, desde Buenos Aires hasta Moscú. Sólo en la Navidad de 1943, veintidós años después de su muerte, la Victor editó dieciocho mil álbumes de los discos de Caruso. Todo un fenómeno mediático para la época, convertido en primer tenor de la Ópera Metropolitana de

Nueva York, cuya potente voz se hizo pionera también en la radio. Protagonizó incluso dos películas en Hollywood, aunque fuesen mudas: *My Cousin*, de 1918, y *The Splendid Romance*, de 1919, dirigidas ambas por Edward José.

Su popularidad alcanzó tal extremo, que adondequiera que iba las multitudes se arremolinaban en torno a él. Cuando irrumpía en cualquier restaurante, los comensales se ponían en pie y estallaban en vítores y aplausos. Para evitar tales manifestaciones de entusiasmo, almorzaba en su propia casa o en una modesta fonda italiana del oeste de Nueva York, donde algunas tardes pasaba sus horas libres jugando a las cartas con el propietario.

Todos los días recibía por correo los más variopintos regalos, desde cajas de bombones, manjares o joyas, hasta su propio retrato bordado en seda. Millares de artículos comerciales fueron bautizados con su nombre: tabacos, jabones, cadenas de restaurantes neoyorquinos, marcas de macarrones o de conservas. Y hasta el caballo de uno de sus más entusiastas admiradores, al cual apostó el propio tenor más de una vez en las carreras sin éxito alguno.

Pero lo más sorprendente de Caruso fue su propia vida. Su madre, Ana Caruso, vio morir a dieciocho de sus hijos en la infancia o la adolescencia. El que vino después, nuestro protagonista, escapó a esa especie de maldición llegando a ser, como ya sabemos, el cantante más grande de todos los tiempos.

Pero no sólo tenía una voz de oro; su corazón simbolizaba el mismo preciado metal. Una noche, en Bruselas, percibió desde su camarín un rumor procedente de la calle. Abrió la ventana y vio reunidas en las inmediaciones del teatro a millares de personas que mostraban su descontento por no haber podido entrar tras agotarse todas las localidades. Era una representación de gala a la que asistía la Familia Real en pleno. Al tenor no le importó cantar para el público aglomerado en la calle las principales arias que iba a interpretar poco después.

En otra ocasión, mientras firmaba cheques para las más de doscientas personas necesitadas a las que ayudaba con su dinero, su esposa Dorothy Park Benjamin murmuró: «Estoy segura de que mucha de esa gente no merece ayuda». A lo que su generoso

marido replicó, como si tal cosa: «Tienes razón, Doro; pero no es posible saber quiénes la merecen y quiénes no».

Otro día, mientras paseaba por las calles de Cleveland con su secretario, Bruno Zirato, le comentó con gesto grave: «No es justo. Hicimos dinero en esta ciudad y nos vamos a marchar sin dejarle un centavo. Tenemos que hacer algo».

Poco después, Caruso entró decidido en una tienda de porcelana fina y compró todas las existencias para repartirlas entre sus admiradores más pobres. Y no fue una excepción. Desde entonces se las compuso para dejar en todas las ciudades donde actuaba parte de las sumas percibidas por cantar.

El hombre lo daba todo, hasta su propia vida. En diciembre de 1920, mientras entonaba un aria del primer acto de la ópera *L'Elisir d'Amore*, se le rompió un vaso sanguíneo de la garganta, pese a lo cual se empeñó en terminar el acto. Sentada en la primera fila de butacas, su esposa Dorothy le dirigía miradas suplicantes para que abandonara el escenario. En los meses siguientes fue operado siete veces a causa de abscesos pulmonares. Su salud pareció restablecida, pero ya no pudo cantar más. Falleció poco después en su tierra napolitana, a los cuarenta y ocho años de edad, en un hotelito con vistas a la espléndida bahía que lo vio nacer.

Obsesión por la higiene personal

Caruso se bañaba dos veces al día, mientras estudiaba partituras colocadas en un atril acoplado a los cantos de la bañera. Dejaba la puerta abierta para escuchar el acompañamiento del piano desde la habitación contigua. Cada mañana repetía su ritual de aseo, conciliándolo con el ensayo del papel que debía interpretar aquella misma noche: así, mientras el barbero, el pedicuro y la manicura se encargaban de él, no dejaba de cantar acompañado siempre al piano, su instrumento favorito.

Tampoco toleraba a las personas despreocupadas de su aseo personal. No era extraño sorprenderle olisqueando el ambiente de cualquier lugar si acababa de detectar el menor atisbo de un desagradable efluvio. En cierta ocasión, dolido por tener que cortejar a una famosa diva en escena, exclamó cargado de impotencia: «¡Cantar con una persona que no se baña es terrorífico; pero emocionarse enamorando a una mujer que huele a ajo, es sencillamente imposible!».

82

FECHA: 8/1/1880. Víctima de un repentino ataque de apoplejía, el llamado Norton I, emperador de Estados Unidos, falleció en plena calle mientras se dirigía a presenciar una conferencia.

LUGAR: SAN FRANCISCO. Joshua Abraham Norton desembarcó una desapacible mañana de noviembre de 1849 de la goleta *Franziska*, llegando a ser uno de los personajes más increíbles de la Historia.

ANÉCDOTA: Ignorando su realeza, el capitán de un vapor de la Compañía Fluvial exigió a Norton el pago del pasaje; la naviera le envió luego un pase vitalicio.

NORTON I, EMPERADOR DE ESTADOS UNIDOS

Por histriónico que parezca, Joshua Abraham Norton, primer y único emperador en la historia de los Estados Unidos de América, fue un personaje de carne y hueso cuya fecha de nacimiento oscila hoy entre 1814 y 1819. Sólo sabemos con certeza que falleció el 8 de enero de 1880, víctima de un repentino ataque de apoplejía mientras caminaba por la Grant Avenue de San Francisco para asistir a una conferencia en la Academia de Ciencias Naturales.

Si no fuera en parte por otros «emperadores», en su caso de la novela, como Mark Twain o Robert Louis Stevenson, que recurrieron en sus obras a sendos trasuntos literarios de nuestro protagonista, dispondríamos incluso de menos datos sobre un excéntrico personaje que, aun siendo hoy tan desconocido, ha dejado una huella indeleble en la Historia.

Norton I, como se haría llamar poco después, desembarcó una desapacible mañana de noviembre de 1849 de la goleta *Franziska* en la bahía de San Francisco de California. Era un hombre alto,

treintañero y de ascendencia judía, nacido en Londres. Su larga esclavina morada, a modo de capa, le confería un porte distinguido que centró enseguida las miradas curiosas de quienes poblaban el muelle. Llevaba consigo la fortuna heredada de su padre. En menos de dos meses levantó un gran edificio en una de las principales arterias de San Francisco, colocando en la fachada un enorme letrero de un extremo a otro, donde podía leerse: «J. A. Norton, Comerciante».

Su metamorfosis de comerciante a emperador, nada menos, se produjo sólo cuatro años después, tras el terrible incendio que devastó medio millar de edificios comerciales en San Francisco. Todo lo que Norton poseía quedó reducido a cenizas.

Al principio se contentó con hacerse llamar «Norton I, emperador de Estados Unidos». Este título, según una proclama que distribuyó él mismo por toda la ciudad, le había sido debidamente conferido por la Asamblea del Estado de California. Después, cuando los mexicanos «le suplicaron», según dijo, que los gobernara porque, tal y como añadió, «anhelaban un gobierno fuerte y sabio», se adjudicó también el de «protector de México».

El emperador Norton I procedió con gran diligencia a establecer su parentesco con las casas reinantes de Europa. Como pretendía ser un Borbón, Napoleón sólo podía inspirarle odio. No se recataba así en atacarle con la misma vehemencia que negaba sus ancestros hebreos. La reina Victoria de Inglaterra era su «amada prima»; primos suyos eran también el emperador de Austria y el rey de Prusia, Guillermo I, a quien envió «muy buenos y amistosos consejos» durante la guerra franco-prusiana, festejando la victoria de su ejército con un edicto.

Sólo se separaba de sus dos perros pastores, Bummer y Lazarus, cuando asistía a los mítines políticos en los que tanto disfrutaba viéndose agasajado por el público entusiasta. Su uniforme de gala se componía de casaca azul verdosa, que le llegaba casi hasta los talones; pantalón azul claro, con franja roja; charreteras doradas y alto tricornio de general con escarapela roja y una larga pluma verde de avestruz. En las grandes ocasiones arrastraba también un pesado sable, obsequio de un herrero admirador suyo; o también un grueso

bastón o una enorme sombrilla. Se adornaba siempre la solapa, eso sí, con una rosa roja y le sobresalía del bolsillo del pecho de la casaca un pañuelo de seda multicolor.

Cuando su uniforme estaba sucio o raído, le bastaba con anunciar en la prensa que necesitaba uno nuevo para que se lo regalasen sin problemas. Incluso las autoridades municipales le obsequiaron en cierta ocasión con un reluciente uniforme con cargo a sus propias arcas.

En los dos cuerpos legislativos del Estado, Asamblea y Senado, se le tenía reservado al emperador un lugar cómodo en el salón de sesiones. Apenas faltó a las citas durante los veintiún años que duró su imperio.

Su inesperada muerte causó gran estupor entre los ciudadanos. Los periódicos publicaron extensos álbumes de fotografías y reportajes sobre los principales hitos de su vida. A sus funerales, financiados por el Pacific Union Club de San Francisco, asistieron unas diez mil personas, incluidas dos mil mujeres y niños. El cortejo fúnebre acompañó el cadáver hasta el Cementerio Masónico de la ciudad. Una vez allí, un coro de doscientos jóvenes que profesaban inmenso cariño al difunto entonó sus himnos predilectos mientras lo sepultaban. Si no fuera porque ahora sabemos que Norton I, emperador de Estados Unidos y protector de México existió en realidad, pensaríamos en una irrepetible estrella capaz de deslumbrar al mejor productor de Hollywood.

Extraño en un tren

En cierta ocasión, Norton entró al vagón restaurante del tren que le conducía hacia San Francisco y pidió al camarero que le sirviese un auténtico banquete. El sirviente no le hizo el menor caso, convencido de que aquel hombre desconocido para él no podría pagar todo lo que acababa de encargarle. Al ver que no le hacía caso, Norton le reiteró su pedido una vez más sin éxito. Enfurecido por semejante

impertinencia, aporreó la mesa con su bastón y advirtió al cohibido camarero de que si no le obedecía de inmediato derogaría la concesión del ferrocarril.

Apercibidos del escándalo, unos viajeros de San Francisco que conocían al emperador indicaron al camarero que les pasara la factura a ellos. Poco después, el jefe del tren se le acercó para disculparse. Finalmente, la Central Pacific le envió a Norton un pase vitalicio para todas las líneas de California y los coches restaurantes.

83

FECHA: 30/4/1945. El reloj de Heinz Linge, secretario de Hitler, marcaba las 15.50 cuando la bocanada de humo de un disparo le indicó que su jefe se había suicidado.

LUGAR: BERLÍN. Sentado en un sofá, casi erguido, reconoció el cadáver del dictador; observó un pequeño orificio del tamaño de un marco de plata alemán en la sien derecha.

ANÉCDOTA: Hitler le confió a Linge más de una vez: "No tengo que dar gracias al enemigo por mis canas sino a mis generales, que me han fallado".

Los secretos más íntimos de Hitler

Siempre me ha impresionado el desconocido testimonio de Heinz Linge (1913-1980), el ayuda de cámara de Adolf Hitler (1889-1945); la última persona que vio al Führer con vida y la primera que le halló muerto.

Tras el suicidio de Hitler, Linge fue hecho prisionero por los soviéticos y permaneció casi once años en un campo de concentración, hasta su liberación en octubre de 1955. Sólo entonces pudo relatar con todo lujo de detalles la muerte del dictador alemán y sus secretos más íntimos.

El reloj de pulsera de Linge marcaba las 15.50 horas del 30 de abril de 1945, cuando la bocanada de humo acre de un disparo de pistola le indicó que su jefe había puesto fin a su vida. El criado se apresuró a entrar en la sala de los mapas, en el fortín subterráneo, a diez metros de profundidad de las ruinas de la Cancillería de Berlín. Allí, sentado en un sofá, y erguido casi por completo, reconoció el cadáver de Hitler. Observó un pequeño orificio del tamaño de un marco de plata alemán en la sien derecha, por el que brotaba un

hilillo de sangre sobre la mejilla. Lucía impoluto el uniforme que horas antes el propio Linge le había preparado con esmero. En el suelo distinguió una pistola Walther, del calibre 7,65; un metro más allá, halló otra del calibre 6,35.

El cadáver de Eva Braun yacía a su lado sin impacto alguno de bala; le bastó con ingerir una cápsula de veneno poco antes de la muerte violenta de su pareja. Aquel mismo día trágico, Hitler había ordenado la muerte de su perro alsaciano favorito, Blondi. Y cinco días antes, el 25 de abril, llamó a Linge a su despacho para darle instrucciones: «Ahora tengo una orden especial para usted. Fraülein Braun y yo hemos decidido morir juntos. El deber de usted, y así lo ordeno, es cuidar de que se incineren nuestros cuerpos. Es preciso que nadie pueda identificarme después de mi muerte. Disponga usted una cantidad suficiente de gasolina. Envuelva nuestros cadáveres en mantas, empápelas bien con la gasolina y préndalas. Efectuada la cremación, regrese a mi cuarto y recoja todas las cosas por las que se me pueda recordar después de muerto y quémelas también. Pero no queme el retrato de Federico el Grande que cuelga del muro, por encima de mi escritorio».

Le horrorizaba caer en manos de los rusos, y que éstos le convirtiesen en un muñeco exhibido al gran público en un museo de cera. Histérico, gritó a Linge: «¡Eso no debe suceder! ¡Eso nunca, nunca debe suceder!».

El principal testigo de la vida privada de Hitler recordaba cómo éste ensayaba sus discursos hasta la extenuación de su equipo de secretarios, que se veían obligados a relevarse para aguantar las maratonianas sesiones de dos días y noches enteras. Preparaba el mitin frente al espejo, con un cronómetro en la mano. Pese a necesitar gafas para leer, sentía horror a que le sorprendiesen con ellas. «Un Führer —solía decir— no puede usar anteojos.»

Cada vez que se inflamaba en sus arengas, extraía maquinalmente las gafas del bolsillo y las retenía en la mano, a la espalda. Sin darse cuenta, cuando llegaba el pasaje culmen de su discurso, apretaba el puño y rompía las lentes. Por eso Linge llevaba siempre a mano un par de gafas de repuesto.

Otra manía suya consistía en tener sobre su escritorio tres lápices de color: rojo, verde y azul. «El rojo —explicaba a su ayuda de cámara— lo uso cuando le escribo a un enemigo; el verde, cuando hago notas sobre un amigo; el azul, cuando debo ser muy cauto en lo que escribo.»

Hitler envejeció a medida que su imperio se derrumbaba. Linge detectó que arrastraba entonces la pierna izquierda; que en el párpado izquierdo tenía un tic nervioso; que no veía bien, y que estaba encaneciendo a causa de su prolongada vida subterránea.

Además de su dolencia gástrica, padecía insomnio y se administraba una docena de píldoras soporíferas. Antes de un discurso, se hacía poner dos inyecciones: una para calmar su dolor estomacal y otra para insuflarle energías. Luego, esas inyecciones se convirtieron en una costumbre.

Le obsesionaba la posibilidad de engordar, razón por la cual tomaba un purgante, seguido de una dosis de opio para calmar el estómago. Su cocinero particular era dietista. Las verduras que consumía se cultivaban en suelo previamente fumigado y abonado con mantillo selecto. Así vivía el hombre para quien la vida ajena valía menos que nada.

Declive fulgurante

En los cruentos días de Stalingrado, se le detectó a Hitler un temblor en la mano izquierda que le era difícil controlar. Si se examinan hoy las fotografías de entonces, se observará que siempre tiene la mano izquierda apretada contra el cuerpo, o delante de sí, afianzada con la mano derecha. Sólo así podía evitar que su mano se crispara con violencia.

Coincidiendo con esta dolencia, Hitler le dijo a su médico personal, Theo Morell, que sufría migrañas y creía tener alta la tensión arterial. Se acordó ponerle sanguijuelas que le extrajesen sangre del brazo. Después de cada succión, Hitler respiraba aliviado y

exclamaba: «¡Oh, qué bien! Ahora siento la cabeza despejada de nuevo». A medida que el asedio de los Aliados se estrechaba, Hitler pasaba más tiempo en su búnker. Las personas que iban a verle quedaban impresionadas por su aspecto. Parecía ya un anciano pese a ser aún cincuentón.

84

FECHA: 1878. El destino de Renoir cambió cuando madame Charpentier le encargó un retrato suyo y de sus hijas Paul y Georgette junto al perro bonachón de la familia.

LUGAR: PARÍS. Arrendó por cien francos mensuales una casita en Montmartre, el barrio de los artistas de París, deseoso de obtener los ingresos suficientes para desposarse con Aline Charigot.

ANÉCDOTA: Con siete años, dada su facilidad para el solfeo y la música, Renoir perteneció al coro de la iglesia de Saint-Eustache, dirigido por el compositor Charles Gounod.

RENOIR: UN CUADRO, UNA VIDA

A veces una sola obra, en este caso un cuadro del genial pintor impresionista francés Pierre-Auguste Renoir (1841-1919), simboliza las esperanzas e ilusiones en el porvenir de un hombre. *Madame Charpentier y sus hijas*, expuesto hoy en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, marca así un antes y un después en su vida de ciudadano y artista.

No se trata de su mejor composición pictórica ni mucho menos, pero sí de una de las más célebres y sin duda del lienzo providencial que cambió su precaria vida, desde que con sólo trece años reveló ya su talento artístico cubriendo con llamativos dibujos los márgenes de los libros. Los padres no pudieron seguir pagándole el colegio y colocaron al hijo de aprendiz en una fábrica de porcelana. Allí decoraba con primor los platos con toda clase de adornos, desde ramilletes de flores hasta medallones de la emperatriz reinante Eugenia.

Tras el cierre de la fábrica, cuatro años después, Renoir tuvo que ganarse el pan pintando abanicos, efigies de santos y hasta persianas por cinco francos cada una. Con veintiún años había ahorrado ya algún dinerito para tomar sus primeras lecciones de arte en una academia. Poco a poco, se reveló contra las tonalidades dominantes de la época, desdeñando los colores pardusco, verdinegro y gris brumoso, y sustituyéndolos en su paleta por los rojos, azules, amarillos y verdes tan brillantes como la luz del sol; los matizó incluso con gamas de azul de la alhucema, púrpura o azul intenso. Le encantaba pintar al aire libre, donde sus colores preferidos refulgían con todo su vigor, expresando con vehemencia su gran amor por la vida.

El destino quiso que en 1878, cuando Renoir contaba ya treinta y siete años, Marguerite Lemonnier, esposa de Georges Charpentier, uno de los más acaudalados editores de París, le encargase un retrato suyo y de sus hijas Paul y Georgette junto al perro bonachón de la familia. El artista volcó toda su habilidad e inspiración sobre aquel lienzo de aproximadamente un metro cincuenta de alto por uno noventa de ancho. Los mil francos que percibió por ese trabajo constituían entonces en Francia una suma excepcional para un cuadro, a los que el autor sumó otros setecientos cincuenta francos por otros tres retratos de la familia Charpentier.

La señora Charpentier era una anfitriona famosa y colgó enseguida el retrato en su salón, donde pudieron admirarlo escritores tan renombrados como Émile Zola, Flaubert o Maupassant. Los elogios empezaron a correr de boca en boca, y el cuadro acabó siendo expuesto en el Salón de París, el certamen nacional anual del arte por excelencia. Renoir recibió desde entonces numerosos encargos de retratos que le permitieron atender sus gastos mientras pintaba obras que le darían todavía más celebridad: flores y paisajes radiantes de sol, hermosos desnudos y figuras solitarias o en grupo en escenarios siempre resplandecientes.

A esas alturas, había conseguido arrendar por cien francos mensuales una casita en Montmartre (en el número 35 de la calle de Saint-Georges), el barrio de los artistas de París, deseoso de obtener los ingresos suficientes para desposarse finalmente con el gran amor

de su vida: Aline Charigot, una rolliza costurera de ojos azules y tez de manzana, que sugirió al pintor su ideal de belleza femenina. Con los años, el artista perfeccionó en sus cuadros un tipo de mujer muy parecido al de su amada; es decir, bien dotada, robusta y sana, de senos desarrollados y grandes caderas, que simbolizaba a la madre perfecta, pletórica de salud y fecundidad, según el propio Renoir.

Madame Charpentier y sus hijas permitió al artista ver cumplido su sueño de desposarse con Aline y fundar su propia familia con tres hermosos vástagos. Su nueva condición de padre le impulsó a realizar una serie de obras de familia en las que observamos a los niños aprendiendo a jugar, leer, escribir y a efectuar trabajos manuales. Niños en los que ni siquiera se adivina la menor carencia, al contrario de las penurias que asolaron al autor en sus primeros años de existencia. No se perciben así vestigios de los tiempos de lucha para salir adelante y sí, por el contrario, de alegría y de luz, sobre todo de luz.

En el ocaso de su vida, una artritis paralizó a Renoir, pero sus manos deformadas nunca permanecieron ociosas. Hasta su último lienzo, ejecutado el mismo año de su muerte, no le faltó inspiración para reflejar la felicidad de que gozó arropado por la familia que tanto anheló fundar desde el principio.

El pintor indómito

Renoir era inmensamente feliz mientras pintaba. Uno de sus primeros maestros llegó a exasperarse al verle así en plena faena, hasta el punto de exclamar: «¡Para usted pintar parece sólo una diversión!». Y no se equivocaba. Como los grandes genios, Renoir acataba las reglas justas. Otro de sus profesores insistió en que antes de pintar debía aprender a dibujar las copias en yeso de los dioses griegos de mármol. Él obedeció, pero a su modo. Hizo cinco dibujos del natural y ninguno de ellos satisfizo al maestro, que

sentenció: «Un dios debe tener el dedo gordo del pie más grande y majestuoso que el carbonero de la esquina».

El alumno siguió pintando como Dios, nunca mejor dicho, le dio a entender y con ello logró modificar el curso habitual de la pintura en Europa y América. Gracias a su incorregible espíritu indómito contamos hoy con algunas obras maestras del arte.

85

FECHA: 1575. Cervantes abandonó Italia de regreso a España, pero el sufrimiento salió a su encuentro: asaltado su barco por piratas moros, le mantuvieron cautivo durante cinco largos años.

LUGAR: ARGEL. Siendo esclavo del corsario Dali Mami, vio morir en mazmorras a sus compañeros, asistió a flagelaciones y contempló los cuerpos colgados de los que trataban de escapar.

ANÉCDOTA: Al principio, Cervantes se propuso sólo ridiculizar los libros de caballerías tan populares en España, pero no tardó en trasladar las locuras del mundo a su caballero.

CERVANTES CON «FÓRCEPS»

Lo mejor siempre se obtiene al precio de grandes y pequeños sufrimientos. Éste pudo ser el lema de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), el escritor español más universal de todos los tiempos, a juzgar por su azarosa vida que le llevó a componer la gran «biblia de la humanidad» o la primera gran novela del mundo que es *Don Quijote de la Mancha*, poblada por más de seiscientos personajes. Su protagonista, el ingenioso hidalgo, entró en el léxico de todos los idiomas como sinónimo del idealista a ultranza.

El primer recuerdo de Miguel fue el de ver a su padre, de profesión cirujano mayor, detenido por el alguacil y encarcelado por deudas, dejando a sus hijas, Andrea y Luisa, y a sus dos hijos pequeños llorando de hambre. No se sabe cómo el joven Miguel se las ingenió para ir a la escuela. Cabe la posibilidad incluso de que estudiara en la Universidad de Salamanca mientras servía de criado a estudiantes ricos.

Pero su principal escuela fue la propia vida. Aprendió en las calles de la ciudad lo que no está escrito, y en el teatro, donde gastaba el escaso dinero que tenía, asimiló cómo era la vida trocada en arte. Descubrió el auténtico poder del artificio y cómo podía crearse una verdad más grande que la verdad misma.

Con veintidós años viajó a Italia, donde España mantenía guarniciones militares, y se alistó en el ejército. Dos años después, viajaba a bordo de uno de los barcos al mando de don Juan de Austria, hermanastro del rey Felipe II, a punto de entrar en combate contra la poderosa escuadra turca que avanzaba hacia Occidente por el Mediterráneo. Solimán II, sultán de Turquía, quería arrasar la cruz de San Pedro en Roma y sustituirla por la media luna. Fue en Lepanto, cerca de las costas de Grecia, donde se libró la batalla naval más sangrienta hasta entonces. Al producirse el abordaje, Cervantes yacía en la bodega enfermo de paludismo. Subió enseguida a cubierta; instantes después, recibió dos disparos en el pecho mientras un tercero le destrozó el brazo izquierdo. Aún tuvo fuerzas para luchar hasta que la media luna se hundió en un crepúsculo sangriento.

Cuatro años después, en 1575, abandonó Italia de regreso a España. Llevaba consigo una carta de recomendación de don Juan de Austria para el rey, esperanzado en conseguir un buen empleo. Pero de nuevo el sufrimiento salió a su encuentro: asaltado su barco por piratas moros, le llevaron cautivo hasta Argel. Una vez allí, sirvió como esclavo a Dali Mami, cristiano renegado y convertido en corsario. Preso en el averno, presenció todos los horrores inimaginables: vio morir en mazmorras a sus compañeros, asistió a flagelaciones y desuellos y contempló los cuerpos colgados de los que habían tratado de escapar. Pero aun así, él jamás se arredró. Convertido en sostén y esperanza de sus compañeros, organizó revueltas para recobrar la libertad, pero fue capturado. Sentenciado a muerte, lo salvó su propio valor. Los tiranos moros eran crueles, pero admiraban la verdadera valentía, y cuando Cervantes se declaró culpable ante su dueño con actitud desafiante y sin el menor atisbo de miedo, se le perdonó la vida. El jefe pirata guardaba la carta de recomendación y pensaba utilizarla para canjear al prisionero por

efectivo. Pero hasta que no se cumplieron cinco años de cautiverio, la familia del preso no pudo reunir el pago del rescate. En 1580 Cervantes besó al fin suelo español, y mostró el testimonio firmado por moros y cristianos en el cual se hacía constar que nunca cautivo alguno se había mantenido tan indomable.

Con el tiempo obtuvo el empleo de recaudador de impuestos, por execrable que le pareciese. Y otra vez el destino aciago le hizo dar con sus huesos en la cárcel. Aun siendo honrado, su escaso dominio de la aritmética le sumió en un tremendo lío de cuentas. Resultó absuelto, pero le impusieron una multa de 6.000 reales. Para colmo de males, preocupado por asegurar las contribuciones confiadas a él, las depositó en casa de un banquero sevillano que poco después… ¡se declaró en bancarrota! Cervantes fue a parar de nuevo a la cárcel. Allí aprendió la jerga de los ladrones y escuchó las confesiones de los criminales. A través de las rejas dio rienda suelta a su fantasía mientras el gran libro de su vida, y el de la humanidad entera, iba creciendo en su corazón. Fue así como, inspirado en el sufrimiento, don Miguel alumbró con fórceps su obra inmortal.

El vuelo de la pluma

Cuando salió de la cárcel, Cervantes ya estaba listo para dejar volar su bien cortada pluma de ave sobre el pergamino. Había llegado el momento de que el viejo caballero alucinado asomase cabalgando por el horizonte manchego, seguido de su escudero Sancho Panza a lomos de un pollino. A sus cincuenta y ocho años cumplidos, sintiéndose completamente libre por la llanura de la Mancha, tendida en el centro de España como un gran libro abierto, a Cervantes no le importó que los acreedores llamasen a su puerta. Nadie pudo distraerle ya del gran proyecto de su vida.

Don Quijote se publicó por primera vez en 1605 y su fama corrió por toda España; luego hubo una segunda parte, mejor incluso que la primera. Traducida a todos los idiomas del mundo civilizado,

artistas de la talla de Goya, Hogarth, Doré, Fragonard o Dalí se han sentido orgullos de ilustrar la obra.

86

FECHA: AGOSTO DE 1995. Desde que ETA intentó matar a don Juan Carlos, se puso en escena un "ejército" de más de 250 agentes: expertos en explosivos, tiradores de élite, buceadores…

LUGAR: MALLORCA. En el despacho palaciego de Marivent hay tres teléfonos, uno de los cuales parece el "teléfono rojo" que todo jefe de Estado debe tener siempre a mano.

ANÉCDOTA: Pese a las medidas de seguridad, don Juan Carlos dijo en cierta ocasión: "Hay que creer que a uno le protege la suerte o la buena estrella".

La isla más vigilada del Mediterráneo

Desde que la banda terrorista ETA intentó matar al rey Juan Carlos I en agosto de 1995, Mallorca se ha convertido, en verano, en la isla más vigilada de todo el Mediterráneo. Proteger al monarca y a su familia requiere poner en escena un espectacular dispositivo de seguridad compuesto por más de 250 agentes, entre los que hay expertos en explosivos, tiradores de élite y buceadores de la Benemérita.

La ardua tarea de los escoltas comienza semanas antes de que la Familia Real llegue a Palma. Inspectores de Policía del Grupo de Información de la Comisaría Especial de Seguridad de la Casa Real proceden al registro minucioso de todos los establecimientos públicos que tienen previsto visitar los monarcas e incluso investigan a los empleados y camareros de esos locales.

Los funcionarios de un organismo especial de la Dirección General de la Policía dedicado en exclusiva a la protección del rey vigilan también a los huéspedes e inquilinos de los edificios próximos al palacio de Marivent.

En concreto, 220 agentes de la Policía Nacional formaban aquel verano el primer cinturón de vigilancia y contravigilancia. Un dispositivo coordinado por un segundo grupo de inspectores de paisano que permanecía en el interior de Marivent. Cada vez que la Familia Real salía a navegar, varias dotaciones de submarinistas de los Grupos de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil, especializados en la desactivación de explosivos, inspeccionaban las profundidades de Porto Pi, donde atracaba el yate regio *Fortuna*, o del Club Náutico de Palma. Una vez en el mar, los monarcas estaban custodiados por buques militares que, desde una distancia prudencial, impedían a cualquier embarcación extraña acercarse al *Fortuna*. Además, varias patrulleras estaban al corriente cada día del denominado «plan de tareas» de don Juan Carlos, donde se especificaban todos los desplazamientos a bordo de sus yates.

A la Familia Real se la protege por tierra, mar y aire. Una orden gubernamental de 1990 prohíbe a cualquier aeronave sobrevolar la zona donde residan los reyes a una altitud inferior a 1.500 metros. Esta prohibición no afecta a los helicópteros de la Policía ni de la Dirección General de Tráfico.

Ni un solo viaje de la Familia Real se realiza sin que antes el Grupo de Información, compuesto por inspectores de Policía, haya inspeccionado minuciosamente el lugar que tienen previsto visitar los monarcas o sus hijos. Y esa labor incluye, por supuesto, el exhaustivo examen del subsuelo: sótanos y alcantarillas, así como los sistemas de alumbrado, las cocinas, los aparatos de aire acondicionado, los dobles techos…

La Unidad de Escoltas está formada por alabarderos (miembros de la Guardia Real), Guardia Civil y Policía Nacional. Hombres duramente entrenados en el manejo de armas y en artes marciales, trajeados de azul oscuro o gris marengo, con corbata de la Casa Real o pasador con el escudo real, y unos diminutos auriculares para recibir órdenes de sus superiores. Algunos de ellos han recibido instrucción en El Escorial, en cuya academia se imparten cursos para la Unidad Especial de Intervenciones (UEI) y los Grupos Antiterroristas Rurales (GAR).

Por último, la Unidad de Apoyo se divide en tres secciones diferentes: una, de servicios de reconocimiento, integrada por funcionarios de Policía que disponen de perros adiestrados en la detección de explosivos; otra, de protección, encargada de controlar todos los accesos a los edificios, y una, de tráfico, que vigila los itinerarios de las comitivas oficiales.

Dos expertos estrategas militares, antes que el coronel Guillermo Quintana-Lacacci, jefe de Seguridad de la Casa Real cuando ETA intentó acabar con la vida del monarca, han dirigido esos mismos servicios desde que don Juan Carlos fue designado rey, en 1975. El primero de ellos fue el coronel Manuel Blanco Valencia, que estuvo diez años al frente de la seguridad, hasta que fue relevado por José Luis Ferreiro.

La Familia Real está a buen recaudo en Marivent. En un búnker subterráneo de un edificio adyacente se encuentra el inaccesible centro de comunicaciones que vela por el secreto de las conexiones y la seguridad de los habitantes de palacio. En su azotea hay una pista de helicópteros.

El despacho del monarca, ahora Felipe VI, es alargado, con dos ventanales altos y estrechos orientados a levante y al norte. En su habitación de trabajo llama la atención la existencia de tres teléfonos. Uno oscuro y antiguo, con llave de seguridad, otro más normal y un tercero, que reposa sobre una mesilla y parece el «teléfono rojo» que todo jefe de Estado debe tener siempre a mano. Cuestión de máxima seguridad.

Esquema de cuatro círculos

El esquema de protección del rey suele ser el mismo, basado en cuatro círculos, el primero de los cuales puede denominarse de «inspección previa». Es decir, lo primero es reconocer el entorno en el que el monarca se desenvolverá, bien de forma habitual o en sus numerosos viajes: la vecindad, la arquitectura y el subsuelo de los

lugares que visitará. A continuación, el sistema se expande con un segundo círculo de «protección inmediata», integrado por alabarderos, escolta real, Guardia Civil y Policía Nacional. Otro círculo de «protección próxima» tiene como finalidad la vigilancia por parte de fuerzas especiales de la Seguridad del Estado de los lugares donde esté cualquier miembro de la Familia Real. El sistema se cierra con un último círculo, denominado de «protección lejana», coordinado también por fuerzas especiales de la Seguridad del Estado para controlar los itinerarios y accesos a las zonas próximas donde esté el rey.

87

FECHA: 1905. El duque de Alba participó en una operación de alta política para que Victoria Eugenia de Battenberg se desposase con el rey Alfonso XIII al año siguiente.

LUGAR: MADRID. Alfonso XIII guardó tras la boda una deuda de gratitud con Jacobo Alba, a quien concedió el Toisón de Oro, la máxima condecoración de los Borbones españoles.

ANÉCDOTA: El padre de Jacobo Alba, el duque Carlos, era el mayor terrateniente de España, con 85.000 hectáreas de las fincas de las casas de Alba y Peñaranda.

Las andanzas del duque de Alba

Jacobo Fitz-James Stuart, XVII duque de Alba (1878-1953), padre de la duquesa Cayetana, fallecida en 2014, era ocho años mayor que su amigo el rey Alfonso XIII, con quien guardaba cierto parecido físico a juzgar por su esbeltez, sus facciones angulosas y su bigote recortado.

Desde muy pequeño, el duque Jacobo («Jimmy» para sus íntimos) recibió una esmerada educación angloparlante. Vigilado estrechamente por una *nanny* desde su primera infancia, continuó sus estudios en Gran Bretaña, en el Beaumont College, reputado centro jesuita conocido como «el Eton católico».

En 1888 empezó el bachillerato en el madrileño Instituto Cisneros, y luego en el de San Isidro, finalizando la enseñanza media en 1894. Más tarde obtuvo la licenciatura en Derecho por la Universidad de San Bernardo, donde coincidió con Gabriel Maura, duque de Maura.

Parecía un lord inglés: fumaba en pipa y vestía trajes confeccionados por los mejores sastres londinenses. Su biógrafo,

José Luis Sampedro, aseguraba que en 1905, el duque de Alba y sus hermanos actuaron en una operación de alta política para proveer a España de reina consorte. Eugenia de Teba nada menos, ex emperatriz de los franceses, emparentada con la Casa de Alba, actuó de «celestina». No en vano ella era amiga íntima de la reina Victoria de Inglaterra, abuela de Victoria Eugenia de Battenberg, con quien se desposó Alfonso XIII en 1906. El monarca español guardó así, desde el principio, una deuda de gratitud con su amigo el duque de Alba, a quien concedió el Toisón de Oro, la máxima condecoración de los Borbones españoles.

No satisfecha con eso, la ex emperatriz Eugenia de Teba se propuso casar también lo mejor posible al duque Jacobo. Pero, entretanto, éste pensaba más en su propia carrera política que en otra cosa: entre julio de 1903 y mayo de 1905 fue diputado por Pontevedra en el Congreso y, más tarde, senador. En la legislatura de 1922 participó en la comisión que actuó contra el general Berenguer y pronunció un discurso sobre las reformas tributarias.

El duque Jacobo se convirtió así en una *rara avis* de la época; en un soltero cuarentón al que se le unía sentimentalmente con la norteamericana Linda Lee Thomas, que años después contraería matrimonio con el compositor norteamericano Cole Porter, célebre por sus producciones musicales de la Metro Goldwyn Mayer y autor de canciones tan emblemáticas como *Beguin the Beguine* o *I love Paris*. Jacobo, por su parte, se desposaría con Rosario, «Totó», de Silva y Gurtubay, marquesa de San Vicente del Barco y veintidós años más joven que él. La boda se celebró en la Embajada de España en Londres el 7 de octubre de 1920, diez días antes de que el duque cumpliese cuarenta y dos años. Los padrinos fueron, cómo no, los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia, representados por el padre de la novia y la hermana del novio. Nada hacía presagiar al recién casado que su joven esposa, siguiendo el triste destino de los consortes de la Casa de Alba, fallecería catorce años después, el 11 de enero de 1934, de una tuberculosis en el palacio de Liria.

Desde su boda, Jacobo Alba se dedicó con mayor ímpetu al mundo de los negocios, invirtiendo en las obras del metro madrileño y en las del Stadium Metropolitano. Asumió también las presidencias

del Real Automóvil Club de España, de Telefónica y de Standard Eléctrica, promoviendo al mismo tiempo la construcción del campo de golf de Pedreña, en Santander. En 1928, y con un decidido apoyo de Alfonso XIII, se convirtió en presidente de la Compañía del Golfo de Guinea, cuya finalidad era desarrollar la explotación en aquella zona; abandonó el cargo al ser nombrado ministro en el Gobierno Berenguer.

Entre sus fiascos empresariales se contaba su aventura, emprendida junto con un grupo de hombres de negocios donostiarras, para crear Aceros Lasarte, compañía que acabó siendo un desastre económico. Pero no por ello su fortuna se resintió, pues era uno de los cinco primeros terratenientes de España, con propiedades que sumaban más de 35.000 hectáreas.

Su currículo internacional era impresionante: doctor *honoris causa* por el Trinity College de Oxford, miembro de la Academia Imperial de Berlín, de la British Academy de Londres, de la Massachusetts Historical Society de Boston y de la de Ciencias de Lisboa.

La cordial relación con Inglaterra fructificó en la colaboración con la Residencia de Estudiantes para constituir el Comité Hispano-Inglés en 1923, a iniciativa suya, encargado de promover las relaciones intelectuales, artísticas y científicas entre ambos países. Anglófilo por los cuatro costados.

En busca del Stradivarius

El duque Jacobo fue un personaje relevante en el mundo de la cultura, que en febrero de 1918 fue elegido numerario de la Real Academia de la Historia, institución que luego dirigió. Dos años después se le nombró académico de número de la de Bellas Artes de San Fernando y presidió el Patronato del Museo del Prado. Participó también en la construcción de la Ciudad Universitaria madrileña, y sugirió a Alfonso XIII que enviase a los infantes Alfonso y Beatriz a Estados Unidos para recaudar fondos con tal fin.

En la música se distinguió por ser miembro de la Junta de Patronato del Teatro Real, desde donde organizó funciones de los célebres ballets rusos de Diághilev, acompañando también en 1926 al rey Alfonso XIII a la casa londinense W. E. Hill & Sons para intentar recuperar la viola de Stradivarius sustraída por los franceses durante la guerra de la Independencia.

88

FECHA: 4/10/1936. El sacerdote Fulgencio Martínez García logró al final que perdonasen la vida a nueve feligreses suyos y que lo fusilasen sólo a él pese a ser inocente.

LUGAR: MURCIA. Con sólo veinticinco años, el clérigo murió reventado por las balas del pelotón de ejecución en el campo de tiro de Espinardo, mientras gritaba: "¡Viva Cristo Rey!".

ANÉCDOTA: Dejó escrito: "Encontrarán en el cajón una póliza de seguro mío por diez mil pesetas; si pueden cobrarlo, para la nena la mitad y el resto para ustedes".

El Maximiliano Kolbe español

Como el sacerdote polaco san Maximiliano Kolbe, el también clérigo murciano Fulgencio Martínez García, beatificado en octubre de 2013 junto con otros 521 mártires de la Guerra Civil española, salvó al prójimo de una muerte segura.

Kolbe, en su caso, se ofreció a morir de hambre en el campo de concentración de Auschwitz en lugar del sargento Franciszek Gajowniczek, casado y con hijos. Tras ser detenido cuando intentaba escapar, el comandante nazi del campo condenó al sargento a perecer de inanición, sin agua ni comida, junto con otros nueve prisioneros. Enterado de su situación familiar, Kolbe se ofreció a cambiarse por él. Su proposición fue aceptada. Al cabo de dos semanas de tormento, hallándose aún con vida, sus verdugos le administraron una inyección letal el 14 de agosto de 1941.

Fulgencio Martínez (1891-1936), por su parte, imploró al tribunal popular que le «juzgó» que toda la pena recayese sobre él, y que dejase en libertad a sus nueve feligreses que le acompañaban en el

banquillo. Acusados de «hacer intensa propaganda en contra de la República democrática y en pro del fascismo», la Providencia quiso finalmente que el fiscal Galán retirase su petición de muerte para todos aquellos infelices; excepto para el sacerdote, a quien el «juez» Lino Martín Carnicero condenó a la pena capital.

Nada pudo probarse contra el condenado, sencillamente porque todo lo que se dijo era mentira. La animadversión y el odio visceral al catolicismo convirtieron en delito lo que era puro amor y entrega al prójimo desde que Fulgencio ingresó en el Colegio-Seminario San José de Murcia en 1923.

Como Kolbe, también él acabó convertido en un mártir de la caridad. A los dos les unía su devoción por san Francisco de Asís. El sacerdote polaco era, de hecho, franciscano; y sus padres, Julio Kolbe y María Dabrowska, pertenecían a la Orden Tercera de San Francisco, en la cual ingresó también Fulgencio Martínez en 1928.

Ordenado sacerdote con veinticuatro años, de manos del obispo Miguel de los Santos Díaz y Gómara, era cura párroco de La Paca y Don Gonzalo, en Lorca (Murcia), desde agosto de 1935.

Su sobrina carnal Esther Martínez Monje, hija del menor de los diez hermanos, Juan Félix, me recuerda hoy la última vez que su padre vio al futuro mártir: «Mi tío Fulgencio —evoca Esther, orgullosa— era el primogénito, casi veinte años mayor que mi padre, el cual fue a visitarle en la iglesia de San Juan de Murcia, convertida en prisión, poco antes de que lo mataran. Con casi cinco años, mi padre siempre recordaba aquellos momentos durante los cuales su hermano mayor le paseó en brazos con una alegría indescriptible».

La misma alegría con la que murió a sus veinticinco años, reventado por las balas del pelotón de fusilamiento en el campo de tiro de Espinardo, exclamando con los brazos abiertos: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España Cató…!». No llegó a pronunciar entera la última palabra, pues justo entonces cayó fulminado al suelo con impactos de bala en el cuello, pecho y cabeza. La frente quedó sellada por una pequeña herida al desplomarse, como el principio de una invisible aureola. Eran las cinco y media de la madrugada del día 4 de octubre de 1936, festividad de san Francisco de Asís. ¿Casualidad? Causalidad más bien.

Poco antes, había exhibido el mismo talante alegre y sereno para asombro de los guardias que le custodiaban hacia el coche que le conduciría al patíbulo en compañía de Ginés Hurtado, condenado también a muerte.

A su paso por la guardia, un soldado se atrevió a decir: «Ahí van dos héroes». Pero Fulgencio le corrigió: «No, dos mártires».

Al franquear el rastrillo, había vuelto su rostro ya venerable, proclamando: «Antes mártires que apóstatas»; y reconfortando a su compañero Ginés, víctima de un desvanecimiento: «¡Don Ginés, si nos vamos al Cielo!».

La carta de despedida a sus seres queridos constituye toda una prueba fehaciente de su admirable fortaleza de ánimo al encarar la muerte. Baste con transcribir un solo párrafo: «Ya me dijeron —anotó Fulgencio— que habían pagado algunas cosas y quiero que paguen todo lo que yo deba. Verán una libreta pequeña donde yo lo tenía anotado, y además debo la suscripción a *La Verdad*, la cera, *Sal Terrae*; y en La Paca, donde estuve hospedado creo que son doce pesetas y no sé qué me cobrará Aniceto por unos bancos que me hizo, y si algo más debo lo pagan». Y concluía con gran fe, convencido de su destino: «Que nos veamos en el Cielo».

La sangre de los mártires

El sacerdote Fulgencio Martínez García no fue, por desgracia, una excepción. La persecución religiosa fue atroz durante la Guerra Civil española. Uno de sus principales estudiosos, Antonio Montero, arzobispo de Mérida-Badajoz, sostiene que en toda la historia universal de la Iglesia no hay un solo precedente, ni siquiera en las persecuciones romanas iniciadas bajo el terror de Nerón, mediado el siglo I de nuestra era cristiana, de tanto derramamiento de sangre (una docena de obispos, cuatro mil sacerdotes y más de dos mil religiosos) en tan breve espacio de tiempo (la mayoría fueron asesinados en el segundo semestre de 1936).

Un reputado hispanista nada sospechoso de clerical como Stanley G. Payne no duda en afirmar que el hostigamiento a los católicos durante la contienda civil fue el mayor en la historia de la Europa Occidental, incluidos los episodios más violentos de la Revolución francesa, que se saldó con más de dos mil mártires.

89

FECHA: 13/5/1981. El terrorista turco Mehmet Alí Agca, de veintidós años, disparó contra Juan Pablo II, de casi sesenta y uno, con su pistola semiautomática Browning Hi-Power, del calibre 9 milímetros.

LUGAR: ROMA. Antes de apretar de nuevo el gatillo de su pistola, una mano invisible aferró del brazo derecho al terrorista del grupo Lobos Grises, impidiéndole rematar al Pontífice.

ANÉCDOTA: Juan Pablo II y el padre Pío fueron grandes cómplices, hasta el punto de que sor Rita, hija espiritual del capuchino, salvó aquel día al Papa polaco.

La monja que salvó a Juan Pablo II

Todo empezó el 13 de mayo de 1981, en la plaza de San Pedro de Roma, cuando el terrorista turco Mehmet Alí Agca, de veintidós años, disparó contra el papa Juan Pablo II, que seis días después cumpliría los sesenta y uno, con su pistola semiautomática Browning Hi-Power, del calibre 9 milímetros.

Antes de que pudiese apretar de nuevo el gatillo de su pistola, una mano invisible aferró con fuerza del brazo derecho al terrorista turco del grupo ultranacionalista Lobos Grises, impidiéndole rematar al Pontífice.

Entretanto, Juan Pablo II yacía desangrándose en el interior del Papamóvil alcanzado en el vientre, en el codo derecho y en el índice de la mano izquierda. Todo el mundo, incluidos los médicos del policlínico Agostino Gemelli donde trasladaron al Papa agonizante, temieron por su vida. Su secretario personal, monseñor Stanislaw Dziwisz, se apresuró a administrarle el sacramento de la unción de enfermos antes de que extirpasen a Wojtyla nada menos que 55

centímetros de intestino durante una laboriosa operación que se prolongó durante más de cinco horas.

Pero su vida, el día de la festividad de la Virgen de Fátima, estaba en mejores manos que las de los médicos. ¿Quién sujetó, si no, del brazo a Alí Agca evitando que asesinase al romano Pontífice?

El propio protagonista del atentado fallido declaró luego al juez instructor Ilario Martella esto mismo: «Si efectué sólo dos disparos fue porque a mi lado había una monja que en un momento dado me asió del brazo derecho y me impidió seguir disparando; de no ser por ella, habría matado al Papa». Más claro, agua.

Esa monja era sor Rita del Espíritu Santo (llamada Cristina Montella, de seglar), a quien el padre Pío, canonizado años después por el propio Juan Pablo II, llamaba cariñosamente «Bambina», «Niña», y que aquel día estuvo en la plaza de San Pedro en bilocación, carisma sobrenatural que ha permitido a místicos y/o santos estar en dos lugares distintos al mismo tiempo.

Sor Rita era una de las llamadas «hijas espirituales» de san Pío de Pietrelcina, el capuchino de los estigmas que hacía milagros en vida. Muchos recordarán que los medios de comunicación centraron la atención en su día en otra consagrada: la que se interpuso en el camino de huida de Alí Agca e hizo posible su detención. Pero ahora conocemos con detalle la existencia de una segunda religiosa, a quien nadie naturalmente vio, salvo el terrorista turco, pero que estuvo providencialmente allí aquel día. La monja que salvó a Juan Pablo II, parafraseando el título del libro de la vaticanista italiana Cristina Siccardi, cuyo prólogo de la edición en castellano tuve el privilegio de escribir.

Cristina Siccardi pudo acceder en su día a las asombrosas revelaciones del padre pasionista Franco D'Anastasio, fruto de sus conversaciones privadas con sor Rita, la cual rogó encarecidamente al sacerdote que las guardase en secreto hasta su muerte. Entre ellas, figuran estas palabras textuales suyas: «Desvié junto a la Virgen el disparo del atacante del Papa».

Pero ¿quién era en realidad sor Rita del Espíritu Santo? Nacida el 3 de abril de 1920, en el mismo año que el nuevo santo Karol Wojtyla, sor Rita tenía catorce años la primera vez que se le apareció el padre

Pío en bilocación, diciéndole: «¡Cristina, no crezcas nunca; sé niña siempre!». Aquella noche del 25 de agosto de 1934, el capuchino de los estigmas bautizó así espiritualmente a su nueva hija.

Como el padre Pío, sor Rita del Espíritu Santo tuvo los estigmas de Jesucristo en manos, pies y costado desde el 14 de septiembre de 1935, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Mientras oraba en su cama, se le apareció Jesús crucificado junto con la Virgen, san José y el padre Pío. «Cristina, ¿quieres sentir los sufrimientos de mis llagas?», le preguntó Jesús. Y ella asintió por amor.

Repleta de carismas, como el de la bilocación que le permitió visitar también en compañía del padre Pío al cardenal húngaro József Mindszenty en su celda de la prisión, mientras éste era torturado salvajemente por las autoridades comunistas para que renunciase a su cargo eclesiástico, sor Rita del Espíritu Santo o Cristina Montella, como el lector prefiera, falleció en olor de santidad el 26 de noviembre de 1992 en el monasterio de clausura de Santa Croce sull'Arno, en la Toscana. ¿No constituyen acaso las experiencias místicas de esta singular monja una demostración de la existencia de una realidad tan sorprendente como desconocida? Otro meteorito del medievo en pleno siglo XX.

Milagrosa curación

La misma Virgen de Fátima que, sirviéndose de sor Rita del Espíritu Santo, libró a Juan Pablo II de una muerte segura, salvó también la vida al padre Pío el 6 de agosto de 1959. Un joven don Gabriele Amorth, de treinta y cuatro años, hoy exorcista oficial del Vaticano, viajó en helicóptero desde el santuario mariano de Fátima hasta el convento italiano de San Giovanni Rotondo, donde vivía el padre Pío. El capuchino estaba desahuciado por los médicos a causa de una pleuritis exudativa. Amorth lo sabía y por esa razón se embarcó en el helicóptero en busca de la talla de la Virgen de Fátima que hoy se conserva en el interior del santuario, junto al altar. Suspendida de un

cable, la talla pudo ser venerada por el padre Pío desde la misma ventana de su celda, sentado en una silla de ruedas. Instantes después, el enfermo sanó al instante.

90

FECHA: 30/1/1989. Alfonso de Borbón esquiaba por la pista Eagle County mientras inspeccionaba su estado, pues al día siguiente se celebraban allí mismo los campeonatos mundiales de esquí alpino.

LUGAR: COLORADO. El empleado de la estación de Beaver Creek, Daniel Conway, de quien nada más se supo, manipulaba un cable que seccionó el cuello del duque de Cádiz.

ANÉCDOTA: La esquiadora Blanca Fernández Ochoa, presente entonces en Beaver Creek, declaró: "Lo que le ha ocurrido a don Alfonso es algo muy extraño, una posibilidad entre mil".

LA MISTERIOSA MUERTE DEL DUQUE DE CÁDIZ

Jamás olvidaré aquella estremecedora palabra consignada en un documento oficial de la policía norteamericana del distrito de Eagle County, en relación a la terrible muerte de Alfonso de Borbón Dampierre.

Mientras componía mi libro *El Borbón non grato*, la única biografía del duque de Cádiz publicada hasta la fecha, llegó a mis manos una copia de aquel impreso del registro del centenar de fotografías tomadas a Alfonso de Borbón tras el ¿accidente? mortal sufrido en la estación de esquí de Beaver Creek en el corazón de las montañas Rocosas, en Colorado.

Pude leer así en el encabezamiento:

Office of the Sheriff
Eagle County/328-6611
Case: 89/524
Date: 2-3-89

Offense: Attended Death/HOMICIDE

La expresión «homicidio», anotada en inglés y en mayúsculas por la propia policía de Eagle County, en un documento fechado treinta días después de la tragedia, era cuando menos sospechosa y añadía un dato muy relevante a un lamentable episodio sobre el que aún hoy persiste una aureola de misterio.

Por si fuera poco, las instantáneas obtenidas del moribundo tendido sobre la nieve en Beaver Creek fueron inexplicablemente destruidas por la policía. El abundante material gráfico habría arrojado luz sobre las extrañas circunstancias de su muerte, en torno a las cuales algunas personas muy próximas a él abrigan aún serios recelos.

¿Fue mera casualidad que el duque de Cádiz pereciese «guillotinado» por un cable de acero mientras descendía por la pista Eagle County de Beaver Creek? ¿Tenía él acaso enemigos dispuestos a terminar de forma tan salvaje con su vida?

Su madre, Emanuela Dampierre, reveló en sus *Memorias*, publicadas en *¡Hola!* en 1991, las amenazas que se cernían sobre su hijo tras haber adoptado los títulos de duque de Anjou y de Cádiz en los documentos de su cancillería y manifestado su «firme intención de proseguir la obra de su padre», el infante don Jaime de Borbón.

Paco Fernández Ochoa, quien compartió los últimos momentos con él en Colorado, me confesó su perplejidad: «Sigo sin entender qué pasó aquella tarde; sinceramente, me resulta todo muy extraño, entre otras cosas porque Alfonso era un esquiador excepcional».

¿Qué sucedió la aciaga tarde del 30 de enero de 1989? Alfonso de Borbón esquiaba con un sol espléndido por la pista Eagle County, acompañado del ex campeón austríaco Tony Sailer, de la esposa de éste, Gabi, y del encargado de seguridad de los campeonatos, el canadiense Ken Read.

Inspeccionaban el estado de la pista cerrada al público, en la que al día siguiente se disputaba la prueba de descenso del campeonato mundial de esquí alpino. Mientras marcaban el trazado del recorrido y cada una de sus puertas, Tony Sailer reparó en un cable trenzado de acero que atravesaba la pista unos cien metros más abajo, y

previno del peligro en su idioma, el alemán, al duque de Cádiz, que le seguía a unos metros de distancia.

—¡Alfonso, cuidado que abajo están trabajando!

El empleado de la estación Daniel Conway, de quien más tarde nada se supo, manipulaba un cable de acero de unos cuatro milímetros de grosor que debía soportar la pancarta de meta al día siguiente. La cuerda metálica estaba ubicada a una altura de un metro setenta y cinco centímetros sobre la nieve.

Pero Alfonso no le escuchó. Había enfilado ya, a unos cuarenta y cinco kilómetros por hora, el último trayecto de su vida.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Sailer segundos después, al verle tendido en la nieve, cuando eran las 15.56 del lunes (las 23.56 en España).

El duque de Cádiz permaneció inmóvil alrededor de media hora en la pista, debatiéndose entre la vida y la muerte, sin que nadie le socorriese. El médico dio instrucciones de que no se le trasladase al hospital hasta que no se personase en la pista la policía local. Cuando al fin llegó la ambulancia, avisada por una patrulla de aquélla, tenía ya el pulso muy débil.

Le introdujeron con sumo cuidado en la furgoneta para trasladarle al Vail Valley Medical Center. Pero una vez allí, a las 16.48 de la tarde, el forense certificó su muerte. Se había perdido un tiempo precioso que pudo ser decisivo para salvar la vida al duque de Cádiz. El cadáver presentaba una incisión en el cuello, en forma de media circunferencia.

Al cabo de los años, los pleitos de la familia Borbón hallaron el frío consuelo de una indemnización, cerca de cien millones de las antiguas pesetas (casi seiscientos mil euros) que fueron a parar a Luis Alfonso, a quien ya nadie podría devolverle a su padre.

Maldito presagio

Francisco de Borbón Martínez-Bordiú murió cuatro años antes que su padre, el 5 de febrero de 1984, mientras regresaba de esquiar con él en Candanchú, en el Pirineo aragonés, junto con su hermano menor Luis Alfonso y la «seño», una simpática cordobesa llamada Manuela Sánchez Prat.

El duque de Cádiz se saltó una señal de stop y su coche —un Citroën CX Palas— se empotró contra un camión Pegaso cargado con veintitrés toneladas de material de limpieza, en una carretera cerca de Cintruénigo. Trasladado al hospital de Navarra, en Pamplona, el duque de Cádiz fue diagnosticado de conmoción cerebral, con fractura de la bóveda craneal; su pronóstico era muy grave, además de haberse roto veintiséis huesos, que requirieron seis operaciones. Pero el peor augurio fue para el pobre Francisco: lesionado en el tallo encefálico, ingresó en el hospital con parada cardíaca. Al cabo de dos días, falleció.

91

FECHA: 24/11/1958. El diario *The Times* informó aquel día sobre la sentencia condenatoria contra el mujeriego Miguel Primo de Rivera, hermano de José Antonio, por un caso de flagrante adulterio.

LUGAR: LONDRES. Anthony Greville-Bell, mayor británico del Ejército del Aire y héroe en la Segunda Guerra Mundial, demandó a su esposa Helen Scott-Duff y al amante español de ésta.

ANÉCDOTA: Miguel Primo de Rivera se desposó con Margarita Larios y Fernández de Villavicencio el 24 de marzo de 1933, de quien acabaría separándose años después sin hijos.

El lío de faldas que zanjó Franco

La carta a Franco es de las que quitan el hipo. La escribió y rubricó Miguel Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, el hermano menor de José Antonio que oyó entre lágrimas de impotencia, desde su celda de la prisión de Alicante, los disparos que segaron la preciosa vida del fundador de Falange Española la madrugada del 20 de noviembre de 1936.

La epístola revela el tremendo lío de faldas en que se vio envuelto su mujeriego firmante mientras era embajador de España en la capital británica desde la normalización de relaciones diplomáticas con Inglaterra, ocho años atrás.

Miguel Primo de Rivera no era un hombre vulgar: a su doble grandeza de España, como heredero del título de marqués de Estella que llevó antes que él José Antonio, y del ducado de Primo de Rivera, se unía su magnífica relación con el rey Jorge VI y luego con Isabel II, a quien acompañaba a las carreras de caballos cada año.

En mayo de 1941, Franco le había nombrado ministro de Agricultura para despejar las reticencias iniciales de los falangistas hacia su movimiento, cargo en el que permaneció hasta junio de 1945.

Pero, más que ministro y diplomático, Miguel Primo de Rivera era un rompecorazones capaz de conquistar el de toda una infanta de España: Beatriz, la primogénita de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg, que bebió los vientos por él.

Años después, Miguel estaba enfadadísimo con el comportamiento del Gobierno de Franco en un asunto del que él mismo era responsable, como mujeriego impenitente. Veámoslo: Anthony Greville-Bell, mayor británico del Ejército del Aire y héroe en la Segunda Guerra Mundial, presentó en los tribunales ingleses una demanda de adulterio contra su tercera mujer, Helen Scott-Duff de soltera, con quien había contraído matrimonio en 1955, y contra el propio Miguel Primo de Rivera, a quienes acusaba de mantener una relación extramatrimonial.

En el diario *The Times* del 24 de noviembre de 1958 se informó sobre la sentencia. El magistrado Barnard declaró, en referencia a la carga de la prueba:

> El Tribunal debe estar satisfecho de que la acusación se efectuase; era bastante obvio que si el juez o el jurado hubiesen tenido alguna duda razonable, no habrían quedado satisfechos. El juez de apelación David Jenkins, en un caso reciente, lo explicó de otro modo diciendo que si todas las pruebas llevaban a una alta probabilidad de que el adulterio había existido, era seguro y adecuado encontrarlas. Aparte de la confesión de la esposa, corroborada por las anotaciones en su agenda, él [el juez] estaba satisfecho con las pruebas sobre el adulterio cometido por la demandada y el codemandado a finales de 1957 y posiblemente a partir del 6 de junio; pero ciertamente durante esa larga y constante relación se cometió adulterio cada vez que se presentaba la oportunidad.

No sólo la prensa tabloide inglesa cargó sin compasión contra el duque de Primo de Rivera y su amante. El escándalo traspasó las fronteras y desató con mayor motivo aún la ira del ex embajador afectado.

Titulada de modo explícito «Un juicio arruina la carrera del duque», la crónica del corresponsal en Londres del rotativo australiano *The Sydney Morning Herald* impactó como un dardo afilado en el corazón mismo del objetivo. Se daba la circunstancia, además, de que el marido ofendido había nacido en Australia. El artículo se publicó el 23 de noviembre de 1958, cuando el caso ya había sido visto para sentencia:

> Las palabras que le hundirán —«Estoy satisfecho de que el cargo de adulterio se haya reconocido»— provenían del juez del Tribunal de Divorcios de Londres […]
>
> El apuesto duque, de cincuenta y cuatro años de edad, ha sido acusado por el mayor Anthony Greville-Bell, de treinta y ocho años, de mantener una relación con su esposa de veintiocho años, Helen Greville-Bell, belleza de la sociedad londinense.
>
> En uno de los casos más sensacionalistas jamás oídos en el Tribunal, el Sr. Juez Barnard le concedió al mayor Greville-Bell el grado de separación judicial imputando los costes a su esposa basándose en el cargo de adulterio […] Declaró así el juez: «Sería burlarse del matrimonio si dos personas se comportasen como se han comportado ellos y el Tribunal rechazara la conclusión de adulterio. Estoy satisfecho de que el cargo de adulterio se haya reconocido».

Miguel Primo de Rivera fallecería ocho años después, el 8 de mayo de 1964, sin que las Grandes Cruces del Mérito Agrícola, del Mérito Naval y del Mérito Militar, esta última con distintivo blanco, le sirviesen de nada.

Veneno en la sangre

La infanta Beatriz de Borbón se enamoró perdidamente del también moreno y apuesto Miguel Primo de Rivera, cinco años mayor que ella. Beatriz y Miguel dieron largos paseos a caballo por los pinares del Puente de los Franceses; se les vio también participar juntos en varias pruebas hípicas en el Real Sitio de El Pardo. Hasta que un día el dictador Primo de Rivera, padre de Miguel, acabó con aquella relación. ¿Qué inconfesable razón le indujo a hacerlo, aun poniendo en riesgo la felicidad de su propio hijo? Bastó con pronunciar una sola palabra maldita: hemofilia, sinónimo de peste sanguínea.

La propia infanta Beatriz fue consciente de haber sido uno de los peores partidos de la realeza europea: «Siempre tuvimos —confesaba ella— la preocupación de si podíamos transmitir la hemofilia y así se lo decíamos a cada uno de los posibles "novios"… y algunos se escapaban y era mejor así».

92

FECHA: 24/7/1568. Pasada la medianoche, el príncipe Carlos de Austria avisó enseguida a su confesor para implorar perdón por todas sus culpas, cayendo fulminado de espaldas como un rayo.

LUGAR: MADRID. El joven príncipe, demacrado y febril, se paseaba semidesnudo durante horas enteras con los pies descalzos por sus aposentos privados, donde había sido confinado de por vida.

ANÉCDOTA: Felipe II penetró en la cámara de su hijo la última noche para darle su bendición junto al príncipe de Éboli y el prior Antonio de Toledo.

El «Quasimodo» español

A nuestro increíble protagonista le hicieron pasar de puntillas por la Historia de España, sumiéndole en los más oscuros y siniestros recovecos, pese a su innegable importancia en la dinastía de los Austrias. Es preciso retrotraerse al mes de enero de 1568 para rescatarle del macabro olvido. Aludimos a un joven de veintitrés años, demacrado y febril, que se paseaba semidesnudo horas enteras de día con los pies descalzos por sus aposentos privados en el regio alcázar de Madrid, donde había sido confinado de por vida.

Previamente, él mismo había encharcado el pavimento arrojando, uno tras otro, cubos enteros de agua. Por la noche, lograba que le pusiesen un calentador lleno de nieve, con cuya frialdad parecía encontrar cierto alivio a su interminable encierro. Por si fuera poco, ingería a menudo cubitos de hielo, como si fuesen caramelos. Su mirada extraviada era señal inequívoca de que había perdido la razón, desde que sufrió años atrás una grave caída por las escaleras que le dejó largo tiempo sin sentido; y su forma de caminar, inclinado y renqueante, evidenciaba el grave deterioro de su

columna vertebral a raíz también de una malaria padecida en el ecuador de su adolescencia.

Esta especie de «Quasimodo» español, que hubiese podido inspirar al príncipe de las letras Victor Hugo su inmortal obra *Nuestra Señora de París*, tampoco probaba bocado durante días enteros y comía luego en exceso, como si no le importase poner fin a su vida con terribles indigestiones, a punto de vomitar una y otra vez su propia existencia. Al cabo de seis meses, el 24 de julio de 1568 para ser exactos, poco después de la medianoche, hizo llamar a su confesor y tras golpearse el pecho con escasa energía imploró perdón por todas sus culpas, que eran muchas. Acto seguido, cayó fulminado de espaldas como un rayo.

¿Qué acto tan infame había cometido este infeliz para poner fin a sus días de modo tan inhumano y oprobioso? ¿Acaso era el peor de los asesinos? ¿Tal vez un pederasta sin escrúpulos o un destripador de mujeres en pleno siglo XVI? ¿De quién hablamos entonces…? Pásmese el lector: nuestro infortunado protagonista era nada menos que el primogénito del rey Felipe II (1527-1598) y heredero del trono: el príncipe de Asturias don Carlos de Austria (1545-1568), hijo también de la princesa María de Portugal, fallecida a causa del alumbramiento.

Meses atrás, el rey Felipe II en persona había leído un terrible informe en sus dependencias privadas del alcázar madrileño. Firmado de puño y letra por el licenciado Diego Briviesca Muñatones, consejero de Castilla, aseguraba éste en el lapidario documento que el propio hijo del monarca estaba involucrado en un complot para arrebatarle el trono e incluso acabar con su vida. El gesto de pesadumbre y dolor del soberano fue palmario al detener su mirada en una sola palabra estampada con mayúsculas a mitad del texto: «PARRICIDIO».

Poco después, por mandato del rey Felipe II, se formó una causa judicial contra el príncipe Carlos de Austria a la que quien esto escribe tuvo acceso al cabo de casi cinco siglos, por increíble que parezca. La comisión estaba presidida por el propio rey e integrada también por el cardenal Diego de Espinosa, inquisidor general y presidente del Consejo de Castilla, Ruy-Gómez de Silva, príncipe de

Éboli, el duque de Pastrana y otros nobles. Las reuniones provocaron intensas discusiones entre los partidarios de la absolución y la condena. Finalmente, el veredicto resultó tan rotundo como inapelable: «Culpable de alta traición».

Felipe II esgrimió una mueca resignada ante su doble condición de rey y padre. Era consciente, muy a su pesar, de que acababa de condenar a muerte a su propio hijo, a quien la Historia de España dedicaría, en un alarde de hipócrita «generosidad», una miserable nota a pie de página. El príncipe que no pudo, o más bien no le dejaron reinar.

«Lo que parece indudable —se lee en la *Historia de España* de Dunham, anotada por Alcalá Galiano— es que Carlos fue un hombre de mala condición y poco sano juicio, y que sus faltas, graves ciertamente, fueron castigadas sin misericordia por un monarca que no juntaba con sus otras prendas las de un ser humano.»

Por si acaso, Felipe II no permitió que en sus despachos al extranjero ni en las comunicaciones a sus ministros residentes en Madrid se mencionara la terrible acusación de parricidio efectuada contra su difunto hijo. ¿Por qué lo impidió, según consta en una carta del nuncio del papa Urbano VIII…?

El germen de la desolación

¿Quién iba a decir que el nacimiento del príncipe Carlos de Austria supondría finalmente un terrible disgusto para su padre, Felipe II? No en vano, el alumbramiento de un hijo varón aseguraba entonces la continuidad de la dinastía. Pero la alegría duró poco en la Corte. El nuevo retoño trajo la desolación a la Casa de Austria, pues tan sólo cuatro días después, como ya sabemos, falleció la princesa de Asturias, María de Portugal, como consecuencia del complicado parto. Por si fuera poco, la salud física y mental del príncipe se vio afectada desde sus primeros pasos. Sus maestros, Juan de

Mañatones y Honorato de Juan, apenas consiguieron que el infante aprendiese a leer y escribir.

Su condena en vida no fue óbice para que el príncipe fuese amortajado a su muerte con el hábito de franciscano en el interior de un ataúd cubierto con terciopelo negro y ricos brocados.

93

FECHA: 10/4/1912. Aquella tarde del miércoles, Víctor Peñasco, sobrino de José Canalejas, y su esposa María Josefa Pérez de Soto embarcaron con su doncella Fermina Oliva en el *Titanic*.

LUGAR: CHERBURGO. Antes de embarcar, Fermina Oliva presagió lo peor mientras evocaba el terrible hundimiento del crucero español *Reina Regente*, en marzo de 1895, cuyos 420 tripulantes perecieron también.

ANÉCDOTA: La esposa de Víctor Peñasco y la doncella vivieron para contarlo, al contrario que el sobrino de Canalejas, cuyo cadáver dicen que está sepultado en Halifax (Canadá).

La maldición de los Canalejas

El mismo año de su brutal asesinato, el 14 de abril de 1912, el presidente del Gobierno José Canalejas Méndez tuvo noticia de la muerte de su sobrino político Víctor Peñasco y Castellana en la no menos terrible tragedia del célebre *Titanic* que conmocionó al mundo entero.

El destino preservó, en cambio, a Canalejas de ver morir a su primogénito, José María Canalejas Fernández, II duque de Canalejas, salvajemente fusilado al inicio de la Guerra Civil española.

La maldición de los Canalejas «zarpó» así la tarde del miércoles 10 de abril de 1912, cuando Víctor Peñasco y su esposa María Josefa Pérez de Soto, acompañados por su doncella y costurera Fermina Oliva Ocaña, embarcaron en el puerto de la comuna francesa de Cherburgo, rumbo a Nueva York, en el vapor más grande jamás construido. Cada pasaje del tíquet número 17.758 que compartían los tres viajeros costó 108 libras de la época.

La pareja había contraído matrimonio dos años atrás y, como era costumbre entre la gente adinerada de entonces, prolongó su intensa y larga luna de miel adquiriendo tres pasajes de primera clase en aquel famoso transatlántico sepultado cuatro días después en las profundidades del océano, tras impactar contra un iceberg al sur de las costas de Terranova.

Como en otras grandes tragedias de la historia, la de los Canalejas tuvo también aires premonitorios: antes de subir por la escalerilla del buque, la doncella Fermina Oliva presagió lo peor mientras evocaba el hundimiento del crucero español *Reina Regente*, el 9 de marzo de 1895, cuyos 420 tripulantes se los tragó también para siempre el inmenso océano.

«A mí de pronto me dio miedo y no quise ir», confesó, años después, la propia Fermina Oliva, fallecida en Madrid el 28 de marzo de 1969, a la edad de noventa y seis años. Y no fue la única que intuyó el peligro. La propia madre de Víctor Peñasco, Purificación Castellana, también les previno de una posible catástrofe: «Viajad a donde queráis, pero no toméis ningún barco», imploró en vano.

De hecho, el matrimonio ocupó poco después el camarote C-65, en la cubierta C de primera clase, mientras la doncella se alojaba en una cabina sencilla, la C-109, situada frente a la de sus señores.

El sobrino de Canalejas murió con tan sólo veinticuatro años, pero su esposa Pepita, con dos menos que él, logró salvarse y falleció a los ochenta y tres, en 1972. El gesto heroico del marido, resignándose a permanecer en cubierta para que las mujeres y los niños pudiesen salvarse, mientras su esposa y la doncella subían al bote salvavidas número 8, le honró para la posteridad. Su cadáver jamás apareció.

Otro de esos paladines del sacrificio fue el primogénito de José Canalejas, fruto del matrimonio de éste con Purificación Fernández y Cadenas. Aludimos a José María Canalejas Fernández, nacido en Bayona (Francia) el 30 de marzo de 1904 y asesinado el 21 de septiembre de 1936 en Madrid, con treinta y un años, en plena Guerra Civil española.

Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras por las universidades de Londres y Madrid, José María Canalejas se convirtió en grande de

España en 1919 tras heredar el título de duque de Canalejas de su madre, quien lo había recibido a su vez del rey Alfonso XIII con motivo del atentado que costó la vida a su marido. El cuerpo de José María fue agujereado sin piedad por los mosquetones milicianos y abandonado a su suerte.

José Canalejas se libró al menos de la noticia de la escabechina perpetrada contra su primogénito, ya que veinticuatro años antes, el 12 de noviembre de 1912, a las 11.25 de la mañana exactamente, el anarquista Manuel Pardiñas le disparó a bocajarro por la espalda.

El jefe del Gobierno permanecía ensimismado ante el escaparate de la librería San Martín, en la Puerta del Sol, cuando un hombre de veintiséis años, abrigado con zamarra clara, pantalón azul marino y tocado con sombrero negro disparó dos veces contra él con una pistola Browning.

Canalejas cayó desplomado al suelo con cincuenta y ocho años. La autopsia evidenció que la primera bala penetró por debajo del oído derecho, atravesó el bulbo raquídeo y salió por el oído izquierdo; de ahí que la víctima se llevase las manos a la cara antes de caer al suelo.

El magnicida fue reducido a golpes por un agente de policía, pero al percatarse de que no tenía escapatoria se pegó dos tiros en la cabeza, realizando una macabra pirueta. Igual de tétrica y fúnebre que la propia maldición de los Canalejas.

MUERTES INFANTILES

Muy pocos saben hoy que dos hermanos del ex jefe del Gobierno, José Canalejas, perecieron también de forma trágica en su infancia. La especie de maldición que asoló a esta conocida saga familiar se cebó primero con Luisa Canalejas Méndez, fallecida con sólo seis años, el 6 de julio de 1863.

A su hermano Alejandro, nacido en agosto de 1866, le sobrevino también la muerte el 2 de octubre de 1867… ¡con tan sólo catorce

meses! La aterradora mortalidad infantil, aun en los alcázares, era consecuencia también del discreto progreso de la medicina en aquella época en la que existían enfermedades letales que luego fueron vencidas, como las terribles epidemias de cólera.

«Esta mortalidad infantil —advertía con razón el célebre doctor Manuel Izquierdo en pleno siglo XX— se ha reducido en proporciones tales, que muy otra hubiese sido la historia de España de existir entonces los conocimientos que hoy poseemos.»

94

FECHA: AGOSTO DE 1937. Los apellidos de Cataluña entera se mezclaron en el sangriento cóctel del campo de batalla de Belchite, donde perecieron miembros del Tercio de Nuestra Señora de Monserrat.

LUGAR: ZARAGOZA. En el municipio de Codo vertieron su sangre apellidos catalanes tan genuinos como Amiell, Algans, Arnalot, Casals, Buxeda, Coll, Gimbernat, Guix, Oliver, Obiol, Pla, Pagés o Pujol.

ANÉCDOTA: El secretario del Colegio de Abogados de Barcelona, Manuel Goday Prats, padeció en propia carne las atrocidades y tormentos de los artilugios de la checa de Vallmajor.

¿QUIÉNES ERAN LOS CATALANES DE FRANCO?

El 26 de enero de 1939, las tropas de Franco entraron victoriosas en Barcelona. La contienda civil daba ya sus últimos coletazos. Pero se trataba de una Guerra Civil que no se había urdido contra Cataluña, como mantienen todavía hoy los nacionalistas exacerbados y/o separatistas faltando a la verdad histórica, sino que durante la misma llegó a derramarse a borbotones la propia sangre catalana en defensa de los intereses de la República… o de Franco.

Porque tan catalanes eran quienes respaldaban con decisión a los sublevados, como quienes los combatían sin miramientos. Incluidos los integrantes del heroico Tercio de Nuestra Señora de Monserrat, que dieron hasta el último aliento de sus vidas encuadrados en el bando nacional.

En los archivos militares se conserva, para los desmemoriados, la relación de los caídos en la defensa del municipio zaragozano de Codo, en el campo de Belchite, el 24 de agosto de 1937. Los apellidos de Cataluña entera se mezclan así unos con otros en el

sangriento cóctel del campo de batalla: desde Amiell, Algans, Arnalot, Casals y Buxeda, hasta Coll, Cortacans, Espelt, Escolá, Freixes o Font, pasando por otros de origen tan genuinamente catalán como Gimbernat, Guix, Oliver, Obiol, Pla, Pagés y Pujol.

Médicos, abogados, tenderos, maquinistas, obreros en general, que huyeron de Cataluña el 19 de julio de 1936, tras el fracaso del alzamiento, para enrolarse como voluntarios en el Tercio de Monserrat. Llegados a Zaragoza, acudieron al centro de reclutamiento instalado primero en el Instituto Goya y luego en el Real Seminario de San Carlos. Aunque no entraron en combate hasta el 23 de marzo de 1937, en la loma del Saso, cerca de Belchite.

Poco después, el enemigo huía desesperado, afianzándose el Tercio en Codo. Hasta que el 24 de agosto, los republicanos lanzaron su contraofensiva sobre aquella posición. Atrincherados, los de Montserrat defendieron su territorio hasta más allá de sus propias fuerzas. El único oficial superviviente, el alférez médico Ramón Navarro Garriga, dejó escrito en su informe a los superiores, para mayor gloria de los bravos combatientes:

> El número de atacantes y material del enemigo era abrumador, en relación con la guarnición de Codo, pues ascendía de ocho a diez mil hombres, artillería, gran cantidad de morteros, ametralladoras, trece tanques y escuadrones de caballería senegalesa, siendo los defensores inferiores a doscientos hombres.

Recompuesto el Tercio, participó al año siguiente en la célebre batalla del Ebro defendiendo la posición de Villalba de los Arcos. De nuevo se produjo una escabechina, saldada con 58 muertos y 174 heridos.

El 21 de marzo de 1939, se unió el Tercio a la gran ofensiva del Cuerpo de Ejército de Toledo; el día 25 cruzó el Tajo, y al día siguiente inició la ofensiva propiamente dicha, ocupando las cotas 520 y 580 mientras avanzaba resuelto por la provincia de Toledo. La guerra había tocado ya a su fin.

Pero atrás quedaba un inmenso reguero de sangre catalana vertida en su propia tierra. Militares tan catalanes como los del Tercio de Monserrat, que entregaron sus vidas en acto de servicio antes y después del alzamiento: el capitán de Ingenieros Manuel Adell; los tenientes de Artillería Joaquín Amigó de Bonet y Fernando Anrich; el capitán de Infantería Francisco Arnal Guasp; el brigada de Caballería Juan Barceló Cisquert; el capitán de Ingenieros José María Brusés; el teniente de Infantería Manuel Casadevall; el capitán de Caballería Federico Escofet, o el teniente de Sanidad Andrés Masoig Fontseré. Apellidos catalanes que se sumaban a los Puig, Pujol, Guardiola, Roselló, Sacanell, Sentmenat y un largo etcétera de militares que ofrecieron sus vidas al servicio del Generalísimo.

En el alzamiento militar participaron con el mismo espíritu entusiasta grupos de paisanos: muchachos de la Falange, del Tradicionalismo, Renovación Española y Voluntariado Español, que ya respaldaban la conspiración.

Muchos de ellos se presentaron en el parque de Artillería de San Andrés, en el Regimiento de Badajoz, en el de Caballería de Montesa y en el Primero de Montaña, donde se les proveyó de uniformes y armamento.

Algunos eran jóvenes oficiales de Complemento, que en la plaza de Cataluña y en la de la Universidad perdieron la vida; lo mismo que en la defensa del cuartel de Artillería de San Andrés.

De nuevo apellidos catalanes colmaron la relación de víctimas ilustres, tan dignas del recuerdo como las del bando republicano: Argemí Farrán, Bartrons Sampons, Bertrán Güell, Bosch Barata, Colom Vidal, Corominas Casanova, Doménech Bell, Estrada Calvet, Farriols Catalá, Font Comas, Piñol Font, Roig Llopart, Rovira Jané, Solé Virgili y tantos otros «catalanes de Franco».

Retaguardia sangrienta

Hubo otros muchos catalanes que no murieron en el frente, sino en la retaguardia. Como los catedráticos Ramón Casamada y Javier Palomas, quienes junto con el profesor auxiliar Tayá Filella pertenecían a la facultad de Farmacia. Una tarde, hallándose los tres en el domicilio de Casamada, irrumpió en él un grupo de milicianos y se los llevó detenidos a la checa de San Elías, donde poco después fueron asesinados con vileza.

Jueces, magistrados y fiscales tampoco se libraron de las purgas. La primera víctima fue el fiscal catalán José Luis Prat, a quien los milicianos detuvieron en pleno día en la Audiencia, asesinándole horas después en la Rabassada. Antonio Bruyel, magistrado de Primera Instancia del Juzgado número 7, fue sacrificado junto con su hijo; lo mismo que el fiscal Ezequiel Cuevas y que el también magistrado José Márquez Caballero, que ocupaba el Juzgado de Primera Instancia número 6.

95

FECHA: 27/4/1945. A más de quinientos metros bajo la tierra, los soldados estadounidenses hallaron una pared recién enlucida de mortero, que escondía un pasadizo secreto con cuatro misteriosos ataúdes.

LUGAR: TURINGIA. Los catafalcos contenían los restos de tres de los militares más laureados de Alemania: los reyes Federico Guillermo I y Federico el Grande, y el mariscal Hindenburg.

ANÉCDOTA: Transcurridos catorce meses nada menos desde el descubrimiento de los restos, los oficiales encargados aún no habían encontrado el lugar para sepultarlos debido a las reticencias políticas.

LOS CUATRO ATAÚDES QUE ESCONDÍAN LOS NAZIS

El acontecimiento, tan desconocido todavía hoy, es uno de los hallazgos más sorprendentes de la Historia, y de la Segunda Guerra Mundial en particular. Sucedió el 27 de abril de 1945, cuando la gran conflagración mundial tornaba ya a su fin. Las tropas estadounidenses batían entonces los campos de Turingia, bombardeados sin piedad por los Aliados. Atravesada por el bosque del mismo nombre, en el epicentro geográfico de Alemania, Turingia iba a convertirse en el escenario de un increíble episodio. Los efectivos de la Sección de Armamentos buscaban con ahínco depósitos de municiones escondidos por los nazis. Avanzaban impacientes por los más de veinte kilómetros de galerías oscuras de la salina de Bernterode en busca de su objetivo, cuando se toparon finalmente con el codiciado botín: 360.000 toneladas métricas de municiones.

Pero semejante trofeo de guerra no era nada comparado con el que poco después iban a descubrir sin proponérselo. Los soldados

debieron de sentirse como topos al explorar las profundidades del terreno sembrado previamente con las huellas de sus botas. A más de quinientos metros bajo tierra, hallaron una pared recién enlucida de mortero, que escondía un pasadizo secreto.

El oficial ordenó que abriesen un túnel de dos metros de largo a través de la mampostería para acceder a un habitáculo donde había numerosas tapicerías y brocados, junto a preciosas banderas prusianas. Fue entonces cuando los primeros soldados repararon atónitos en la presencia de cuatro ataúdes, en cuyas tapas alguien había escrito con lápiz rojo y de forma apresurada el contenido de los mismos, como si se tratase de una vulgar mercancía.

¿Qué escondían en realidad esos cuatro catafalcos? Ni más ni menos que los restos mortales de tres de los militares más laureados de toda Alemania: el rey Federico Guillermo I (1688-1740), padre y organizador del ejército prusiano; el rey Federico el Grande (1712-1786), hijo del anterior, y el mariscal Paul von Hindenburg (1847-1934), ex presidente de la República de Weimar. El cuarto ataúd contenía los restos de frau Von Hindenburg, esposa del mariscal.

Sólo tres semanas antes, los nazis, por expreso deseo de Hitler, habían ocultado aquellos restos para mantenerlos escondidos hasta que tuviesen ocasión de exaltar con ellos una nueva generación alemana dispuesta a nuevas conquistas bélicas.

El inesperado descubrimiento se convirtió enseguida en un problema embarazoso. Al fin y al cabo, a estos célebres personajes no se les podía dar sepultura en cualquier lugar. El asunto se sometió a la deliberación del Departamento de Estado, en Washington. Transcurrió un año entero, hasta abril de 1946, antes de que las autoridades estadounidenses dispusieran que a los restos debía tributárseles un entierro decoroso. A los Hindenburg se les destinó al principio la zona inglesa, cerca de Hannover, donde el mariscal había expresado que le sepultasen junto con su esposa. Hitler, haciendo caso omiso a tal deseo, ordenó que enterrasen a Hindenburg en un ostentoso monumento conmemorativo en el campo de batalla de Tannenberg, en la Prusia Oriental.

Los preparativos se llevaron a cabo con el más estricto sigilo. El general Lucius Clay advirtió con severidad a los oficiales encargados

que todas las gestiones debían considerarse como secreto de guerra, asignándoles el nombre de *Operation Bodysnatch* (Operación Mudacuerpos).

Tras denodados esfuerzos, los oficiales hallaron finalmente un lugar para la sepultura en el que todos estuvieron de acuerdo: la iglesia de Santa Isabel, en Marburgo mismo, muy cerca del lugar donde los restos de los cuatro personajes habían permanecido desde que se extrajeron de la salina. Iniciada su construcción en 1235, el templo había servido durante siglos para enterrar a los príncipes de aquella región y no había sufrido daños considerables durante la guerra. Eligieron dos lugares separados: uno para los dos reyes, bajo el piso del crucero del norte, y otro para los Hindenburg, en la base de la torre norte de la iglesia.

Los ataúdes se llevaron en secreto hasta las tumbas. Para impedir que los alemanes fanáticos robasen los restos, los sepulcros se sellaron con una plancha de acero y una capa de hormigón, sobre las cuales se colocaron enormes losas de arenisca de dos toneladas de peso. Un picapedrero trabajó toda una noche con su cincel y su martillo inscribiendo en las lápidas los nombres de los difuntos, con sus fechas de nacimiento y muerte.

Sólo los dos reyes prusianos fueron trasladados, en agosto de 1991, al palacio de Sanssoni, en Potsdam, cerca de Berlín, donde Federico el Grande quiso ser enterrado. Los Hindenburg permanecen aún hoy en la iglesia de Santa Isabel. Descansen en paz.

Funerales distintos

Los funerales se celebraron por separado. Primero tuvo lugar el de los dos reyes. El príncipe heredero Guillermo declinó la invitación, alegando que había llegado a una edad avanzada en la que los funerales le causaban gran abatimiento. Pero la princesa Cecilia y otros tres Hohenzollern sí asistieron. Los presentes se reunieron en

la oficina del gobierno militar de Marburgo y luego se dirigieron a la iglesia en automóviles.

Al cabo de dos días, tuvieron lugar las exequias de los Hindenburg. Oscar von Hindenburg, su esposa, sus dos hijas y su hermana llevaban trajes de luto, tan severos y lúgubres como si sus padres acabasen de morir. Oscar rehusó el vehículo oficial que le ofrecieron, aduciendo que por respeto a los difuntos, él y su familia se trasladarían a pie hasta la iglesia. Se cumplían casi dieciséis meses desde que los soldados norteamericanos habían descubierto los ataúdes en la salina.

96

FECHA: 9/8/1995. A las 23.50 horas, la comisión judicial encabezada por Garzón ordenó la intervención inmediata de los Grupos de Operaciones Especiales (GEO) en el piso de los etarras.

LUGAR: MALLORCA. El comando terrorista alquiló un inmueble en la calle Rafaletas, a una distancia desde la ventana del salón de 251 metros de donde atracaba el yate *Fortuna*.

ANÉCDOTA: Cuando fueron detenidos por sorpresa, los etarras Jorge García Sertucha e Ignacio Rego Sebastián estaban viendo tranquilamente la televisión en su dormitorio, descalzos y en pantalón corto.

¿CUÁNTO DINERO INVIRTIÓ ETA EN INTENTAR MATAR AL REY?

Desde que ETA cometió su primera acción el 2 de agosto de 1968 con el asesinato del inspector Melitón Manzanas, la banda terrorista jamás estuvo tan cerca de matar al rey don Juan Carlos como en el verano de 1995 en Palma de Mallorca, cuando lo tuvo a tiro en cuatro ocasiones.

Mientras investigaba en su día el atentado más ambicioso en la historia de ETA para descabezar al Estado, inmerso en la redacción del diario *El Mundo* donde entonces trabajaba, pude acceder a los documentos incautados por la Policía al comando terrorista integrado por Juan José Rego Vidal, su hijo Ignacio Rego Sebastián, y Jorge García Sertucha, encargado de apretar el gatillo contra el monarca. Con todo ese arsenal de documentos compuse luego mi libro *Matar al Rey* (1998), en cuyas páginas revelé al lector los turbios entresijos de la operación.

Pero entre todas esas entretelas, me propuse averiguar cuánto dinero destinó ETA al mayor atentado de su historia, como sin duda

lo fue también, en cuanto a secuestros se refiere, el del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara.

El entonces jefe del aparato militar de ETA, Javier Arizkuren Ruiz, alias «Kantauri», apostó de nuevo por el rifle de alta precisión poniendo precio a la cabeza del rey en poco más de once millones de las antiguas pesetas (66.000 euros). Una cantidad irrisoria para un atentado semejante, que me dejó boquiabierto nada más calcularla. ¿Tan poco dinero se necesitaba para matar al mismísimo jefe del Estado?

El arma elegida para asesinar al monarca resultó ser un rifle repetidor, marca Dekaise, de 7 mm —0,8 Remington, fabricado por Daniel Dekaise en Wavre (Bélgica), con el número de serie 3.782, correspondiente al fusil militar Mauser modelo Kar-98 del que era una réplica. Su valor en el mercado se situaba en 150.000 pesetas. Pero si al precio del rifle se sumaba el de todos sus componentes extra, su cotización alcanzaba entonces las 372.000 pesetas.

De hecho, el fabricante sustituyó la carcasa original de madera por otra sintética de la marca Ram Line, modelo Mauser STM 2198, de la empresa Ram Enterprises Inc., con sede en California, Estados Unidos, valorada en 30.000 pesetas.

Además, Daniel Dekaise acopló a la carcasa del fusil un bípode de la marca Harris, modelo 1A2 Ultralight, fabricado por Harris Corporation Military en Melbourne, Estados Unidos, cuyo precio era de 12.000 pesetas.

El rifle estaba dotado de un visor Zenison, fabricado por Hakko Co. Ltd. en Tokio, valorado en 125.000 pesetas. La mira telescópica iba instalada sobre una montura marca Leupold, modelo ST-1, de la compañía Leupold & Stevens Inc. de Oregón, Estados Unidos, cuyo precio era de 15.000 pesetas.

Para despistar a las fuerzas de seguridad sobre la procedencia del disparo, el arma llevaba incorporado un distorsionador valorado en unas 40.000 pesetas.

Kantauri entregó al jefe del comando, Juan José Rego Vidal, 1.000.000 de pesetas para sus gastos de viaje y alojamiento en Palma de Mallorca, donde debía localizar el piso desde el que Sertucha dispararía contra el monarca.

Pero antes de partir hacia la isla, Rego Vidal recorrió la costa de Cannes en busca de un barco a bordo del cual viajaría el comando hasta Palma para perpetrar el atentado y huir después del mismo. En el puerto de Antibes alquiló *La Belle Poule*, un barco de la clase Ketch pintado de negro, de veinte metros de eslora, con dos mástiles, pabellón de bandera británica y un motor con 375 caballos de potencia. Su propietaria, madame Denery, se lo arrendó por 5.000.000 de pesetas, con opción preferente de compra.

Rego alquiló luego un inmueble de tres dormitorios, dos baños, cocina y salón en el número 14 de la calle Rafaletas, en el piso 2.º E. El conserje, Francisco Jiménez, se lo enseñó con detalle. A Rego lo que más le gustó fue que desde la ventana del salón había una distancia de 251 metros hasta donde atracaba el yate *Fortuna*.

El 3 de julio formalizó el contrato de alquiler por diez meses con el nombre falso de Andrés Sáenz de Buruaga y una cantidad total de 260.800 pesetas, incluido el 16 por ciento de IVA.

Faltaban los 30.378 francos franceses (más de 75.000 pesetas) con los que Ignacio Rego adquirió una motocicleta Yamaha T.D.R. 125, matrícula 7407-ZA-06 para desplazarse desde Porto Pi, donde estaba el piso franco, hasta el puerto de Alcudia, donde les aguardaba *La Belle Poule* para huir tras el atentado.

En total, pues, poco más de once millones de pesetas. Una auténtica bicoca.

El tirador miope

¿Tenía García Sertucha pericia con el rifle de precisión? En la misiva requisada por la Policía que logré interceptar, él mismo comentaba a su antigua novia Nicolasa tras recoger unas gafas en la óptica: «Ya tengo prismáticos, qué pasada, cuando me los quito no veo ni torta. Me parece que no te he dicho lo que tengo: una en cada ojo y 0,25 de no sé qué ostras, yo pensaba que iba a tener más. Me han dicho que si hubiera ido antes se me hubiera corregido».

¿Por qué entonces él? El general Andrés Cassinelo, ex jefe del Estado Mayor de la Guardia Civil y de la lucha antiterrorista, con quien me entrevisté el 28 de enero de 1998, me dijo: «En el mundo de ETA no hay tantos tiradores expertos. Tenía que ser uno que estuviera dispuesto a hacer eso… y que estuviera limpio para poder pasar la frontera».

97

FECHA: 3/2/1949. Aquel día se celebró un juicio que atrajo la atención del mundo entero. El cardenal húngaro Mindszenty fue acusado de traición, espionaje y conspiración contra el Gobierno.

LUGAR: BUDAPEST. Los observadores se horrorizaron al verle demacrado en la sala del tribunal: ¿qué fuerza tan sobrehumana había metamorfoseado al vigoroso y enérgico prelado en una piltrafa humana?

ANÉCDOTA: Los interrogadores llegaron a repetir hasta doscientas veces seguidas sus ofensivas preguntas para atormentar al cardenal durante horas interminables, que hicieron claudicar finalmente a la víctima extenuada.

La pasión del cardenal Mindszenty

La vida del cardenal primado de Hungría, József Mindszenty (1892-1975), simboliza el Gólgota. El destino cruel quiso que uno de los verdugos que desollaron vivo a Andreu Nin, líder del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), en plena Guerra Civil española, se cebase también de modo inhumano con este príncipe de la Iglesia católica doce años después.

Aludimos a su paisano húngaro Ernö Gerö (1898-1973), alias «Pedro», que estuvo a las órdenes del general soviético Alexander Orlov como responsable de la policía secreta soviética (NKVD) en Cataluña. Enigmático e implacable, Gerö fue el principal promotor de las checas barcelonesas.

El 3 de febrero de 1949 se celebró en el Palacio de Justicia de Budapest un juicio que atrajo la atención del mundo entero. El cardenal Mindszenty era el reo acusado de los delitos de traición, espionaje y conspiración para derribar al Gobierno comunista. Un año antes, el Kremlin había ordenado a su virrey en Hungría, Mátyás

Rákosi, que liquidase el llamado «problema Mindszenty». Rákosi nombró un grupo de hombres sin piedad encargado de cumplir a rajatabla la orden de Moscú. Gerö era uno de ellos, entonces ministro de Transportes y luego de Hacienda.

Aquel grupo de hienas se puso manos a la obra enseguida. Sus métodos, de una brutalidad sin límites, surtieron finalmente el efecto deseado. El juicio duró seis días y el cardenal fue condenado a cadena perpetua. Los observadores se horrorizaron al ver a Mindszenty en la sala del tribunal. Era una caricatura de sí mismo. Célebre por su valor, el verbo fogoso y dramático a la hora de condenar todos los abusos del régimen comunista se había tornado ahora vacilante y sumiso. Caminaba a pasos cortos, como si llevase bolas de plomo en los zapatos. Rara vez levantaba la vista del suelo. ¿Qué fuerza tan sobrehumana había metamorfoseado de aquel modo al vigoroso y enérgico prelado hasta convertirlo en una piltrafa humana?

La noche del domingo 26 de diciembre de 1948, el cardenal fue detenido sin oponer resistencia en su casa de Esztergom, siendo conducido al cuartel de la policía secreta húngara. Empezaron los interrogatorios en su celda ventilada por un solo ventanuco de treinta centímetros de diámetro. Los policías le llevaron pluma, tinta y papel para que redactase un resumen meticuloso del período de su vida que arrancaba en octubre de 1945, cuando fue designado cardenal primado. Una hora después, Ivan Boldizsár, portavoz del Gobierno, comunicó al pueblo húngaro que el cardenal había confesado todas sus culpas, incluida la de traicionar a la democracia, ser un espía enemigo y lucrarse con moneda extranjera.

La noche del jueves, después de permanecer cuarenta horas en pie frente a una pared blanca iluminada con focos, el cardenal se tambaleaba. Tenía los ojos cerrados; le ordenaron dar media vuelta y no se movió. Entró el doctor Gerson con lo que parecían dos grandes vasos de café, pero que contenían en realidad actedrón, una droga sintética que vigorizaba las funciones físicas a pequeñas dosis, produciendo en cambio vértigos y dolores de cabeza si se administraba sin medida. Trajeron una silla e hicieron sentar a la víctima. El médico le sostuvo la cabeza y le llevó el vaso a los labios.

El cardenal bebió el contenido de un golpe y abrió los ojos. Poco después, hizo lo mismo con el segundo vaso. El interrogatorio continuó toda la noche. Al día siguiente, cuando llevaba ya sesenta y seis horas de pie, el cardenal estaba desfallecido. «Acaben de una vez conmigo. ¡Mátenme! Estoy preparado para morir», imploró.

La noche del viernes bebió veintisiete vasos de «café». Tenía los pies y las piernas tan hinchados, que cayó varias veces al suelo. Le quitaron los zapatos y le obligaron a ponerse de pie. Horas después, el coronel Kotlev irrumpió en su celda con dos monjas. Sus cuerpos y rostros desfigurados por la tortura eran terribles. El cardenal trató de juntar las manos para rezar, pero la derecha no acertaba a encontrar la izquierda. Se le inundaron los ojos de lágrimas.

Convertido en un despojo humano, el prelado fue preparado para el juicio tras firmar una confesión. Le administraron varias inyecciones, tratándole los pies y piernas. Pese al suplicio, uno de los ministros comunistas se mostró escéptico con el coronel Kotlev ante la posibilidad de que el cardenal recobrase su actitud normal ante el juez: «Créame —replicó el militar—, si alguna vez tuviéramos que someterle a usted a nuestro procedimiento, ni su misma madre lo reconocería». Gracias a Dios, Mindszenty fue liberado durante la revolución húngara de 1956.

«Confesaré todo lo que quieran»

Cierto día, los guardias llevaron al secretario del cardenal Mindszenty, el padre Andras Zakar, hasta su misma celda. Tenía el rostro tan hinchado que era imposible reconocerlo. Los cabellos estaban apelmazados por la sangre seca producida por los golpes. Grandes moratones le cubrían brazos y cuello. Los agentes lo sostenían en pie. El coronel Kotlev tuvo que revelarle al cardenal que tenía delante de sí a su secretario, el cual había confesado todas y cada una de las acusaciones. Zakar cayó al suelo y cruzó

arrastrándose el cuartucho hacia donde estaba el cardenal para pedirle perdón.

Cuando los guardias trataron de ayudarle a levantarse, gritó: «¡No me hagan daño! Confesaré todo lo que quieran. Les suplico que no me atormenten más». El cardenal, conmovido, sólo acertó a balbucear: «Hijo mío…». Poco después, se llevaron al sacerdote y Mindszenty permaneció en silencio dos horas, como si suplicase a Dios su ayuda.

98

FECHA: SIGLO V a.C. En el Siglo de Pericles, los ciudadanos atenienses eran capaces de sostener un Estado soberano porque ellos mismos habían aprendido antes a ser soberanos de sí mismos.

LUGAR: ATENAS. La clave del éxito ateniense se hallaba en una sola palabra, que se echa en falta en naciones que presumen hoy de ser democráticas: "Libertad", con mayúscula.

ANÉCDOTA: Uno de los grandes aciertos de Pericles (494-429 a.C.), en su camino hacia la igualdad, fue que se permitiese a los ciudadanos pobres convertirse en funcionarios públicos.

El gran prodigio de la Grecia Antigua

La civilización más grande anterior a la nuestra fue la griega. ¿Y cómo fue posible esto, si Grecia era una nación tan pequeña? Tampoco era rica, sino muy pobre, y ni siquiera estaba admirablemente dotada de otros recursos. Lo estuvieron sin duda otros imperios del mundo antiguo, que han desaparecido fagocitados por el destino sin legarnos nada o casi nada. Paradojas de la Historia.

¿Cuál fue entonces el secreto de su éxito, la fórmula prodigiosa que hizo a Grecia resplandecer como un lucero entonces y aún hoy? La clave de todo se halla en una sola palabra, que se echa en falta incluso en las naciones que presumen de ser muy democráticas: «Libertad», con mayúscula.

Los atenienses eran el único pueblo libre del mundo. No es una exageración, sino una verdad histórica. Al contrario que los griegos, los pueblos de los grandes imperios de la Antigüedad —egipcios, babilonios, asirios o persas—, pese a su inmensa riqueza y poder,

ignoraban el concepto de verdadera libertad y por tanto jamás lo pusieron en práctica. Con esa sola palabra, ejemplificada hasta el extremo, Grecia logró prevalecer rodeada de grandes peligros, como las tribus salvajes que la acechaban, o la amenaza constante del más formidable poder asiático de la época, el imperio persa.

En Maratón y Salamina las ingentes tropas persas, pese a su inmenso poderío y esplendor, sufrieron una colosal derrota a manos de un ejército pequeño pero enardecido por su pasión por la libertad. En aquellos campos de batalla quedó acreditado que un hombre libre es superior a legiones de hombres sometidos a la voluntad de un dictador.

Atenas fue la primera democracia del mundo, casi perfecta en los momentos álgidos del imperio. Estaba gobernada por la Asamblea, compuesta por todos los ciudadanos mayores de dieciocho años, la misma edad con que hoy se puede ejercer ya el voto en los comicios. El llamado Consejo de los Quinientos, que preparaba el orden del día de la Asamblea y hacía cumplir sus resoluciones, en caso de que se le requiriese para ello, estaba constituido por ciudadanos elegidos al azar, por un simple sorteo. Los principales magistrados y los altos jefes del ejército eran designados directamente por la Asamblea.

La educación era fundamental para garantizar ese régimen de verdadera libertad. A los niños se les enseñaba sobre todo a pensar, y no tanto a aprobar exámenes. Los griegos sentían auténtica pasión por las facultades intelectuales. Muy pocos recuerdan ya que fue un griego quien aseguró que la Tierra giraba alrededor del Sol… ¡Dieciséis siglos antes de que Copérnico tuviese tal ocurrencia!

Otro ciudadano del imperio expresó su convicción de que si se navegaba desde España hacia el oeste, sin desviarse de latitud, se hallaría finalmente tierra. Y eso sucedió 1.700 años antes de que Colón siguiese aquella misma dirección con sus tres carabelas.

El padre del evolucionismo Charles Darwin, sin ir más lejos, admitió, en alusión a la humanidad moderna comparada con el simpar Aristóteles: «Somos niños de escuela en el campo del pensamiento científico». Y lo dijo como si fuera un dogma de fe.

La libertad de pensamiento era crucial en la educación. Nadie dictaba a los ciudadanos lo que debían pensar o enseñar en sus escuelas: ni la Iglesia, ni los partidos políticos, ni los empresarios privados, ni los sindicatos obreros. El único objetivo del sistema educativo ateniense era forjar hombres capaces de sostener un Estado soberano, sencillamente porque ellos habían aprendido antes a ser soberanos de sí mismos.

Pericles, el gran orador y político ateniense, manifestaba: «No cedemos a nadie en independencia de espíritu y completa confianza en nosotros mismos; pero consideramos un ser inútil al hombre que se mantiene alejado de los intereses públicos». Al ciudadano inútil los griegos le llamaban *idiotes*, de donde procede el vocablo «idiota». Este parásito social carecía de la voluntad y del espíritu de sacrificio que aunaban al pueblo griego en torno a una patria común.

La solidaridad, la honradez, el desapego al interés personal y tantas otras virtudes no son legislables, sino que dependen de la libre voluntad del ciudadano. Sin ellas, es imposible convivir en paz.

Platón se mostró una vez más así de explícito: «La libertad no es asunto de leyes ni constituciones; sólo es libre aquel que realiza en el fondo de su ser el orden divino, la verdadera norma por la cual el hombre se gobierna y conduce a sí mismo». Precisamente por el verdadero concepto de libertad del que hicieron gala los atenienses, su cultura resplandece tanto aún hoy.

La peste del imperio

El filósofo español George Santayana proclamaba esta gran verdad: «La nación que no conoce la historia se ve condenada a repetirla». Y la historia de la Grecia Antigua es un claro paradigma de cómo la auténtica libertad, que conduce al éxito del bien común, puede desvanecerse sin remedio.

Grecia, de hecho, fue un imperio repleto de esplendor hasta que la relajación se apoderó de sus ciudadanos como un brote de peste

letal. En la etapa final del imperio, los atenienses renunciaron paulatinamente a la libertad como garante de todas sus conquistas, supliéndola por la seguridad y todo tipo de comodidades. ¿A qué condujo todo eso al final? A la desolación más absoluta. Lo perdieron todo: seguridad, comodidad… y libertad. Los ciudadanos pensaron desde entonces más en ellos y menos en el Estado, buscando mil formas de librarse de sus responsabilidades. El imperio quedó sumido en el egoísmo de sus habitantes.

99

FECHA: 1612. La vida del astrónomo Kepler simboliza el sufrimiento: ese mismo año perdió a su esposa, a su segundo hijo y a su protector, el emperador Rodolfo II.

LUGAR: PRAGA. El genio danés Tico Brahe cedió a Kepler sus inconclusas tablas astronómicas, que sirvieron a éste para determinar las tres leyes sobre el movimiento de los astros.

ANÉCDOTA: Con cuatro años, Kepler quedó lisiado de una mano y perdió la vista para siempre a causa de la viruela; siendo niño, fue aprendiz de mozo de taberna.

KEPLER, EL PROFETA DEL UNIVERSO

El astrónomo y matemático alemán Johannes Kepler (1571-1630) simboliza como pocos hombres en la Historia la lucha incansable contra todas las adversidades para conseguir el principal objetivo de su vida. Resulta complicado imaginar el valor, o más bien la temeridad, con que este científico testarudo osó desafiar el principio generalmente aceptado en su época. ¿Quién iba a creer acaso entonces que la Tierra era una gigantesca esfera que se desplazaba alrededor del Sol, a razón de treinta kilómetros por segundo, mientras giraba de modo vertiginoso sobre sí misma?

Todos los mortales, incluidos los más reconocidos científicos del momento, se llevaron las manos a la cabeza afirmando que, de ser cierta esa descabellada teoría que resultó ser verdad, castillos, iglesias, bosques, océanos y la humanidad sin excepción saldrían despedidos de la superficie del planeta víctimas de una portentosa fuerza centrífuga.

Con razón, y valga la redundancia, algunos llegaron a pensar que un hombre así había perdido por completo la razón. Pero, lejos de ser un perturbado, Kepler fue «un hombre incomparable», como lo calificó su paisano Albert Einstein en pleno siglo XX. Un gigante de la ciencia que mostró a la humanidad entera el largo camino hacia las estrellas.

Pero hasta que ese reconocimiento llegó tras su muerte, nuestro protagonista tuvo que recorrer en vida el desolador camino del Calvario. La tormenta de las luchas religiosas asoló la existencia de una persona piadosa como Kepler. En 1600 expulsaron de la población austríaca de Graz a los protestantes. Giordano Bruno fue quemado en la hoguera aquel mismo año, en Italia, por haber sostenido que el espacio era infinito y estaba poblado de estrellas tan grandes como el Sol. Kepler tuvo que pagar un alto rescate para que le dejaran marcharse, tras vender a bajo precio las propiedades de su esposa. Llegó a Praga enfermo y sin recursos. Su amigo Tycho Brahe, el célebre e independiente genio danés, le ofreció hospitalidad. Brahe era entonces matemático del emperador Rodolfo II, de quien logró que nombrase ayudante a su amigo. Puso además a disposición de éste sus inconclusas tablas astronómicas, que sirvieron a Kepler para determinar las tres leyes bautizadas con su nombre relativas al movimiento de los astros. Estas leyes demostraron la falsedad del sistema de Tolomeo, que colocaba a la Tierra en el centro mismo del universo, y confirmaron, por el contrario, la veracidad del sistema de Copérnico, según el cual la Tierra giraba alrededor del Sol, iniciándose así la era de la astronomía moderna.

A la muerte de su amigo Brahe, el emperador Rodolfo dio a Kepler el empleo que aquél tuvo en la Corte. Al príncipe dedicó nuestro científico su *Nueva astronomía*, obra que junto a *De Revolutionibus* de Copérnico y *Principia* de Newton, marcó un hito en el campo astronómico universal. Por desgracia, el tratado pasó casi inadvertido entre los sabios, y no supuso ganancia alguna para su autor.

Por si fuera poco, en 1612 recibió tres crueles aldabonazos del destino: su esposa, su segundo hijo y el emperador que lo había

protegido fallecieron en el término de pocas semanas. Abrumado una vez más por la adversidad, se trasladó a Linz, donde logró un mal retribuido empleo de profesor que le permitió, sin embargo, dedicarse a sus observaciones astronómicas con ayuda de un telescopio. La joven con quien contrajo segundas nupcias en Linz estaba embarazada cuando le afligió una nueva tribulación. Acusada de hechicería, su anciana madre se hallaba presa en Wurtemberg, a punto de ser quemada viva. Acudió allí de inmediato y, tras intensos meses de lucha, logró finalmente que absolvieran a su madre.

Pero tampoco acabaron ahí las adversidades. Con motivo de la guerra de los Treinta Años (1618-1648), Linz quedó sitiada en 1626 y las autoridades eclesiásticas consideraron a Kepler sospechoso de herejía, obligándole a recluirse en su casa y sellando su biblioteca. Al cruzarse en la calle con el hombre al que el filósofo Immanuel Kant (1724-1804) llamó «el más agudo de los pensadores», la gente le escupía murmurando con desprecio «astrólogo».

Después de todo, como cristiano que era, y tras estudiar teología en la Universidad de Tubinga, dejó escrito para la posteridad este cántico al Todopoderoso, a modo de plegaria: «Dios mío, gracias te sean dadas por guiarnos hacia la luz de Tu Gloria con la luz de la Naturaleza. Llevé a cabo la tarea que me señalaste y me regocijo en Tu Creación, cuyas maravillas me has concedido que descubra a los hombres. Amén». Kepler era así de agradecido, pese a las continuas adversidades.

El difunto non grato

Kepler falleció en la ruina. Hasta su misma muerte, la tremenda odisea de este gran científico no obtuvo recompensa. Enfermo y deseoso de asegurar el porvenir de su esposa y de sus hijos, viajó a Ratisbona con la esperanza de que el Parlamento, cuya sede estaba allí, le pagase los casi doce mil florines que le adeudaban desde hacía años. Tan precaria era su salud, que tan sólo trece días

después de llegar a Ratisbona aquejado de calenturas, falleció. Era el 15 de noviembre de 1630.

Ni siquiera después de su muerte, el pobre Kepler obtuvo un merecido descanso. Negaron la sepultura de sus restos en el interior del recinto de Ratisbona. A los tres años de su entierro, los soldados arrancaron las lápidas del cementerio para emplearlas en obras de fortificación, y así desapareció todo vestigio de su tumba, fagocitada por esa misma Tierra a la que él tanto observó.

100

FECHA: 1871. Cochise contabilizó ese año quince mil bajas de hombres blancos, millones de dólares en animales capturados, el abandono forzoso de las ricas minas y centenares de granjas devastadas.

LUGAR: ARIZONA. La década de 1850 a 1860 será recordada como un remanso de paz, cuando los carros que se dirigían a California cruzaban sin problemas el territorio apache.

ANÉCDOTA: Advertidos con señales de humo y de espejos, los guerreros de Cochise caían de improviso sobre sus víctimas, a menudo reducidos grupos de agricultores o de viajeros.

COCHISE, EL APACHE QUE CREÍA EN LOS MILAGROS

De todos los jefes indios que pueblan la Historia de los Estados Unidos de América, inmortalizados en las grandes producciones de Hollywood, Cochise (1812-1874) es sin duda el más célebre y fiero.

Un simple gesto de censura de este imponente caudillo, de pronunciadas facciones aquilinas, como las agrestes Montañas del Dragón, en Arizona, donde mantenía incólume su inaccesible fortaleza, bastaba para infundir temor hasta en los más bravos guerreros de su tribu de apaches chiricahuas.

La madre naturaleza dotó a este hombre de un indiscutible liderazgo. Físicamente, su estatura de casi metro noventa y su vistosa musculatura ejercían un poder disuasorio entre sus amigos y adversarios; pero además era prudente, justo e incluso bondadoso con los demás. En definitiva, una persona de honor y de profundos sentimientos religiosos, los cuales resultaron decisivos para devolver la paz a su pueblo, como enseguida veremos.

Pero ¿quién iba a pensar que este salvaje genio militar, cuyas fuerzas no sobrepasaban unos pocos centenares de guerreros, sería capaz de infligir al hombre blanco una enorme pérdida de vidas humanas y de propiedades, hasta el punto de paralizar casi la colonización del sudoeste de Estados Unidos durante doce años nada menos?

Con sólo dieciocho años, Cochise recibió el ofrecimiento para convertirse en jefe supremo de todas las dispersas tribus apaches. Pero rehusó tal responsabilidad, pues lo único que le importaba entonces era permanecer junto a su querido pueblo chiricahua, el más minoritario pero también el más feroz luchador.

La década de 1850 a 1860 será recordada como un verdadero remanso de paz, cuando los carros cubiertos que se dirigían a California cruzaban sin ningún contratiempo los campos de caza de los apaches chiricahuas. Arizona entera se llenó de colonizadores, mientras la minería experimentaba un gran auge. Tucson se convirtió en la capital comercial del territorio. Se construyó incluso una estación para las diligencias junto a los manantiales de agua dulce de los chiricahuas, en Apache Pass. Cochise en persona llegó a estampar su firma en un contrato para el suministro de leña.

Pero toda aquella maravillosa armonía estalló por los aires en octubre de 1860, cuando unos indios errantes secuestraron a un niño mestizo llamado Mickey Free. Poco después, el inexperto y vanidoso teniente George Nicholas Bascom invadió el pacífico Apache Pass y culpó a Cochise sin pruebas de aquella fechoría. El jefe indio había aceptado su invitación a conferenciar con él en el interior de una tienda de campaña; confiado, llevó consigo a cinco miembros de su familia. Pero al oír la falsa acusación de labios del joven oficial, se puso en pie de un salto, rasgó con su cuchillo la lona de la tienda y ordenó a sus familiares que lo siguieran. Uno de los sorprendidos guardias le hirió con su bayoneta en la pierna, pero Cochise logró escapar, sin que sus familiares pudieran seguirle. Enseguida devolvió Cochise el golpe capturando a varios blancos, a quienes ofreció canjearlos por los suyos. Pero el testarudo Bascom no accedió tras sus reiteradas peticiones. Finalmente, los blancos

que retenía Cochise fueron asesinados, y Bascom ahorcó al hermano y a los sobrinos del jefe apache. La guerra quedó declarada.

Años después, cuando Mickey Free fue liberado, se supo que Cochise había dicho la verdad: los autores del secuestro fueron miembros de otra tribu, la de los apaches pinal. Pero ya era tarde. En 1871, Cochise contabilizó quince mil bajas de hombres blancos, millones de dólares en animales capturados, el abandono forzoso de las ricas minas del territorio y centenares de granjas y haciendas devastadas. Una verdadera catástrofe que obligó a Washington a enviar a seis generales de la guerra civil y a cinco mil soldados para combatir contra las reducidas fuerzas de Cochise.

Cuando todo parecía perdido para los chiricahuas, sucedió un verdadero milagro. Cochise jamás perdió la esperanza. El general Oliver Otis Howard, héroe de la guerra civil, conocido como «el general cristiano», recibió el encargo de dialogar con él. Howard estaba al corriente de la raigambre religiosa del jefe indio y confiaba en la capacidad de persuasión del capitán Thomas Jeffords, quien a su vez conocía a Cochise.

Tras varios días de oración al pie de las Montañas del Dragón, Howard vio aparecer de repente a un indio majestuoso que se abrazó a Jeffords. El general acompañó finalmente a Cochise hasta su fortaleza, donde le habló con el mismo fervor que un profeta bíblico. Hoy los descendientes de Cochise y su pueblo viven pacíficamente gracias a la integridad de dos hombres que supieron hacer honor a su palabra dada.

Acuerdo sin precedentes

El general Howard aceptó en nombre del presidente de Estados Unidos todas las condiciones de paz propuestas por Cochise. Algo sin precedentes en la historia del país. Concedió así a los chiricahuas un territorio reservado que comprendía todos los antiguos cazaderos apaches, y reconoció al capitán Jeffords como representante de los

indios. También se comprometió a que no hubiese tropas en el territorio reservado, y a que la palabra de honor de Cochise fuese aceptada como única garantía de cumplimiento por parte de los apaches.

En presencia del general Howard y de sus guerreros de confianza, Cochise sentenció: «A partir de ahora, el blanco y el indio beberán de la misma agua, comerán del mismo pan y vivirán en paz». Previamente, la elocuencia de las palabras del general Howard y la espiritualidad que de ellas se desprendía habían logrado impresionar a Cochise, hasta el punto de hacerle firmar la paz.

101

FECHA: 11/4/1997. Sobre las 23.45 horas, se declaró un incendio en la capilla Guarino Guarini donde se alojaba la Sábana Santa, situada entre la catedral y el Palacio Real.

LUGAR: TURÍN. El bombero Mario Trematore, sin creer en Dios, golpeó el cristal blindado con toda la fuerza de su alma para salvar a la Síndone de las llamas.

ANÉCDOTA: El *pompiere* Trematore declaró diez años después: "Desde la noche del incendio, Cristo es mi compañero de viaje… Es un amigo, un confidente a quien pedir consejo".

El bombero converso de la Sábana Santa

«Ésta es la imagen del lienzo sagrado que envolvió el Cuerpo de Jesús tras su muerte», aseguró el padre Pío a su hermano capuchino Paolo Covino, delante de una reproducción de la Sábana Santa.

Por designio de la Providencia, fray Paolo Covino administró el sacramento de la Unción de Enfermos a san Pío de Pietrelcina el mismo día de su muerte, acaecida el 23 de septiembre de 1968.

Casi treinta años después, el bombero italiano Mario Trematore, sin creer en Dios, empezó a golpear el cristal blindado con toda la fuerza de su alma para salvar la Sábana Santa de las llamas. Provisto de una maza de hierro, el *pompiere* Trematore asestó un centenar de golpes a la urna de cristal de casi cuatro centímetros de grosor y logró extraer milagrosamente la Síndone intacta. Era la noche del 11 al 12 de abril de 1997.

Minutos antes, alrededor de las 23.45 del sábado, hora española, se había declarado un incendio en la capilla central Guarino Guarini donde se alojaba la Síndone, situada entre la catedral de San Juan

Bautista y el Palacio Real de Turín, al norte de Italia. El incendio sólo pudo ser sofocado tras cuatro horas interminables, de modo que la valiosa cúpula de madera de la capilla Guarini fue devorada por las llamas.

La capilla se hallaba en su fase final de restauración; de ahí que las primeras hipótesis barajadas por la investigación iniciada a instancia de las autoridades apuntasen a un cortocircuito causado por los trabajos. El director de la empresa encargada de las obras negó, sin embargo, que el fuego guardase relación alguna con las obras en fase de terminación.

Trematore acudió allí en compañía de casi doscientos bomberos llegados desde todo Piamonte y Lombardía para evitar que el fuego se propagase al Palacio Real, donde resultaron afectadas la torre oeste y una parte del techo, que se derrumbó. Pese a que fue posible salvar la magnífica fachada del edificio, que data del siglo XVII, la galería de madera que permitía el acceso directo de los miembros de la Familia Real de Saboya hasta la capilla quedó calcinada por completo.

El superintendente de los bienes culturales de Turín, Pasquale Malara, manifestó con gran impotencia la magnitud de los daños, a los que calificó de «espantosos», sobre todo en la capilla Guarini, de la que no quedó ni rastro.

Bautizada con el nombre del arquitecto que la diseñó en 1668, la capilla tenía como finalidad albergar el Santo Sudario, de 4,10 metros de largo por 1,40 de ancho, con el que fue amortajado el cuerpo exánime de Jesucristo tras ser descendido de la Cruz, instalada en el monte Gólgota.

La reliquia había sido venerada por millones de fieles durante siglos, que pudieron observar en ella las señales del rostro de Jesús y las múltiples heridas en todo su cuerpo.

Como consecuencia de las obras de restauración emprendidas en la catedral, el relicario se custodió detrás del altar mayor, lo cual evitó que se perdiese tras declararse el siniestro.

Mario Trematore quedó extenuado, con las manos ensangrentadas. Pero su rostro reflejaba paz y felicidad. Acababa de

rescatar de las llamas la reliquia de Nuestro Señor Jesucristo y sentía en su interior que él también se había salvado.

¿Cómo, si no, considerándose ateo, pudo declarar después: «Dios me ha dado las fuerzas para romper el cristal»? ¿Y cómo fue capaz de añadir: «Vi de nuevo al niño pequeño que aprendió a rezar el Padrenuestro y lo recé»?

Alarmadas por el fuego, millares de personas se congregaron en las inmediaciones y aplaudieron a rabiar la salida de Trematore con el Santo Sudario en las manos, ayudado por varios compañeros.

La Sábana Santa se trasladó provisionalmente a casa del arzobispo de Turín, el cardenal Giovanni Saldarini, a quien los testigos aseguraban haber visto llorar, y seguramente rezar en su interior, delante de la catedral mientras los bomberos trataban de aplacar el incendio.

El secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, que había cenado con el ex primer ministro italiano Giulio Andreotti y el empresario Giovanni Agnelli en el Palacio Real de Turín, poco antes del incendio, calificó lo sucedido de «gran tragedia apocalíptica para Turín, Italia y el mundo entero».

Gracias a Dios, quien se sirvió del *pompiere* Trematore, la Síndone puede seguir venerándose hoy por los fieles de todo el mundo en las diversas ostensiones de la misma. Su rescate de las llamas se comunicó de inmediato a Juan Pablo II, antes de iniciar su viaje a Sarajevo.

La visita de Juan Pablo II

Un año después del trágico suceso, el domingo 24 de mayo de 1998, Juan Pablo II permaneció arrodillado ante la Sábana Santa, trasladada ya entonces a la catedral de Turín, donde se conserva hoy. El Romano Pontífice celebró la Santa Misa en presencia de la reliquia y pronunció una vibrante homilía, durante la cual aludió al incendio registrado el año anterior:

Al entrar en la catedral, que muestra aún las heridas causadas por el terrible incendio que se produjo hace un año, me he recogido en adoración ante la Eucaristía… A la luz de la presencia de Cristo en medio de nosotros, me he arrodillado ante la Sábana Santa, el precioso lienzo que nos puede ayudar a comprender mejor el misterio del amor que nos tiene el Hijo de Dios. Ante la Sábana Santa, imagen intensa y conmovedora de un dolor indescriptible, deseo dar gracias al Señor.

José María Zavala es periodista, historiador y autor de referencia de la divulgación histórica en España. Colabora con Iker Jiménez en Cuarto Milenio y en el diario *La Razón*, entre otros medios. Resultado de sus investigaciones en los archivos y la documentación de la Casa de Borbón, ha publicado libros tan importantes como *Dos infantes y un destino*, *La maldición de los Borbones*, *Bastardos y Borbones* o *Infantas*. Entre su exitosa obra, sobresalen también *La pasión de José Antonio*, *Las últimas horas de José Antonio*, la trilogía sobre la Guerra Civil *(Los horrores de la Guerra Civil*, *En busca de Andreu Nin* y *Los gángsters de la Guerra Civil*), *Isabel íntima*, el retrato humano de la reina Isabel la Católica con los documentos inéditos de su proceso de beatificación, o *Padre Pío*, la biografía del santo de los estigmas con quince ediciones en España y traducciones al italiano, portugués o eslovaco.

Si quieres saber más, visita la web del autor (josemariazavala.com) y síguele en Facebook (josemariazavalagasset) y en Twitter (JMZavalaOficial).

¿Estuvo Agatha Christie enamorada de Alfonso XIII? ¿Hizo el violinista Paganini un pacto con el diablo? ¿Qué gran misterio descubrió Albert Einstein que todavía ignorábamos?

Las páginas secretas de la historia es un apasionante recorrido a través de hechos históricos insólitos, misterios, datos increíbles e inquietantes enigmas.

El historiador es un profeta del pasado. José María Zavala vuelve a enfundarse su gabardina detectivesca y toma los mandos de su nave para invitarnos a viajar con él a través de los túneles inexplorados de la Historia. Descubriremos así quién fue en realidad Sherlock Holmes, o si el príncipe de las letras Victor Hugo hablaba o no con los muertos.

Cada una de las 101 «páginas secretas» que Zavala nos brinda en este libro constituye un pasaje de ida y vuelta a los tiempos del mítico gánster Al Capone, del pirata Barbanegra, del primer y único

emperador en la historia de Estados Unidos (Norton I), o de Lewis Carroll, el autor de *Alicia en el país de las maravillas*, el matemático que hacía soñar despiertos a los niños.

Hallaremos respuesta en estos relatos trepidantes a enigmas tan sorprendentes como estos: ¿Quién fue la última víctima de la Inquisición? ¿Por qué el jefe apache Cochise creía en los milagros? ¿Qué escondían los cuatro ataúdes de los nazis? ¿Cómo murió Stalin? ¿Quién fue el Quasimodo español? ¿Qué revelaba el expediente secreto sobre la muerte del Príncipe de Asturias? ¿Cuál fue el increíble caso del carnero embrujado? ¿Por qué Estados Unidos atacó... ¡Pearl Harbor!?, y muchos más.

«Zavala es un grandísimo investigador, tipo Tintín, capaz de viajar a cualquier parte para hallar un archivo desconocido.»
Luis Alberto de Cuenca, Premio Nacional de Poesía

«Zavala nos da un inolvidable paseo de la mano por la Historia.»
Julia Navarro

Edición en formato digital: noviembre de 2015

© 2016, José María Zavala
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño d eportada: © Mario Arturo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01901-2

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Las páginas secretas de la historia
Agradecimientos
Introducción. Un paseo de la mano por la Historia
1. Ramón Franco: ¿accidente o asesinato?
2. ¿Quién fue el conde de Montecristo español?
3. ¿Estaba poseída Juana la Loca?
4. ¿Hubo abortos legales en la Guerra Civil?
5. ¿Qué secreto encierra *La familia de Carlos IV* ?
6. ¿Murió envenenado el general Primo de Rivera?
7. ¿Por qué se mintió sobre la muerte de la reina Mercedes?
8. ¿Victor Hugo hablaba con los muertos?
9. La tragedia de Mayerling: ¿atentado o suicidio?
10. La leyenda negra de la «monja de las llagas»
11. ¿Qué tuvieron en común Goya, Beethoven y Van Gogh?
12. ¿Napoleón tenía un asesino en su familia?
13. Los afrodisíacos de Fernando el Católico
14. La momia del rey Enrique IV de Castilla
15. La mujer fatal que conquistó a Carlos VII y Joseph Conrad
16. El increíble regicidio de Carlos I de Portugal
17. Eulalia de Borbón y la Gestapo
18. ¿Stalin pudo convertirse en pope?
19. ¿Negrín fue cómplice del asesinato de Nin?
20. ¿Qué misterio rodea aún hoy a «la infantade los huesos frágiles»?
21. Duelo a muerte entre Borbones
22. El infierno del convento de Loudun
23. ¿Sabía Alfonso XIII el grave riesgo de su bodacon Victoria Eugenia?
24. ¿Qué hay detrás de la maldición de Tutankhamon?
25. ¿Estuvo el padre Pío crucificado como Jesús?
26. ¿Quién fue el arquitecto de las checas?
27. ¿Mató Hitler al rey Boris de Bulgaria?
28. La maldición de Enrique VIII
29. ¿Cómo veía Dostoievski la República española?

30. ¿Qué papas murieron envenenados?
31. Anatomía del crimen de María Antonieta
32. El día en que Bismarck salvó la vida al rey Alfonso XII
33. ¿Qué pasó a bordo del buque fantasma *Mary Celeste*?
34. ¿Isabel II, ladrona de joyas?
35. Locos por el veneno
36. ¿Existe una maldición de Simón Bolívar?
37. Los parientes desconocidos de Isabel la Católica
38. El reo al que trataron como a Gulliver
39. El expediente secreto de la muerte del príncipe de Asturias
40. La «Borbón» que pudo ser una estrella de Hollywood
41. El hombre con más vidas que un gato
42. El holocausto del cura Martín Merino
43. ¿Vivieron el príncipe Napoleón y la infanta Pilar un romance de leyenda?
44. El increíble caso del carnero embrujado
45. La terrible batalla de los «pies de madera»
46. ¿Quién y cómo mató al tío del rey Juan Carlos?
47. ¿Hizo Paganini un pacto con el diablo?
48. La muerte premonitoria de Abraham Lincoln
49. Las cartas secretas de Rafael Alberti al monje de la Falange
50. ¿Quién fue Sherlock Holmes en realidad?
51. ¿Estuvo Agatha Christie enamorada de Alfonso XIII?
52. ¿Qué gran misterio descubrió Albert Einsteinque todavía ignorábamos?
53. ¿Fue Hitler capaz de hacer algún gesto humanitario?
54. ¿Eran Iván el Terrible y Stalin «hermanos de sangre»? .
55. La misteriosa muerte de Sócrates
56. ¿Quién fue la última víctima de la Inquisición?
57. ¿Qué impedía a Felipe V caminar con normalidad?
58. ¿Quién puso nombre a Jack el Destripador?
59. ¿Cómo murió Stalin?
60. D'Artagnan: ¿realidad o ficción?
61. ¿Quién fue la única mujer secuestrada por ETA?
62. La noche en que los canarios no dejaron de cantar
63. El poeta que dormía con los ojos abiertos
64. Verdad y leyenda de los Reyes Magos
65. Los exorcismos de Carlos II «el Hechizado»

66. El fantasma de Molière
67. El día en que Estados Unidos atacó… ¡Pearl Harbor!
68. La conversión de Oscar Wilde
69. El matemático que hacía soñar despiertos a los niños
70. Un ángel llamado Marlene Dietrich
71. La cara oculta de Beethoven
72. El otro Franco
73. El tesoro escondido del presidente Roosevelt
74. La verdad sobre la caza y captura de Al Capone
75. ¿Quién fue César Ritz en realidad?
76. Las entrañas del Kremlin
77. La bola de cristal de Jules Verne
78. Los horrores del Coliseo
79. La leyenda del pirata Barbanegra
80. La cabeza de la reina María Estuardo
81. Enrico Caruso, el gran ruiseñor
82. Norton I, emperador de Estados Unidos
83. Los secretos más íntimos de Hitler
84. Renoir: un cuadro, una vida
85. Cervantes con «fórceps»
86. La isla más vigilada del Mediterráneo
87. Las andanzas del duque de Alba
88. El Maximiliano Kolbe español
89. La monja que salvó a Juan Pablo II
90. La misteriosa muerte del duque de Cádiz
91. El lío de faldas que zanjó Franco
92. El «Quasimodo» español
93. La maldición de los Canalejas
94. ¿Quiénes eran los catalanes de Franco?
95. Los cuatro ataúdes que escondían los nazis
96. ¿Cuánto dinero invirtió ETA en intentar matar al rey?
97. La pasión del cardenal Mindszenty
98. El gran prodigio de la Grecia Antigua
99. Kepler, el profeta del universo
100. Cochise, el apache que creía en los milagros
101. El bombero converso de la Sábana Santa

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Las páginas secretas de la historia
Agradecimientos
Introducción. Un paseo de la mano por la Historia
1. Ramón Franco: ¿accidente o asesinato?
2. ¿Quién fue el conde de Montecristo español?
3. ¿Estaba poseída Juana la Loca?
4. ¿Hubo abortos legales en la Guerra Civil?
5. ¿Qué secreto encierra «La familia de Carlos IV»?
6. ¿Murió envenenado el general Primo de Rivera?
7. ¿Por qué se mintió sobre la muerte de la reina Mercedes?
8. ¿Victor Hugo hablaba con los muertos?
9. La tragedia de Mayerling: ¿atentado o suicidio?
10. La leyenda negra de la «monja de las llagas»
11. ¿Qué tuvieron en común Goya, Beethoven y Van Gogh?
12. ¿Napoleón tenía un asesino en su familia?
13. Los afrodisíacos de Fernando el Católico
14. La momia del rey Enrique IV de Castilla
15. La mujer fatal que conquistó a Carlos VII y Joseph Conrad
16. El increíble regicidio de Carlos I de Portugal
17. Eulalia de Borbón y la Gestapo
18. ¿Stalin pudo convertirse en pope?
19. ¿Negrín fue cómplice del asesinato de Nin?
20. ¿Qué misterio rodea aún hoy a «la infantade los huesos frágiles»?
21. Duelo a muerte entre Borbones
22. El infierno del convento de Loudun
23. ¿Sabía Alfonso XIII el grave riesgo de su bodacon Victoria Eugenia?
24. ¿Qué hay detrás de la maldición de Tutankhamon?
25. ¿Estuvo el padre Pío crucificado como Jesús?
26. ¿Quién fue el arquitecto de las checas?
27. ¿Mató Hitler al rey Boris de Bulgaria?
28. La maldición de Enrique VIII

29. ¿Cómo veía Dostoievski la República española?
30. ¿Qué papas murieron envenenados?
31. Anatomía del crimen de María Antonieta
32. El día en que Bismarck salvó la vida al rey Alfonso XII
33. ¿Qué pasó a bordo del buque fantasma Mary Celeste?
34. ¿Isabel II, ladrona de joyas?
35. Locos por el veneno
36. ¿Existe una maldición de Simón Bolívar?
37. Los parientes desconocidos de Isabel la Católica
38. El reo al que trataron como a Gulliver
39. El expediente secreto de la muerte del príncipe de Asturias
40. La «Borbón» que pudo ser una estrella de Hollywood
41. El hombre con más vidas que un gato
42. El holocausto del cura Martín Merino
43. ¿Vivieron el príncipe Napoleón y la infanta Pilar un romance de leyenda?
44. El increíble caso del carnero embrujado
45. La terrible batalla de los «pies de madera»
46. ¿Quién y cómo mató al tío del rey Juan Carlos?
47. ¿Hizo Paganini un pacto con el diablo?
48. La muerte premonitoria de Abraham Lincoln
49. Las cartas secretas de Rafael Alberti al monje de la Falange
50. ¿Quién fue Sherlock Holmes en realidad?
51. ¿Estuvo Agatha Christie enamorada de Alfonso XIII?
52. ¿Qué gran misterio descubrió Albert Einsteinque todavía ignorábamos?
53. ¿Fue Hitler capaz de hacer algún gesto humanitario?
54. ¿Eran Iván el Terrible y Stalin «hermanos de sangre»?
55. La misteriosa muerte de Sócrates
56. ¿Quién fue la última víctima de la Inquisición?
57. ¿Qué impedía a Felipe V caminar con normalidad?
58. ¿Quién puso nombre a Jack el Destripador?
59. ¿Cómo murió Stalin?
60. D'Artagnan: ¿realidad o ficción?
61. ¿Quién fue la única mujer secuestrada por ETA?
62. La noche en que los canarios no dejaron de cantar

63. El poeta que dormía con los ojos abiertos
64. Verdad y leyenda de los Reyes Magos
65. Los exorcismos de Carlos II «el Hechizado»
66. El fantasma de Molière
67. El día en que Estados Unidos atacó… ¡Pearl Harbor!
68. La conversión de Oscar Wilde
69. El matemático que hacía soñar despiertos a los niños
70. Un ángel llamado Marlene Dietrich
71. La cara oculta de Beethoven
72. El otro Franco
73. El tesoro escondido del presidente Roosevelt
74. La verdad sobre la caza y captura de Al Capone
75. ¿Quién fue César Ritz en realidad?
76. Las entrañas del Kremlin
77. La bola de cristal de Jules Verne
78. Los horrores del Coliseo
79. La leyenda del pirata Barbanegra
80. La cabeza de la reina María Estuardo
81. Enrico Caruso, el gran ruiseñor
82. Norton I, emperador de Estados Unidos
83. Los secretos más íntimos de Hitler
84. Renoir: un cuadro, una vida
85. Cervantes con «fórceps»
86. La isla más vigilada del Mediterráneo
87. Las andanzas del duque de Alba
88. El Maximiliano Kolbe español
89. La monja que salvó a Juan Pablo II
90. La misteriosa muerte del duque de Cádiz
91. El lío de faldas que zanjó Franco
92. El «Quasimodo» español
93. La maldición de los Canalejas
94. ¿Quiénes eran los catalanes de Franco?
95. Los cuatro ataúdes que escondían los nazis
96. ¿Cuánto dinero invirtió ETA en intentar matar al rey?
97. La pasión del cardenal Mindszenty
98. El gran prodigio de la Grecia Antigua

99. Kepler, el profeta del universo
100. Cochise, el apache que creía en los milagros
101. El bombero converso de la Sábana Santa
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos